

A) *EL CAMINO*

YO, AHORA

I. CONCIENCIA DE ACTUALIDAD Y DE RESPONSABILIDAD

1) **Alerta en la noche, sin camino y sin rumbo**

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1] La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. (Benedicto XVI, *Carta encíclica Spe Salvi* 49 a, 30 de noviembre de 2007). En adelante se cita como *SS* y el nº correspondiente.

[2] Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. (ibid.)

[3] Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza? (ibid.)

[4] María, que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1,14) (*SS* 49 b)

[5] De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. (ibid.)

[6] Esta «realidad» desconocida es la verdadera «esperanza» que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre. (*SS* 12 a)

[7] La expresión «vida eterna» trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión. En efecto, «eterno» suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; «vida» nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. (ibid.)

[8] Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. (*SS* 12b)

[9] Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. (ibid.)

[10] En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo. (SS 12c)

[11] Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. Jn 10,10), nos explicó también qué significa «vida»: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). (SS 27b)

[12] La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. (ibid.)

[13] Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos». (ibid.)

14. Cristo es el camino, el único camino para llegar al eterno Padre.

15. Dios, está enseñándonos la verdad de la vida temporal y su destino aquí, y nosotros, nos lanzamos en busca de la falsa felicidad.

16. El mundo, confundido, crea ideas confusas y oscuras y en la confusión de ideas peligra el camino, y es preciso mirar al faro luminoso de la Iglesia, depositaria auténtica de la verdad y del bien.

17. Sin tregua se combate a la Iglesia. Ésta sufre con mansedumbre y paciencia la oposición de sus enemigos y posee la tierra de los que viven.

18. La fe contra el ateísmo, el amor contra el odio, la adoración y el culto eucarístico contra la impiedad y el olvido de los hombres, ha de ser lo que hemos de fomentar en nosotros mismos y en los demás.

19. Los grandes males requieren grandes remedios, y la Providencia los ha prevenido con oportunidad admirable.

20. El bálsamo de la misericordia ha de traernos la paz.

21. ¡Qué distinto es un Jesús meramente histórico y científico de un Jesús evangélico!

22. Unidos en Jesús. Permaneced fieles en su amor. Dejad todo y lo tendréis todo. Tendréis a Jesús.

2) La comunión de bienes espirituales

Enseñanzas de Benedicto XVI

[23] "Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2, 20). Mediante la llegada del Resucitado, Pablo ha obtenido una identidad nueva. Su yo cerrado se ha abierto. Ahora vive en comunión con Jesucristo, en el gran yo de los creyentes que se han convertido -como él define- en "uno en Cristo" (Ga 3, 28). (Homilía que pronunció Benedicto XVI en la Vigilia de la Noche de Pascua CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 23 marzo 2008. (ZENIT. org).-)

[24] Queridos amigos, se pone así de manifiesto, que las palabras misteriosas de Jesús en el Cenáculo ahora -mediante el Bautismo- se hacen de nuevo presentes para vosotros. Por el Bautismo el Señor entra en vuestra vida por la puerta de vuestro corazón. (ibid.)

[25] Nosotros no estamos ya uno junto al otro o uno contra el otro. Él atraviesa todas estas puertas. Ésta es la realidad del Bautismo: Él, el Resucitado, viene, viene a vosotros y une su vida a la vuestra, introduciéndoos en el fuego vivo de su amor. (ibid.)

[26] Formáis una unidad, sí, una sola cosa con Él, y de este modo una sola cosa entre vosotros. En un primer momento esto puede parecer muy teórico y poco realista. Pero cuanto más viváis la vida de bautizados, tanto más podréis experimentar la verdad de esta palabra. (ibid.)

[27] Las personas bautizadas y creyentes no son nunca realmente ajenas las unas para las otras. Pueden separarnos continentes, culturas, estructuras sociales o también acontecimientos históricos. Pero cuando nos encontramos nos conocemos en el mismo Señor, en la misma fe, en la misma esperanza, en el mismo amor, que nos conforman. Entonces experimentamos que el fundamento de nuestras vidas es el mismo. (ibid.)

[28] Experimentamos que en lo más profundo de nosotros mismos estamos enraizados en la misma identidad, a partir de la cual todas las diversidades exteriores, por más grandes que sean, resultan secundarias. (ibid.)

[29] Los creyentes no son nunca totalmente extraños el uno para el otro. Estamos en comunión a causa de nuestra identidad más profunda: Cristo en nosotros. Así la fe es una fuerza de paz y reconciliación en el **mundo**: la lejanía ha sido superada, estamos unidos en el Señor (cf. *Ef* 2, 13). (ibid.)

[30] Esta naturaleza íntima del Bautismo, como don de una nueva identidad, está representada por la Iglesia en el Sacramento a través de elementos sensibles. El elemento fundamental del Bautismo es el agua; junto a ella está, en segundo lugar, la luz que, en la Liturgia de la Vigilia Pascual, destaca con gran eficacia. (ibid.)

[31] Echemos solamente una mirada a estos dos elementos. En el último capítulo de la *Carta a los Hebreos* se encuentra una afirmación sobre Cristo, en la que el agua no aparece directamente, pero que, por su relación con el Antiguo Testamento, deja sin embargo traslucir el misterio del agua y su sentido simbólico. Allí se lee: "El Dios de la paz, hizo subir de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús, en virtud de la sangre de la Alianza [22] eterna" (cf. 13, 20). (ibid.)

[32] En esta frase resuena una palabra del *Libro de Isaías*, en la que Moisés es calificado como el pastor que el Señor ha hecho salir del agua, del mar (cf. 63, 11). Jesús aparece como el nuevo y definitivo Pastor que lleva a cabo lo que Moisés hizo: nos saca de las aguas letales del mar, de las aguas de la muerte. (ibid.)

[33] En este contexto podemos recordar que Moisés fue colocado por su madre en una cesta en el Nilo. Luego, por providencia divina, fue sacado de las aguas, llevado de la muerte a la vida, y así - salvado él mismo de las aguas de la muerte- pudo conducir a los demás haciéndolos pasar a través del mar de la muerte. (ibid.)

[34] Jesús ha descendido por nosotros a las aguas oscuras de la muerte. Pero en virtud de su sangre, nos dice la *Carta a los Hebreos*, ha sido arrancado de la muerte: su amor se ha unido al del Padre y así desde la profundidad de la muerte ha podido subir a la vida. Ahora nos eleva de la muerte a la vida verdadera. (ibid.)

[35] Sí, esto es lo que ocurre en el Bautismo: Él nos atrae hacía sí, nos atrae a la vida verdadera. Nos conduce por el mar de la historia a menudo tan oscuro, en cuyas confusiones y peligros corremos el riesgo de hundirnos frecuentemente. (ibid.)

[36] En el Bautismo nos toma como de la mano, nos conduce por el camino que atraviesa el Mar Rojo de este tiempo y nos introduce en la vida eterna, en aquella verdadera y justa. ¡Apretemos su mano! Pase lo que pase, ¡no soltemos su mano! De este modo caminamos sobre la senda que conduce a la vida. (ibid.)

[37] En segundo lugar está el símbolo de la luz y del fuego. Gregorio de Tours narra la costumbre, que se ha mantenido durante mucho tiempo en ciertas partes, de encender el fuego para la celebración de la Vigilia Pascual directamente con el sol a través de un cristal: se recibía, por así decir, la luz y el fuego nuevamente del cielo para encender luego todas las luces y fuegos del año. (ibid.)

[38] Esto es un símbolo de lo que celebramos en la Vigilia Pascual. Con la radicalidad de su amor, en el que el corazón de Dios y el corazón del hombre se han entrelazado, Jesucristo ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra -la luz de la verdad y el fuego del amor que transforma el ser del hombre-. (ibid.)

[39] Él ha traído la luz, y ahora sabemos quién es Dios y cómo es Dios. Así también sabemos cómo están las cosas respecto al hombre; qué somos y para qué existimos. (ibid.)

[40] Ser bautizados significa que el fuego de esta luz ha penetrado hasta lo más íntimo de nosotros mismos. Por esto, en la Iglesia antigua se llamaba también al Bautismo el Sacramento de la iluminación: la luz de Dios entra en nosotros; así nos convertimos nosotros mismos en hijos de la luz. (ibid.)

[41] No queremos dejar que se apague esta luz de la verdad que nos indica el camino. Queremos preservarla de todas las fuerzas que pretenden extinguirla para arrojarnos en la oscuridad sobre Dios y sobre nosotros mismos. (ibid.)

[42] La oscuridad, de vez en cuando, puede parecer cómoda. Puedo esconderme y pasar mi vida durmiendo. Pero nosotros no hemos sido llamados a las tinieblas, sino a la luz. En las promesas bautismales encendemos, por así decir, nuevamente, año tras año esta luz: sí, creo que el mundo y mi vida no provienen del azar, sino de la Razón eterna y del Amor eterno; han sido creados por Dios omnipotente. (ibid.)

[43] Sí, creo que en Jesucristo, en su encarnación, en su cruz y resurrección se ha manifestado el Rostro de Dios; que en Él Dios está presente entre nosotros, nos une y nos conduce hacia nuestra meta, hacia el Amor eterno.(ibid.)

[44] Sí, creo que el Espíritu Santo nos da la Palabra verdadera e ilumina nuestro corazón; creo que en la comunión de la Iglesia nos convertimos todos en un solo Cuerpo con el Señor y así caminamos hacia la resurrección y la vida eterna. (ibid.)

[45] El Señor nos ha dado la luz de la verdad. Esta luz es también al mismo tiempo fuego, fuerza de Dios, una fuerza que no destruye, sino que quiere transformar nuestros corazones, para que nosotros seamos realmente hombres de Dios y para que su paz actúe en este mundo.(ibid.)

[46] En la Iglesia antigua existía la costumbre de que el Obispo o el sacerdote después de la homilía exhortara a los creyentes exclamando: "*Conversi ad Dominum*" -volveos ahora hacia el Señor. Eso significaba ante todo que ellos se volvían hacia el Este- en la dirección del sol naciente como señal del retorno de Cristo, a cuyo encuentro vamos en la celebración de la Eucaristía. (ibid.)

[47] Donde, por alguna razón, eso no era posible, dirigían su mirada a la imagen de Cristo en el ábside o a la Cruz, para orientarse interiormente hacia el Señor. Porque, en definitiva, se trataba de este hecho interior: de la *conversio*, de dirigir nuestra alma hacia Jesucristo y, de ese modo, hacia el Dios viviente, hacia la luz verdadera. (ibid.)

[48] A esto se unía también otra exclamación que aún hoy, antes del Canon, se dirige a la comunidad creyente: "*Sursum corda*" -levantemos el corazón, fuera de la maraña de todas nuestras preocupaciones, de nuestros deseos, de nuestras angustias, de nuestra distracción- levantad vuestros corazones, vuestra interioridad. (ibid.)

[49] Con ambas exclamaciones se nos exhorta de alguna manera a renovar nuestro Bautismo: *Conversi ad Dominum* -siempre debemos apartarnos de los caminos equivocados, en los que tan a menudo nos movemos con nuestro pensamiento y obras- (ibid.)

[50] Siempre tenemos que dirigirnos a Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Siempre hemos de ser "convertidos", dirigir toda la vida a Dios. Y siempre tenemos que dejar que nuestro corazón sea sustraído de la fuerza de gravedad, que lo atrae hacia abajo, y levantarlo interiormente hacia lo alto: en la verdad y el amor. (ibid.)

[51] En esta hora damos gracias al Señor, porque en virtud de la fuerza de su palabra y de los santos Sacramentos nos indica el itinerario justo y atrae hacia lo alto nuestro corazón. Y lo pedimos así: Sí, Señor, haz que nos convirtamos en personas pascuales, hombres y mujeres de la luz, colmados del fuego de tu amor. Amén. (ibid.)

52. El mundo no conoce a Jesús, porque los que tenemos la misión de darlo a conocer no lo conocemos a fondo.

53. Hemos de oír, creer y abrazar siempre la palabra del Evangelio con firmeza y con fe.

54. Un gran porcentaje de personas que sienten entusiasmo por Cristo y por su evangelio están edificando sobre arena. Recrean sus oídos, se emocionan oyendo y leyendo cosas tan bellas, pero no las practican, no las observan, no se las aplican, no las viven.

55. Que los demás vean vivido en ti aquello que dicen tus palabras. Que atraigas a las personas sedientas no solo por lo que dices, sino por lo que eres. Que no seas distinto *siendo* de lo que eres *hablando*.

56. En gran parte, la esterilidad de nuestros discursos está en función de la esterilidad de nuestros corazones.

57. La santidad no está en multiplicar cosas, sino en la fidelidad de lo poco y suficiente para conservar el fuego sagrado de la devoción y del amor.

58. No se puede dar a Dios si no se le lleva. Una persona, templo de Dios, lleva a Dios. ¿Cómo daremos a Dios si no le llevamos?

59. Hacen falta personas de luz, que ayuden a reconocer, a través de la Hostia blanca, al Salvador del mundo, al Dios del bien y de la paz.

60. Hemos de ir a buscar fortaleza en el Señor si queremos permanecer fieles a nuestra vocación cristiana y no queremos contagiar a los demás de desaliento.

61. No descuidemos nuestra misión en una época en que más precisa y urgentemente se nos pide.

62. Las circunstancias son especialmente acuciadoras. Basta ser simplemente cristiano y mirar el cuadro de la actualidad a través del prisma de la fe, para sentirse ardorosamente apóstol y sembrador de la doctrina de Cristo.

63. El Evangelio es para todos. San Pablo habló para todos. El Evangelio y San Pablo, en todas sus páginas, nos descubren las facetas más bellas de un programa magnífico.

3) **Idolatrías y esclavitudes de un nuevo paganismo**

Enseñanzas de Benedicto XVI

[64] Hay más, algo difícil de ver desde lo alto de los cielos: hombres y mujeres creados nada menos que a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1,26). En el centro de la maravilla de la creación estamos nosotros, vosotros y yo, la familia humana «coronada de gloria y majestad» (cf. *Sal* 8,6). ¡Qué asombroso! Con el Salmista, susurramos: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (cf. *Sal* 8,5). Nosotros, sumidos en el silencio, en un espíritu de gratitud, en el poder de la santidad, reflexionamos. (CEREMONIA DE ACOGIDA DE LOS JÓVENES. *DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI Muelle Barangaroo, Sydney Jueves 17 de julio de 2008.*)

[65] Y ¿qué descubrimos? Quizás con reluctancia llegamos a admitir que también hay heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de los recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable. Algunos de vosotros provienen de islas-estado, cuya existencia misma está amenazada por el aumento del nivel de las aguas; otros de naciones que sufren los efectos de sequías desoladoras. (ibid.)

[66] La maravillosa creación de Dios es percibida a veces como algo casi hostil por parte de sus custodios, incluso como algo peligroso. ¿Cómo es posible que lo que es «bueno» pueda aparecer amenazador? (ibid.)

[67] Pero hay más aún. ¿Qué decir del hombre, de la cumbre de la creación de Dios? Vemos cada día los logros del ingenio humano. La cualidad y la satisfacción de la vida de la gente crecen constantemente de muchas maneras, tanto a causa del progreso de las ciencias médicas y de la aplicación hábil de la tecnología como de la creatividad plasmada en el arte. (ibid.)

[68] También entre vosotros hay una disponibilidad atenta para acoger las numerosas oportunidades que se os ofrecen. Algunos de vosotros destacan en los estudios, en el deporte, en la música, la danza o el teatro; otros tienen un agudo sentido de la justicia social y de la ética, y muchos asumen compromisos de servicio y voluntariado. (ibid.)

[69] Todos nosotros, jóvenes y ancianos, tenemos momentos en los que la bondad innata de la persona humana –perceptible tal vez en el gesto de un niño pequeño o en la disponibilidad de un adulto para perdonar– nos llena de profunda alegría y gratitud. (ibid.)

[70] Sin embargo, estos momentos no duran mucho. Por eso, hemos de reflexionar algo más. Y así descubrimos que no sólo el entorno natural, sino también el social –el *hábitat* que nos creamos nosotros mismos– tiene sus cicatrices; heridas que indican que algo no está en su sitio. (ibid.)

[71] También en nuestra vida personal y en nuestras comunidades podemos encontrar hostilidades a veces peligrosas; un veneno que amenaza corroer lo que es bueno, modificar lo que somos y desviar el objetivo para el que hemos sido creados. Los ejemplos abundan, como bien sabéis. Entre los más evidentes están el abuso de alcohol y de drogas, la exaltación de la violencia y la degradación sexual, presentados a menudo en la televisión e internet como una diversión. (ibid.)

[72] Me pregunto cómo uno que estuviera cara a cara con personas que están sufriendo realmente violencia y explotación sexual podría explicar que estas tragedias, representadas de manera virtual, han de considerarse simplemente como «diversión». (ibid.)

[73] Hay también algo siniestro que brota del hecho de que la libertad y la tolerancia están frecuentemente separadas de la verdad. Esto está fomentado por la idea, hoy muy difundida, de que no hay una verdad absoluta que guíe nuestras vidas. El relativismo, dando en la práctica valor a todo, indiscriminadamente, ha hecho que la «experiencia» sea lo más importante de todo. (ibid.)

[74] En realidad, las experiencias, separadas de cualquier consideración sobre lo que es bueno o verdadero, pueden llevar, no a una auténtica libertad, sino a una confusión moral o intelectual, a un debilitamiento de los principios, a la pérdida de la autoestima, e incluso a la desesperación. (ibid.)

[75] Queridos amigos, la creación de Dios es única y es buena. La preocupación por la no violencia, el desarrollo sostenible, la justicia y la paz, el cuidado de nuestro entorno, son de vital importancia para la humanidad. Pero todo esto no se puede comprender prescindiendo de una profunda reflexión sobre la dignidad innata de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural, una dignidad otorgada por Dios mismo y, por tanto, inviolable. (ibid.)

[76] Nuestro mundo está cansado de la codicia, de la explotación y de la división, del tedio de falsos ídolos y respuestas parciales, y de la pesadumbre de falsas promesas. (ibid.)

[77] Nuestro corazón y nuestra mente anhelan una visión de la vida donde reine el amor, donde se compartan los dones, donde se construya la unidad, donde la libertad tenga su propio significado en la verdad, y donde la identidad se encuentre en una comunión respetuosa. Esta es obra del Espíritu Santo. (ibid.)

[78] Ésta es la esperanza que ofrece el Evangelio de Jesucristo. Habéis sido recreados en el Bautismo y fortalecidos con los dones del Espíritu en la Confirmación precisamente para dar testimonio de esta realidad. Que sea éste el mensaje que vosotros llevéis al mundo desde Sydney. (ibid.)

79. Como no tenemos conciencia clara de la verdad, no aprobamos todo cuanto hacemos, pero lo hacemos porque nos esclaviza la fuerza del ambiente.

80 El vértigo de la vida actual se parece a un huracán que todo lo revuelve y arrastra. Se vive de prisa, y este ritmo precipitado nos envuelve también a nosotros, sin poderle dar reposo ni paz a nuestro espíritu.

81. El mundo ha perdido u olvidado la fe.

82. De la inocencia sin mancha nacen fragantes azucenas y su amor puro y virginal produce a Jesús

83. ¡Cristo! Por consiguiente, obras de Cristo, influencias de Cristo, amores de Cristo.

84. Cristo es la levadura que ha transformado el género humano. Continuaron siendo la misma levadura sus apóstoles, los cuales levantaron el **mundo** entero y lo hicieron fermentar con el vigor del Evangelio.

4) En el mundo, sin ser del mundo

Enseñanzas de Benedicto XVI

[85] Hace casi dos mil años, los Apóstoles, reunidos en la sala superior de la casa, junto con María (cf. *Hch* 1,14) y algunas fieles mujeres, fueron llenos del Espíritu Santo (cf. *Hch* 2,4). En aquel momento extraordinario, que señaló el nacimiento de la Iglesia, la confusión y el miedo que habían agarrado a los discípulos de Cristo, se transformaron en una vigorosa convicción y en la toma de conciencia de un objetivo. Se sintieron impulsados a hablar de su encuentro con Jesús resucitado, que ahora llamaban afectuosamente el Señor. (CEREMONIA DE ACOGIDA DE LOS JÓVENES DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI *Muelle Barangaroo, Sydney Jueves 17 de julio de 2008.*)

[86] Los Apóstoles eran en muchos aspectos personas ordinarias. Nadie podía decir de sí mismo que era el discípulo perfecto. No habían sido capaces de reconocer a Cristo (cf. *Lc* 24,13-32), tuvieron que avergonzarse de su propia ambición (cf. *Lc* 22,24-27) e incluso renegaron de él (cf. *Lc* 22,54-62). Sin embargo, cuando estuvieron llenos de Espíritu Santo, fueron traspasados por la verdad del Evangelio de Cristo e impulsados a proclamarlo sin temor. Reconfortados, gritaron: arrepentíos, bautizaos, recibid el Espíritu Santo (cf. *Hch* 2,37-38). (ibid.)

[87] Fundada sobre la enseñanza de los Apóstoles, en la adhesión a ellos, en la fracción del pan y la oración (cf. *Hch* 2,42), la joven comunidad cristiana dio un paso adelante para oponerse a la perversidad de la cultura que la circundaba (cf. *Hch* 2,40), para cuidar de sus propios miembros (cf. *Hch* 2,44-47), defender su fe en Jesús ante un medio hostil (cf. *Hch* 4,33) y curar a los enfermos (cf. *Hch* 5,12-16). (ibid.)

[88] Y, obedeciendo al mandato de Cristo mismo, partieron dando testimonio del acontecimiento más grande de todos los tiempos: que Dios se ha hecho uno de nosotros, que el divino ha entrado en la historia humana para poder transformarla, y que estamos llamados a empaparnos del amor salvador de Cristo que triunfa sobre el mal y la muerte. (ibid.)

[89] En su famoso discurso en el areópago, San Pablo presentó su mensaje de esta manera: «Dios da a cada uno todas las cosas, incluida la vida y el respiro, de manera que todos los pueblos pudieran buscar a Dios, y siguiendo los propios caminos hacia Él, lograran encontrarlo. En efecto, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos» (cf. *Hch* 17, 25-28). (ibid.)

[90] Desde entonces, hombres y mujeres se han puesto en camino para proclamar el mismo hecho, testimoniando el amor y la verdad de Cristo, y contribuyendo a la misión de la Iglesia. Hoy recordamos a aquellos pioneros –sacerdotes, religiosas y religiosos– que llegaron a estas costas y a otras zonas del Océano Pacífico, desde Irlanda, Francia, Gran Bretaña y otras partes de Europa. La mayor parte de ellos eran jóvenes –algunos incluso con apenas veinte años– y, cuando saludaron para siempre a sus padres, hermanos, hermanas y amigos, sabían que sería difícil para ellos volver a casa. Sus vidas fueron un testimonio cristiano, sin intereses egoístas. (ibid.)

[91] Se convirtieron en humildes pero tenaces constructores de gran parte de la herencia social y espiritual que todavía hoy es portadora de bondad, compasión y orientación a estas Naciones. Y fueron capaces de inspirar a otra generación. (ibid.)

[92] Pensad también en vuestros abuelos y vuestros padres, vuestros primeros maestros en la fe. También ellos han hecho innumerables sacrificios, de tiempo y energía, movidos por el amor que os tienen. Ellos, con apoyo de los sacerdotes y los enseñantes de vuestra parroquia, tienen la tarea, no siempre fácil pero sumamente gratificante, de guiarnos hacia todo lo que es bueno y verdadero, mediante su ejemplo personal y su modo de enseñar y vivir la fe cristiana. (ibid.)

[93] Queridos amigos, en casa, en la escuela, en la universidad, en los lugares de trabajo y diversión, recordad que sois criaturas nuevas. Cómo cristianos, estáis en este **mundo** sabiendo que Dios tiene un

rostro humano, Jesucristo, el «camino» que colma todo anhelo humano y la «vida» de la que estamos llamados a dar testimonio, caminando siempre iluminados por su luz (cf. *ibid.*, 100). (*ibid.*)

94. Si queréis saber lo que es el mundo, comparadlo con Jesús y sus máximas, con la doctrina de su santo Evangelio.

95. Cristo, luz divina, vino a disipar las tinieblas del mundo.

96. Vivid vida de fe, vida de Evangelio, vida espiritual y sobrenatural.

97. Jesús sigue cautivando a muchedumbres que escuchan con fe y piedad su divina y vivificadora doctrina y le siguen fascinadas por su verdad y por su amor.

98. *Consigna:* Dios ha de ser tu vida; Jesús, tu ideal. Has de querer ser como una nueva humanidad suya, otro Él, unido a Él en amor, para pasar con Él por el **mundo**, por entre las gentes, por sus avenidas y calles, por sus fábricas, talleres y oficinas, por sus escuelas y hogares, irradiándole, mostrándole, internándole en todos.

99. Para amar a Jesús como Jesús me ha amado es preciso morir a todo lo que no sea Él.

100. *Consigna:* Amar a Jesús, en el trajín de la vida seglar, en medio de la agitación del mundo. Amar a Jesús donde nadie le ama.

101. No está el secreto en hacer mucho. El secreto está en llevar a Jesús, en comunicar a otros la intimidad con Jesús.

102. Sed pequeños ante el **mundo**. Dios os revelará sus grandes secretos, y seréis grandes en esa vuestra pequeñez.

5) Protesta constructiva y levadura cristiana

Enseñanzas de Benedicto XVI

[103] *El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios* en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, *caritas in veritate*, del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don. Por ello, también en los momentos más difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor. (Benedicto XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* 79. 29-VI-2009.) En adelante se cita como CV con el nº correspondiente.

[104] El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. (*ibid.*)

[105] Todo esto es indispensable para transformar los «corazones de piedra» en «corazones de carne» (*Ez* 36,26), y hacer así la vida terrena más «divina» y por tanto más digna del hombre. Todo esto *es del hombre*, porque el hombre es sujeto de su existencia; y a la vez *es de Dios*, porque Dios es el principio y el fin de todo lo que tiene valor y nos redime: «el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro». (CV 79).

[106] «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Co 3,22-23). El anhelo del cristiano es que toda la familia humana pueda invocar a Dios como «Padre nuestro». Que junto al Hijo unigénito, todos los hombres puedan aprender a rezar al Padre y a suplicarle con las palabras que el mismo Jesús nos ha enseñado, que sepamos santificarlo viviendo según su voluntad, y tengamos también el pan necesario de cada día, comprensión y generosidad con los que nos ofenden, que no se nos someta excesivamente a las pruebas y se nos libre del mal (cf. Mt 6,9-13). (CV 79).

[107] Al concluir el *Año Paulino*, me complace expresar este deseo con las mismas palabras del Apóstol en su *carta a los Romanos*: «*Que vuestra caridad no sea una farsa: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo*» (12,9-10). (ibid.)

[108] Que la Virgen María, proclamada por Pablo VI *Mater Ecclesiae* y honrada por el pueblo cristiano como *Speculum iustitiae* y *Regina pacis*, nos proteja y nos obtenga por su intercesión celestial la fuerza, la esperanza y la alegría necesaria para continuar generosamente la tarea en favor del «*desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres*» (CV 79).

[109] Sin Dios el hombre no sabe donde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Y nos anima: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo» (Mt 28,20). Ante el ingente trabajo que queda por hacer, la fe en la presencia de Dios nos sostiene, junto con los que se unen en su nombre y trabajan por la justicia. (CV 78.a).

[110] Pablo VI nos ha recordado en la *Populorum progressio* que el hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propio progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo. (ibid.)

[111] Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmente y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero. Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. (CV 78 b).

[112] La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. (ibid.)

[113] *El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano*. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil -en el ámbito de las estructuras, las instituciones, la cultura y el *ethos*-, protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento. (CV 78 c).

[114] La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionante compromiso por la justicia, por el desarrollo de los pueblos, entre éxitos y fracasos, y en la tarea constante de dar un recto ordenamiento a las realidades humanas. (ibid.)

[115] *El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para trabajar y seguir en busca del bien de todos*, aun cuando no se realice inmediatamente, aun cuando lo que consigamos nosotros, las autoridades políticas y los agentes económicos, sea siempre menos de lo que anhelamos. Dios nos da la fuerza para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo, nuestra esperanza más grande. (CV 78 d).

116. Tenemos cristianismo, es decir, tenemos masa de harina; pero su vida requiere el vigor y la fuerza de una levadura de gran potencia capaz de hacer fermentar toda la masa.

117. El cristianismo, necesita de un poderoso fermento para que se levante y viva su vida que es vida de Cristo. Un trozo de levadura caerá en un taller, otro en una oficina, otro sobre un mostrador, otro en una escuela, etc.; y harán fermentar a cuantos alcance con su influencia.

118. La labor gigantesca que hoy desarrolla la Iglesia católica en todos los campos de su apostolado, necesita el secreto de la divina fecundidad, que sólo atraen las almas interiores desde el seno infinitamente fecundo de Dios.

119. No haréis santos si no sabéis el oficio. El oficio es una santidad personal.

120. El celo de las almas depende del celo que tengamos por la propia. Quien ama a su propia alma, pone el mismo celo por la de sus prójimos.

121. Llénate de Jesús. Rebose tu corazón de su amor. Por fuerza sentirás entonces como una necesidad de buscarle amigos y seguidores. Serás apóstol.

122. Que el mundo sepa que el «Emmanuel-Dios con nosotros» se prodiga hasta lo inconcebible en la Eucaristía.

123. Sí, que el mundo *sepa*; porque si el mundo llega a saber lo que es este soberano misterio, la Eucaristía ya no será un tesoro oculto y desconocido, sino palpado y explotado con incomparable provecho para él.

124. Buscamos personas que, heridas en sus fibras más íntimas, generosamente se deciden, se entregan, avanzan, y no vuelven atrás.

125. El triunfo del bien, de la verdad y de la ley, que esperamos de la divina misericordia, nos obliga a su perfección y culminación en cada uno de nosotros.

126 Si urge la renovación de la vida cristiana, con razón debe urgir mucho más que las almas regaladas por la infinita bondad de Dios con gracias de un llamamiento de predilección, se den con generosidad a todos los designios de Dios y avancen sin vacilaciones, constantes y valerosas, por caminos de santidad.

127. Para ser santos, todo está en querer; en una decisión valiente, en un arranque generoso del corazón, poniendo en juego todos los medios que Dios inspira y que la Iglesia establece.

128. No llegaremos a ser santos solamente porque nos dé la gana de serlo. Ha de obrar la gracia en nosotros, si bien es verdad que la cooperación a esta gracia depende de nuestro libre albedrío.

6) Impactos de simple presencia y de testimonio

Enseñanzas de Benedicto XVI

[129] Hablar del laicado católico significa referirse a innumerables personas bautizadas, comprometidas en múltiples y diferentes situaciones para crecer como discípulos y testigos del Señor y redescubrir y experimentar la belleza de la verdad y la alegría de ser cristianos. (*Discurso* de Benedicto XVI a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de los laicos 2008)

[130] La actual condición cultural y social hace aún más urgente esta acción apostólica para compartir en plenitud el tesoro de gracia y santidad, de caridad, doctrina, cultura y obras, que implica el flujo de la tradición católica (ibid.)

[131] Las nuevas generaciones no sólo son destinatarias preferenciales de esta transmisión y comunión, sino también sujetos que esperan en su corazón propuestas de verdad y de felicidad para poder dar testimonio cristiano de ellas, como sucede ya de modo admirable. (ibid.)

[132] Yo mismo fui nuevamente testigo de ello en Sydney, en la reciente Jornada mundial de la juventud. Por eso, aliento al Consejo pontificio para los laicos a proseguir la obra de esta providencial peregrinación global de los jóvenes en nombre de Cristo, y a esforzarse por promover en todas partes una auténtica educación y pastoral juvenil. (ibid.)

[133] También conozco vuestro compromiso en cuestiones de especial importancia, como la dignidad y la participación de las mujeres en la vida de la Iglesia y de la sociedad. En otra ocasión ya manifesté mi aprecio por el congreso que organizasteis a veinte años de la promulgación de la carta apostólica *Mulieris dignitatem*, sobre el tema: "Mujer y hombre: el *humanum* en su totalidad". (ibid.)

[134] El hombre y la mujer, iguales en dignidad, están llamados a enriquecerse recíprocamente en comunión y colaboración, no sólo en el matrimonio y en la familia, sino también en todas las dimensiones de la sociedad. (ibid.)

[135] A las mujeres cristianas se les pide conciencia y valentía para afrontar tareas exigentes, para las cuales, sin embargo, no les falta el apoyo de una notable propensión a la santidad, de una especial agudeza en el discernimiento de las corrientes culturales de nuestro tiempo, y de una pasión particular por el cuidado de lo humano, característica de ellas. (ibid.)

[136] Nunca se ponderará suficientemente lo mucho que la Iglesia reconoce, aprecia y valora la participación de las mujeres en su misión de servicio a la difusión del Evangelio. (ibid.)

[137] Permitidme, queridos amigos, una última reflexión concerniente a la índole secular, que es característica de los fieles laicos. En el entramado de la vida familiar, laboral y social, el mundo es lugar teológico, ámbito y medio de realización de su vocación y misión (cf. *Christifideles laici*, 15-17). (ibid.)

[138] Todos los ambientes, las circunstancias y las actividades en los que se espera que resplandezca la unidad entre la fe y la vida están encomendados a la responsabilidad de los fieles laicos, movidos por el deseo de comunicar el don del encuentro con Cristo y la certeza de la dignidad de la persona humana. (ibid.)

[139] A ellos [los laicos]les corresponde dar testimonio de la caridad, especialmente a los más pobres, a los que sufren y a los necesitados, así como asumir todos los compromisos cristianos destinados a crear condiciones de justicia y paz cada vez mayores en la convivencia humana, de modo que se abran nuevas fronteras al Evangelio. (ibid.)

[140] Por tanto, pido al Consejo pontificio para los laicos que siga con diligente cuidado pastoral la formación, el testimonio y la colaboración de los fieles laicos en las más diversas situaciones en las que está en juego la auténtica calidad humana de la vida en la sociedad. (ibid.)

[141] De modo particular, reafirmo la necesidad y la urgencia de la formación evangélica y del acompañamiento pastoral de una nueva generación de católicos comprometidos en la política, que sean coherentes con la fe profesada, que tengan rigor moral, capacidad de juicio cultural, competencia profesional y celo de servicio para el bien común. (ibid.)

[142] El trabajo en la gran viña del Señor necesita *christifideles laici* que, como la santísima Virgen María, digan y vivan el *fiat* al plan de Dios en su vida. Así pues, con esta perspectiva os agradezco vuestra valiosa aportación a una causa tan noble, y de corazón os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos la bendición apostólica. (ibid.)

143. Sé tú el camino y camina delante, a fin de que los que te siguen sigan tus pasos y los den como tú.

144. Si no hacéis lo que decís, no creerán en lo que decís.

145. Comienza por probar con obras tu celo y tu amor hacia los demás. Muéstrate como Jesús. Comienza obrando y termina enseñando. Revela primero tu corazón lleno de caridad y de celo, y después, sin dificultad, derramarás doctrina.

146. Como la caridad no es ociosa ni ambiciosa, sino que es activa y desinteresada, los cristianos debemos vivir siempre ocupados, trabajando con nuestras manos, a fin de que procedamos decorosamente y fructifiquemos también en obras de santificación personal y en beneficio de las personas que Dios pone providencialmente en nuestro camino.

147. Luz no escondida bajo el celemín, sino como ciudad situada sobre un monte, o como vela colocada sobre el candelero.

148. Puesto en la escena de la vida, veo sucesos, trabajos, sufrimientos, cruces, agonías... Allí, detrás, veo la voluntad del Padre, el querer de Jesús, de las personas que me esperan, la vida que debo vivir...

149. La virtud es espiritual e invisible; pero, practicada y vivida, se hace sensible y visible. En este plan, ¡qué pocos discursos hacen falta para enseñar y formar en la verdad y en la vida!

150. ¡Cuántas personas han caído en las dulces redes de la gracia por medio de una mirada especial o de alguna palabra insinuante y suave de un apóstol de Jesús!

151. Sé casa de Dios, templo de Dios, y Dios se dará a las personas que te rodean. He aquí la eficacia de nuestro gran apostolado.

152. Puesto que la santidad es amor, es celo, es fuego, una persona santa, en la calle, en medio del mundo, necesariamente será apóstol.

153. Las personas nos esperan. En la historia de algunas de ellas nuestra cooperación puede ser decisiva. No frustremos los planes de Dios sobre ellas.

154. No venimos a enseñar lo que primero no se ha vivido. Lo que sólo se oye, si a la vez no se ve, se toca y se graba, pronto se olvida.

155. En los libros, la santidad es como esencia en frasco cerrado; a lo más, lo que se ve es su color, mas no se sienten sus fragancias, no se percibe su suavidad ni su dulce atractivo. Pero la santidad viviente en las personas que realmente la tienen, es como una esencia en frasco abierto, «ungüento derramado», cuyas fragancias se sienten, cautivan, arrastran y conquistan.

156. *Consigna:* Vida de apostolado sin ruido, individual, suavemente insinadora, cautivadora, que se infiltra con disimulo en el mundo de la profesión, oficio y empleo;

apostolado a que nos lleva el cumplimiento del deber y que justifica nuestra presencia en todo lugar.

157. *Consigna:* Vivir el Evangelio. Dar esa sensación; de que es posible en el mundo vivir un espíritu perfectamente evangélico.

158. Que vea el mundo las irradiaciones luminosas de una vida íntima, a través de la conducta netamente evangélica y totalmente cristiana.

II. LA MISERICORDIA Y EL PECADO

1) Todo pecado merma y rebaja al hombre

Enseñanzas de Benedicto XVI

[159] El mundo contemporáneo sigue presentando las contradicciones que pusieron muy bien de relieve los padres del concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 4-10): vemos una humanidad que quisiera ser autosuficiente, donde no pocos creen que pueden prescindir de Dios para vivir bien; y, sin embargo, ¡cuántos parecen tristemente condenados a afrontar dramáticas situaciones de vacío existencial!, ¡cuánta violencia hay aún sobre la tierra!, ¡cuánta soledad pesa sobre el corazón del hombre de la era de las comunicaciones! (DISCURSO de BENEDICTO XVI A LOS PARTICIPANTES EN UN CURSO SOBRE EL FUERO INTERNO ORGANIZADO POR LA PENITENCIARÍA APOSTÓLICA. Viernes 16 de marzo de 2007)

[160] En una palabra, parece que hoy se ha perdido el "sentido del pecado", pero en compensación han aumentado los "complejos de culpa" (ibid.)

[161] ¿Quién podrá librar el corazón de los hombres de este yugo de muerte, si no es Aquel que con su muerte derrotó para siempre el poder del mal con la omnipotencia del amor divino? Como recordaba San Pablo a los cristianos de Éfeso, "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo" (*Ef 2, 4*). (ibid.)

[162] En el sacramento de la Confesión, el sacerdote es instrumento de este amor misericordioso de Dios, que invoca en la fórmula de absolución de los pecados: "Dios, Padre misericordioso, que reconcilió al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz". (ibid.)

[163] El Nuevo Testamento, en cada una de sus páginas, habla del amor y de la misericordia de Dios, que se hicieron visibles en Cristo. En efecto, Jesús, que "acoge a los pecadores y come con ellos" (*Lc 15, 2*), y con autoridad afirma: "Hombre, tus pecados te quedan perdonados" (*Lc 5, 20*), dice: "No necesitan médico los que están sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores" (*Lc 5, 31-32*). (ibid.)

[164] El compromiso del sacerdote y del confesor consiste principalmente en llevar a cada uno a experimentar el amor que Cristo le tiene, encontrándolo en el camino de la propia vida, como san Pablo lo encontró en el camino de Damasco. (ibid.)

[165] Conocemos la apasionada declaración del Apóstol de los gentiles después de aquel encuentro que cambió su vida: "Me amó y se entregó a sí mismo por mí" (*Ga 2, 20*). Esta es su experiencia personal en el camino de Damasco: el Señor Jesús amó a san Pablo y dio su vida por él. Y en la

Confesión este es también nuestro camino, nuestro camino de Damasco, nuestra experiencia: Jesús me amó y se entregó por mí. (ibid.)

[166] Ojalá que cada persona haga esta misma experiencia espiritual, como la hizo el siervo de Dios Juan Pablo II, "redescubriendo a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Este es el rostro de Cristo que es preciso hacer que descubran también a través del sacramento de la Penitencia" (*Novo millennio ineunte*, 37). (ibid.)

[167] El sacerdote, ministro del sacramento de la Reconciliación, debe considerar siempre como tarea suya hacer que en sus palabras y en el modo de tratar al penitente se refleje el amor misericordioso de Dios. Como el padre de la parábola del hijo pródigo, debe acoger al pecador arrepentido, ayudarlo a levantarse del pecado, animarlo a enmendarse sin llegar a componendas con el mal, sino recorriendo siempre el camino hacia la perfección evangélica. (ibid.)

[168] Todas las personas que se confiesan han de revivir en el sacramento de la Reconciliación esta hermosa experiencia del hijo pródigo, que encuentra en el padre toda la misericordia divina. (ibid.)

[169] Queridos hermanos, todo esto implica que el sacerdote comprometido en el ministerio del sacramento de la Penitencia esté animado él mismo por una constante tensión hacia la santidad. (ibid.)

[170] El Catecismo de la Iglesia católica apunta alto en esta exigencia cuando afirma: "El confesor (...) debe tener un conocimiento probado del comportamiento cristiano, experiencia de las cosas humanas, respeto y delicadeza con el que ha caído; debe amar la verdad, ser fiel al magisterio de la Iglesia y conducir al penitente con paciencia hacia la curación y su plena madurez. Debe orar y hacer penitencia por él, confiándolo a la misericordia del Señor" (n. 1466). (ibid.)

[171] Para cumplir esta importante misión, siempre unido interiormente al Señor, el sacerdote ha de mantenerse fiel al magisterio de la Iglesia por lo que atañe a la doctrina moral, consciente de que la ley del bien y del mal no está determinada por las situaciones, sino por Dios. (ibid.)

[172] A la Virgen María, madre de misericordia, pido que sostenga el ministerio de los sacerdotes confesores y ayude a todas las comunidades cristianas a comprender cada vez más el valor y la importancia del sacramento de la Penitencia para el crecimiento espiritual de todos los fieles. A vosotros, aquí presentes, y a vuestros seres queridos imparto con afecto mi bendición". (ibid.)

173. Dios tiene legítimo y justísimo derecho a todo lo que eres, a todo lo que tienes y puedes.

174. Siendo el pecado el único mal verdadero, convencámonos de que lo traemos confundido con cualquier otro mal temporal, que, bien mirado, ni es mal.

175. ¡Qué pobre y débil quedó el hombre desde el pecado de Adán!: sin norte, sin luz, sin orden; su razón oscurecida, su inteligencia a la deriva; su voluntad impotente y prisionera; el corazón hecho a toda clase de afectos; la imaginación a merced de todo sueño; las pasiones en un torbellino incesante; toda asediada de enemigos que la amenazan y la estrechan por dentro y por fuera.

176. El que peca y vive habitualmente en pecado no ama, y vive sin amor.

177. ¡Qué difícil es enfocar la vida entera hacia Dios! Cautiva nuestros ojos lo primero que se nos ofrece; tras los ojos va el corazón, y adonde va el corazón vamos también nosotros, pues somos esclavos del corazón.

178. No frustramos la obra de Dios, ni hagamos una ofensa a las finezas infinitas de un Dios que dio cuanto su poder y su amor pudieron inventar para volver a colocar al hombre en el mismo pedestal de donde fue arrojado.

179. Aun los santos, cuya vida difícilmente admitía desorden alguno, no descuidaban el ejercicio de esta santidad negativa, examinando con diligencia los actos internos y externos, y confesándose con frecuencia de todas las faltas que sorprendían en su conducta.

180. La perfección está esencialmente en la unión con Dios por la caridad; y como Dios es infinita santidad, el hombre, para unirse a Él, necesita purificarse; de donde la purificación es el primer ejercicio de este camino.

181. Seremos santos en la medida en que nos vaciemos de lo que no es santo.

182. El hombre que se aparta de Jesús, o duerme en la tibieza, o muere en el pecado.

183. Jesús parece haber agotado todos sus amorosos recursos para revelar al hombre los infinitos tesoros de su amor.

184. Ningún pecador se cura de su espiritual parálisis si primero no pasa junto a él Jesús, compasivo, misericordioso, invitándole al perdón con un toque amoroso de su gracia.

2) La formación de la conciencia

Enseñanzas de Benedicto XVI

[185] A la formación de las conciencias contribuyen múltiples y valiosos instrumentos espirituales y pastorales que es preciso valorar cada vez más; entre ellos hoy me limito a señalar brevemente la catequesis, la predicación, la homilía, la dirección espiritual, el sacramento de la Reconciliación y la celebración de la Eucaristía. (*MENSAJE DEL PAPA BENEDICTO XVI A LOS PARTICIPANTES EN EL CURSO DE LA PENITENCIARÍA APOSTÓLICA SOBRE EL FUERO INTERNO Vaticano, 12 de marzo de 2009.*)

[186] Ante todo, la catequesis. Como todos los sacramentos, también el de la Penitencia requiere una catequesis previa y una catequesis mistagógica para profundizar el sacramento "*per ritus et preces*", como lo subraya bien la constitución sobre la liturgia *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II (cf. n. 48). (ibid.)

[187] Una catequesis adecuada da una contribución concreta a la educación de las conciencias estimulándolas a percibir cada vez mejor el sentido del pecado, hoy en parte apañado o, peor, oscurecido por un modo de pensar y de vivir "*etsi Deus non daretur*", según la conocida expresión de Gracia, que ha vuelto a tener gran actualidad y que denota un relativismo cerrado al verdadero sentido de la vida. (ibid.)

[188] Además de la catequesis hace falta un sabio uso de la predicación, que en la historia de la Iglesia ha asumido formas diversas según la mentalidad y las necesidades pastorales de los fieles. (ibid.)

[189] También hoy, en nuestras comunidades se practican estilos diversos de comunicación que utilizan cada vez más los medios telemáticos modernos que están a nuestra disposición. En efecto, los actuales medios de comunicación, aunque por una parte constituyen un desafío que se ha de afrontar, por otra brindan oportunidades providenciales para anunciar de modo nuevo y más cercano a las

sensibilidades contemporáneas la perenne e inmutable Palabra de verdad que el divino Maestro ha confiado a su Iglesia. (ibid.)

[190] La homilía, que con la reforma promovida por el concilio Vaticano II ha recuperado su papel "sacramental" dentro del único acto de culto constituido por la liturgia de la Palabra y la de la Eucaristía (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 56), es sin duda la forma de predicación más generalizada, con la que cada domingo se educa la conciencia de millones de fieles. (ibid.)

[191] En el reciente Sínodo de los obispos, dedicado precisamente a la Palabra de Dios en la Iglesia, varios padres sinodales insistieron oportunamente en el valor y la importancia de la homilía, que es preciso adaptar a la mentalidad contemporánea. (ibid.)

[192] También la "dirección espiritual" contribuye a formar las conciencias. Hoy más que nunca se necesitan "maestros de espíritu" sabios y santos: un importante servicio eclesial, para el que sin duda hace falta una vitalidad interior que debe implorarse como don del Espíritu Santo mediante una oración intensa y prolongada y una preparación específica que es necesario adquirir con esmero. (ibid.)

[193] Además, todo sacerdote está llamado a administrar la misericordia divina en el sacramento de la Penitencia, mediante el cual perdona los pecados en nombre de Cristo y ayuda al penitente a recorrer el camino exigente de la santidad con conciencia recta e informada. Para poder desempeñar ese ministerio indispensable, todo presbítero debe alimentar su propia vida espiritual y cuidar la actualización teológica y pastoral permanente. (ibid.)

[194] Por último, la conciencia del creyente se afina cada vez más gracias a una devota y consciente participación en la santa misa, que es el sacrificio de Cristo para el perdón de los pecados. (ibid.)

[195] Cada vez que el sacerdote celebra la Eucaristía, en la Plegaria eucarística recuerda que la Sangre de Cristo fue derramada para el perdón de nuestros pecados, por lo cual, en la participación sacramental en el memorial del sacrificio de la cruz, se realiza el encuentro pleno de la misericordia del Padre con cada uno de nosotros. (ibid.)

[196] Exhorto a los participantes en el curso a atesorar lo que han aprendido sobre el sacramento de la Penitencia. En los diversos ámbitos donde les toque vivir y trabajar, han de procurar mantener siempre viva en sí mismos la conciencia de que deben ser "ministros" dignos de la misericordia divina y educadores responsables de las conciencias. (ibid.)

[197] Han de inspirarse en el ejemplo de los santos confesores y maestros espirituales, entre los cuales quiero recordar en particular al cura de Ars, san Juan María Vianney, de cuya muerte precisamente este año recordamos el 150° aniversario. De él se ha escrito que "durante más de cuarenta años gobernó de modo admirable la parroquia a él confiada... con la predicación asidua, la oración y una vida de penitencia. Cada día, en la catequesis que impartía a niños y adultos, en la Reconciliación que administraba a los penitentes y en las obras impregnadas de la caridad ardiente que extraía de la sagrada Eucaristía como de una fuente, avanzó hasta tal punto que difundió en todas partes su consejo y acercó sabiamente a muchos a Dios" (*Martirologio*, 4 de agosto). He aquí un modelo al que mirar y un protector al que invocar cada día. (ibid.)

[198] Por último, que vele sobre el ministerio sacerdotal de cada uno la Virgen María, a la que en el tiempo de Cuaresma invocamos y honramos como "discípula del Señor" y "Madre de reconciliación". Con estos sentimientos, a la vez que exhorto a cada uno a dedicarse con empeño al ministerio de las confesiones y de la dirección espiritual, le imparto de corazón mi bendición a usted, venerado hermano, a los presentes en el curso y a sus seres queridos. (ibid.)

199. Cree y vive de la fe, si no quieres vivir en el vacío

- 200.** Aviva la fe, aviva la luz; camina en ella sin desviarte ni a la derecha ni a la izquierda. No seas jamás de los que, buscando la vida, huyen de ella.
- 201.** Perdemos inconscientemente la sensibilidad del mal, sobre todo si no procuramos afirmar y espiritualizar este contacto con las personas por medio de la oración y de la unión constante con Dios.
- 202.** La vida cristiana consiste en la participación de la vida de Cristo.
- 203.** La tristeza es el peor estorbo en el cumplimiento del deber. Una persona triste queda sin fuerzas y sin energías para obrar.
- 204.** Donde no hay verdad, no puede haber paz. La mentira destruye la comunicación confiada de los hombres entre sí, trastorna la sociedad y hace del mundo lugar de engaño. Dios que esencialmente es la verdad, aborrece la mentira.
- 205.** El amor propio es el corrosivo más activo para desvirtuar y consumir todo brote del verdadero amor a nuestros hermanos. El amor propio nos vuelve egoístas y nos hace mirar al prójimo como a un extraño.
- 206.** Querer a Dios por Dios, sin buscarse a sí mismo, es de pocos. Sin embargo, tenemos que aspirar a eso.
- 207.** Las obras más humildes, elevadas y dirigidas a Dios, se divinizan
- 208.** Las almas humildes, sencillas, rectas, deseosas de la verdad, oyen sin prejuicios la verdad divina, la entienden y la penetran.
- 209.** Que tus obras buenas de desprendimiento, de caridad, de celo, de apostolado a favor de las almas, no sean “exhibiciones” en el mercado del aplauso vano
- 210.** La envidia es enemiga de la paz.
- 211.** Los mansos y humildes poseerán la tierra
- 212.** El mundo aprecia más que nada las riquezas materiales; el cristiano tiene que renunciar a estos desmedidos afanes.
- 213.** No todos son llamados a dejar de hecho sus bienes; pero todos, sin excepción, son llamados a ser pobres de espíritu, a vivir con el corazón libre y despojado de todo lo material.
- 214.** La consigna cristiana contra el demonio ha de ser la paz, la caridad, la unión, y la más perfecta armonía entre todos.
- 215.** Desde su misma cuna, desde su divino Fundador, la Iglesia clama insistiendo en que las personas han de seguir de cerca el modelo único que nos ha sido dado, cuya imitación es posible y en la cual consiste la perfección cristiana.

3) Caminos

Enseñanzas de Benedicto XVI

[216] Si es cierto que los sacramentos son una realidad propia de la Iglesia peregrina en el tiempo hacia la plena manifestación de la victoria de Cristo resucitado, también es igualmente cierto que, especialmente en la liturgia eucarística, se nos da a pregonar el cumplimiento escatológico hacia el cual se encamina todo hombre y toda la creación (cf. *Rm* 8,19 ss.). (Benedicto XVI. *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis* 30a. *Eucaristía: don al hombre en camino*. 22-II-2007/13-III-2007) En adelante se cita como SCa y el n° correspondiente.

[217] El hombre ha sido creado para la felicidad eterna y verdadera, que sólo el amor de Dios puede dar. Pero nuestra libertad herida se perdería si no fuera posible experimentar, ya desde ahora, algo del cumplimiento futuro. Por otra parte, todo hombre, para poder caminar en la dirección correcta, necesita ser orientado hacia la meta final. (SCa 30b).

[218] Esta meta última, en realidad, es el mismo Cristo Señor, vencedor del pecado y la muerte, que se nos hace presente de modo especial en la Celebración eucarística. De este modo, aún siendo todavía como «extranjeros y forasteros» (*I P* 2,11) en este mundo, participamos ya por la fe de la plenitud de la vida resucitada. El banquete eucarístico, revelando su dimensión fuertemente escatológica, viene en ayuda de nuestra libertad en camino. (SCa 30c).

[219] El creyente busca a Dios vivo y verdadero, Principio y Fin de todas las cosas; el Dios que no hemos forjado nosotros a nuestra imagen y semejanza, sino el que nos ha hecho a imagen y semejanza suya; el Dios que manifiesta su voluntad y nos indica los senderos para alcanzarlo. «Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (*Sal* 15, 11). (CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. *EL SERVICIO DE LA AUTORIDAD Y LA OBEDIENCIA* 4 b Roma, 11 de mayo de 2008, Solemnidad de Pentecostés.

[220] Buscar la voluntad de Dios significa buscar una voluntad amiga, benévola, que quiere nuestra realización, que desea sobre todo la libre respuesta de amor al amor suyo, para convertirnos en instrumentos del amor divino. En esta *via amoris* es donde se abre la flor de la escucha y la obediencia. (ibid.)

[221] «Escucha, hijo» (*Pr* 1, 8). La obediencia es ante todo actitud filial. Es un particular tipo de escucha que sólo puede prestar un hijo a su padre, por tener la certeza de que el padre sólo tiene cosas buenas que decir y dar al hijo; una escucha entrelazada de una confianza que al hijo le hace acoger la voluntad del padre, seguro como está de que será para su bien. (ibid.)⁵ *La obediencia como escucha*.

[222] Todo esto es muchísimo más cierto en relación con Dios. En efecto, nosotros alcanzamos nuestra plenitud sólo en la medida en que nos insertamos en el plan con el cual Él nos ha concebido con amor de Padre. Por tanto la obediencia es la única forma que tiene la persona humana, ser inteligente y libre, de realizarse plenamente. Y, cuando dice «no» a Dios, la persona humana compromete el proyecto divino, se empequeñece a sí misma y queda abocada al fracaso. (ibid.)

[223] La obediencia a Dios es camino de crecimiento y, en consecuencia, de libertad de la persona, porque permite acoger un proyecto o una voluntad distinta de la propia, que no sólo no mortifica o disminuye, sino que fundamenta la dignidad humana. Al mismo tiempo, también la libertad es en sí un camino de obediencia, porque el creyente realiza su ser libre obedeciendo como hijo al plan del Padre. (ibid.)

[224] Es claro que una tal obediencia exige reconocerse como hijos y disfrutar siéndolo, porque sólo un hijo y una hija pueden entregarse libremente en manos del Padre, igual que el Hijo Jesús, que se ha abandonado al Padre. Y, si en su pasión ha llegado incluso a entregarse a Judas, a los sumos

sacerdotes, a quienes lo flagelaban, a la muchedumbre hostil y a sus verdugos, lo ha hecho sólo porque estaba absolutamente seguro de que todo encontraba significado en la fidelidad total al plan de salvación querido por el Padre, a quien — como recuerda San Bernardo — «lo que agradó no fue la muerte, sino la voluntad del que moría libremente». (ibid.).

225 Las obras puramente humanas se cotizan en general por su exterior, por su brillo, por su aparato; de ahí que sufran tantas equivocaciones y desilusiones. Las obras de Dios, por el contrario, fuera del mismo Dios, nadie puede exactamente medirlas ni ponderarlas en su valor.

226. Cristo se nos dio todo y totalmente. Nosotros nos damos a medias.

227. Los que tratan de concertar una paz fingida y falsa con el **mundo** admitiendo condiciones, haciendo concesiones, cediendo terreno, jamás gozarán de la verdadera paz del alma.

228. Por el camino ancho van los más. Camino ancho es el de los que mutilan el Evangelio y toman de él lo que les conviene. Camino ancho es el de los que reducen la ley de Dios a ciertos actos graves y trascendentales.

229. Camino ancho es el de los que quieren hacer compatible la vida cristiana con la ancha moral y con las máximas y exigencias del gran mundo.

230. Camino ancho es el de los que interpretan la doctrina y la moral de la Iglesia, de las encíclicas y documentos pontificios, con espíritu excesivamente amplio, indulgente y tolerante.

231. Camino ancho es el que escogen, aunque no quieran reconocerlo, quienes tratan de rodear su vida cristiana de todas las comodidades, facilidades, regalos, caprichos y modos fáciles y suaves.

232. Camino ancho llevan los que no quieren entender de vencimientos, de sacrificios, de mortificación, de cuevas arribas, de renunciaciones costosas y de aceptaciones dolorosas.

233. Camino ancho llevan todos los que no van por el que trazó con sus divinos retoques el divino Legislador, Cristo Jesús.

4) Vivir en verdad

Enseñanzas de Benedicto XVI

[234] En el Sacramento del altar, el Señor viene al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn 1,27*), acompañándole en su camino. En efecto, en este Sacramento el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que sólo la verdad nos hace auténticamente libres (cf. *Jn 8,36*). (*SCa 2a Alimento de la verdad*).

[235] Cristo se convierte para nosotros en alimento de la Verdad. San Agustín, con un penetrante conocimiento de la realidad humana, puso de relieve cómo el hombre se mueve espontáneamente, y no por coacción, cuando se encuentra ante algo que lo atrae y le despierta el deseo. Así pues, al preguntarse sobre lo que puede mover al hombre por encima de todo y en lo más íntimo, el santo

obispo exclama: «¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?» En efecto, todo hombre lleva en sí mismo el deseo indeleble de la verdad última y definitiva. (ibid.)

[236] Por eso, el Señor Jesús, «el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14,6), se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad. (ibid.)

[237] En efecto, Jesucristo es la Verdad en Persona, que atrae el mundo hacia sí. «Jesús es la estrella polar de la libertad humana: sin él pierde su orientación, puesto que sin el conocimiento de la verdad, la libertad se desnaturaliza, se aísla y se reduce a arbitrio estéril. Con él, la libertad se reencuentra» (ibid.)

[238] En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Ésta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre. (ibid.)

[239] Por eso la Iglesia, cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a anunciar a todos, «a tiempo y a destiempo» (*2 Tm* 4,2) que Dios es amor. Precisamente porque Cristo se ha hecho por nosotros alimento de la Verdad, la Iglesia se dirige al hombre, invitándolo a acoger libremente el don de Dios. (*SCa* 2b).

[240] No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. *St* 5,4). (*SCa* 90a *El alimento de la verdad y la indigencia del hombre*).

[241] Por ejemplo, es imposible permanecer callados ante «las imágenes sobrecogedoras de los grandes campos de prófugos o de refugiados —en muchas partes del mundo— concentrados en precarias condiciones para librarse de una suerte peor, pero necesitados de todo. Estos seres humanos, ¿no son nuestros hermanos y hermanas? ¿Acaso sus hijos no vienen al mundo con las mismas esperanzas legítimas de felicidad que los demás?». (ibid.)

[242] El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres. (ibid.)

[243] En efecto, «sobre la base de datos estadísticos disponibles, se puede afirmar que menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres. (ibid.)

[244] Esto interpela a la conciencia humana. Nuestro común compromiso por la verdad puede y tiene que dar nueva esperanza a estas poblaciones que viven bajo el umbral de la pobreza, mucho más a causa de situaciones que dependen de las relaciones internacionales políticas, comerciales y culturales, que a causa de circunstancias incontroladas». (*SCa* 90b).

[245] El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor. (ibid.)

[246] Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. *Hch* 4,32) y ayudar a los pobres (cf. *Rm* 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. (*SCa* 90c).

[247] Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular *Caritas* en sus diversos ámbitos, prestan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas

instituciones, inspirándose en la Eucaristía, que es el sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo. (ibid.)

[248] El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. (ibid.)

[249] La oración que repetimos en cada santa Misa: «Danos hoy nuestro pan de cada día», nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo. (SCa 91a *Doctrina social de la Iglesia*).

[250] El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente su propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta para la caridad y la justicia. (ibid.)

[251] Por eso, como ha pedido el Sínodo, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas. (ibid.).

[252] En este precioso patrimonio, procedente de la más antigua tradición eclesial, encontramos los elementos que orientan con profunda sabiduría el comportamiento de los cristianos ante las cuestiones sociales candentes. Esta doctrina, madurada durante toda la historia de la Iglesia, se caracteriza por el realismo y el equilibrio, ayudando así a evitar compromisos equívocos o utopías ilusorias. (SCa 91b).

253. ¿Qué haces con darte a las obras y darle esas obras a Jesús, si tú mismo no te das también con ellas a Él?

254. No seas egoísta en la oración. Busca primero la gloria y el reino de Dios, y en último término preséntale tus necesidades.

255. Nunca salga de tus labios petición alguna sin que vaya acompañada de un resignado y amoroso «fiat».

256. El hecho de que haya pocos santos no obedece a la falta de piedad o de oración, a que no se vaya a Dios, a que no se hagan penitencias, a que no rehagan obras y más obras; obedece más bien a que no se arranca uno más de sí mismo, a que no se desprende del «yo», a que no se controla la propia libertad, a que no nos damos, no nos entregamos.

257. *Consigna:* Nuestro ideal ha de ser el de salir de la vulgaridad.

258. La mente humana, aun la de los cristianos, se ocupa poco -al menos con reposo y devoción- de las verdades y misterios divinos. Sabemos discurrir «humanamente», razonamos, juzgamos, ponderamos, pensamos maravillas en cosas humanas, terrenas y triviales; pero no acertamos a discurrir, reflexionar y razonar «divinamente».

259. Es difícil nuestra propia conquista total y absoluta para Dios. El primer castillo donde tiene el enemigo algún rincón secreto tal vez seamos nosotros mismos.

5) Buenos o malos compañeros de camino

Enseñanzas de Benedicto XVI

[260] Tenemos que reflexionar también nosotros, cristianos del siglo XXI, sobre la experiencia de los mártires. Tampoco es fácil para nosotros vivir como cristianos. Desde un punto de vista espiritual, el mundo en el que nos encontramos, caracterizado con frecuencia por el consumismo desenfrenado, por la indiferencia religiosa, por el secularismo cerrado a la trascendencia, puede parecer un desierto tan duro como ese desierto «grande y terrible» (Deuteronomio 8, 15) (*Homilía* que pronunció Benedicto XVI al clausurar el XXIV Congreso Eucarístico Nacional italiano. Ciudad del Vaticano, 29 mayo 2005.)

[261] Dios salió en ayuda del pueblo judío en dificultad con el don del maná para darle a entender que «no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8, 3). (ibid.)

[262] En el Evangelio de hoy, Jesús nos ha explicado cuál es el pan al que Dios quería preparar al pueblo de la Nueva Alianza con el don del maná. Aludiendo a la Eucaristía, dijo: «Éste es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre» (Juan 6, 58). (ibid.)

[263] El hijo de Dios, haciéndose carne, podía convertirse en Pan y de este modo ser alimento de su pueblo en camino hacia la tierra prometida del Cielo. (ibid.)

[264] Tenemos necesidad de este Pan para afrontar los esfuerzos y cansancios del viaje. El domingo, día del Señor, es la ocasión propicia para sacar fuerza de Él, que es el Señor de la vida. (ibid.)

[265] El precepto festivo no es por tanto un simple deber impuesto desde el exterior. Participar en la celebración dominical y alimentarse del Pan eucarístico es una necesidad para el cristiano, quien de este modo puede encontrar la energía necesaria para el camino que hay que recorrer. (ibid.)

[266] Un camino que, además, no es arbitrario: el camino que Dios indica a través de su ley va hacia la dirección inscrita en la esencia misma del hombre. Seguirlo significa para el hombre realizarse a sí mismo, perderlo es perderse a sí mismo. (ibid.)

[267] El Señor no nos deja solos en este camino. Él está con nosotros; es más, desea compartir nuestro destino hasta ensimismarse con nosotros. En el coloquio que nos acaba de referir el Evangelio, dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él» (Juan 6, 56). (ibid.)

[268] ¿Cómo no alegrarnos por una promesa así? Sin embargo, hemos escuchado que, ante aquel primer anuncio, la gente, en vez de alegrarse, comenzó a discutir y a protestar: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» (Juan 6, 52). (ibid.)

[269] A decir verdad, aquella actitud se ha repetido muchas veces a lo largo de la historia. Parecería que, en el fondo, la gente no tiene ganas de tener a Dios tan cerca, tan disponible, tan presente en sus vicisitudes. La gente quiere que sea grande y, en definitiva, más bien alejado. Se plantean entonces cuestiones que quieren demostrar que en definitiva una cercanía así es imposible. (ibid.)

[270] Pero mantienen toda su claridad gráfica las palabras que Cristo pronunció precisamente en aquella circunstancia: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Juan 6, 53). (ibid.)

[271] Frente al murmullo de protesta, Jesús habría podido retroceder con palabras tranquilizadoras: «Amigos –hubiera podido decir–, ¡no os preocupéis! He hablado de carne, pero es sólo un símbolo. Lo que quiero decir es sólo una profunda comunión de sentimientos». (ibid.)

[272] Pero Jesús no recurrió a estos endulzamientos. Mantuvo con firmeza su afirmación, incluso ante la defección de muchos de sus discípulos (Cf. Juan 6, 66). Es más, se mostró dispuesto a aceptar incluso la defección de sus mismos apóstoles, con tal de no cambiar para nada el carácter concreto de su discurso: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Juan 6, 67), preguntó. (ibid.)

[273] Gracias a Dios, Pedro dio una respuesta que hoy asumimos también nosotros, con plena conciencia: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6, 68). (ibid.)

[274] En la Eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros. Su presencia no es estática. Es una presencia dinámica, que nos hace suyos, nos asimila a él. (ibid.)

[275] Lo había comprendido muy bien Agustín, a quien, al provenir de una formación platónica, le había costado mucho aceptar la dimensión «encarnada» del cristianismo. En particular, él reaccionaba ante la perspectiva de la «comida eucarística», que le parecía indigna de Dios: en las comidas comunes el hombre se hace más fuerte, pues es él quien asimila la comida, haciendo de ella un elemento de la propia realidad corporal. (ibid.)

[276] Sólo más tarde Agustín comprendió que en la Eucaristía sucedía exactamente lo opuesto: el centro es Cristo que nos atrae hacia sí, nos hace salir de nosotros mismos para hacer de nosotros una sola cosa con él (Cf. Confesiones, VII, 10, 16). De este modo, nos introduce en la comunidad de los hermanos. (ibid.)

[277] Aquí afrontamos una ulterior dimensión de la Eucaristía, que quisiera tocar antes de concluir. El Cristo con el que nos encontramos en el sacramento es el mismo aquí en Bari, como en Roma, como en Europa, América, África, Asia, Oceanía. Es el único y el mismo Cristo quien está presente en el Pan eucarístico de todo lugar de la tierra. Esto significa que sólo podemos encontrarnos con él junto a todos los demás. Sólo podemos recibirle en la unidad. (ibid.)

[278] ¿No es esto lo que nos ha dicho el apóstol Pablo? Escribiendo a los corintios, afirma: «Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Corintios 10, 17). (ibid.)

[279] La consecuencia es clara: no podemos comulgar con el Señor si no comulgamos entre nosotros. Si queremos presentarnos a Él, tenemos que salir al encuentro los unos de los otros. Para ello es necesario aprender la gran lección del perdón: no hay que dejar que se apodere del espíritu la polilla del resentimiento, sino abrir el corazón a la magnanimidad de la escucha del otro, de la comprensión, de la posible aceptación de sus excusas, del generoso ofrecimiento de las propias. (ibid.)

[280] La Eucaristía, repitámoslo, es sacramento de la unidad. Pero, por desgracia, los cristianos están divididos precisamente en el sacramento de la unidad. Con mayor motivo, por tanto, apoyados por la Eucaristía, tenemos que sentirnos estimulados a tender con todas las fuerzas hacia esa plena unidad que Cristo deseó ardientemente en el Cenáculo. (ibid.)

[281] Precisamente aquí, en Bari, ciudad que custodia los huesos de san Nicolás, tierra de encuentro y de diálogo con los hermanos cristianos de Oriente, quisiera confirmar mi voluntad de asumir como compromiso fundamental el de trabajar con todas las energías en la reconstitución de la plena y visible unidad de todos los seguidores de Cristo. (ibid.)

[282] Soy consciente de que para ello no bastan las expresiones de buenos sentimientos. Se requieren gestos concretos que entren en los espíritus y agiten las conciencias, invitando a cada uno a esa conversión interior que es el presupuesto de todo progreso en el camino del ecumenismo (Cf. Discurso

de Benedicto XVI a los representantes de las iglesias y comunidades cristianas y de otras religiones no cristianas, 25 de abril de 2005). (ibid.)

[283] Os pido a todos que emprendáis con decisión el camino de ese ecumenismo espiritual, que en la oración abre las puertas al Espíritu Santo, el único que puede crear la unidad. (ibid.)

[284] Queridos amigos venidos a Bari desde varias partes de Italia para celebrar este Congreso Eucarístico, tenemos que redescubrir la alegría del domingo cristiano. Tenemos que redescubrir con orgullo el privilegio de poder participar en la Eucaristía, que es el sacramento del mundo renovado. (ibid.).

[285] La resurrección de Cristo tuvo lugar el primer día de la semana, que para los judíos era el día de la creación del mundo. Precisamente por este motivo el domingo era considerado por la primitiva comunidad cristiana como el día en el que tuvo inicio el mundo nuevo, el día en el que con la victoria de Cristo sobre la muerte comenzó la nueva creación. (ibid.).

[286] Reuniéndose en torno a la mesa eucarística, la comunidad se iba modelando como nuevo pueblo de Dios. San Ignacio de Antioquía llamaba a los cristianos «aquellos que han alcanzado la nueva esperanza», y los presentaba como personas «que viven según el domingo» («*iuxta dominicam viventes*»). Desde esta perspectiva, el obispo antioqueno se preguntaba: «¿Cómo podremos vivir sin aquél a quien esperaron los profetas?» («*Epistula ad Magnesios*», 9, 1-2). (ibid.).

[287] «¿Cómo podremos vivir sin él?». Escuchamos el eco de la afirmación de los mártires de Abitene en estas palabras de San Ignacio: «*Sine dominico non possumus*». De aquí surge nuestra oración: que los cristianos de hoy vuelvan a encontrar la conciencia de la decisiva importancia de la celebración dominical y que sepamos sacar de la participación en la Eucaristía el empuje necesario para un nuevo compromiso en el anuncio al mundo de Cristo «nuestra paz» (Efesios 2, 14). ¡Amén! (ibid.).

[288] Lo podemos ver en el pasaje del Evangelio «Dos hombres subieron al templo a orar»; de allí, uno «bajó a su casa justificado» y el otro no (Lc 18, 10.14). Este último presentó todos sus méritos ante Dios, casi como convirtiéndolo en un deudor suyo. En el fondo, no sentía la necesidad de Dios, aunque le daba gracias por haberlo hecho tan perfecto y no «como ese publicano». (Homilía de Benedicto XVI en la Santa Misa que ha presidido en la Iglesia de San Pablo, de Luanda, sábado, 21 de marzo de 2009).

[289] Y, sin embargo, es precisamente el publicano quien bajará a su casa justificado. Consciente de sus pecados, que le hacen agachar la cabeza, aunque, en realidad, está totalmente dirigido hacia el Cielo, él espera todo del Señor: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador» (Lc 18,13). Llama a la puerta de la Misericordia, que se abre y lo justifica, «porque – concluye Jesús – todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18,14). (ibid.)

290. Nuestro camino es nuestra cruz. El que no ama ni sigue ese camino, ya no es digno de Jesús.

291. Lo que interesa es que todos hagamos la obra de Dios.

292. Aquellas personas que no abandonaron su fe y la piedad cristianas y que vivieron cerca de Dios y de su amor, serán «luces flameantes en un candelero», «levadura eficaz entre otros hermanos, ciudad construida sobre la montaña», para que su santidad y su belleza resplandezcan, brillen e irradien como centro luminoso.

293. *Consigna.* Más fe y ¡adelante!, hasta llegar a morir, como Jesús, sin tener donde reclinar la cabeza y desnudo de todo.

294. Hemos de dar al Señor la ofrenda de nuestros sacrificios, y por ahí, acrisolando nuestra vida, dar a Dios, la gloria que el **mundo** le niega.

295. Es preciso velar con gran cautela y no creer tan fácilmente a todo espíritu.

296. De ti depende. No hagas alianzas con nadie. Sé generoso y radical. Sigue el querer divino; descansa en él, y tendrás paz.

297. Las personas transparentes no temen la luz y la verdad; dicen lo que sienten, sienten lo que viven, y viven netamente el Evangelio, la verdad.

298. Mucho se aprende en los libros leídos sosegada y atentamente. También se aprende mucho de labios de los maestros que nos enseñan el camino de la perfección y santidad. Pero la lección en gráficos, la santidad en cuadros vivos, tiene otros alicientes, añade otras fuerzas y otras luces. Sin discurrir tanto, se aprende más y mejor y, a la vez, se siente uno espoleado y empujado a conseguir aquello mismo a toda costa.

299. *Consigna.* Caridad, fraternidad, amor a todos y con todos, especialmente con los que aspiran a glorificar a Dios y a salvar almas.

300. Sé alegre. Consuélate. Hay también poderosos motivos para dar lugar a un santo regocijo.

301. ¡Qué alegres son los santos! Hay mucho bueno en el panorama de la creación en que explayar los sentidos y solazarse santamente. Y aún es mejor abrirse al mundo invisible que es, infinitamente más bello y alegre. Las personas recogidas penetran, con miras sin nubes, las bellezas invisibles del orden superior sobrenatural.

302. Aquel que distingue perfectamente la obra de Dios y la obra del hombre se replegará en sí mismo y, después de la jornada, al cabo del día entonará el «Magnificat» de acción de gracias, por las que Jesús le ha hecho a él y por él a los demás.

303 Todo el que, a la vista de sus balances anuales, no quiere dar lugar al pesimismo, decididamente renueva sus propósitos y reanuda con nuevo aliento las tareas de su actividad, sin pensar en posibles contratiempos y fracasos; antes bien, prometiéndose más risueño y prometedor porvenir.

6) Hambre y sed: preguntas y señales de alarma o salud

Enseñanzas de Benedicto XVI

[304] ¿Dónde encuentro los criterios para mi vida; dónde los criterios para colaborar de modo responsable en la edificación del presente y del futuro de nuestro **mundo**? ¿De quién puedo fiarme; a quién confiarme? ¿Dónde está aquél que puede darme la respuesta satisfactoria a los anhelos del corazón? (*Discurso* de Benedicto XVI a los jóvenes en el embarcadero del Poller Rheinwiesen Colonia, Alemania, 18 de agosto de 2005)

[305] Plantearse dichas cuestiones significa reconocer, ante todo, que el camino no termina hasta que se ha encontrado a Quien tiene el poder de instaurar el Reino universal de justicia y paz, al que los hombres aspiran, aunque no lo sepan construir por sí solos. (ibid.)

[306] Hacerse estas preguntas significa además buscar a Alguien que ni se engaña ni puede engañar, y que por eso es capaz de ofrecer una certidumbre tan firme, que merece la pena vivir por ella y, si fuera preciso, también morir por ella. (ibid.)

[307] Cuando se perfila en el horizonte de la existencia una respuesta como ésta, queridos amigos, hay que saber tomar las decisiones necesarias. Es como alguien que se encuentra en una bifurcación: ¿Qué camino tomar? ¿El que sugieren las pasiones o el que indica la estrella que brilla en la conciencia? (ibid.)

[308] Los Magos, una vez que oyeron la respuesta “en Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta” (Mt 2,5), decidieron continuar el camino y llegar hasta el final, iluminados por esta palabra. Desde Jerusalén fueron a Belén, es decir, desde la palabra que les había indicado dónde estaba el Rey de los Judíos que buscaban, hasta el encuentro con aquel Rey, que es al mismo tiempo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. (ibid.)

[309] También a nosotros se nos dice aquella palabra. También nosotros hemos de hacer nuestra opción. En realidad, pensándolo bien, ésta es precisamente la experiencia que hacemos en la participación en cada Eucaristía. En efecto, en cada Misa, el encuentro con la Palabra de Dios nos introduce en la participación del misterio de la cruz y resurrección de Cristo y de este modo nos introduce en la Mesa eucarística, en la unión con Cristo. (ibid.)

[310] En el altar está presente al que los Magos vieron acostado entre pajas: Cristo, el Pan vivo bajado del cielo para dar la vida al mundo, el verdadero Cordero que da su propia vida para la salvación de la humanidad. Iluminados por la Palabra, siempre es en Belén –la “Casa del pan”– donde podremos tener ese encuentro sobrecogedor con la indecible grandeza de un Dios que se ha humillado hasta el punto hacerse ver en el pesebre y de darse como alimento sobre el altar. (ibid.)

[311] ¡Podemos imaginar el asombro de los Magos ante el Niño en pañales! Sólo la fe les permitió reconocer en la figura de aquel niño al Rey que buscaban, al Dios al que la estrella les había guiado. En Él, cubriendo el abismo entre lo finito y lo infinito, entre lo visible y lo invisible, el Eterno ha entrado en el tiempo, el Misterio se ha dado a conocer, mostrándose ante nosotros en los frágiles miembros de un niño recién nacido. (ibid.)

[312] “Los Magos están asombrados ante lo que allí contemplan: el cielo en la tierra y la tierra en el cielo; el hombre en Dios y Dios en el hombre; ven encerrado en un pequeñísimo cuerpo aquello que no puede ser contenido en todo el mundo” (San Pedro Crisólogo, Serm. 160,2). Durante estas jornadas, en este “Año de la Eucaristía”, contemplaremos con el mismo asombro a Cristo presente en el Tabernáculo de la misericordia, en el Sacramento del altar. (ibid.).

[313] Queridos jóvenes, la felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis derecho de saborear, tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazareth, oculto en la Eucaristía. Sólo Él da plenitud de vida a la humanidad. Decid, con María, vuestro “sí” al Dios que quiere entregarse a vosotros. (ibid.)

[314] Os repito hoy lo que he dicho al principio de mi pontificado: “Quien deja entrar a Cristo [en la propia vida] no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera” (Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino, 24 abril 2005). (ibid.)

[315] Estad plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en vosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo. (ibid.).

316. Sólo los limpios de corazón conocen a Aquel que pide con ansia: *Dame de beber*; y sólo ellos descubren en Él el escondido manantial

317. Para sentir sed de lo divino es necesaria una gran pureza de alma.

318. Es casi insaciable cuanto natural en los hombres el hambre de Dios, la nostalgia de Dios, por lo menos desde su regeneración en las aguas del bautismo. El *dame de beber* de Cristo a la Samaritana lo repiten ahora los hombres. Tienen sed de un agua que no contienen los aljibes de barro y lodo.

319. Nadie tiene menos apego a los bienes, riquezas, honores, placeres, vanidades y grandezas de este mundo como aquel que vive entregado, con verdadera hambre y sed de santidad, a Dios.

320. ¿Tienes hambre y sed? ¿De qué tienes hambre y sed? ¿Hay hartura divina en tu alma? ¿Te llena Dios? ¿Buscas algo fuera de Él?... ¡Sólo Jesús!, ¡hambre de Él, hartura de Él!

321. Hambre y sed en el orden natural significan que hay buena salud y buena disposición en el sujeto. Hambre y sed en el orden espiritual deberán también significar un estado de vigor y de energía para los actos propios del alma en orden a la santidad. Toda alma santa, y cuanto más santa más, tiene mucha hambre y sed de elevarse a mayor santidad.

322. Jesús llena siempre el corazón (previamente vacío) que tiene hambre y sed de justicia y santidad.

323 Quien se da a Dios, en Él lo hallará todo. Sólo Dios le basta, porque Dios es para él todas las cosas. Mas quien no posee a Dios, aun cuando se vea dueño de todo, vivirá de hambre y jamás experimentará una hartura plena y feliz.

324. Cuando el infierno ha puesto, con preferencia, como blanco de sus enconados odios al divino Sacramento de nuestros altares, señal es de que la vida del cristianismo tiene sus raíces, su fundamento y su verdadera fuente en la participación de este celestial manjar.

325. La sociedad confiesa cada vez más abiertamente su sed de Dios, la necesidad de ir a Dios y de buscar en su amor el remedio para nuestros males.

326. Las cosas del mundo no sirven más que para avivar la sed, y no para quitarla.

327. No hay amor sin reparación. El que de veras ama toma con ardor los intereses del Amado y no puede soportar verlo siempre despreciado o simplemente olvidado, sin que trate de demostrarle verdadero dolor y un gran deseo de desagraviarle con amor.

328. Jesús ofreció al Padre reparación super-abundante. Sin embargo, invita a las personas generosas a que se ofrezcan con Él, a fin de aplicar juntos, en beneficio del mundo, los infinitos tesoros de la gran expiación del Calvario.

329. Las personas reparadoras no son egoístas, no buscan su bien; son desprendidas. No piden; dan. Sólo el bien de Jesús las mueve; a Él se lo dan todo, por Él lo sacrifican todo; su comodidad, su bienestar, sus méritos, sus obras, sus sacrificios. ¡Nada para sí, todo para Jesús!

III. AUTENTICIDAD Y REALIZACIÓN DE UN “YO” PECADOR

1) **Trascendencia y misericordia**

Enseñanzas de Benedicto XVI

[330] Hoy quiero con vosotros reflexionar sobre el texto de San Mateo (19, 16-22), que acabamos de oír. Habla de un joven. Él vino corriendo al encuentro de Jesús, merece que se destaque su ansia. En este joven veo a todos vosotros, jóvenes de Brasil y de América Latina. Vinisteis corriendo de diversas regiones de este Continente para nuestro encuentro; queréis oír, por la voz del Papa, las palabras del propio Jesús. (*Discurso de S.S. Benedicto XVI durante el encuentro con los jóvenes en el estadio Pacaembu* 3. 28 de Abril de 2009.)

[331] Como en el Evangelio, tenéis una pregunta importante que hacerle. Es la misma del joven que vino corriendo al encuentro de Jesús: ¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? Me gustaría profundizar con vosotros esta pregunta. Se trata de la vida, la vida que, en vosotros, es exuberante y bella. ¿Qué hacer con ella? ¿Cómo vivirla plenamente? (ibid.).

[332] Pronto entendemos, en la formulación de la propia pregunta, que no basta el aquí y ahora, o sea, nosotros no conseguimos delimitar nuestra vida al espacio y al tiempo, por más que pretendamos extender sus horizontes. La vida os trasciende. (ibid.)

[333] En otras palabras, queremos vivir y no morir. Sentimos que algo nos revela que la vida es eterna y que es necesario empeñarnos para que esto acontezca. En otras palabras, ella está en nuestras manos y depende, de algún modo, de nuestra decisión. (ibid.).

[334] La pregunta del Evangelio no contempla apenas el futuro. No trata apenas de una cuestión sobre qué pasará después de la muerte. Hay, por el contrario, un compromiso con el presente aquí y ahora, que debe garantizar autenticidad y consecuentemente el futuro. En una palabra, la pregunta cuestiona el sentido de la vida. Puede por eso ser formulada así: ¿qué debo hacer para que mi vida tenga sentido? O sea: ¿cómo debo vivir para cosechar plenamente los frutos de la vida? O mas aún: ¿qué debo hacer para que mi vida no transcurra inútilmente? (ibid.).

[335] Jesús es el único capaz de darnos una respuesta, porque es el único que puede garantizar la vida eterna. Por eso también es el único que consigue mostrar el sentido de la vida presente y darle un contenido de plenitud. (ibid.).

[336] Sin embargo, antes de dar su respuesta, Jesús cuestiona al joven con una pregunta muy importante: "¿Por qué me llamas bueno?" En esta pregunta se encuentra la clave de la respuesta. Aquel joven percibió que Jesús es bueno y que es maestro. Un maestro que no engaña. (ibid.)

[337] Estamos aquí porque tenemos esta misma convicción: Jesús es bueno. Quizás no sabemos toda la razón de esta percepción, pero es cierto que ella nos aproxima a Él y nos abre a su enseñanza: un maestro bueno. (ibid.)

[338] Quien reconoce el bien es señal que ama, y quien ama, en la feliz expresión de San Juan, conoce a Dios (cf. *1Jn* 4,7). El joven del Evangelio tuvo una percepción de Dios en Jesucristo. (ibid.) 4.

[339] Jesús nos garantiza que solo Dios es bueno. Estar abierto a la bondad significa acoger a Dios. Así Él nos invita a ver a Dios en todas las cosas y en todos los acontecimientos, inclusive ahí donde la mayoría solo ve la ausencia de Dios; viendo la belleza de las criaturas y constatando la bondad presente en todas ellas, es imposible no creer en Dios y no hacer una experiencia de su presencia salvífica y consoladora. (ibid.).

[340] Si lográsemos ver todo el bien que existe en el mundo y, más aún, experimentar el bien que proviene del propio Dios, no cesaríamos jamás de aproximarnos a Él, de alabarlo y agradecerle. Él continuamente nos llena de alegría y de bienes. Su alegría es nuestra fuerza. (ibid.).

[341] Pero nosotros no conocemos sino de forma parcial. Para percibir el bien necesitamos de auxilios, que la Iglesia nos proporciona en muchas oportunidades, principalmente por la catequesis. Jesús mismo explicita lo que es bueno para nosotros, dándonos su primera catequesis. «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19,17). (ibid.).

[342] Él parte del conocimiento que el joven ya obtuvo ciertamente de su familia y de la Sinagoga: de hecho, conoce los mandamientos. Ellos conducen a la vida, lo que equivale a decir que ellos nos garantizan autenticidad. Son los grandes indicadores que nos señalan el camino cierto. Quien observa los mandamientos está en el camino de Dios. (ibid.).

[343] No basta conocer los mandamientos El testimonio vale más que la ciencia, o sea, es la propia ciencia aplicada. No nos son impuestos de fuera, ni disminuyen nuestra libertad. Por el contrario: constituyen impulsos internos vigorosos, que nos llevan a actuar en esta dirección. En su base está la gracia y la naturaleza, que no nos dejan inmóviles. Necesitamos caminar. Somos lanzados a hacer algo para realizarnos nosotros mismos. (ibid.).

[344] Realizarse, a través de la acción, en verdad, es volverse real. Nosotros somos, en gran parte, a partir de nuestra juventud, lo que nosotros queremos ser. Somos, por así decir, obra de nuestras manos. (ibid.).

[345] En este momento me vuelvo nuevamente a vosotros jóvenes, queriendo oír también de vosotros la respuesta del joven del Evangelio: "todo esto lo he observado desde mi juventud". El joven del Evangelio era bueno, observaba los mandamientos, estaba pues en el camino de Dios, por eso Jesús lo miró con amor. (ibid.).

[346] Al reconocer que Jesús era bueno, dio testimonio de que también él era bueno. Tenía una experiencia de la bondad y por eso, de Dios. Y vosotros, jóvenes de Brasil y de América Latina ¿ya descubristeis lo que es bueno? ¿Seguís los mandamientos del Señor? ¿Descubristeis que éste es el verdadero y único camino hacia la felicidad? (ibid.) 5.

[347] Los años que estáis viviendo son los años que preparan vuestro futuro. El “mañana” depende mucho de cómo estéis viviendo el “hoy” de la juventud. Ante los ojos, mis queridos jóvenes, tenéis una vida que deseamos que sea larga; pero es una sola, es única: no la dejéis pasar en vano, no la desperdiciéis. Vivid con entusiasmo, con alegría, pero, sobretodo, con sentido de responsabilidad. (ibid.).

[348] Muchas veces sentimos temblar nuestros corazones de pastores, constatando la situación de nuestro tiempo. Oímos hablar de los miedos de la juventud de hoy. Nos revelan un enorme déficit de esperanza: miedo de morir, en un momento en que la vida se está abriendo y busca encontrar el propio camino de realización; miedo de sobrar, por no descubrir el sentido de la vida; y miedo de quedar desconectado delante de la deslumbrante rapidez de los acontecimientos y de las comunicaciones. (ibid.).

[349] Registramos el alto índice de muertes entre los jóvenes, la amenaza de la violencia, la deplorable proliferación de las drogas que sacude hasta la raíz más profunda a la juventud de hoy, se habla por eso, a menudo de una juventud perdida. (ibid.).

[350] Pero mirándoos a vosotros, jóvenes aquí presentes, que irradiáis alegría y entusiasmo, asumo la mirada de Jesús: una mirada de amor y confianza, en la certeza de que vosotros encontrasteis el verdadero camino. Sois jóvenes de la Iglesia, por eso yo os envío para la gran misión de evangelizar a los jóvenes y a las jóvenes que andan errantes por este mundo, como ovejas sin pastor. (ibid.).

[351] Sed los apóstoles de los jóvenes, invítenlos a que vengan con vosotros, a que hagan la misma experiencia de fe, de esperanza y de amor; se encuentren con Jesús, para que se sientan realmente amados, acogidos, con plena posibilidad de realizarse. Que también ellos y ellas descubran los caminos seguros de los Mandamientos y por ellos lleguen hasta Dios. (ibid.).

[352] Podéis ser protagonistas de una sociedad nueva si buscáis poner en práctica una vivencia real inspirada en los valores morales universales, pero también un empeño personal de formación humana y espiritual de vital importancia. (ibid.)

[353] Un hombre o una mujer no preparados para los desafíos reales de una correcta interpretación de la vida cristiana de su medio ambiente será presa fácil de todos los asaltos del materialismo y del laicismo, cada vez más actuantes en todos los niveles. (ibid.).

[354] Sed hombres y mujeres libres y responsables; haced de la familia un foco irradiador de paz y de alegría; sed promotores de la vida, desde el inicio hasta su final natural; amparad a los ancianos, pues ellos merecen respeto y admiración por el bien que os hicieron. (ibid.)

[355] El Papa también espera que los jóvenes busquen santificar su trabajo, haciéndolo con capacidad técnica y con laboriosidad, para contribuir al progreso de todos sus hermanos y para iluminar con la luz del Verbo todas las actividades humanas (cf. *Lumen Gentium*, N. 36). (ibid.)

[356] Pero, sobretodo, el Papa espera que sepan ser protagonistas de una sociedad más justa y más fraterna, cumpliendo las obligaciones ante al Estado: respetando sus leyes; no dejándose llevar por el odio y por la violencia; siendo ejemplo de conducta cristiana en el ambiente profesional y social, distinguiéndose por la honestidad en las relaciones sociales y profesionales. (ibid.).

[357] Tengan en cuenta que la ambición desmedida de riqueza y de poder lleva a la corrupción personal y ajena; no existen motivos para hacer prevalecer las propias aspiraciones humanas, sean ellas económicas o políticas, con el fraude y el engaño. (ibid.).

[358] Concluyendo, existe un inmenso panorama de acción en el cual las cuestiones de orden social, económica y política ganan un particular relieve, siempre que tengan su fuente de inspiración en el Evangelio y en la Doctrina Social de la Iglesia. (ibid.)

[359] La construcción de una sociedad más justa y solidaria, reconciliada y pacífica; la contención de la violencia y las iniciativas que promuevan la vida plena, el orden democrático y el bien común y, especialmente, aquellas que llevan a eliminar ciertas discriminaciones existentes en las sociedades latinoamericanas y no son motivo de exclusión, sino de recíproco enriquecimiento.(ibid.).

360. La misma luz con la que ves lo grande que es Dios es la que te hace ver tu pequeñez y la nada de tu ser. Son como los dos polos de un mismo misterio; son como dos abismos que –en su unidad- se separan y parecen distanciarse entre sí cada vez más.

361. Cuanto más la persona va entrando en el conocimiento de Dios, mejor ve el contraste de las cosas terrenas a las que el hombre está tan adherido.

362. ¡Abarcamos tan poco! Una sola cosa basta para absorbernos por completo. Si bajamos a los asuntos terrenos, nos olvidamos de los del cielo; si andamos metidos en las cosas materiales, olvidamos las espirituales, y si, aun siendo cosas espirituales, se refieren a otros, de todas formas, nos olvidamos de nosotros mismos.

363. Es preciso dejar con frecuencia lo terreno, lo material, incluso lo espiritual si se refiere a los demás, para poder fijar la atención en nuestro propio interior. Y para esto hay que retirarse y quedarse solas con el Maestro.

364. Divino Consolador, consuélame siempre. Y si me conviene sufrir sin consuelos, dame el consuelo de saber sufrir el desconsuelo.

365. Yo soy un pecador, y cada uno de mis pecados ha terminado encontrándose siempre con la misericordia de Dios, sin la cual yo no hubiera hallado el perdón ni la restauración de la vida en mi propia alma.

366. El pecado es la raíz y fuente de todas las miserias humanas, y estas miserias y la raíz de ellas encuentran su remedio en la misericordia divina. Dios es fuente de misericordia

367. En todas partes y lugares puede haber –y conviene que las haya- personas muy de Dios que en medio del mundo llevan una vida consagrada y viven su vida netamente cristiana.

368. La vida externa familiar, social, ciudadana, pública, debe en todo conformarse con la vida interior, cristiana, evangélica, sobrenatural que se vive.

369. El retorno del mundo a Dios significa una renovación completa de la vida cristiana, un restablecimiento completo del espíritu del Evangelio, un despertar del letargo de la debilidad de la voluntad y de la frialdad del corazón, una transformación del hombre.

2) **Andar en la propia verdad se llama humildad y autenticidad**

Enseñanzas de Benedicto XVI

[370] *Queridos hermanos y hermanas:* En el Cenáculo, la tarde antes de su pasión, el Señor oró por sus discípulos reunidos en torno a Él, pero con la vista puesta al mismo tiempo en la comunidad de los discípulos de todos los siglos, «los que crean en mí por la palabra de ellos» (*Jn 17,20*). En la plegaria por los discípulos de todos los tiempos, Él nos ha visto también a nosotros y ha rezado por nosotros. (SOLEMNE MISA CRISMAL HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI *Basílica de San Pedro. Jueves Santo 9 de abril de 2009.*)

[371] Escuchemos lo que pide para los Doce y para los que estamos aquí reunidos: «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (*Jn17, 17 ss.*) (ibid.)

[372] El Señor pide nuestra santificación, nuestra consagración en la verdad. Y nos envía para continuar su misma misión. Pero hay en esta súplica una palabra que nos llama la atención, que nos parece poco comprensible. Dice Jesús: «Por ellos me consagro yo». ¿Qué quiere decir? ¿Acaso Jesús no es de por sí «el Santo de Dios», como confesó Pedro en la hora decisiva en Cafarnaún (cf. *Jn 6,69*)? ¿Cómo puede ahora consagrarse, es decir, santificarse a sí mismo? (ibid.)

[373] Para entender esto, hemos de aclarar antes de nada lo que quieren decir en la Biblia las palabras «santo» y «santificar/consagrar». Con el término «santo» se describe en primer lugar la naturaleza de Dios mismo, su modo de ser del todo singular, divino, que corresponde sólo a Él. Sólo Él es el auténtico y verdadero Santo en el sentido originario. (ibid.).

[374] Cualquier otra santidad deriva de Él, es participación en su modo de ser. Él es la Luz purísima, la Verdad y el Bien sin mancha. Por tanto, consagrar algo o alguno significa dar en propiedad a Dios algo o alguien, sacarlo del ámbito de lo que es nuestro e introducirlo en su ambiente, de modo que ya no pertenezca a lo nuestro, sino enteramente a Dios. (ibid.)

[375] Consagración es, pues, un sacar del mundo y un entregar al Dios vivo. La cosa o la persona ya no nos pertenecen, ni pertenece a sí misma, sino que está inmersa en Dios. Un privarse así de algo para entregarlo a Dios, lo llamamos también sacrificio: ya no será propiedad mía, sino suya. (ibid.).

[376] En el Antiguo Testamento, la entrega de una persona a Dios, es decir, su «santificación», se identifica con la Ordenación sacerdotal y, de este modo, se define también en qué consiste el sacerdocio: es un paso de propiedad, un ser sacado del mundo y entregado a Dios. (ibid.).

[377] Con ello se subrayan ahora las dos direcciones que forman parte del proceso de la santificación/consagración. Es un salir del contexto de la vida mundana, un «ser puestos a parte» para Dios. Pero precisamente por eso no es una segregación. Ser entregados a Dios significa más bien ser puestos para representar a los otros. (ibid.).

[378] El sacerdote es sustraído a los lazos mundanos y entregado a Dios, y precisamente así, a partir de Dios, debe quedar disponible para los otros, para todos. Cuando Jesús dice «Yo me consagro», Él se hace a la vez sacerdote y víctima. Por tanto, Bultmann tiene razón traduciendo la afirmación «Yo me consagro» por «Yo me sacrifico». ¿Comprendemos ahora lo que sucede cuando Jesús dice: «Por ellos me consagro yo»? (ibid.).

[379] Éste es el acto sacerdotal en el que Jesús —el hombre Jesús, que es una cosa sola con el Hijo de Dios— se entrega al Padre por nosotros. Es la expresión de que Él es al mismo tiempo sacerdote y víctima. Me consagro, me sacrifico: esta palabra abismal, que nos permite asomarnos a lo íntimo del corazón de Jesucristo, debería ser una y otra vez objeto de nuestra reflexión. En ella se encierra todo el misterio de nuestra redención. Y ella contiene también el origen del sacerdocio de la Iglesia, de nuestro sacerdocio. (ibid.).

[380] Sólo ahora podemos comprender a fondo la súplica que el Señor ha presentado al Padre por los discípulos, por nosotros. «Conságralos en la verdad»: ésta es la inserción de los apóstoles en el sacerdocio de Jesucristo, la institución de su sacerdocio nuevo para la comunidad de los fieles de todos los tiempos. (ibid.).

[381] «Conságralos en la verdad»: ésta es la verdadera oración de consagración para los apóstoles. El Señor pide que Dios mismo los atraiga hacia sí, al seno de su santidad. Pide que los sustraiga de sí mismos y los tome como propiedad suya, para que, desde Él, puedan desarrollar el servicio sacerdotal para el mundo. (ibid.)

[382] Esta oración de Jesús aparece dos veces en forma ligeramente modificada. En ambos casos debemos escuchar con mucha atención para empezar a entender, al menos vagamente, la sublime realidad que se está operando aquí. «Conságralos en la verdad». (ibid.).

[383] Y Jesús añade: «Tu palabra es verdad». Por tanto, los discípulos son sumidos en lo íntimo de Dios mediante su inmersión en la palabra de Dios. La palabra de Dios es, por decirlo así, el baño que los purifica, el poder creador que los transforma en el ser de Dios. (ibid.)

[384] Y entonces, ¿cómo están las cosas en nuestra vida? ¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento? (ibid.)

[385] ¿O no es más bien nuestro pensamiento el que se amolda una y otra vez a todo lo que se dice y se hace? ¿Acaso no son con frecuencia las opiniones predominantes los criterios que marcan nuestros pasos? ¿Acaso no nos quedamos, a fin de cuentas, en la superficialidad de todo lo que frecuentemente se impone al hombre de hoy? ¿Nos dejamos realmente purificar en nuestro interior por la palabra de Dios? (ibid.).

[386] Nietzsche se ha burlado de la humildad y la obediencia como virtudes serviles, por las cuales se habría reprimido a los hombres. En su lugar, ha puesto el orgullo y la libertad absoluta del hombre. Ahora bien, hay caricaturas de una humildad equivocada y una falsa sumisión que no queremos imitar. Pero existe también la soberbia destructiva y la presunción, que disgregan toda comunidad y acaban en la violencia. (ibid.)

[387] ¿Sabemos aprender de Cristo la recta humildad, que corresponde a la verdad de nuestro ser, y esa obediencia que se somete a la verdad, a la voluntad de Dios? «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad»: esta palabra de la incorporación en el sacerdocio ilumina nuestra vida y nos llama a ser siempre nuevamente discípulos de esa verdad que se desvela en la palabra de Dios. (ibid.).

[388] En la interpretación de esta frase podemos dar un paso más todavía. ¿Acaso no ha dicho Cristo de sí mismo: «Yo soy la verdad» (cf. *Jn* 14,6)? ¿Y acaso no es Él mismo la Palabra viva de Dios, a la que se refieren todas las otras palabras? Conságralos en la verdad, quiere decir, pues, en lo más hondo: hazlos una sola cosa conmigo, Cristo. Sujétalos a mí. Ponlos dentro de mí. Y, en efecto, en último término hay un único sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo mismo. Por tanto, el sacerdocio de los discípulos sólo puede ser participación en el sacerdocio de Jesús. (ibid.)

[389] Así, pues, nuestro ser sacerdotes no es más que un nuevo y radical modo de unión con Cristo. Ésta se nos ha dado sustancialmente para siempre en el Sacramento. Pero este nuevo sello del ser puede convertirse para nosotros en un juicio de condena, si nuestra vida no se desarrolla entrando en la verdad del Sacramento. (ibid.).

[390] Unirse a Cristo supone la renuncia. Comporta que no queremos imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad; que no deseamos llegar a ser esto o lo otro, sino que nos abandonamos a Él, donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros. San Pablo decía a este respecto: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2,20). (ibid.).

[391] En el «sí» de la Ordenación sacerdotal hemos hecho esta renuncia fundamental al deseo de ser autónomos, a la «autorrealización». Pero hace falta cumplir día tras día este gran «sí» en los muchos pequeños «sí» y en las pequeñas renunciaciones. Este «sí» de los pequeños pasos, que en su conjunto constituyen el gran «sí», sólo se podrá realizar sin amargura y autocompasión si Cristo es verdaderamente el centro de nuestra vida. Si entramos en una verdadera familiaridad con Él. (ibid.)

[392] En efecto, entonces experimentamos en medio de las renunciaciones, que en un primer momento pueden causar dolor, la alegría creciente de la amistad con Él; todos los pequeños, y a veces también grandes signos de su amor, que continuamente nos da. «Quien se pierde a sí mismo, se guarda». Si nos arriesgamos a perdernos a nosotros mismos por el Señor, experimentamos lo verdadera que es su palabra. (ibid.).

[393] Estar inmersos en la Verdad, en Cristo, es un proceso que forma parte de la oración en la que nos ejercitamos en la amistad con Él y también aprendemos a conocerlo: en su modo de ser, pensar, actuar. (ibid.)

[394] Orar es un caminar en comunión personal con Cristo, exponiendo ante Él nuestra vida cotidiana, nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él. Pero para que eso no se convierta en una autocontemplación, es importante aprender continuamente a orar rezando con la Iglesia. Celebrar la Eucaristía quiere decir orar. (ibid.).

[395] Celebramos correctamente la Eucaristía cuando entramos con nuestro pensamiento y nuestro ser en las palabras que la Iglesia nos propone. En ellas está presente la oración de todas las generaciones, que nos llevan consigo por el camino hacia el Señor. Y, como sacerdotes, en la celebración eucarística somos aquellos que, con su oración, abren paso a la plegaria de los fieles de hoy. (ibid.)

[396] Si estamos unidos interiormente a las palabras de la oración, si nos dejamos guiar y transformar por ellas, también los fieles tienen al alcance esas palabras. Y, entonces, todos nos hacemos realmente «un cuerpo solo y una sola alma» con Cristo. (ibid.).

[397] Estar inmersos en la verdad y, así, en la santidad de Dios, también significa para nosotros aceptar el carácter exigente de la verdad; contraponerse tanto en las cosas grandes como en las pequeñas a la mentira que hay en el mundo en tantas formas diferentes; aceptar la fatiga de la verdad, para que su alegría más profunda esté presente en nosotros. (ibid.)

[398] Cuando hablamos del ser consagrados en la verdad, tampoco hemos de olvidar que, en Jesucristo, verdad y amor son una misma cosa. Estar inmersos en Él significa afondar en su bondad, en el amor verdadero. (ibid.).

399. El hombre ha de ser toda una revelación de las perfecciones de Dios, de su poder, de su sabiduría, de su bondad, de su amor. Será como una fotografía de Dios, como un espejo, en el que Dios mismo se contemple en miniatura perfecta.

400. Dios no te ha creado para su bien y provecho, sino para tu bien y provecho.

401. Puesto que el alma es inmortal y eterna en cuanto a su fin último, su destino lo es también, y de una imponderable trascendencia.

402. La vida mortal, por lo mismo que es mortal, está demasiado cerca de la muerte; no merece que la busquemos con tanto afán.

403. Ante la inseguridad de lo presente, nosotros no nos contentamos con la paz y la seguridad del progreso humano; buscamos otra paz y otras seguridades que tienen fundamentos más sólidos en la vida de santidad.

404. Las alegrías del mundo quedan en la superficie, en las emociones sensibles del apetito. Sólo Dios penetra en las profundidades de nuestro espíritu con aquellas dulcísimas alegrías y con los goces de su divino amor.

405. La verdad, la justicia, la santidad, Dios, nunca cansan. La persona que los posee lo mismo goza en los albores de su vida que en el atardecer, y como el bien crece en el justo, crecen también con el tiempo su felicidad y su gozo espiritual.

406. ¿No has comprendido por experiencia que las alegrías que vienen de fuera no llegan muchas veces al fondo del alma, mientras que, en cambio, las que Dios produce en el interior inundan el alma y hasta se desbordan al exterior algunas veces?

407. Que tu piedad, tu oración, tus virtudes, lleven el sello de la autenticidad, que es la sencillez y el ocultamiento. Que tu conducta sea al natural, sin fingimiento, sin disimulo u orgulloso pregón de tu santidad.

408. Jesús: tus obras ostentan siempre el sello de la pequeñez. Lo grande en Ti y en tus obras se oculta o lo disimula esa pequeñez. Por eso dijiste que los «pequeños», y cuanto más pequeños más adentro entrarán en posesión de lo «grande».

409. Muchos quieren servir a Jesús «sentados»; pocos, «postrados».

410. Tu vida tiene fundamento y cimientos en la humildad de tu propia miseria. No te levantes de este fundamento, aunque subas muchos grados de santidad, pues si falla este fundamento se derrumbará.

411. No temas; pero no seas temerario. Procura consolidarte, asegurarte y cimentarte sobre la Roca-Cristo vivido en tu vida, según su Evangelio, su doctrina, su ley completa, en la Eucaristía, en la fe, en la oración... Vive y pon ahí tu fundamento. Serás como *la casa construida sobre roca firme*.

412. La perfección de la ley y, por lo tanto, la justicia y la santidad del hombre, están en su interior.

413. La ley mira y abarca al hombre entero, interior y exteriormente, en el fondo del corazón y en sus actos externos. Y aun importan más los actos del interior, puesto que del interior proceden la malicia o la bondad de todos los actos.

414. Nuestros pensamientos, aspiraciones y querer, sueños y amores, conversaciones, obras, la vida toda, han de orientarse hacia el cielo.

415. No te adelantes a descubrir tus dones.

3) Disponibilidad penitencial renovadora y compensadora

Enseñanzas de Benedicto XVI

[416] El trabajo del Señor había comenzado con gran entusiasmo. Había curado a los enfermos, todos escuchaban con alegría la palabra: "El reino de Dios está cerca". Parecía que, de verdad, el cambio del mundo y la llegada del reino de Dios sería inminente; que, por fin, la tristeza del pueblo de Dios se transformaría en alegría. Se estaba a la espera de un mensajero de Dios que tomara en su mano el timón de la historia. (*DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI A LOS SACERDOTES DE LA DIÓCESIS DE AOSTA*. Lunes 25 de julio de 2005).

[417] Ciertamente, veían que los enfermos habían sido curados, que los demonios habían sido expulsados, que el Evangelio había sido anunciado; pero, por otra parte, el mundo continuaba como antes. Nada cambiaba. Los romanos seguían dominando. A pesar de esos signos, de esas hermosas palabras, la vida era difícil cada día. Y así el entusiasmo se apagaba y, al final, como nos dice el capítulo sexto del evangelio de san Juan, también los discípulos abandonaron a este Predicador que predicaba, pero no cambiaba el mundo (ibid.)

[418] En definitiva, todos se preguntan: ¿qué mensaje es este?, ¿qué mensaje trae este profeta de Dios? El Señor habla del sembrador que siembra en el campo del mundo. Y la semilla, como su

palabra, como sus curaciones, parece algo insignificante en comparación con la realidad histórica y política. Del mismo modo que la semilla es pequeña, insignificante, así es también la Palabra. (ibid.)

[419] Sin embargo —dice—, en la semilla está presente el futuro, porque la semilla contiene en sí el pan de mañana, la vida de mañana. En apariencia, la semilla no es casi nada y, a pesar de ello, es la presencia del futuro, es promesa ya presente hoy. Y así, con esta parábola, dice: "Estamos en el tiempo de la siembra; la palabra de Dios parece sólo una palabra, casi nada. Pero ¡ánimo!, esta palabra contiene en sí la vida. Y da fruto". (ibid.)

[420] La parábola dice también que gran parte de la semilla no da fruto porque cayó en el camino, entre piedras, etc. Pero la parte que cayó en tierra buena dio fruto: el treinta, el sesenta, el ciento por uno. (ibid.)

[421] Al final, en cierto sentido, Jesús, el domingo de Ramos, sintetizó todas estas enseñanzas sobre la semilla de la palabra: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo, pero si cae en tierra y muere, da mucho fruto. Así dio a entender que él mismo es el grano de trigo que cae en tierra y muere. (ibid.)

[422] En la crucifixión todo parece un fracaso; pero precisamente así, cayendo en tierra, muriendo, en el camino de la cruz, da fruto para todos los tiempos. Aquí tenemos también la finalización cristológica según la cual Cristo mismo es la semilla, es el Reino presente; y, a la vez, la dimensión eucarística: este grano de trigo cae en tierra y así crece hasta formar el nuevo Pan, el Pan de la vida futura, la sagrada Eucaristía, que nos alimenta y que se abre a los misterios divinos, para la vida nueva. (ibid.)

[423] Me parece que en la historia de la Iglesia, de formas diversas, siempre se plantean estas cuestiones, que nos preocupan realmente. ¿Qué hacer? La gente da la impresión de no necesitar de nosotros; parece inútil todo lo que hacemos. Y, sin embargo, la palabra del Señor nos enseña que sólo esta semilla transforma siempre de nuevo la tierra y la abre a la verdadera vida. (ibid.)

[424] Por tanto, comparto con vosotros estas preguntas, estas cuestiones. Yo también sufro. Pero, por una parte, todos juntos queremos sufrir con estos problemas, y sufriendo también transformar los problemas, porque precisamente el sufrimiento es el camino de la transformación, y sin sufrimiento no se transforma nada. (ibid.)

[425] Este es también el sentido de la parábola del grano de trigo que cae en tierra: sólo con un proceso de dolorosa transformación se llega a dar fruto y se abre a la solución. Y si la aparente ineficacia de nuestra predicación no fuera para nosotros un sufrimiento, sería signo de falta de fe, de compromiso auténtico. (ibid.)

[426] Debemos tomar a pecho estas dificultades de nuestro tiempo y transformarlas sufriendo con Cristo y así transformarnos a nosotros mismos. Y en la medida en que nosotros mismos nos transformamos, podemos también responder a la pregunta planteada antes, podemos ver asimismo la presencia del reino de Dios y hacer que los demás la vean. (ibid.)

427. Dios quiere que el hombre recupere todo lo que perdió por el pecado, que la redención sea completa, que *donde abundó el delito sobreabunde la gracia*, que sea copiosa, ubérrima, su redención.

428. Dios ha sido y es misericordioso conmigo. Cuando mis iniquidades me cubrieron de miseria, la misericordia divina me ha cubierto de gracia. Eso me obliga a ser yo misericordioso con los demás.

429. Señor, el remedio de mis continuas miserias habrá de ser siempre vuestra misericordia.

430. Jesús irá a los pecadores cuando ellos le inviten, y cuando así no sea, Él mismo se convidará, como lo hizo con Zaqueo en Jericó.

431. Dios es siempre el principal agente de la santificación de las almas y toma del hombre lo que el hombre puede darle con su buena voluntad. De unos toma la palabra; de otros, la acción: de aquellos, el ejemplo; de éstos, el simple deseo y el amor, y de algunos, la paciencia, la humillación, la conformidad, la resignación.

432 Ni las mismas penitencias, por fuertes que sean, tienen tanta eficacia para nuestra santificación cuando proceden de nuestra devoción personal como las que el Señor, por secretísimos designios de su santa voluntad, nos señala.

433. Desde el momento en que se apunta hacia las cumbres de la santidad, el camino para escalarla es el del sacrificio, puesto que no hay otro ni puede existir para el hombre caído que el que trazó el divino Maestro. Se equivocan por eso todos los que buscan sendas más suaves de atajo, fuera del camino que está señalado.

434. Suplan, Señor, tu gracia y tu poder mi debilidad, y haz que sea elegido para acompañarte y participar en tu sacrificio.

435. ¡Arriba el corazón! Aunque sigan cayendo golpes, sucediéndose sin interrupción, confiad en Aquel que lo lleva todo sabia y justamente contado y medido. Hay que esperar con infinita fe en el Señor.

436. La mortificación ejercitada en las cosas pequeñas, incluso en las más insignificantes, resulta más humillante y no menos mortificante que la practicada con grandes e ingeniosos dolores físicos voluntarios.

437. La impotencia a que nos someten nuestras limitaciones, aceptada con amor, es una gran potencia en las manos de Dios para servir a las personas. No la desperdiciemos

438. Apenas hay en la vida una hora en la que la persona fiel no pueda hacer algún acto de abnegación o desasimiento; si no es en el uso de las cosas materiales, será en las interiores y espirituales. El caso es ejercitarse en mantener libre y en forma la propia voluntad.

439. La abnegación y el desasimiento deben ser universales. Deben abarcar todo lo que naturalmente halague al corazón del hombre: bienes temporales, aprecio de los demás y también de sí mismo, goce de los humanos afectos, bienestar, uso independiente de las facultades espirituales... Véanse si no, las consecuencias del uso demasiado personal del propio juicio, de un criterio excesivamente cerrado, etc.

440. El Verbo hecho carne, a través de los tiempos, sigue prolongando la obra de la redención y restauración fecunda, exuberante, desbordante, de todo el género humano, a fin de que las personas vivan la plenitud de eficacia, virtud y fuerza de aquel soberano misterio. Es así como, satisfecho aquel *tengo sed* que salió de los labios resechos del divino moribundo, podrá repetir de nuevo a su Padre al fin de los tiempos y en su gloria: *He consumado la obra que me diste para llevar a cabo*. Esta consumación ha de alcanzar la plenitud en la glorificación de las personas encumbradas a la santidad.

441. Hay que buscar a Dios en la noble y sincera enmienda de la vida, en la renuncia a las bagatelas y frivolidades de la vanidad, con un corazón generoso.

442. ¿Quién completa lo que falta a la pasión de Cristo? ¿Quién redime hoy al **mundo** sino las personas santas?

443. Si aun en este **mundo** se cotiza tan bien el título de una amistad verdadera con tal de interesarla a favor de alguna necesidad, es incomparablemente mayor la eficacia de la amistad de una persona con Dios en favor de sí misma o de otras personas.

444. Nada son, según San Pablo, todas las tribulaciones de la vida presente para granjearnos la gloria futura de la eternidad.

445. Bienaventurados los que ahora padecen persecución, los que son afligidos y humillados, los que luchan y combaten contra los enemigos del reino de Dios, los que desprecian los intereses y gloria vana de la vida presente... , *porque de ellos es el reino de los cielos.*

446. Debo seguir siendo apóstol de mí mismo, teniendo celo por la conversión de mi propia alma, celo por la reforma radical de mi vida en su totalidad, celo por la adquisición de las virtudes, celo por el acrecentamiento de mi vida de oración, de mi vida de amor...

4) Conciencia e intención, autenticidad y valores falsos

Enseñanzas de Benedicto XVI

[447] En nuestro tiempo una de las prioridades pastorales es sin duda formar rectamente la conciencia de los creyentes porque por desgracia, como he reafirmado en otras ocasiones, en la medida en que se pierde el sentido del pecado, aumentan los sentimientos de culpa, que se quisiera eliminar con remedios paliativos insuficiente. (*MENSAJE DEL PAPA BENEDICTO XVI A LOS PARTICIPANTES EN EL CURSO DE LA PENITENCIARÍA APOSTÓLICA SOBRE EL FUERO INTERNO Vaticano, 12 de marzo de 2009.*)

[448] Sólo la verdad unifica y su prueba es el amor. Por eso Cristo, siendo realmente el Logos encarnado, "el amor hasta el extremo", no es ajeno a cultura alguna ni a ninguna persona; por el contrario, la respuesta anhelada en el corazón de las culturas es lo que les da su identidad última, uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. (Benedicto XVI *Discurso de Aparecida = DA 1, Brasil 13 de mayo de 2007.*)

[449] El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura. (ibid.)

[450] El amor a Cristo sufriente, el Dios de la compasión, del perdón y de la reconciliación; el Dios que nos ha amado hasta entregarse por nosotros. El amor al Señor presente en la Eucaristía, el Dios encarnado, muerto y resucitado para ser Pan de vida. El Dios cercano a los pobres y a los que sufren. (ibid.)

[451] "El futuro de la humanidad se fragua en la familia. Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia". (04-12-05) (*Extracto de las principales frases del Papa Benedicto XVI en discursos sobre la verdad del matrimonio y la familia jueves, 30 de agosto de 2007.*)

[452] "Todos los pueblos para dar un rostro verdaderamente humano a la sociedad no pueden ignorar el don precioso de la familia, fundada sobre el matrimonio. La alianza matrimonial, por la que el varón

y la mujer constituyen entre sí un consorcio para toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, es el fundamento de la familia, patrimonio y bien común de la humanidad.(ibid.)

[453] Así pues, la Iglesia no puede dejar de anunciar que, de acuerdo con los planes de Dios (*Mt 19,3-9*), el matrimonio y la familia son insustituibles y no admiten otras alternativas". (17-05-05) (ibid.)

[454] "A través del amor se expresa la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Es decir, se sirvió del camino del amor para revelar el misterio de su vida trinitaria. Además, la íntima relación que existe entre la imagen del Dios amor y el amor humano". (ibid.)

[455] "La fe y la ética cristiana no pretenden ahogar el amor, sino hacerlo sano, fuerte y realmente libre: precisamente este es el sentido de los diez mandamientos, que no son una serie de "no", sino un gran "sí" al amor y a la vida". (05-06-06) (ibid.)

[456] "El amor humano necesita ser purificado, madurar y también ir más allá de sí mismo y poder llegar a ser plenamente humano para ser principio de una alegría verdadera y duradera". (05-06-06) (ibid.)

[457] La doctrina católica promueve en quienes la profesan un anhelo de libertad y de conciencia crítica, de responsabilidad y solidaridad. (*DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI AL SR. VÍCTOR MANUEL GRIMALDI CÉSPEDES, EMBAJADOR DE LA REPÚBLICA DOMINICANA* Viernes 3 de Abril de 2009.)

[458] En este sentido, es justo reconocer la aportación de la Iglesia, a través de sus instituciones, en beneficio del progreso de su País, sobre todo en el campo educativo, con las diversas universidades, centros de formación técnica, institutos y escuelas parroquiales; y en el ámbito asistencial, con la atención a los numerosos inmigrantes, a los refugiados, discapacitados, enfermos, ancianos, huérfanos y menesterosos. (ibid.)

[459] A este respecto, me complace subrayar la fluida colaboración que hay entre las entidades católicas locales y los organismos del Estado en el desarrollo de programas que, buscando siempre el bien común de la sociedad, favorecen a los más necesitados e impulsan auténticos valores morales y espirituales.(ibid.)

[460] Todo aquello que se oriente al fortalecimiento de las instituciones es fundamental para el bienestar de la sociedad, que se apoya en pilares como el cultivo de la honestidad y la transparencia, la independencia jurídica, el cuidado y respeto del medio ambiente y la potenciación de los servicios sociales, asistenciales, sanitarios y educativos de toda la población. (ibid.)

[461] Estos pasos deben ir acompañados por una fuerte determinación para erradicar definitivamente la corrupción, que conlleva tanto sufrimiento, sobre todo para los miembros más pobres e indefensos de la sociedad. En la instauración de un clima de verdadera concordia y de búsqueda de respuestas y soluciones eficaces y estables para los problemas más acuciantes, (ibid.)

[462] Cuando amamos satisfacemos nuestras necesidades más profundas y llegamos a ser más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Hemos sido hechos para amar, para esto hemos sido hechos por el Creador. (*DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI ENCUENTRO CON LOS JÓVENES DE LA COMUNIDAD DE RECUPERACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE NOTRE DAME DE SYDNEY*. Viernes 18 de julio de 2008.)

[463] Lógicamente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo de amor verdadero, del núcleo de la enseñanza moral de Jesús: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser", y "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (cf. *Mc 13, 30-31*). (ibid.)

[464] Éste es, por así decirlo, el programa grabado en el interior de cada persona, si tenemos la sabiduría y la generosidad de conformarnos a él, si estamos dispuestos a renunciar a nuestras preferencias para ponernos al servicio de los demás, y a dar la vida por el bien de los demás, y en primer lugar por Jesús, que nos amó y dio su vida por nosotros. Esto es lo que los hombres están llamados a hacer, y lo que quiere decir realmente estar “vivo” (ibid.)

[465] Queridos jóvenes amigos, el mensaje que os dirijo hoy es el mismo que Moisés pronunció hace tantos años: “elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios”. Que su Espíritu os guíe por el camino de la vida, obedeciendo sus mandamientos, siguiendo sus enseñanzas, abandonando las decisiones erróneas que sólo llevan a la muerte, y os comprometáis en la amistad con Jesús para toda la vida. (ibid.)

[466] Que con la fuerza del Espíritu Santo elijáis la vida y el amor, y deis testimonio ante el mundo de la alegría que esto conlleva. Esta es mi oración por cada uno de vosotros en esta Jornada Mundial de la Juventud. Que Dios os bendiga". (ibid.)

467. ¡Señor: si siempre habláramos considerándote delante de nosotros a Ti, que oyes lo que decimos y ves lo que somos, de qué otra manera nos portaríamos!

468. *Consigna:* Sencillez y rectitud de corazón, ¡bella disposición para llegar a Dios y recibir su don divino!

469. Señor: nos quieres limpios, transparentes, sin dobleces ni tapujos; prudentes como la serpiente y simples y sencillos como la paloma; con rectitud de intención, con elevación de miras hacia la santificación de nuestros actos. Y todo ante vuestros ojos y para vuestra gloria.

470. Señor: Tú, que miras el fondo del corazón humano, no sólo reparas en lo que exteriormente practican los hombres, sino más bien te fijas en la disposición interior, en la voluntad, intención y amor con que proceden.

471. La intención es la mágica alquimia que trueca el roñoso hierro en oro brillante.

472. La intención eleva y dignifica nuestras acciones. De la intención depende que una misma obra sea tierra o cielo.

473. Señor: que tu luz me guíe siempre, que tu gracia me conforte, que mi corazón sea tu templo y que, en mi insensatez, no te arroje de él.

474. Si hemos de dar ejemplo al mundo con nuestras obras, que la intención de agradarte a Ti, Señor, permanezca en oculto.

475. El cristiano no ha de buscarse a sí mismo ni su gloria vana. La mayor gloria de Dios sea la recta de todo apostolado. Todo para Dios; nada para sí.

476. Haz, Señor, que yo no me incline a uno u otro campo por propio capricho, sino que sea tu Espíritu Santo el que me ilumine y me guíe a cumplir siempre y en todo la voluntad del Padre.

477. La vida está cuajada de pequeños sacrificios, cuyo exacto cumplimiento, hecho con recta intención y por amor, es fuente de incalculables bienes, que facilísimamente podemos ceder en favor de las personas. El cumplimiento del deber, he ahí la primera fuente.

478. No mires a los éxitos seguros o probables; mira el querer de tu Dios y su gloria, y ganarás siempre.

5) Opción con libertad interior hacia una progresiva superación

Enseñanzas de Benedicto XVI

[479] La libertad humana posee un grado de perfección participado del Ser Subsistente. Es «uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres» (Benedicto XVI, *Homilía Hágase tu voluntad Libertad y amor* 2007.)

[480] El hombre es tanto más perfecto cuanto más participa y depende del Ser. Libertad humana es participación de la libertad divina y es más perfecta en tanto en cuanto más depende de ella. La libertad es abandono: «El hombre que se abandona totalmente en las manos de Dios no se convierte en un títere de Dios, en una persona aburrida y conformista; no pierde su libertad. Sólo el hombre que se pone totalmente en manos de Dios encuentra la verdadera libertad, la amplitud más grande y creativa de la libertad del bien. (ibid.)

[481] El hombre que se dirige hacia Dios no se hace más pequeño, sino más grande, se hace divino, llega a ser verdaderamente él mismo. El hombre que se pone en manos de Dios no se aleja de los demás, retirándose a su salvación privada; al contrario sólo entonces su corazón se despierta verdaderamente y él se transforma en una persona sensible y, por tanto, benévola y abierta» «Nunca es tan grata la libertad como cuando bajo el régimen de un rey justo» (ibid.)

[482] Amor como plenitud de la libertad: La plena significación de la libertad se manifiesta en relación con el amor. El amor es su acto supremo y no se puede hablar de amor sino cuando es libre. Es imposible la existencia de amor sin libertad. (ibid.)

[483] Cuando «El hombre vive con la sospecha de que el amor de Dios crea una dependencia y que necesita desembarazarse de esta dependencia para ser plenamente él mismo no quiere recibir de Dios su existencia y la plenitud de su vida. Él quiere tomar por sí mismo del árbol del conocimiento el poder de plasmar el mundo, de hacerse dios, elevándose a su nivel, y de vencer con sus fuerzas a la muerte y las tinieblas. No quiere contar con el amor que no le parece fiable; cuenta únicamente con el conocimiento, puesto que le confiere poder. Más que el amor, busca el poder, con el que quiere dirigir de modo autónomo su vida. Al hacer esto se fía de la mentira más que de la verdad, y así se hunde con su vida en el vacío de la muerte» (ibid.)

[484] Quien ama se encuentra en postura de donación, y por eso respecto a ellos se encuentra en estado de perfecta libertad. *Deus caritas est.* (ibid.)

[485] Para llegar a la madurez de la libertad el hombre debe pasar por la experiencia del amor. Ama y haz lo que quieras. Es en él donde madura la libertad. Al decir «Hágase tu voluntad» aceptamos conscientemente que la Libertad que obra incesantemente en el mundo lleve su obra a buen término; deseamos que su obra triunfe. «Cuanto más cerca está el hombre de Dios, tanto más cerca está de los hombres». (ibid.)

[486] Ejemplos de libertad sublimada: «Al principio Dios creó al hombre y lo dejó a su propio albedrío» (Si. 15, 14). La Sagrada Escritura regala una gama de personajes en los que su sí a la voluntad de Dios, a la intervención de Dios en su libertad para llevar a cabo su plan en el mundo, jamás se las anuló o disminuyó sino, más bien, se las potenció elevándolas, sublimándolas.(ibid.)

[487] Fue el asentimiento conciente de seres libres que en un espacio y un tiempo hicieron su opción fundamental. Al primer sí sucedió, las más de las veces, una constante renovada en cada acto libre que se orientaba hacia la dirección que Dios quería. (ibid.)

[488] Cómo entender, sino, el «Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré» (*Gn.* 12, 1) dirigido a Abrahán, sino a la luz de una precedente y larga maduración interior. Sin esta consideración, resulta todavía menos comprensible aquel dramático y desconcertante mandato que cala en lo hondo de toda sensibilidad humana: «Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécelo ahí en holocausto en uno de los montes que yo te diga» (*Gn.* 22, 2). (ibid.)

[489] Ante todo, «Hágase tu voluntad»; aunque no se entienda, aunque esté fuera de toda lógica, aunque resulte costosa. «¿Acaso se complace Yavhé en los holocaustos y sacrificios / tanto como en la obediencia a la palabra de Yavhé? / Mejor es obedecer que sacrificar, / mejor la docilidad que la grasa de los carneros» (1 *Sm.* 15, 22). Ya lo decía G. Mc Donald: «He descubierto que mientras cumplo la voluntad de Dios, no tengo tiempo para discutir sus fines». (ibid.)

[490] Veterotestamentariamente, esta es la clave de lectura de la pasión y muerte del Hijo de Dios cuyo paralelismo, emotivamente conmovedor, es más que elocuente como ejemplificación de una libertad que se abandona confiada y amorosamente en la del Padre: «Tomó Abrahán la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos. Dijo Isaac a su padre Abrahán: «¡Padre!» Respondió: «¿Qué hay, hijo?» — «Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?» Dijo Abrahán: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron andando los dos juntos. Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abrahán el altar y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y lo puso sobre el ara, encima de la leña. Alargó Abrahán la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo» (*Gn.* 22, 6-10). (ibid.)

491. La vida cristiana no hace esclavo a nadie, sino que nos da la victoria contra el enemigo y nos da la libertad de los hijos de Dios. Y esa libertad -que nos ganó Cristo Jesús- nos concede gozar tanto más cuanto más nos lanzamos a la santidad.

492. Obra el bien y óbralo bien. Ocúpate de eso. Gasta ahí tus energías; enfoca ahí tu mente, tu voluntad y tu corazón.

493. Vive bien lo que está en tu mano; aprovecha el instante actual; cumple el deber cuando estás en él.

494. No está prohibido, ni siquiera es imperfección, el que tu naturaleza sensible demuestre y dé señales de angustia y de dolor, incluso llegue alguna vez que otra a dar el grito contra el mal que siente y desee y pida verse libre de la prueba, con tal de que inmediatamente brote de tu corazón, libre y generoso, el «fiat» de tu entrega y abandono en la voluntad de Dios.

495. La naturaleza ante el dolor y ante la humillación no puede menos de sentir repugnancia y aversión. Las sintió terribles Jesús y las han sentido los más enamorados de Él. Pero supo Él y han sabido estos sobreponerse a los gritos de la naturaleza, hasta triunfar siempre con el «fiat» generoso de su voluntad.

496. Si de hecho eres pobre, tienes mucho camino adelantado. No envidies la suerte de los ricos. Da gracias a Dios porque te hizo pobre. Ama tu pobreza y vive en ella alegre y en paz.

497. Ser pobre de espíritu equivale a no tener el corazón cautivo de los bienes materiales.

498. En la sencillez está la verdadera regla de tu pobreza. Posee, dispuesto siempre a ser desposeído por la mano de Dios cuando su divina voluntad así lo disponga. Guarda sin apego lo que tienes para redimir tus pecados y emplearlo todo en obras de la mayor gloria de Dios y bien de los pobres.

499. Si ere rico, vive como si no lo fueras. Usa de tus riquezas parcamente. Gasta lo indispensable para pasar decorosamente dentro de la posición que en la sociedad te corresponde.

500. Pobreza espiritual, afectiva, escogida o aceptada por inspiración del Espíritu Santo, significa un moderado y prudente aprecio de los bienes terrenos y materiales, manteniendo el corazón despegado de ellos, tanto si en realidad se poseen como si no.

501. Arrancad, Señor, de mi corazón todo afecto a los bienes de este **mundo**; limpiad mi alma de todo apego a los tesoros terrenos; desasid mi espíritu de los intereses materiales; dadme la verdadera pobreza de espíritu.

502. No cambies los bienes de arriba por los bienes de abajo. No te engañe el brillo de la corteza. Nada es lo que no es Jesús.

503. Nada hay que más poderosamente nos haga merecer el aprecio y la estima de las gentes y la benevolencia y piedad de Jesús como la mansedumbre. En esta sublime virtud brilla extraordinariamente el reflejo de algo que arrastra y cautiva.

504. Conquistarás y poseerás el afecto y el corazón de los que te rodean con la virtud de la mansedumbre, con la dulzura, la humildad y la sencillez.

505. El Salvador no sólo intenta reformar la pasión de la venganza, sino que quiere que renunciemos a la violencia para alcanzar el derecho; quiere, en especial, señalar como características de su reino la mansedumbre y la dulzura cristianas, que jamás apelan a la fuerza para alcanzar cualquier derecho, antes bien apelan sólo a conseguir eso mismo gracias a la humildad y a la paciencia.

506. En una aparente derrota y en la humillación están muchas veces el triunfo y la gloria de nuestro reino. Los seguidores de Cristo han conquistado y poseído el reino eterno de Cristo con las mismas armas que Él.

6) Resistencias y equilibrio

Enseñanzas de Benedicto XVI

[507] Cómo entender la actitud de Job quien, «A pesar de todo, no pecó ni imputó nada indigno a Dios» (*Jb* 1, 21-22), incluso cuando las situaciones le fueron más que catastróficamente adversas. En la actitud de Job se rezuma aquel salmo que reza: «Está escrito en el rollo del libro que debo hacer tu voluntad Y eso deseo, Dios mío, tengo tu ley en mi interior». (*Sal* 40, 7-9). (Benedicto XVI, *Homilía "Hágase tu voluntad" Libertad y amor 2007-07-24*)

[508] Esa ley es la aceptación oblativa a una Voluntad que busca hacerse; una Voluntad que «No es sólo una Voluntad de omnipotencia, sino también omnipotencia de amor, una omnipotencia de

misericordia» que actúa en el ser conciente de que Dios se lo ha dado todo y él mismo se lo puede quitar. (ibid.)

[509] La opción fundamental se refiere siempre a la propia realización y forma parte del carácter propio del hombre, no como aspecto innato, sino como dimensión adquirida. Opción que, libremente, podemos no aceptar. Como no traer a colación el ejemplo de Jonás cuya rebeldía, en un primer momento, es la más drástica demostración de un hombre capaz de abdicar su misión en virtud de su libertad. (ibid.)

[510] «Los que temen al Señor no desobedecen sus palabras, los que le aman guardan sus caminos» (Si. 2, 15) El «Hágase tu voluntad» es capaz de pronunciarlo un corazón libre. (ibid.)

[511] El Nuevo Testamento es también un ejemplo de obediencia, de adhesión constante al querer divino por amor. En él, Jesús se coloca en la más alta cima de asentimiento amoroso y obediente en quien la identificación con el querer divino, su mismo querer, alcanza el clímax más noble: «Que no se haga mi voluntad sino la tuya». (ibid.)

[512] Cristo nos enseña que «Sólo la obediencia libera, que sólo la obediencia redime y santifica, que sólo la obediencia enriquece, que sólo la obediencia salva del pecado, que sólo la obediencia agrada a Dios». (ibid.)

[513] Cómo no recordar, finalmente, a la más acabada criatura salida del poder redentor de Cristo cuyo sí a la libertad encumbrada resuena con fuerza en nuestros corazones e interpela a la imitación. A ella Dios le expresó su voluntad y ella la quiso: «Hágase en mí según tu palabra» o, lo que es lo mismo, «Hágase tu voluntad»: hágase porque yo libremente la abrazo, la amo; hágase porque sé quién soy, porque me reconozco criatura, porque me sé dependiente. (ibid.)

[514] «A dónde tu vayas iré yo, y donde mores yo moraré; tu gente será mi gente, y tu Dios será mi Dios. La tierra que, muerta, te reciba en su seno, será la tierra donde yo muera y donde se abrirá mi sepultura? Que sólo la muerte me separe de Ti» (Ruth 1, 16-17). Ahí la actitud, ahí el ejemplo a seguir, la postura a adoptar. (ibid.)

[515] Es ella misma, María, quien toma hoy de nuevo la iniciativa y nos dice con ternura materna que invita a la confianza, «Haced lo que Él os manda», dejad que se haga su voluntad, Él no puede buscar su mal u oprimirles y sí elevarles hacia Él. (ibid.)

[516] El amor verdadero no cuesta poco, puede ser también muy exigente. Opone resistencia al mal, para llevar el verdadero bien al hombre. Si nos hacemos uno con Cristo, aprendemos a reconocerlo precisamente en los que sufren, en los pobres, en los pequeños de este **mundo**; entonces nos convertimos en personas que sirven, que reconocen a sus hermanos y hermanas, y en ellos encuentran a Él mismo. (SOLEMNE MISA CRISMAL HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI *Basílica de San Pedro Jueves Santo 9 de abril de 2009*)

517. Sin cruz no hay santidad, ni siquiera salvación.

518. Cuando mejores y más brillantes pruebas de santidad se dan es cuando Dios nos invita a recorrer el camino del sacrificio, bajo la carga de la cruz.

519. Las pruebas purifican, fecundan, acrisolan, aseguran y confortan.

520. La vida de austeridad la encontramos más necesaria y se ajusta mejor entre los que, en medio de las delicias de un **mundo** de atracciones, de regalos, gustos y placeres, se han propuesto escalar las alturas de la perfección cristiana.

- 521.** Guardad primero vuestros sentidos, para que guardéis también vuestro interior.
- 522.** Hay que saber admirar y gozarse en las obras que Dios hace para elevarse hasta Él, y hay que saber, a un tiempo, privarse de cosas cuya mortificación y sacrificio redundan en honra y gloria del mismo.
- 523.** El varón sabio e inteligente es el que tiene en perfecta armonía lo que sabe y lo que obra, el conocimiento y la vida, la fe y las obras.
- 524.** Pongamos a los pies de los demás nuestra suficiencia y nuestro talento, por brillante que sea, con obediencia a los que ha puesto Dios en su lugar.
- 525.** No se trata solamente del triunfo de la verdad y de la luz en general; se trata de que su triunfo influya poderosamente en el individuo; de que el bien, la verdad, la vida perfecta, arraigue en todos. No basta destruir el mal; es preciso resaltar, ensalzar, glorificar y canonizar el bien, destacándolo en la vida real, efectiva, constante y progresiva de cada individuo y de cada colectividad, familia o sociedad. Si no se llegara a esto, la victoria no sería completa ni segura. Nuestra elevación al bien eterno, su perfección, su culminación, deben descansar en nuestra verdadera y auténtica santidad.
- 526.** A la vida interior siempre debe acompañar la recia austeridad corporal.
- 527.** La comodidad y el regalo hacen que la persona se quede fuera de sí misma y sin Jesús.
- 528.** El que ama a Jesús no se ama a sí; sacrifica su propio amor, sacrifica sus caprichos, su propio juicio, su propia voluntad, su propio «yo».
- 529.** Nuestra santidad, ha de ser lo más «nuestro», lo más propio. Amémonos a nosotros mismos y amaremos a los demás.
- 530.** *Consigna:* ¡A por el triunfo de la pureza!, que es virtud que de la carne hace espíritu; de las tinieblas, luz; del barro, lirios.

7) Sacrificio creador

Enseñanzas de Benedicto XVI

[531] ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca. (Benedicto XVI, *Carta encíclica Deus caritas est* 6a (25-XII-2005/25-I-2006) En adelante se cita *DCE* y el número correspondiente.

[532] Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebato momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios. (*DCE* 6b).

[533] «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (*Lc* 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. *Mt* 10, 39; 16, 25; *Mc* 8, 35; *Lc* 9, 24; *Jn* 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general. (*ibid.*)

[534] En este contexto, san Gregorio menciona a san Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, hasta los más grandes misterios de Dios y, precisamente por eso, al descender, es capaz de hacerse todo para todos (cf. *2 Co* 12, 2-4; *1 Co* 9, 22). También pone el ejemplo de Moisés, que entra y sale del tabernáculo, en diálogo con Dios, para poder de este modo, partiendo de Él, estar a disposición de su pueblo. « Dentro [del tabernáculo] se extasía en la contemplación, fuera [del tabernáculo] se ve apremiado por los asuntos de los afligidos: (*DCE* 7b)

[535] Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica, a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el « amor » es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor. (*ibid.*)

[536] También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un **mundo** paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos que merecen ser subrayados: la imagen de Dios y la imagen del hombre. (*DCE* 8).

[537] La defensa de la libertad es una llamada a cultivar la virtud, la autodisciplina, el sacrificio por el bien común y un sentido de responsabilidad ante los menos afortunados. Además, exige el valor de empeñarse en la vida civil, llevando las propias creencias religiosas y los valores más profundos a un debate público razonable. (Benedicto XVI en Estados Unidos – *discurso completo ceremonia de bienvenida*. Miércoles, 16 de abril de 2008.)

[538] En una palabra, la libertad es siempre nueva. Se trata de un desafío que se plantea a cada generación, y ha de ser ganado constantemente en favor de la causa del bien (cf. *Spe salvi*, 24). (*ibid.*)

[539] La Iglesia desea contribuir a la construcción de un **mundo** cada vez más digno de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26-27). Está convencida de que la fe proyecta una luz nueva sobre todas las cosas, y que el Evangelio revela la noble vocación y el destino sublime de todo hombre y mujer (cf. *Gaudium et spes*, 10). La fe, además, nos ofrece la fuerza para responder a nuestra alta vocación y la esperanza que nos lleva a trabajar por una sociedad cada vez más justa y fraterna. (*ibid.*)

540. En peligroso lugar está siempre en el **mundo** la virginidad; sólo la guardan inmaculada los que corren sus caminos con cautela,

541. Quien no vence, no triunfa. Es un sueño, una ficción, un engaño pretender la virtud sin vencer antes las pasiones desordenadas.

542. Siendo Vos, Señor, Hostia y Víctima por la redención de! **mundo**, vuestros seguidores no han de estar animados de otro espíritu que el del sacrificio, y eso tanto más cuanto más de cerca os siguen.

543. Un apostolado sin sacrificio es una siembra infructuosa y estéril.

544. Sin sufrir no puede uno acercarse a Dios, no puede amar

545. *Consigna:* Martirio humilde y oculto; martirio entre menudísimas e infinitas brasas; martirio en parrilla y a fuego lento...

546. Es preciso que arranque desde el fondo del corazón una palabra generosa, sincera, verdadera; palabra que hace lo que dice; palabra ante la cual tiemblan los cobardes y se asustan los pusilánimes. Esta palabra es «sacrificio», sacrificio en el cual se prueba el amor.

547. *Consigna:* Sacrificios voluntarios, generosamente ofrecidos, para llevar en nuestros miembros la imagen de Jesucristo. Sacrificios aceptados con amor, en la medida en que el Señor se digne exigirlos.

548. A los elegidos de vuestro corazón, Señor, los destináis a la actividad en el sacrificio.

549. La medida del sacrificio ha de ser siempre la medida del amor.

550. Sacrificio creador es aquel en el cual se prueba el amor. Que amamos, lo decimos a cada instante. Si amamos, probemos el amor con el sacrificio, como nos lo ha probado Jesús.

551. No se trata de destruir nuestra naturaleza, que no es nuestra, sino de Dios. Podemos hacer uso de ella, pero no destruirla. Tampoco son objeto de mortificación las potencias naturales, ni siquiera las pasiones por sí mismas. Lo que se trata de corregir, enderezar y moderar es lo desordenado que hay en ellas, o sea, todo lo que nos desvía de nuestro fin, lo que nos induce al pecado o simple peligro de pecar, lo que nos pudiera apartar de Dios, de la virtud, de la santidad...

552. Es más difícil sufrir cosas arduas que hacerlas. Por eso el cristianismo otorga el título de héroes a los que han padecido mucho. En frase de San Ambrosio, la palma más gloriosa de la bienaventuranza se alcanza cuando se avanza hasta el martirio.

553. Los admirables frutos de la cruz están siempre en proporción con el amor y la generosidad con que la abrazamos.

554. Supera cualquier esfuerzo humano amar hasta probar incluso ese amor con obras de generosidad. Y con todo, es un deber evangélico y cristiano. ¿Que no sientes el afecto? El sentir ni está en tu mano ni es necesario tampoco. El amor está en la voluntad. Tú sencillamente ama, queriendo el bien, probándolo con obras de caridad cristiana.

555. El verdadero cuadro vivo del amor, que nosotros habremos de estudiar para tratar de imitarlo, es el de Jesús colgado en la cruz o encerrado en el sagrario, amando a todo el mundo. Este amor es nuestro distintivo. *Por ahí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis este amor unos a otros.*

556. El mundo se ha hecho pagano por la sensualidad y la lujuria. La virginidad es el paso obligado para volverlo a hacer espiritual y reconducirlo a la cumbre de su elevación sobrenatural.

8) El amor firma y garantía de autenticidad

Enseñanzas de Benedicto XVI

[557] La caridad es amor recibido y ofrecido. Es «gracia» (*cháris*). Su origen es el amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros. Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor, por el cual somos recreados. Es el Amor revelado, puesto en práctica por Cristo (cf. *Jn* 13,1) y «derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (*Rm* 5,5). «*Caritas in veritate*» = *CV* 5 Dado en Roma, junto a San Pedro, el 29 de junio, solemnidad de San Pedro y San Pablo, del año 2009.)

[558] Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad. (ibid.)

[559] «*Caritas in veritate*» es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral. Deseo volver a recordar particularmente dos de ellos, requeridos de manera especial por el compromiso para el desarrollo en una sociedad en vías de globalización: *la justicia y el bien común* (ibid.) (*CV* 6a)

[560] La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo «mío» al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es «suyo», lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo «dar» al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. (ibid.)

[561] Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es «inseparable de la caridad», intrínseca a ella. (*CV* 6b).

[562] La justicia es la primera vía de la caridad o, como dijo Pablo VI, su «medida mínima», parte integrante de ese amor «con obras y según la verdad» (1 *Jn* 3,18), al que nos exhorta el apóstol Juan. Por un lado, la caridad exige la justicia, el reconocimiento y el respeto de los legítimos derechos de las personas y los pueblos. Se ocupa de la construcción de la «ciudad del hombre» según el derecho y la justicia. Por otro, la caridad supera la justicia y la completa siguiendo la lógica de la entrega y el perdón. (ibid.)

[563] La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teológico y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo. (*CV* 6c).

[564] Hay que tener también en gran consideración el bien común. Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese «todos nosotros», formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. (*CV* 7a).

[565] No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz. Desear *el bien común* y esforzarse por él *es exigencia de justicia y caridad*. (ibid.)

[566] Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como *polis*, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *polis*. (*CV* 7b).

[567] Ésta es la vía institucional —también política, podríamos decir— de la caridad, no menos cualificada e incisiva de lo que pueda ser la caridad que encuentra directamente al prójimo fuera de las mediaciones institucionales de la *polis*. El compromiso por el bien común, cuando está inspirado por la caridad, tiene una valencia superior al compromiso meramente secular y político. Como todo compromiso en favor de la justicia, forma parte de ese testimonio de la caridad divina que, actuando en el tiempo, prepara lo eterno. (ibid.)

[568] La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa *ciudad de Dios* universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana. (CV 7c).

[569] En una sociedad en vías de globalización, el bien común y el esfuerzo por él, han de abarcar necesariamente a toda la familia humana, es decir, a la comunidad de los pueblos y naciones, dando así forma de unidad y de paz a la *ciudad del hombre*, y haciéndola en cierta medida una anticipación que prefigura la ciudad de Dios sin barreras. (ibid.)

[570] Es un ámbito plenamente evangélico, que recuerda de modo inmediato la obra de Jesús, buen Samaritano de la humanidad. Cuando pasaba por las aldeas de Palestina anunciando la buena nueva del reino de Dios, siempre acompañaba su predicación con los signos que realizaba en favor de los enfermos, curando a todos los que se hallaban prisioneros de diversas enfermedades y dolencias. (*Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a la VII Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud* 29 de Abril de 2009.)

[571] La salud del hombre, de todo el hombre, fue el signo que Cristo escogió para manifestar la cercanía de Dios, su amor misericordioso que cura el espíritu, el alma y el cuerpo. Queridos amigos, el seguimiento de Cristo, al que los Evangelios nos presentan como "Médico" divino, ha de ser siempre la referencia fundamental de todas vuestras iniciativas. (ibid.)

[572] Esta perspectiva bíblica da valor al principio ético natural del deber de curar al enfermo, en virtud del cual hay que defender toda existencia humana según las dificultades particulares en que se encuentra y según nuestras posibilidades concretas de ayuda. (ibid.)

[573] Socorrer al ser humano es un deber, sea como respuesta a un derecho fundamental de la persona, sea porque la curación de los individuos redundará en beneficio de la colectividad. La ciencia médica progresa en la medida en que acepta replantearse siempre tanto el diagnóstico como los métodos de tratamiento, dando por supuesto que los anteriores datos adquiridos y los presuntos límites pueden superarse. (ibid.)

[574] Por lo demás, la estima y la confianza con respecto al personal sanitario son proporcionadas a la certeza de que esos defensores de la vida por profesión jamás despreciarán una existencia humana, aunque sea discapacitada, e impulsarán siempre intentos de curación. (ibid.)

[575] Por consiguiente, el esfuerzo por curar se ha de extender a todo ser humano, con el fin de abarcar toda su existencia. En efecto, el concepto moderno de atención sanitaria es la promoción humana: va desde el cuidado del enfermo hasta los tratamientos preventivos, buscando el mayor desarrollo humano y favoreciendo un ambiente familiar y social adecuado. (ibid.)

[576] Esta perspectiva ética, basada en la dignidad de la persona humana y en los derechos y deberes fundamentales vinculados a ella, se confirma y se potencia con el mandamiento del amor, centro del mensaje cristiano. Por tanto, los agentes sanitarios cristianos saben bien que existe un vínculo muy estrecho e indisoluble entre la calidad de su servicio profesional y la virtud de la caridad a la que Cristo los llama: precisamente realizando bien su trabajo llevan a las personas el testimonio del amor de Dios. (ibid.)

[577] La caridad como tarea de la Iglesia, sobre la que reflexioné en mi encíclica *Deus caritas est*, se aplica de modo particularmente significativo en la atención a los enfermos. Lo atestigua la historia de la Iglesia, con innumerables testimonios de hombres y mujeres que, tanto de forma individual como en asociaciones, han actuado en este campo. Por eso, entre los santos que han practicado de forma ejemplar la caridad, mencioné en la encíclica a figuras emblemáticas como san Juan de Dios, san Camilo de Lellis y San José Benito Cottolengo, que sirvieron a Cristo pobre y doliente en las personas de los enfermos. (ibid.)

[578] Por consiguiente, queridos hermanos y hermanas, permitidme que os entregue de nuevo hoy, idealmente, las reflexiones que propuse en la encíclica, con las relativas orientaciones pastorales sobre el servicio caritativo de la Iglesia como "comunidad de amor". Y a la encíclica puedo añadir ahora también la exhortación apostólica postsinodal recién publicada, que trata de modo amplio y articulado sobre la Eucaristía como "Sacramento de la caridad". (ibid.)

[579] Precisamente de la Eucaristía la pastoral de la salud puede sacar continuamente la fuerza para socorrer de modo eficaz al hombre y promoverlo según la dignidad que le es propia. En los hospitales y en las clínicas, la capilla es el corazón palpitante en el que Jesús se ofrece incesantemente al Padre celestial para la vida de la humanidad. (ibid.)

[580] La Eucaristía, distribuida a los enfermos dignamente y con espíritu de oración, es la savia vital que los conforta e infunde en su corazón luz interior para vivir con fe y con esperanza la condición de enfermedad y sufrimiento. (ibid.)

[581] Así pues, os encomiendo también este documento reciente. Hacedlo vuestro, aplicadlo al campo de la pastoral de la salud, sacando de él indicaciones espirituales y pastorales apropiadas. (ibid.)

582. Amaos mucho, amaos todos, amaos igual en Dios y para Dios.

583. El «mandamiento nuevo» de Cristo: *Amaos los unos a los otros como Yo os he amado*, estuvo en pleno vigor durante los primeros tiempos del cristianismo. Tanto es así, que aquellos fervientes cristianos no veían por entonces la necesidad de formar sociedades de vida común o de vivir en comunidad, porque todo cristiano, por el mero hecho de serlo, formaba ya «comunidad» o entraba en «comunidad» con los demás cristianos. A pesar de vivir cada cual en su hogar y en su oficio, participaba de las íntimas armonías de esta gran sociedad cristiana, a la que se sentía unido por los sagrados vínculos de la caridad fraterna. La caridad de Cristo estrechaba a todos y los unía con vínculos de paz, de desinterés y de amor verdadero.

584. El modelo del amor de un cristiano ha de ser el amor con que Jesús nos amó a nosotros. Con el mismo amor con el que ama a su Padre Jesús nos ha amado a nosotros. Con el amor con que nosotros amamos al Padre y a Él, con ése debemos amarnos unos a otros. Nuestro amor a Dios no será perfecto y completo si a la vez no amamos al prójimo.

585. El triunfo del amor debe ser el de un amor universal, que abarque todo cuanto hay que amar: a Dios en Sí y a Dios en las criaturas, o sea, a Dios y a las criaturas por Dios y en Dios.

586. El amor prueba la entrega, el sacrificio prueba el amor.

587. Para que el amor sea fuerte y valeroso es preciso clavarlo en la cruz.

588. Jesús me ha amado, y Jesús ha dicho que la prueba más grande, más valiente, más sincera del amor es el sacrificio; que el amor que no va probado en el dolor es amor de palabras, de mero cumplimiento, que no es sincero ni verdadero; que el amor necesita ser probado, pasado por el crisol del sacrificio.

589. ¡Si en todas las empresas de la gloria de Dios nos diésemos todos la mano bien dispuesta, en lugar de entorpecer los unos el esfuerzo que hacen los otros!...

590. Formemos todos una gran fraternidad, mediante una franca, generosa y desinteresada donación de todos nuestros valores en beneficio de los demás; de suerte que actúe en nosotros un completo desasimiento de cualquier interés personal, de todo amor propio, de todo egoísmo, gracias a una entrega leal de toda nuestra persona y de cuanto poseemos de talento, doctrina, criterio, virtud, influencia, oración y sacrificio, con un celo puro y ardiente, por aquellos que nos esperan.

591. Si para algo sirve hacer amistades, ha de ser para realizar la obra de restauración cristiana en el mundo.

592. Sé misericordioso, porque tú mismo lo necesitas a cada momento. Reconoce tus miserias cotidianas, y verás que a cada instante Dios ha de ser misericordioso contigo. Pon tú buena medida, porque con tu propia medida te medirá el Señor.

593. Los que hicieron misericordia alcanzarán misericordia de Dios.

594. Sin perder nuestra paz interior, sin impacientarnos, sin marcada expresión de enojo, sin herir ni molestar con excesiva dureza, sepamos corregir al hermano, amonestarle, no devolviendo mal por mal, sino, antes bien, venciendo el mal con el bien.

595. La verdadera paz, la paz sobrenatural y perfectamente cristiana, no excluye la prudente y caritativa corrección fraterna. La paz no consiste en callar cuando hay que hablar, sino en hablar con suavidad y amor, en recibir con humildad y agradecimiento la caridad cuando otros nos amonestan y corrigen,

596. En el matrimonio caben perfectamente personas muy espirituales, dadas a Dios; personas solidamente cristianas. ¡Lucido estaría, si no, el ideal de un hogar cristiano y buena sería la esperanza de los pueblos si en el matrimonio no cupiesen ideales más nobles y altos de los que sugiere la sensualidad y el regalo de una vida disipada!

597. Da expansión a tu corazón. Prepara la tierra con la unción de la caridad, y sembrarás luego con provecho la semilla de Dios.

598. Cura los corazones y curarás las inteligencias. Abre con preferencia tu corazón, tu caridad, y, en proporción adecuada, abrirás los labios para enseñar.

599. La elocuencia de los labios no nos interesa, ni la ponemos siquiera en un primer plano de preferencias. Es mucho más elocuente y arrebatador el corazón cuando éste está poseído y saturado del amor de Dios. La elocuencia florida y armoniosa a lo sumo convence, y nada más; en cambio, la elocuencia de un corazón en vivas llamas abrasa y arrastra.

600. Una palabra suave, caritativa, cariñosa y prudente, en la fábrica, en el taller, en la oficina, en la calle... ¡cuántas conquistas llega a hacer!

601. Si, naturalmente, se estrechan entre sí los hermanos porque en sus venas corre la sangre de un mismo padre, ¿por qué el mismo Espíritu que late en nuestras almas no nos ha de estrechar a todos?

602. Respiremos todos el mismo espíritu. Prestémonos ayuda, mutuo aliento, mutuo calor de piedad, de fervor, de amor, dándonos la mano los fuertes a los débiles, y viceversa.

IV. EL GRAN MISTERIO QUE SOMOS EN EL PLAN DE DIOS

1) Dios crea llama y distribuye vocaciones

Enseñanzas de Benedicto XVI

[603] Nos encontramos ante la representación sintética del lazo profundo y personal instaurado por el Creador con su criatura. Dentro de esta relación, Dios no aparece en la Biblia como un Señor impasible e implacable, ni es un ser oscuro e indescifrable, como el hado, con cuya fuerza misteriosa es inútil luchar. Él se manifiesta, sin embargo, como una persona que ama a sus criaturas, que vela por ellas, les acompaña en el camino de la historia y sufre por la infidelidad de su pueblo al «hesed», a su amor misericordioso y paterno. (*Catequesis del Papa Benedicto XVI: Salmo 135. Miércoles 9 de noviembre de 2005.*)

[604] El primer signo visible de esta caridad divina --dice el salmista-- hay que buscarlo en la creación. Después entrará en escena la historia. La mirada, llena de admiración y maravilla, se detiene ante todo ante la creación: los cielos, la tierra, las aguas, el sol, la luna y las estrellas. (ibid.)

[605] Incluso antes de descubrir a Dios que se revela en la historia de un pueblo, se da una revelación cósmica, abierta a todos, ofrecida a toda la humanidad por el único Creador, «Dios de los dioses» y «Señor de los señores» (Cf. versículos 2-3). (ibid.)

[606] Como había cantado el Salmo 18, «el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra» (versículos 2-3). Existe, por tanto, un mensaje divino, grabado secretamente en la creación, signo del «hesed», de la fidelidad amorosa de Dios que da a sus criaturas el ser y la vida, el agua y la comida, la luz y el tiempo. (ibid.)

[607] Es necesario tener ojos limpios para contemplar esta manifestación divina, recordando la advertencia del Libro de la Sabiduría al recordar que «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sabiduría 13, 5; Cf. Romanos 1, 20). (ibid.)

[608] La alabanza orante surge entonces de la contemplación de las «maravillas» de Dios (Cf. Salmo 135,4), presentes en la creación, y se transforma en un himno gozoso de alabanza y de acción de gracias al Señor. (ibid.)

[609] María recibió su vocación de boca del ángel. El ángel no entra visiblemente a nuestra habitación, pero el Señor tiene un plan para cada uno de nosotros, nos llama por nuestro nombre. Nuestra tarea es aprender a escuchar, percibir su llamada, ser valientes y fieles para seguirlo, y cuando está todo dicho y hecho, ser siervos fieles que han utilizado bien los dones que se nos han dado.

(Discurso que pronunció el Papa Benedicto XVI en la Basílica de Santa Ana de Altötting, corazón mariano de Alemania. 2006.)

[610] Sabemos que el Señor busca obreros para su viña. Él mismo lo ha dicho: "La mies es abundante, pero son pocos los obreros, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies". (*Mt 9, 37-38*). Por eso estamos reunidos aquí: para hacer este urgente pedido al Señor de la mies. (*ibid.*)

[611] La mies de Dios es grande y necesita obreros: en el llamado Tercer Mundo: en América Latina, en África y Asia la gente espera nuestros heraldos para llevarles el Evangelio de la paz, la Buena Nueva de Dios que se hizo hombre. Pero en el también llamado Occidente, aquí entre nosotros en Alemania, y en las vastas regiones de Rusia es cierto que hay una gran mies que cosechar. Pero hace falta gente con voluntad para trabajar la mies de Dios. (*ibid.*)

[612] Hoy es como entonces, cuando el Señor se compadeció de las multitudes que parecían ovejas sin pastor: personas que probablemente sabían cómo hacer muchas cosas, pero no podían darle sentido a sus vidas. (*ibid.*)

[613] ¡Señor, mira nuestros tiempos difíciles, necesitados de predicadores del Evangelio, testigos de ti, personas que puedan señalar hacia la 'vida en abundancia'! ¡Mira nuestro mundo y compadécete una vez más! ¡Mira nuestro mundo y envíanos obreros! Con este pedido tocamos a la puerta de Dios y con el mismo pedido el Señor está tocando las puertas de nuestro propio corazón. ¿Señor, me quieres? ¿No es tal vez demasiado grande para mí? ¿Soy muy pequeño para esto? (*ibid.*)

[614] 'No tengas miedo', le dijo el ángel a María. 'No temas: Te he llamado por tu nombre', dice Dios a través del profeta Isaías (43, 1) a nosotros, a cada uno de nosotros. (*ibid.*)

[615] ¿Adónde vamos, si respondemos "sí" al llamado de Dios? La más breve descripción de la misión sacerdotal –y esto es cierto en su manera particular para los hombres y mujeres religiosos también– nos la ha dado el evangelista Marcos. En su relato sobre el llamado de los Doce, dice "Jesús llamó a doce para que estén con él y para ser enviados". (*ibid.*)

[616] Estar con Jesús y ser enviado, salir a conocer personas: estas dos cosas se corresponden y juntas son el corazón de la vocación, del sacerdocio. (*ibid.*)

[617] Estar 'con Él' significa llegar a conocerlo y darlo a conocer. Cualquiera que haya estado con Él no puede retener para sí lo que ha encontrado, al contrario, tiene que comunicarlo a otros. Tal es el caso de Andrés, que le dijo a su hermano Simón: 'Hemos encontrado al Mesías' (Juan 1, 41) y el evangelista agrega: 'Llevó a Simón ante Jesús' (Juan 1, 42). (*ibid.*)

618. Las personas son muy distintas en su espíritu, en sus modos, en sus caminos y en sus talentos; y, por eso, su vocación y su santidad no pueden ser las mismas. Estos grados y modos no toca marcarlos sino a Dios, que distribuye libremente sus dones.

619. Dios concede su espíritu y distribuye sus dones a la medida de sus designios; a unos de una manera y en una proporción, a otros de otra manera y en otra proporción. Todos tenemos una vocación, y a ella responde la economía de gracias y el reparto de dones que hemos recibido de la liberalidad de Dios.

620. Dios tiene muchos medios e inmensa variedad de caminos por donde guiar a los hombres a la cumbre de la santidad.

621. No está la santidad en que uno, sin consultar con Dios, elija el más alto estado de vida, sino que alcance en aquel al que Dios le llama los grados de caridad que allí sé le determinan por Dios.

622. Dios ha distribuido entre sus siervos uno, dos y cinco talentos. El de los cinco recibe la alabanza de «bueno y fiel» por haber ganado otros cinco; el de los dos talentos recibe la misma alabanza por otros dos ganados. Al de cinco no le hubiesen bastado dos, ni al de los dos se le exigen cinco.

623. Es voluntad de Dios que seáis santos. No se contenta Dios con una vida floja y semipagana, sino con que seáis verdaderos santos. Al ser llamados a la fe, vuestra vocación es nada menos que de santidad.

624. Jesús llama a todos, delante de todos, habla y hace elogios de la perfección. *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.*

625. Demos, pues, por sentado que el llamamiento de Cristo a la perfección evangélica es general. Demos también por supuesto y sabido que la gracia de este llamamiento e inspiración, o sea, el auxilio sobrenatural que incita a la prosecución de esa perfección evangélica, es general y que está preparado para todos; luego esa vocación inicial es extensísima en la universal variedad de grados, de formas y de clases.

626. La voluntad de Dios es nuestra santificación, porque, con la abundancia de sus merecimientos y sacrificios, hay para santificar mil mundos. Si no se lograsen esos frutos, sería como si se desperdiciase o se malograra lo que con tanta generosidad y con tanto amor nos ganó el Señor en su encarnación y redención.

627. Dios quiere que todos seamos santos, Dios quiere y pide santos y el mundo también los quiere.

628. Fue y es voluntad de Cristo que todo cristiano sea un perfecto seguidor e imitador suyo. Pues ¿por qué andamos entonces los cristianos tan rezagados y tan perezosos?

629. Cristo, no sólo con la obra de su sacrificio cruento, por el que nos dio torrentes de misericordia y de gracia, sino por la voz de su predicación y de su doctrina, incesantemente nos está invitando e instando a emprender, seguir, llevar adelante y consumir la vida íntegra y completa de perfección cristiana en todos los estados y condiciones de vida de cada uno.

630. La palabra *unión* no es ningún enigma. Significa lo que suena y es: unión y habitual con Dios por Jesucristo; de suerte que el interior de Jesús penetre el interior de nuestro corazón y llegue a ser una realidad aquel dicho del Apóstol: *Vivo yo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí.*

2) Respuesta, aceptación, consecuencias

Enseñanzas de Benedicto XVI

[631] «Tanto amó Dios al **mundo** que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna» (Jn 3,16). Estas palabras nos colman de gozo y

esperanza, pues anhelamos el cumplimiento de las promesas de Dios. (Benedicto XVI *Multitudinaria ceremonia litúrgica presidida por el Santo Padre en Luanda 23/03/2009 Radio Sinaí.*)

[632] "Cuando la Palabra del Señor -una Palabra que mira a la edificación de las personas, de la comunidad, de la entera familia- es desatendida, cuando la Ley de Dios viene "ridiculizada, despreciada y escarnecida, el resultado puede ser sólo destrucción e injusticia: la humillación de nuestra común humanidad y la traición de nuestra vocación a ser hijos e hijas del Padre misericordioso, hermanos y hermanas de su amado Hijo".(ibid.)

[633] Resuena constantemente en la Iglesia la exhortación de Jesús a sus discípulos: "Rogad al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies". ¡Rogad! La apremiante invitación del Señor subraya cómo la oración por las vocaciones ha de ser ininterrumpida y confiada. (Benedicto XVI. *Mensaje para la XLVI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 31 de marzo de 2009.)

[634] La vocación al sacerdocio y a la vida consagrada constituye un especial don divino, que se sitúa en el amplio proyecto de amor y de salvación que Dios tiene para cada ser humano y para toda la humanidad". (ibid.)

[635] "En la llamada universal a la santidad destaca la peculiar iniciativa de Dios, que escoge a algunos para que sigan más de cerca a su Hijo Jesucristo, y sean sus ministros y testigos privilegiados. Respondiendo a la llamada del Señor y dóciles a la acción del Espíritu Santo, una gran multitud de presbíteros y de personas consagradas, a lo largo de los siglos, se ha entregado completamente en la Iglesia al servicio del Evangelio. Damos gracias al Señor porque también hoy sigue llamando a obreros para su viña". (ibid.)

[636] "Aunque es verdad que en algunas regiones de la tierra se registra una escasez preocupante de presbíteros, y que dificultades y obstáculos acompañan el camino de la Iglesia, nos sostiene la certeza inquebrantable de que el Señor, que libremente escoge e invita a su seguimiento a personas de todas las culturas y de todas las edades, según los designios inescrutables de su amor misericordioso, la guía firmemente por los senderos del tiempo hacia el cumplimiento definitivo del Reino".(ibid.)

[637] "Nuestro primer deber ha de ser por tanto mantener viva, con oración incesante, esa invocación de la iniciativa divina en las familias y en las parroquias, en los movimientos y en las asociaciones comprometidas en el apostolado, en las comunidades religiosas y en todas las estructuras de la vida diocesana". (ibid.)

[638] "Por parte de cuantos han recibido la llamada, se requiere una escucha atenta y un prudente discernimiento, una adhesión generosa y dócil al designio divino, una profundización seria en lo que es propio de la vocación sacerdotal y religiosa para corresponder a ella de manera responsable y convencida". (ibid.)

[639] "En la Eucaristía, don perfecto que realiza el proyecto de amor para la redención del mundo, Jesús se inmola libremente para la salvación de la humanidad. Los presbíteros están destinados a perpetuar ese misterio salvífico a lo largo de los siglos. (ibid.)

[640] En la celebración eucarística es el mismo Cristo el que actúa en quienes Él ha escogido como ministros suyos; los sostiene para que su respuesta se desarrolle en una dimensión de confianza y de gratitud que despeje todos los temores, también cuando es más fuerte la experiencia de la propia flaqueza, o se hace más duro el contexto de incompreensión o incluso de persecución". (ibid.)

[641] "Crear en el Señor y aceptar su don, comporta fiarse de Él con agradecimiento, adhiriéndose a su proyecto salvífico. Actuando así, "la persona llamada" lo abandona todo gustosamente y acude a la escuela del divino Maestro; comienza entonces un fecundo diálogo entre Dios y el ser humano, un misterioso encuentro entre el amor del Señor que llama y la libertad del ser humano que le responde en el amor".(ibid.)

[642] "Esa relación de amor entre la iniciativa divina y la respuesta humana se presenta también, de manera admirable, en la vocación a la vida consagrada. Atraídos por Él, desde los primeros siglos del cristianismo, muchos hombres y mujeres han abandonado familia, posesiones, riquezas materiales y todo lo que es humanamente deseable, para seguir generosamente a Cristo y vivir sin ataduras su Evangelio, que se ha convertido para ellos en escuela de santidad radical".(ibid.)

[643] "La respuesta del ser humano a la llamada divina, cuando se tiene conciencia de que es Dios quien toma la iniciativa y corresponde a Él llevar a término su proyecto de salvación, se manifiesta en una rápida adhesión a la invitación del Señor. Sin abdicar en ningún momento de la responsabilidad personal, la respuesta libre del hombre a Dios se transforma así en "corresponsabilidad", en responsabilidad en y con Cristo, en virtud de la acción de su Espíritu Santo; se convierte en comunión con quien nos hace capaces de dar fruto abundante".(ibid.)

[644] "Emblemática respuesta humana, llena de confianza en la iniciativa de Dios, es el "Amén" generoso y total de la Virgen de Nazaret, pronunciado con humilde y decidida adhesión a los designios del Altísimo. (ibid.)

[645] Quisiera encomendar a Ella a cuantos descubren la llamada de Dios para encaminarse por la senda del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada". "Queridos amigos, no os desaniméis ante las dificultades y las dudas; confiad en Dios y seguid fielmente a Jesús y seréis los testigos de la alegría que brota de la unión íntima con Él". (ibid.)

646. Demos a Dios lo que Dios nos pide, no lo que nosotros queramos. No hagamos nosotros la elección. Dejémosle a Él que la haga. Si Él quiere palabras, hablemos su palabra; si acción, movámonos; si inactividad, quedémonos tranquilos y estemos donde y como Él nos quiere, sufriendo en paz la impotencia; si oración, oremos: si sacrificio suframos todo cuanto Él disponga: enfermedad, contradicción, persecución, incomprensión...

647. Cada vocación tiene su don y su puesto, y cada puesto tiene su don en la medida que le corresponde. Mi elección no está en el puesto, sino en el don que Dios me ha dado. Mi santidad no está en que yo quiera lo más alto, sino en lo que está conforme con mi disposición y con el don recibido.

648. Todos estamos llamados a la santidad.

649. La perfección cristiana no está vinculada a una clase de personas o de profesiones determinadas.

650. Cristo ha dirigido a todas las personas su llamamiento y sus exhortaciones a la práctica de los consejos evangélicos. Algunos de éstos fueron dirigidos a personas o grupos de personas en particular. Casi uno por uno llamó a los apóstoles, y así debió de llamar también a otros muchos, de los cuales algunos oyeron su voz, otros la desoyeron. Pero, además de estos llamamientos particulares, Jesús tuvo frases con las que convidaba a su seguimiento universalmente a todos los que quisieran ir en pos de Él.

651. Una persona que busca la unión con Dios –en la cual consiste la verdadera santidad– debe, ante todo, aspirar a la más perfecta conformidad con la divina voluntad, mediante una total y formal entrega de todo su ser al divino beneplácito y en sacrificio completo de todo cuanto no sea conforme con ese divino querer y no querer.

652. «Fiat»; he ahí el plan de una respuesta santificadora. «Fiat» sin protestas, con entrega y abandono, sin condiciones; «fiat» desinteresado, con amor y por amor.

653. Crucificado con Jesús y por Jesús, debes comenzar tu carrera, seguirla y acabarla con el solemne «fiat», abandonándote al querer y a la acción misericordiosa de Jesús.

654. Dios no puede invitarnos a una empresa irrealizable. *Sed perfectos*, ha dicho el divino Maestro; luego podemos. La perfección está al alcance de nuestra mano con la gracia de Dios. Dios asiste al que «quiere»; «querer de veras», he ahí uno de los resortes para hacerse santos.

655. Son muchas las personas que apuntan constantemente a la perfección, a la pureza de alma y cuerpo, al amor de Dios, al reino de Cristo. El camino generalmente es el de la cruz. Tu destino es tu perfección y tu santidad. Empieza por buscarla, más alto o más bajo, según el grado que dice bien con los dones que Dios te ha dispensado.

656. Si en su cuna la Iglesia miró ya con tanto interés y trabajó con celo apostólico para que en las personas se promoviese el ideal de la perfección evangélica, es fácil suponer que la providente Madre Iglesia, en los siglos siguientes, no haya podido olvidar la lección de los Padres Apostólicos ni abandonar el campo preparado con tantos afanes.

657. La Iglesia, con Cristo, aspira al bien perfecto al sumo bien. Si no queremos que el mundo se hunda en su propia derrota, es preciso que a esta lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, se suceda una era de santos. La bondad divina concederá al triunfo que esperamos nuevos siglos de gloria, que den para el cielo nuevas legiones de santos.

658. ¡Qué fácilmente podemos ser santos y perfectos! Para ello no se requieren sistemas complicados, cuyo estudio tal vez no entra en nuestras cabezas. Puedes ser santo en el hogar, en el taller, en la oficina, en la escuela, sin cambiar de postura. Así acaecía en Nazaret.

659. La posibilidad de la santidad en la vida seglar ha abierto horizontes alentadores a muchas personas que, por circunstancias de la vida, habían renunciado a estas cumbres.

660. *Consigna:* Santidad en plena calle; con destellos y fragancias de pureza y de ardores de amor a Jesús, viviendo en un martirio —«testimonio»— a fuego lento sobre la parrilla del sacrificio cotidiano.

661. Este es el gran contrabando que muchas personas han pasado a través de las fronteras de la eternidad, sin que nadie les haya echado el alto; el de una santidad sencilla y escondida; la santidad eminentemente «popular», sin distingos; la santidad llana, sin atavíos que deslumbren o desalienten; santidad que destierra cualquier idea equivocada de exclusivismo o monopolios, santidad que entra fácilmente en el hogar, en la fábrica, en el taller y en la oficina; que entra en la populosa ciudad, en la aldea silenciosa y en el solitario cortijo.

662. Personas sencillas, perdidas en el trajín de la vida, cuya santidad pasó desapercibida hasta para ellas mismas, serán un día, en la gran parada del juicio final, la sorpresa de los que convivieron con ellas y de todo el mundo.

3) Disponibilidad para un servicio filial

Autor: Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.
Capítulo 1: Consagración y búsqueda de la voluntad de Dios

[663] «Para que, libres, podamos servirlo en santidad y justicia» (cf. *Lc* 1, 74-75)

[664]... ¿A quién estamos buscando?

A los primeros Discípulos que, inseguros aún y dudosos, se ponen a seguir un nuevo Rabbí, el Señor les pregunta: «¿Qué buscáis?» (*Jn* 1, 38). En esta pregunta podemos leer otras preguntas radicales: ¿Qué busca tu corazón? ¿Por qué cosas te afanas? ¿Te estás buscando a ti mismo o buscas al Señor tu Dios? ¿Sigues tus deseos o el deseo del que ha hecho tu corazón y lo quiere realizar como Él quiere y conoce? ¿Persigues sólo cosas que pasan o buscas a Aquél que no pasa? (ibid.)

[665] Ya lo observaba san Bernardo: «¿Qué podemos negociar, Señor Dios nuestro, en este país de la desemejanza? Mira qué hacen los humanos desde el alba hasta el ocaso: recorrer todos los mercados del mundo en busca de riquezas y honores o arrastrados por los suaves encantos de la fama».10 (ibid.)

[666] «Tu rostro buscaré, Señor» (*Sal* 26, 8): ésta es la respuesta de la persona que ha comprendido la unicidad e infinita grandeza del misterio de Dios, así como la soberanía de su santa voluntad; pero también es la respuesta, aunque sea implícita y confusa, de toda criatura humana en busca de verdad y felicidad. (ibid.)

[667] Quaerere Deum ha sido siempre el programa de toda existencia sedienta de absoluto y eternidad. Hoy muchos ven como algo mortificante toda forma de dependencia; pero es propio de la criatura el ser dependiente de Otro y, en la medida en que es un ser en relación, también de los otros. (ibid.)

[668] El creyente busca a Dios vivo y verdadero, Principio y Fin de todas las cosas; el Dios que no hemos forjado nosotros a nuestra imagen y semejanza, sino el que nos ha hecho a imagen y semejanza suya; el Dios que manifiesta su voluntad y nos indica los senderos para alcanzarlo. «Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (*Sal* 15, 11) (ibid.).

[669] Buscar la voluntad de Dios significa buscar una voluntad amiga, benévola, que quiere nuestra realización, que desea sobre todo la libre respuesta de amor al amor suyo, para convertirnos en instrumentos del amor divino. En esta via amoris es donde se abre la flor de la escucha y la obediencia. (ibid.).

[670] La obediencia como escucha: «Escucha, Israel» (*Dt* 6, 4)

[671] «Escucha, hijo» (*Pr* 1, 8). La obediencia es ante todo actitud filial. Es un particular tipo de escucha que sólo puede prestar un hijo a su padre, por tener la certeza de que el padre sólo tiene cosas buenas que decir y dar al hijo; una escucha entretejida de una confianza que al hijo le hace acoger la voluntad del padre, seguro como está de que será para su bien.(ibid.).

[672] Todo esto es muchísimo más cierto en relación con Dios. En efecto, nosotros alcanzamos nuestra plenitud sólo en la medida en que nos insertamos en el plan con el cual Él nos ha concebido con amor de Padre. Por tanto la obediencia es la única forma que tiene la persona humana, ser inteligente y libre, de realizarse plenamente. Y, cuando dice «no» a Dios, la persona humana compromete el proyecto divino, se empequeñece a sí misma y queda abocada al fracaso. (ibid.).

[673] La obediencia a Dios es camino de crecimiento y, en consecuencia, de libertad de la persona, porque permite acoger un proyecto o una voluntad distinta de la propia, que no sólo no mortifica o disminuye, sino que fundamenta la dignidad humana. Al mismo tiempo, también la libertad es en sí un

camino de obediencia, porque el creyente realiza su ser libre obedeciendo como hijo al plan del Padre (ibid.)

[674] Es claro que una tal obediencia exige reconocerse como hijos y disfrutar siéndolo, porque sólo un hijo y una hija pueden entregarse libremente en manos del Padre, igual que el Hijo Jesús, que se ha abandonado al Padre. Y, si en su pasión ha llegado incluso a entregarse a Judas, a los sumos sacerdotes, a quienes lo flagelaban, a la muchedumbre hostil y a sus verdugos, lo ha hecho sólo porque estaba absolutamente seguro de que todo encontraba significado en la fidelidad total al plan de salvación querido por el Padre, a quien — como recuerda san Bernardo — «lo que agradó no fue la muerte, sino la voluntad del que moría libremente».11 (ibid.)

675. ¿Hasta dónde llega tu abnegación, tu entrega al querer divino, tu plena conformidad con la voluntad de Dios? ¿Eres fiel en las cosas pequeñas?

676. A veces, Dios necesita de bien poca cosa para realizar obras estupendas de su amor y de su gloria.

677. Seamos muy “providencialistas”, no “prudencialistas”, sobre todo cuando convertimos en demasiado “humana” nuestra prudencia. Dejemos obrar a Dios cuando no contamos ya con elementos humanos.

678. Vivamos de la fe. Lo humano y sus prudencias nada nos garantizan. Miremos desde arriba y miremos hacia lo alto. Confiemos.

679. El que mira las cosas con espíritu de fe cree en la amorosa Providencia del Señor y se pone en sus manos; como el niño en las de su madre, no tiene que atormentarse con el pensamiento de su mañana.

680. Vive tranquilo en los brazos de la amorosa providencia, que siempre obrará sabiamente, según la medida y disposición de su don y de su gracia, dispuestos para ti desde la eternidad.

681. ¿Dónde está la seguridad? En Dios

¿Quién sabe mi porvenir? Sólo Dios.

¿Quién ha medido y prefijado todos los pasos de mi vida? El poder y la sabiduría de Dios.

¿Dónde está la solución de mi porvenir? En mi pleno y confiado abandono en Dios.

682. A quien deja todos sus cuidados por Dios y en Dios, no puede Dios dejar de poner por él su cuidado paternal.

683. Si Dios te ha escogido para ser santo, si hoy te invita a que avances por sus caminos, no te hagas sordo ni perezoso; vive tu ofrecimiento a la voluntad de Dios, cumpliéndola en todo aquello en que se te manifiesta; lo mismo en cosas grandes que en las menudas y pequeñas.

684. Recibirlo todo con sonrisa y amor, como venido de la mano de Dios, y volverlo a poner en la misma mano; en ella se convierte en la hostia santa que inmolamos en nuestro calvario diario, y con ello -en expresión del Apóstol- completamos lo que falta a la pasión de Jesucristo para la redención del **mundo**.

685, El don de sí mismo es la ofrenda más cara y de más agrado del Señor.

686. Tú vales más que tus obras. Más que tus obras agradas tú a Jesús. Cuanto haces para que tus obras le sean agradables, hazlo mejor para que tú mismo lo seas. Procura hacerte digno de Dios y date a El sin reservas. Sé tú la primera y principal ofrenda, y te seguirán tus obras con crecida ganancia.

687. No buscarse a sí. No mirar los intereses propios y personales. Buscar sólo la gloria de Dios y el reino de Cristo y de su Corazón en la paz del mundo.

688. Señor: no quiero saber tus designios sobre mí; ni si es de luz o de tinieblas, suave o áspero, triste o alegre mi camino. Bástame saber que me amas. Por eso, sin condiciones, me entrego a tu divino Corazón.

689. Sed fieles al llamamiento divino. No frustréis los divinos designios con fría ingratitud. Seguidle generosos, no sólo hasta el cenáculo, sino hasta el Calvario, hasta el sacrificio.

690. «Fiat-hágase». Palabra que es todo un lema de vida de santidad para todo cristiano.

691. El apostolado es, sin duda alguna, bueno y de mucha gloria de Dios, así como le es agradable el don de obras de celo; pero el don de sí mismo le es inmensamente de mayor agrado.

692. Haced en buena hora a Dios el don de vuestras obras apostólicas; pero hacedlo en tal medida y de forma que no sufra menoscabo el don de vosotros mismos.

4) En ÉL somos

Enseñanzas de Benedicto XVI

[693] El mundo considera afortunado a quien vive muchos años, pero Dios no mira la edad, sino la rectitud del corazón. El mundo da crédito a los "sabios" y a los "doctos", mientras que Dios siente predilección por los "pequeños". La enseñanza general que se deriva de esto es que hay dos dimensiones de la realidad: una más profunda, verdadera y eterna; y la otra, marcada por la finitud, la provisionalidad y la apariencia. (*HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI* Basílica Vaticana. Lunes 3 de Noviembre de 2008)

[694] Ahora bien, es importante subrayar que estas dos dimensiones no se siguen en simple sucesión temporal, como si la vida verdadera comenzara sólo después de la muerte. En realidad, la vida verdadera, la vida eterna, comienza ya en este mundo, aun dentro de la precariedad de las circunstancias de la historia; la vida eterna comienza en la medida en que nos abrimos al misterio de Dios y lo acogemos en medio de nosotros. (*ibid.*)

[695] Dios es el Señor de la vida y en él "vivimos, nos movemos y existimos" (*Hch 17, 28*), como dijo san Pablo en el Areópago de Atenas. (*ibid.*)

[696] Dios es la verdadera sabiduría que no envejece, es la riqueza auténtica que no se marchita, es la felicidad a la que aspira en profundidad el corazón de todo hombre. Esta verdad, que recorre los Libros sapienciales y vuelve a aparecer en el Nuevo Testamento, se cumple en la existencia y en la enseñanza de Jesús. (*ibid.*)

[697] En la perspectiva de la sabiduría evangélica, la muerte misma es portadora de una enseñanza saludable, porque obliga a mirar cara a cara la realidad, impulsa a reconocer la caducidad de lo que parece grande y fuerte a los ojos del mundo. Ante la muerte pierde interés todo motivo de orgullo humano y, en cambio, resalta lo que vale de verdad. (*ibid.*)

[698] Todo acaba, todos en este mundo estamos de paso. Sólo Dios tiene vida en sí mismo; él es la vida. Nuestra vida es participada, dada "ab alio"; por eso un hombre sólo puede llegar a la vida eterna a causa de la relación particular que el Creador le ha dado consigo. Pero Dios, viendo que el hombre se había alejado de él, dio un paso más, creó una nueva relación entre él y nosotros. Él, Cristo, "dio su vida por nosotros" (1 Jn 3, 16). (ibid.)

[699] Si Dios —escribe san Juan— nos ha amado gratuitamente, también nosotros podemos y, por tanto, debemos dejarnos implicar en este movimiento oblativo, haciendo de nosotros mismos un don gratuito para los demás. De esta forma conocemos a Dios como él nos conoce; de esta forma habitamos en él como él ha querido habitar en nosotros, y pasamos de la muerte a la vida (cf. 1 Jn 3, 14) como Jesucristo, que venció a la muerte con su resurrección, gracias al poder glorioso del amor del Padre celestial. (ibid.)

[700] Queridos hermanos y hermanas, esta Palabra de vida y de esperanza nos conforta profundamente ante el misterio de la muerte, de modo especial cuando afecta a las personas que más queremos. El Señor nos asegura hoy que nuestros hermanos difuntos, por quienes oramos especialmente en esta santa misa, han pasado de la muerte a la vida porque eligieron a Cristo, acogieron su yugo suave (cf. Mt 11, 29) y se consagraron al servicio de los hermanos. Por eso, aun cuando deban expiar su parte de pena debida a la fragilidad humana —que a todos nos marca, ayudándonos a ser humildes—, la fidelidad a Cristo les permite entrar en la libertad de los hijos de Dios. (ibid.)

[701] Así pues, si nos ha entristecido separarnos de ellos, y nos duele su ausencia, la fe nos conforta íntimamente al pensar que, como sucedió al Señor Jesús, y siempre gracias a él, la muerte ya no tiene poder sobre ellos (cf. Rm 6, 9). Pasando, en esta vida, a través del Corazón misericordioso de Cristo, han entrado "en un lugar de descanso" (Sb 4, 7). Y ahora nos complace pensar en ellos en compañía de los santos, finalmente liberados de las amarguras de esta vida, y sentimos también nosotros el deseo de unirnos un día a tan feliz compañía. (ibid.)

[702] En el salmo responsorial hemos repetido estas consoladoras palabras: "Dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida; mi morada será la casa del Señor a lo largo de los días" (Sal 23, 6). Sí, esperamos que el buen Pastor haya acogido a estos hermanos nuestros, por quienes celebramos el sacrificio divino, al ocaso de su jornada terrena y los haya introducido en su intimidad bienaventurada. (ibid.)

[703] El aceite bendecido —del que se habla en el Salmo (v. 5)— se puso tres veces sobre su cabeza y una vez sobre sus manos; el cáliz glorioso de Jesús sacerdote también fue su cáliz, que alzaron día tras día, alabando el nombre del Señor. Ahora han llegado a las praderas del cielo, donde los signos dejan paso a la realidad. (ibid.)

[704] Queridos hermanos y hermanas, unamos nuestra oración común y elevémosla al Padre de toda bondad y misericordia para que, por intercesión de María santísima, el encuentro con el fuego de su amor purifique pronto a estos amigos nuestros ya difuntos de toda imperfección y los transforme para alabanza de su gloria. Y oremos para que nosotros, peregrinos en la tierra, mantengamos siempre orientados los ojos y el corazón hacia la meta última a la que aspiramos, la casa del Padre, el cielo. Así sea". (ibid.)

705. Somos de Dios, hijos suyos. Pertenece a la familia divina. ¿Para quien, pues, vamos a obrar sino sólo para Dios?

706. El fin del hombre es Dios en el orden natural, y mucho más en el sobrenatural. El hombre es criado por Dios y para Dios. Siendo Dios perfección infinita y fuente de toda perfección, tanto más perfecto será el hombre cuanto más se acerque a Dios, se asemeje a Dios y participe de sus perfecciones divinas, uniéndose a Él por la gracia en Jesucristo y por

el ejercicio de las virtudes cristianas, entre las que campea, como encerrándolas y completándolas a todas en sí, el amor a Dios y al prójimo.

707. Date a Dios. Date todo y sin reservas a Dios, porque eres de Dios.

708. Yo soy una maravilla de la divina misericordia. El ser que tengo es un don de la munificencia misericordiosa de Dios, que, dejando a otros posibles seres en su nada, se acercó a mí y me incluyó entre sus obras predilectas. Por la gracia, *por la misericordia de Dios, soy lo que soy.*

709. Dios nos rodea; su presencia real nos envuelve; todas las criaturas nos le muestran con su dedo y nos hablan de Él.

710. El mundo es de Dios, y todo el mundo debe amor a su Dios.

711. En el maravilloso concierto de gloria que la creación entera -cielo, tierra, abismos, con todos los seres que en su inmensidad viven- entona a Dios, el hombre-rey con su lengua, con su inteligencia y con su corazón, debe ser el que todo lo recoja, lo dirija, lo encamine y lo exprese, dándole vida con su razón y con su fe.

712. Todo honor, toda gloria, toda bendición, toda adoración a la majestad, a la grandeza, a la santidad y justicia, a la bondad y al amor de Dios nuestro Padre; he ahí nuestro primer deber de cristianos, de siervos, de hijos de Dios.

713. Dios hizo al hombre recto y perfecto; y Dios no renuncia a la perfección del hombre.

714. Dios es la Verdad, y, por eso, es exactísimo en su ley y en su doctrina. Ni exagera por exceso, ni escasea por defecto. El Espíritu Santo es parco, pero es completo y perfecto en sus manifestaciones.

715 La creación entera es obra de su misericordia y de su bondad. Con todo, su misericordia comenzó a desbordarse y desplegarse en la tierra cuando la miseria hizo su aparición en medio del mundo. El pecado trajo al mundo la miseria y el pecado atrajo también al hombre la misericordia de Dios.

716. La tierra no estaría hoy en pie si la misericordia de Dios no la sostuviera. A la misericordia de Dios se lo debemos todo. Las más estupendas obras de Dios son obras de misericordia. El amor misericordioso actúa incesantemente sobre el corazón de la humanidad infeliz.

717. En su género, las obras de Dios son todas perfectas. Dios ha puesto algún rasgo de sus perfecciones divinas en todas las criaturas dentro de su género y grado.

718. A la vez que miras tu miseria, mira también lo grande que es la misericordia y la bondad de Dios, y despierta en ti la confianza para pedir.

719. Vives en la tierra, y eres miembro de la sociedad humana. Eres deudor a tus hermanos los hombres. Mas también estás en el reino de Dios que Cristo estableció en el **mundo**, y debes aspirar a las grandezas dignas de este reino. Eres miembro de la Iglesia, cuyos intereses te importa.

720. No basta conocer los preceptos, los consejos y las sublimidades de la doctrina de Cristo Jesús; es preciso guardarlos, observarlos y practicarlos.

721. Oír la palabra de Dios y practicarla, cumpliendo en todo su voluntad, es la piedra firme, el cimiento incommovible, la base segura de tu perfección.

5) En El nos movemos

Enseñanzas de Benedicto XVI

[722] Queridos amigos, la vida no está gobernada por el azar, no es casual. Vuestra existencia personal ha sido querida por Dios, bendecida por él y con un objetivo que se le ha dado (cf. *Gn* 1,28). La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias, por útiles que pudieran ser. Es una búsqueda de lo verdadero, bueno y hermoso. Precisamente para lograr esto hacemos nuestras opciones, ejercemos nuestra libertad y en esto, es decir, en la verdad, el bien y la belleza, encontramos felicidad y alegría. (*DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI Muelle Barangaroo, Sydney Jueves 17 de julio de 2008*)

[723] No os dejéis engañar por los que ven en vosotros simplemente consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección en sí misma se convierte en bien, la novedad se hace pasar como belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad.(*ibid.*)

[724] Cristo ofrece más. Es más, ofrece todo. Sólo él, que es la Verdad, puede ser la Vía y, por tanto, también la Vida. Así, la «vía» que los Apóstoles llevaron hasta los confines de la tierra es la vida en Cristo. Es la vida de la Iglesia. Y el ingreso en esta vida, en el camino cristiano, es el Bautismo. (*ibid.*)

[725] Por tanto, esta tarde deseo recordar brevemente algo de nuestra comprensión del Bautismo, antes de que mañana consideremos el Espíritu Santo. El día del Bautismo, Dios os ha introducido en su santidad (cf. *2 P* 1,4). Habéis sido adoptados como hijos e hijas del Padre y habéis sido incorporados a Cristo. Os habéis convertido en morada de su Espíritu (cf. *1 Co* 6,19). Por eso, al final del rito del Bautismo el sacerdote se dirigió a vuestros padres y a los participantes y, llamándoos por vuestro nombre, dijo: «Ya eres nueva criatura» (Ritual del Bautismo, 99). (*ibid.*)

[726] Queridos amigos, en casa, en la escuela, en la universidad, en los lugares de trabajo y diversión, recordad que sois criaturas nuevas. Cómo cristianos, estáis en este **mundo** sabiendo que Dios tiene un rostro humano, Jesucristo, el «camino» que colma todo anhelo humano y la «vida» de la que estamos llamados a dar testimonio, caminando siempre iluminados por su luz (cf. *ibid.*, 100). (*ibid.*)

[727] La tarea del testigo no es fácil. Hoy muchos sostienen que a Dios se le debe “dejar en el banquillo”, y que la religión y la fe, aunque convenientes para los individuos, han de ser excluidas de la vida pública, o consideradas sólo para obtener limitados objetivos pragmáticos. (*ibid.*)

[728] Esta visión secularizada intenta explicar la vida humana y plasmar la sociedad con pocas o ninguna referencia al Creador. Se presenta como una fuerza neutral, imparcial y respetuosa de cada uno. En realidad, como toda ideología, el laicismo impone una visión global. Si Dios es irrelevante en la vida pública, la sociedad podrá plasmarse según una perspectiva carente de Dios. (*ibid.*)

[729] Sin embargo, la experiencia enseña que el alejamiento del designio de Dios creador provoca un desorden que tiene repercusiones inevitables sobre el resto de la creación (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1990, 5) (*ibid.*)

[730]. Cuando Dios queda eclipsado, nuestra capacidad de reconocer el orden natural, la finalidad y el «bien», empieza a disiparse. Lo que se ha promovido ostentosamente como ingeniosidad humana se ha manifestado bien pronto como locura, avaricia y explotación egoísta. Y así nos damos cuenta cada vez más de lo necesaria que es la humildad ante la delicada complejidad del mundo de Dios. (ibid.)

[731] Y ¿qué decir de nuestro entorno social? ¿Estamos suficientemente alerta ante los signos de que estamos dando la espalda a la estructura moral con la que Dios ha dotado a la humanidad (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 2007, 8)? ¿Sabemos reconocer que la dignidad innata de toda persona se apoya en su identidad más profunda –como imagen del Creador– y que, por tanto, los derechos humanos son universales, basados en la ley natural, y no algo que depende de negociaciones o concesiones, fruto de un simple compromiso?

[732] Esto nos lleva reflexionar sobre el lugar que ocupan en nuestra sociedad los pobres, los ancianos, los emigrantes, los que no tienen voz. ¿Cómo es posible que la violencia doméstica atormenta a tantas madres y niños? ¿Cómo es posible que el seno materno, el ámbito humano más admirable y sagrado, se haya convertido en lugar de indecible violencia? (ibid.)

[733] Queridos amigos, la creación de Dios es única y es buena. La preocupación por la no violencia, el desarrollo sostenible, la justicia y la paz, el cuidado de nuestro entorno, son de vital importancia para la humanidad. Pero todo esto no se puede comprender prescindiendo de una profunda reflexión sobre la dignidad innata de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural, una dignidad otorgada por Dios mismo y, por tanto, inviolable. (ibid.)

[734] Nuestro mundo está cansado de la codicia, de la explotación y de la división, del tedio de falsos ídolos y respuestas parciales, y de la pesadumbre de falsas promesas. Nuestro corazón y nuestra mente anhelan una visión de la vida donde reine el amor, donde se compartan los dones, donde se construya la unidad, donde la libertad tenga su propio significado en la verdad, y donde la identidad se encuentre en una comunión respetuosa. (ibid.)

[735] Esta es obra del Espíritu Santo. Ésta es la esperanza que ofrece el Evangelio de Jesucristo. Habéis sido recreados en el Bautismo y fortalecidos con los dones del Espíritu en la Confirmación precisamente para dar testimonio de esta realidad. Que sea éste el mensaje que vosotros llevéis al mundo desde Sydney". (ibid.)

736. Dios siempre está en nosotros; pero desgraciadamente nosotros no estamos siempre en Él. El mundo y las ocupaciones nos distraen enormemente y, como las pesas de un reloj, nuestra alma, desde las sublimidades de su vida sobrenatural, desciende a la tierra.

737. Cuánto cuestan estas inopinadas y bruscas paradas que obligan al inquieto apóstol a suspender todas sus actividades, quedándose aparentemente frustrado en sus magníficos ensueños!

738. Precisamente, esa imposibilidad es, con frecuencia, la obra más eficaz de cuantas entran en nuestro apostolado.

739. A fin de que su doctrina brille, arrastre y cautive lo que es suyo, Dios se sirve muchísimas veces de instrumentos toscos, de medios muy pobres, de agentes poco lucidos, de apóstoles desconocidos, oscuros, sin brillo ni atracción, para realizar obras de su gloria y para revelar secretos de una doctrina celestial.

740. Seamos instrumentos de Dios. Seamos adecuados para el fin para el que somos elegidos. Dios nos dará lo que de divino nos haga falta para este fin; pero nosotros destruyamos lo que de humano estorba o perjudica.

741. Dios nos ha dispuesto sus leyes para nuestro bien y para nuestra felicidad.

742. La santidad es la unión íntima con Dios; y la unión con Dios supone el desprendimiento de criaturas. He ahí el primer trabajo: «dejar».

743. San Pablo recuerda [a sus discípulos] que su proceder noble fue el de agradar a Dios y que en eso mismo quería que fueran aventajándose, creciendo más y más hasta conseguirlo; y que no olvidasen los preceptos que antes les diera, añadiendo como especial razón: *Esta es la voluntad de Dios, a saber, vuestra santificación.*

744. En Dios existen abismos insondables que sólo la luz de la fe puede confirmarlos.

745. Tu vida sigue su curso. Si cuando la comenzaste te hubieran dicho todo el curso que ha llevado hasta el presente, te hubieras muerto de susto y de horror. No obstante, cada día ha traído lo suyo, y tú lo has tomado y llevado dentro de los eternos planes de la Providencia. Otro tanto te va a suceder en lo que te queda por caminar. El Señor no te dirá ni lo que es ni cuándo será. Su amor providente repartirá cada ración bien medida para cada día; tú la has de tomar sobre tus hombros y la llevarás mansamente hasta la cumbre.

746. La ciencia en sus lucubraciones e investigaciones lleva al encuentro con Dios. Muchos de los que, huyendo de Dios, pusieron en la ciencia todo el decreto de la vida, en la ciencia se han vuelto a encontrar con Dios. Creían huir de Dios e iban a su encuentro.

747. El primer paso que marcó San Pablo a aquellas gentes que volvían al seno de la Iglesia era hacia las alturas de la vida sobrenatural. Cimenta sus palabras en la confesión cristiana de la fe, caridad y esperanza, las tres virtudes teologales que fundamentan nuestra vida cristiana. Al cristiano se le abre un nuevo horizonte. Su mirada no se detiene en las fronteras de lo presente. Con estas tres antorchas se orienta por los espacios hasta la eternidad.

748. Dios te creó con una capacidad proporcionada a tu fin. Tu fin es Dios. Tienes capacidad para poseer y gozar a Dios.

6) En Él vivimos

Enseñanzas de Benedicto XVI

[749] El nombre del programa que seguís nos invita a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué quiere decir realmente estar “vivo”, vivir la vida en plenitud? Esto es lo que todos queremos, especialmente cuando somos jóvenes, y es lo que Cristo quiere para nosotros. En efecto, Él dijo: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn 10,10*). (*DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI ENCUENTRO CON LOS JÓVENES DE LA COMUNIDAD DE RECUPERACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE NOTRE DAME DE SYDNEY Viernes 18 de julio de 2008*)

[750] El instinto más enraizado en todo ser vivo es el de conservar la vida, crecer, desarrollarse y transmitir a otros el don de la vida. Por eso, es algo natural que nos preguntemos cuál es la mejor manera de realizar todo esto. (*ibid.*)

[751] Esta cuestión es tan acuciante para nosotros como le era también para los que vivían en tiempos del Antiguo Testamento. Sin duda ellos escuchaban con atención a Moisés cuando les decía: “Te pongo delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige la vida, y vivirás tú y tu

descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida” (*Dt* 30, 19-20). (ibid.)

[752] Estaba claro lo que debían hacer: debían rechazar a los otros dioses para adorar al Dios verdadero, que se había revelado a Moisés, y obedecer sus mandamientos. (ibid.)

[753] Se podría pensar que actualmente es poco probable que la gente adore a otros dioses. Sin embargo, a veces la gente adora a “otros dioses” sin darse cuenta. Los falsos “dioses”, cualquiera que sea el nombre, la imagen o la forma que se les dé, están casi siempre asociados a la adoración de tres cosas: los bienes materiales, el amor posesivo y el poder. (ibid.)

[754] Permitidme que me explique. Los bienes materiales son buenos en sí mismos. No podríamos sobrevivir por mucho tiempo sin dinero, vestidos o vivienda. Para vivir, necesitamos alimento. Pero, si somos codiciosos, si nos negamos a compartir lo que tenemos con los hambrientos y los pobres, convertimos nuestros bienes en una falsa divinidad. (ibid.)

[755] En nuestra sociedad materialista, muchas voces nos dicen que la felicidad se consigue poseyendo el mayor número de bienes posible y objetos de lujo. Sin embargo, esto significa transformar los bienes en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, traen la muerte. (ibid.)

[756] El amor auténtico es evidentemente algo bueno. Sin él, difícilmente valdría la pena vivir. El amor satisface nuestras necesidades más profundas y, cuando amamos, somos más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Pero, qué fácil es transformar el amor en una falsa divinidad. La gente piensa con frecuencia que está amando cuando en realidad tiende a poseer al otro o a manipularlo. A veces trata a los otros más como objetos para satisfacer sus propias necesidades que como personas dignas de amor y de aprecio. (ibid.)

[757] Qué fácil es ser engañado por tantas voces que, en nuestra sociedad, sostienen una visión permisiva de la sexualidad, sin tener en cuenta la modestia, el respeto de sí mismo o los valores morales que dignifican las relaciones humanas. Esto supone adorar a una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte. (ibid.)

[758] El poder que Dios nos ha dado de plasmar el mundo que nos rodea es ciertamente algo bueno. Si lo utilizamos de modo apropiado y responsable nos permite transformar la vida de la gente. Toda comunidad necesita buenos guías. Sin embargo, qué fuerte es la tentación de aferrarse al poder por sí mismo, buscando dominar a los otros o explotar el medio ambiente natural con fines egoístas. Esto significa transformar el poder en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte. (ibid.)

[759] El culto a los bienes materiales, el culto al amor posesivo y el culto al poder, lleva a menudo a la gente a “comportarse como Dios”: intentan asumir el control total, sin prestar atención a la sabiduría y a los mandamientos que Dios nos ha dado a conocer. Este es el camino que lleva a la muerte. Por el contrario, adorar al único Dios verdadero significa reconocer en él la fuente de toda bondad, confiarnos a él, abrirnos al poder saludable de su gracia y obedecer sus mandamientos: este es el camino para elegir la vida. (ibid.)

[760] Un ejemplo gráfico de lo que significa alejarse del camino de la muerte y reemprender el camino de la vida, se encuentra en el relato del Evangelio que seguramente todos conocéis bien: la parábola del hijo pródigo. (ibid.)

[761] Al comienzo de la narración, aquél joven dejó la casa de su padre buscando los placeres ilusorios prometidos por los falsos “dioses”. Derrochó su herencia llevando una vida llena de vicios, encontrándose al final en un estado de grande pobreza y miseria. Cuando tocó fondo, hambriento y abandonado, comprendió que había sido una locura dejar la casa de su padre, que tanto lo amaba. Regresó con humildad y pidió perdón. Su padre, lleno de alegría, lo abrazó y exclamó: “Este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.” (*Lc* 15, 24). (ibid.)

[762] Muchos de vosotros habéis experimentado personalmente lo que vivió aquel joven. Tal vez, habéis tomado decisiones de las que ahora os arrepentís, elecciones que, aunque entonces se presentaban muy atractivas, os han llevado a un estado más profundo de miseria y de abandono. El abuso de las drogas o del alcohol, participar en actividades criminales o nocivas para vosotros mismos, podrían aparecer entonces como la vía de escape a una situación de dificultad o confusión. Ahora sabéis que en vez de dar la vida, han traído la muerte. (ibid.)

[763] Quiero reconocer el coraje que habéis demostrado decidiendo volver al camino de la vida, precisamente como el joven de la parábola. Habéis aceptado la ayuda de los amigos o de los familiares, del personal del programa “Alive”, de aquellos que tanto se preocupan por vuestro bienestar y felicidad. (ibid.)

[764] Queridos amigos, os veo como embajadores de esperanza para otros que se encuentran en una situación similar. Al hablar desde vuestra experiencia podéis convencerlos de la necesidad de elegir el camino de la vida y rechazar el camino de la muerte. (ibid.)

[765] En todos los Evangelios, vemos que Jesús amaba de modo especial a los que habían tomado decisiones erróneas, ya que una vez reconocida su equivocación, eran los que mejor se abrían a su mensaje de salvación. De hecho, Jesús fue criticado frecuentemente por aquellos miembros de la sociedad, que se tenían por justos, porque pasaba demasiado tiempo con gente de esa clase. Preguntaban, “¿cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?”. (ibid.)

[766] Él les respondió: “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (*Mt* 9, 11-13). Los que querían reconstruir sus vidas eran los más disponibles para escuchar a Jesús y a ser sus discípulos. (ibid.)

[767] Vosotros podéis seguir sus pasos; también vosotros, de modo particular, podéis acercaros particularmente a Jesús precisamente porque habéis elegido volver a él. Podéis estar seguros que, a igual que el padre en el relato del hijo pródigo, Jesús os recibe con los brazos abiertos. Os ofrece su amor incondicional: la plenitud de la vida se encuentra precisamente en la profunda amistad con él. (ibid.)

768. Es preciso ante todo vivir, pues antes es vivir que obrar.

769. La verdadera vida es la vida eterna, la vida inmortal, cuyo principio, fuente y manantial está en Dios, porque Dios es la Vida.

770. La Vida ha nacido para nosotros; nosotros que antes habíamos nacido hijos de la muerte, volvemos a nacer hijos de la Vida, hijos del cielo, hijos de Dios.

771. La vida cristiana se desenvuelve en una encantadora variedad de actividades, de ejercicios, de sentimientos, de impresiones y de espirituales mociones y afectos.

772. ¡Bendita mil veces la vida de aquellas personas que en la simplicidad, paz y reposo de una espiritual «monotonía» han hallado la felicidad del corazón!

773. La vida externa del cristiano no es monótona. La santidad arranca precisamente ese riesgo, armonizando y ordenando todas las ocupaciones diarias. La vida espiritual pone en movimiento al hombre total y completo, trabajan el cuerpo alma, y entrambos armonizan y dulcifican la vida.

774. Por medio de la entrega, el cristiano muere a todo lo que es tierra, a todo lo que es carne, a todo lo que es vano, y vive enteramente para su Dios.

775. *Consigna:* Entregarse por amor en sacrificio a Dios. Entregarse totalmente en oración, adoración, reparación, con plena voluntad y sin restricciones.

776. La vida no es vida si no es santa y perfecta.

777. La vida cristiana, por el mero hecho de ser vida de Cristo en las personas, es vida perfecta, vida santa, vida de máxima espiritualidad.

778. Veamos de qué manera vivió Jesús, para que vivamos nosotros como Él; que eso cabalmente es «ser cristianos».

779. La práctica de la virtud en abstracto no se concibe; se hace imposible. Hay que acomodarla a un molde; hay que copiarla de algún modelo.; y Jesús es el ejemplar que nos ha sido mostrado.

780. Dios se ha rebajado a ser hombre para que el hombre llegue a ser Dios. Dios-Jesús- vive la vida del hombre para que el hombre aprenda y llegue a vivir la vida de Dios. A eso vino El al mundo: a vivir nuestra vida, a enseñarnos a vivir, mostrándonos la vida practicada, ejercitada, *vivida*.

781. Jesús es la accesibilidad misma de Dios, y esta accesibilidad llega hasta la más delicada intimidad, porque Jesús no se contenta con esas relaciones externas, del trato habitual entre las personas, sino que quiere una intimidad en la que se trasfunde la vida misma del uno en la del otro.

782. Nadie vive tan satisfecho y lleno como aquel que, mortificando el apetito de las cosas de la tierra, procura nutrir su espíritu de manjar sobrenatural.

783. ¿Sabes que tu corazón es un abismo que solamente podrá llenar otro abismo de bien o de mal?

784. Sólo lo infinito puede llenar el vacío inmenso del corazón humano; y, puesto que solamente Dios es infinito, está claro que sólo Dios puede llenar nuestro corazón.

785. Trabajad como Jesús, que no buscaba más que el agrado de su Padre. Pero, como El, no os gloriéis de vuestros éxitos más o menos pomposos; gloriaos más bien de haber cumplido la voluntad de Dios en todo.

786. Nuestro bien está en que es preciso vivir siempre de cara hacia Dios. Entonces todo lo humano se ve a su luz, y la luz de Dios enseña la verdad. Y la verdad en esto está: en saber darle su valor a las cosas, dar a lo perecedero lo suyo, y lo suyo también a lo inmortal. Los valores eternos nos abren el camino y nos dan la paz.

7) En manos de Cristo

Enseñanzas de Benedicto XVI

[787] Dios, como Jesús nos lo ha revelado, es Padre lleno de misericordia y de bondad”.

[788] “El miedo es una dimensión natural de la vida” y que a lo largo de ésta se manifiesta en diversos modos. “Desde pequeños se experimentan formas de miedo que más tarde se revelan como imaginarias y así desaparecen; otras sucesivamente emergen y tienen precisos fundamentos en la realidad: éstas deben ser afrontadas y superadas con el esfuerzo humano y con la confianza en Dios”. (Benedicto XVI: *Estar en manos de Dios es el antídoto contra el miedo*. VATICANO, 22 Jun. 08 / 07:39 am (ACI))

[789] “Existe además una forma de miedo más profunda, de tipo existencial, que desemboca a veces en angustia: esta nace de una experiencia de vacío, ligado a una cierta cultura impregnada por un difundido nihilismo teórico y práctico”. (ibid.)

[790] Quien ama [a Dios] no tiene miedo: "No hay temor en el amor —escribe el apóstol san Juan—; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor" (1 Jn 4, 18). Por consiguiente, el creyente no se asusta ante nada, porque sabe que está en las manos de Dios, sabe que el mal y lo irracional no tienen la última palabra, sino que el único Señor del mundo y de la vida es Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que nos amó hasta sacrificarse a sí mismo, muriendo en la cruz por nuestra salvación. (ibid.)

[791] Cuanto más crecemos en esta intimidad con Dios, impregnada de amor, tanto más fácilmente vencemos cualquier forma de miedo. En el pasaje evangélico de hoy, Jesús repite muchas veces la exhortación a no tener miedo. Nos tranquiliza, como hizo con los Apóstoles, como hizo con san Pablo cuando se le apareció en una visión durante la noche, en un momento particularmente difícil de su predicación: "No tengas miedo —le dijo—, porque yo estoy contigo" (Hch 18, 9-10). (ibid.)

[792] Cristo es el verdadero “tesoro” por el cual vale la pena sacrificarlo todo; Él es amigo que nunca nos abandona porque conoce las esperanzas más íntimas de nuestro corazón. (Vaticano, 24 ago, 08/06:06 am ACI)

[793] Jesús es el Hijo de Dios vivo, el Mesías prometido, venido a la tierra para ofrecer a la humanidad la salvación y para satisfacer la sed de vida y de amor que habita en todo ser humano. (ibid.)

[794] San Juan refiere un episodio que aconteció en la última fase de la vida pública de Cristo, en la inminencia de la Pascua judía, que sería su Pascua de muerte y resurrección. Narra el evangelista que, mientras se encontraba en Jerusalén, algunos griegos, prosélitos del judaísmo, por curiosidad y atraídos por lo que Jesús estaba haciendo, se acercaron a Felipe, uno de los Doce, que tenía un nombre griego y procedía de Galilea. "Señor —le dijeron—, queremos ver a Jesús" (Jn 12, 21). Felipe, a su vez, llamó a Andrés, uno de los primeros apóstoles, muy cercano al Señor, y que también tenía un nombre griego; y ambos "fueron a decírselo a Jesús" (Jn 12, 22). (HOMILIA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI. v Domingo de Cuaresma, 29 de Marzo de 2009)

[795] En la petición de estos griegos anónimos podemos descubrir la sed de ver y conocer a Cristo que experimenta el corazón de todo hombre. Y la respuesta de Jesús nos orienta al misterio de la Pascua, manifestación gloriosa de su misión salvífica. "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre" (Jn 12, 23).(ibid.)

[796] Sí, está a punto de llegar la hora de la glorificación del Hijo del hombre, pero esto conllevará el paso doloroso por la pasión y la muerte en cruz. De hecho, sólo así se realizará el plan divino de la

salvación, que es para todos, judíos y paganos, pues todos están invitados a formar parte del único pueblo de la alianza nueva y definitiva. (ibid.)

[797] A esta luz comprendemos también la solemne proclamación con la que se concluye el pasaje evangélico: "Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn 12, 32*), así como el comentario del Evangelista: "Decía esto para significar de qué muerte iba a morir" (*Jn 12, 33*). La cruz: la altura del amor es la altura de Jesús, y a esta altura nos atrae a todos. (ibid.)

[798] El Señor mismo nos explica cómo podemos asociarnos a su misión. Hablando de su muerte gloriosa ya cercana, utiliza una imagen sencilla y a la vez sugestiva: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto" (*Jn 12, 24*). (ibid.)

[799] Se compara a sí mismo con un "grano de trigo deshecho, para dar a todos mucho fruto", como dice de forma eficaz san Atanasio. Y sólo mediante la muerte, mediante la cruz, Cristo da mucho fruto para todos los siglos. (ibid.)

[800] De hecho, no bastaba que el Hijo de Dios se hubiera encarnado. Para llevar a cabo el plan divino de la salvación universal era necesario que muriera y fuera sepultado: sólo así toda la realidad humana sería aceptada y, mediante su muerte y resurrección, se haría manifiesto el triunfo de la Vida, el triunfo del Amor; así se demostraría que el amor es más fuerte que la muerte. (ibid.)

[801] Con todo, el hombre Jesús, que era un hombre verdadero, con nuestros mismos sentimientos, sentía el peso de la prueba y la amarga tristeza por el trágico fin que le esperaba. (ibid.)

[802] Precisamente por ser hombre-Dios, experimentaba con mayor fuerza el terror frente al abismo del pecado humano y a cuanto hay de sucio en la humanidad, que él debía llevar consigo y consumir en el fuego de su amor. (ibid.)

[803] Todo esto él lo debía llevar consigo y transformar en su amor. "Ahora —confiesa— mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora?" (*Jn 12, 27*). Le asalta la tentación de pedir: "Sálvame, no permitas la cruz, dame la vida". En esta apremiante invocación percibimos una anticipación de la conmovedora oración de Getsemaní, cuando, al experimentar el drama de la soledad y el miedo, implorará al Padre que aleje de él el cáliz de la pasión. (ibid.)

[804]...Sin embargo, al mismo tiempo, mantiene su adhesión filial al plan divino, porque sabe que precisamente para eso ha llegado a esta hora, y con confianza ora: "Padre, glorifica tu nombre" (*Jn 12, 28*). Con esto quiere decir: "Acepto la cruz", en la que se glorifica el nombre de Dios, es decir, la grandeza de su amor. (ibid.)

[805] También aquí Jesús anticipa las palabras del Monte de los Olivos: "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (*Lc 22, 42*). Transforma su voluntad humana y la identifica con la de Dios. Este es el gran acontecimiento del Monte de los Olivos, el itinerario que deberíamos seguir fundamentalmente en todas nuestras oraciones: transformar, dejar que la gracia transforme nuestra voluntad egoísta y la impulse a uniformarse a la voluntad divina. (ibid.)

[806] San Agustín (...) subrayó fuertemente que la Iglesia está en las manos de Cristo, sigue siendo su Cuerpo, formando con él un solo sujeto, participe de la mediación de la gracia. Por eso, subraya que la Iglesia nunca puede separarse de Jesucristo. (*AUDIENCIA GENERAL DEL PAPA BENEDICTO XVI Plaza de San Pedro. Miércoles 22 de Abril de 2009*).

807. El memorable sermón de la montaña es una documentada invitación a la vida de perfección con detalles de excepcional interés. Es todo un programa completo y acabado de perfección cristiana para todo aquel inmenso auditorio y para todos los siglos.

808. La conquista de un alma es cosa grande. Por ella hizo Jesús, no uno, sino muchos y sublimes actos heroicos, que nadie en este mundo ha podido igualar.

809. *Consigna:* Darse a Jesús y darle todo lo que somos y todo lo que hacemos; darle nuestras obras corporales y espirituales; sacrificarle nuestros gustos, lo que más amamos; darle lo que más le guste, aunque ello nos disguste a nosotros; en una palabra, darle todo y no negarle nada.

810. ¿Acaso Jesús no es Señor y dueño de la tierra, de su plenitud, de todo el universo y de cuanto en él habita? ¿No tendrá el poder de tomar al hombre y hacerle suyo y conservarle?

811. Pongamos toda nuestra fuerza en la unión; unión de inteligencias sacrificando pequeñeces de criterio, de juicio personal, de amor propio; unión de voluntades amando el mismo ideal.

812. Jesús del Evangelio es nuestro Jesús auténtico, y el Evangelio de Jesús es nuestra verdadera doctrina de vida. San Pablo y su doctrina representan un ideal viviente de la práctica de esa misma vida.

813. Los evangelistas nos han transmitido la vida y la doctrina divina de Cristo Jesús. San Pablo nos ha transmitido su propia experiencia de vida como perfecto imitador de Cristo, así como la práctica de esta misma vida cristiana en sus admirables epístolas. El Evangelio hecho vida, practicado en todos sus grados de perfección, es el evangelio de San Pablo.

814. Veinte siglos de vida pública y manifiesta llevamos viviendo en tu Iglesia y Tú, Señor, en ella, y los cristianos, hijos de ella y tuyos, conocemos poco aún el don incesante que, cual torrente, corre y se derrama de su seno a nuestras almas.

815. Será garantía de que Dios está y va con nosotros el que nosotros estemos y vayamos en todo momento con la Iglesia.

816. Oíd, creed y abrazad la palabra de Dios. Que esa palabra divina oída bien, creída firmemente y abrazada en vuestros corazones, fructifique de tal manera que os hagáis imitadores de aquella primera Iglesia de Cristo.

817. Vivir el Evangelio. Dar esa sensación de que es posible en el mundo vivir ese espíritu perfectamente; ser prolongación de Cristo, resucitarlo a los veinte siglos y vivir la misma vida de los primitivos cristianos.

818. Tenemos todos un gran programa: es el programa que el Maestro de Nazaret nos trazó en su admirable discurso de la montaña, y que luego nos repiten minuciosamente todas las páginas del Evangelio.

819. El maravilloso sermón de la montaña, programa y resumen de toda la doctrina de Jesucristo es admirado por muchas personas.

820. El sermón de la montaña, gracias a la mano maestra de Jesús, marca el camino integral y perfecto de la salvación y de la santidad para todo el mundo.

821. Las ocho bienaventuranzas son los principios fundamentales de la moral y de la perfección cristiana; son las máximas morales del Reino de Cristo, opuestas diametralmente al reino del mundo; son los caminos reales que conducen a Jesús; son el ejercicio de las más excelentes virtudes que nos disponen para el reino.

822. Jesús ofreció a su Padre reparación superabundante; sin embargo, invita a las almas generosas a que se le entreguen y se agreguen a Él, a fin de aplicar ahora al mundo los tesoros de la gran expiación del Calvario.

823. Jesús sigue entregándose; faltan personas que se entreguen a Él.

824. Hacen falta personas generosas que se den del todo, sin reservas.

825. Jesús ha escogido a muchas personas y las ha llamado no a que le den lo que tienen, sino para que se den ellas mismas, para que se entreguen a su amor misericordioso, dándole toda su libertad, dejándole a Él las manos libres para que en ellas y por ellas cumpla en otras personas sus amorosos designios.

826. Si Dios te ha pedido mucho, mucho debes darle, porque para todo ello habrá Él dispuesto los auxilios y gracias en grado oportuno. Dios distribuye sus gracias en la medida y proporción del destino que señala a cada uno.

827. Tú anda por el camino que te abre el Señor. No apetezcas otro, pues para ti ése es el seguro y no otro.

828. *Consigna:* ¡Arriba el corazón!, y a no querer cambiar la ruta que Él nos ha señalado con su providencia amorosa.

8) Señales para caminar

Enseñanzas de Benedicto XVI

[829] El tema que propongo a vuestra consideración es un versículo del Salmo 118[119]: “Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero” (v. 105). El amado Juan Pablo II comentó así estas palabras del Salmo: “El orante se derrama en alabanza de la Ley de Dios, que toma como lámpara para sus pasos en el camino a menudo oscuro de la vida” (*MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LOS JÓVENES DEL MUNDO CON OCASIÓN DE LA XXI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD, 9 DE ABRIL DE 2006.*)

[830] Dios se revela en la historia, habla a los hombres y su palabra es creadora. En efecto, el concepto hebreo “dabar”, habitualmente traducido con el término “palabra”, quiere significar tanto palabra como acto. Dios dice lo que hace y hace lo que dice. En el Antiguo Testamento anuncia a los hijos de Israel la venida del Mesías y la instauración de una “nueva” alianza; en el Verbo hecho carne Él cumple sus promesas. (ibid.)

[831] Esto lo pone también en evidencia bien el Catecismo de la Iglesia Católica: “Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta” (n. 65). (ibid.)

[832] El Espíritu Santo, que guió al pueblo elegido inspirando a los autores de las Sagradas Escrituras, abre el corazón de los creyentes a la inteligencia que éstas contienen. El mismo Espíritu está activamente presente en la Celebración eucarística cuando el sacerdote, pronunciando “in persona

Christi” las palabras de la consagración, convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para que sean alimento espiritual de los fieles. (ibid.)

[833] Para avanzar en la peregrinación terrena hacia la Patria celeste, ¡todos tenemos que nutrirnos de la palabra y del pan de Vida eterna, inseparables entre ellos! (ibid.)

[834] Los Apóstoles acogieron la palabra de salvación y la transmitieron a sus sucesores como una joya preciosa custodiada en el cofre seguro de la Iglesia: sin la Iglesia esta perla corre el riesgo de perderse o hacerse añicos. (ibid.)

[835] Queridos jóvenes, amad la palabra de Dios y amad a la Iglesia, que os permite acceder a un tesoro de un valor tan grande introduciéndoos a apreciar su riqueza. Amad y seguid a la Iglesia que ha recibido de su Fundador la misión de indicar a los hombres el camino de la verdadera felicidad. (ibid.)

[836] No es fácil reconocer y encontrar la auténtica felicidad en el mundo en que vivimos, en el que el hombre a menudo es rehén de corrientes ideológicas, que lo inducen, a pesar de creerse “libre”, a perderse en los errores e ilusiones de ideologías aberrantes. (ibid.)

[837] Urge “liberar la libertad” (cfr. Encíclica *Veritatis splendor*, 86), iluminar la oscuridad en la que la humanidad va a ciegas. Jesús ha mostrado cómo puede suceder esto: “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (*Jn* 8, 31-32). El Verbo encarnado, Palabra de Verdad, nos hace libres y dirige nuestra libertad hacia el bien. (ibid.)

[838] Queridos jóvenes, medita a menudo la palabra de Dios, y dejad que el Espíritu Santo sea vuestro maestro. Descubriréis entonces que el pensar de Dios no es el de los hombres; seréis llevados a contemplar al Dios verdadero y a leer los acontecimientos de la Historia con sus ojos; gustaréis en plenitud la alegría que nace de la verdad. (ibid.)

[839] En el camino de la vida, que no es fácil ni está exento de insidias, podréis encontrar dificultades y sufrimientos y a veces tendréis la tentación de exclamar con el Salmista: “Humillado en exceso estoy” (*Sal* 118 [119], v. 107). No os olvidéis de añadir junto a Él: Señor “dame la vida conforme a tu palabra... Mi alma está en mis manos sin cesar, mas no olvido tu ley” (ibid. vv. 107.109). La presencia amorosa de Dios, a través de su palabra, es antorcha que disipa las tinieblas del miedo e ilumina el camino, también en los momentos más difíciles. (ibid.)

[840] Escribe el Autor de la Carta a los Hebreos: “Es viva la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (4,12). Es necesario tomar en serio la exhortación de considerar la palabra de Dios como un “arma” indispensable en la lucha espiritual; ésta actúa eficazmente y da fruto si aprendemos a escucharla para obedecerle después. (ibid.)

[841] Explica el Catecismo de la Iglesia Católica: “Obedecer (*ob-audire*) en la fe, es someterse libremente a la Palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma” (n. 144). (ibid.)

[842] Si Abrahán es el modelo de esta escucha que es obediencia, Salomón se revela a su vez como buscador apasionado de la sabiduría contenida en la Palabra. Cuando Dios le propone: “Pídeme lo que quieras que te dé”, el sabio rey contesta: “Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda” (1 Re 3,5.9). (ibid.)

[843] El secreto para tener un “*corazón que entienda*” es formarse un corazón capaz de escuchar. Esto se consigue meditando sin cesar la palabra de Dios y permaneciendo enraizados en ella, mediante el esfuerzo de conocerla siempre mejor. (ibid.)

[844] Queridos jóvenes, os exhorto a adquirir intimidad con la Biblia, a tenerla a mano, para que sea para vosotros como una brújula que indica el camino a seguir. Leyéndola, aprenderéis a conocer a Cristo. San Jerónimo observa al respecto: “El desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo” (PL 24,17; cfr. *Dei Verbum*, 25). (ibid.)

[845] Una vía muy probada para profundizar y gustar la palabra de Dios es la *lectio divina*, que constituye un verdadero y apropiado itinerario espiritual en etapas. De la *lectio*, que consiste en leer y volver a leer un pasaje de la Sagrada Escritura tomando los elementos principales, se pasa a la *meditatio*, que es como una parada interior, en la que el alma se dirige hacia Dios intentando comprender lo que su palabra dice hoy para la vida concreta. A continuación sigue la *oratio*, que hace que nos entretengamos con Dios en el coloquio directo, y finalmente se llega a la *contemplatio*, que nos ayuda a mantener el corazón atento a la presencia de Cristo, cuya palabra es “lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana” (2 *Pe* 1,19). (ibid.)

[846] La lectura, el estudio y la meditación de la Palabra tienen que desembocar después en una vida de coherente adhesión a Cristo y a su doctrina. (ibid.)

[847] Advierte el apóstol Santiago: “Pero tenéis que poner la Palabra en práctica y no sólo escucharla engañándoos a vosotros mismos. Porque quien se contenta con oír la palabra, sin ponerla en práctica, es como un hombre que contempla la figura de su rostro en un espejo: se mira, se va e inmediatamente se olvida de cómo era. En cambio, quien considera atentamente la ley perfecta de la libertad y persevera en ella —no como quien la oye y luego se olvida, sino como quien la pone por obra— ése será bienaventurado al llevarla a la práctica.” (St 1,22-25). (ibid.)

[848] Quien escucha la palabra de Dios y se remite siempre a ella pone su propia existencia sobre un sólido fundamento. “Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, —dice Jesús— será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca” (Mt 7,24): no cederá a las inclemencias del tiempo. (ibid.)

[849] Construir la vida sobre Cristo, acogiendo con alegría la palabra y poniendo en práctica la doctrina: ¡he aquí, jóvenes del tercer milenio, cuál debe ser vuestro programa! (ibid.)

[850] Es urgente que surja una nueva generación de apóstoles enraizados en la palabra de Cristo, capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo y dispuestos a para difundir el Evangelio por todas partes. ¡Esto es lo que os pide el Señor, a esto os invita la Iglesia, esto es lo que el mundo —aun sin saberlo— espera de vosotros! Y si Jesús os llama, no tengáis miedo de responderle con generosidad, especialmente cuando os propone de seguirlo en la vida consagrada o en la vida sacerdotal. No tengáis miedo; fíaos de Él y no quedaréis decepcionados. (ibid.)

[851] El Espíritu Santo es *Espíritu de amor*, que infunde en nosotros la caridad divina y nos hace sensibles a las necesidades materiales y espirituales de los hermanos. “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (Hch 1,8) (ibid.)

[852] Desde ahora, en un clima de incesante escucha de la palabra de Dios, invocad, queridos jóvenes, el Espíritu Santo, *Espíritu de fortaleza y de testimonio*, para que os haga capaces de proclamar sin temor el Evangelio hasta los confines de la tierra. (ibid.)

[853] María, presente en el Cenáculo con los Apóstoles a la espera del Pentecostés, os sea madre y guía. Que Ella os enseñe a acoger la palabra de Dios, a conservarla y a meditarla en vuestro corazón (cfr. Lc 2,19) como lo hizo Ella durante toda la vida. Que os aliente a decir vuestro “sí” al Señor, viviendo la “obediencia de la fe”. Que os ayude a estar firmes en la fe, constantes en la esperanza, perseverantes en la caridad, siempre dóciles a la palabra de Dios. Os acompaño con mi oración, mientras a todos os bendigo de corazón. (ibid.)

854. La Iglesia comienza su carrera apuntando hacia las cumbres. Las epístolas de Santiago y San Pablo son una continua exhortación a la verdadera vida y obras de santidad. Las de San Juan son toda caridad y amor. Entre los Padres Apostólicos, los Pontífices y los Doctores de la Iglesia, no encontramos a ninguno que no haya mostrado el ideal de la santidad a los hombres.

855. *Consigna:* Caminar y caminar haciendo expedita la senda que llevamos, dejando de lado todo tropiezo, todo lo que pueda entorpecer nuestros pasos.

856. No se trata de dos caminos: uno de los que simplemente traten de salvarse, y otro el de los perfectos. No. Se trata del camino de los que se salvan o del camino de los que no se salvan. No cabe opción. Todo el que quiera salvarse ha de dirigirse por el camino que conduce a la vida en lugar de desviarse por otro.

857. Todo aquel que de veras busca la salvación eterna, necesariamente debe emprender su carrera por el camino estrecho.

858. Este es el gran secreto de la santidad: valernos de la vida presente lo suficiente para conservar nuestra existencia en este destierro, y todo lo demás enfocarlo por medio de una fe viva y un amor ardiente en Jesús, nuestro supremo ideal y nuestra suprema aspiración.

859. Una conversión no es una santidad consumada; es justamente el comienzo de ella. La persona que ha vuelto a Dios su rostro y su razón inicia un nuevo camino, cuyo término es la consumación de la santidad.

860. La primera ley fundamental que Jesús te dicta en la vida perfectamente cristiana para poseer su reino eterno, es la ley del desprendimiento.

861. Quien de veras tiene hambre y sed de santidad buscará los medios conducentes para conseguirla.

862. Una empresa tomada a pecho se realiza pesar de los obstáculos y dificultades. Sólo en el camino de la santidad encontraremos obstáculos insuperables, no porque lo sean absolutamente, sino porque el demonio nos los presenta como tales o porque nosotros nos hacemos fácilmente la ilusión miedosa de que son así en efecto.

863. El verdadero reino de Cristo es el cielo, y el cielo es el reino del pobre que desprende el corazón de los bienes materiales, del reino terrenal.

864. El reino de Cristo en este mundo, según el Apóstol es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; reino incomparablemente mejor, más glorioso, hermoso y feliz que todo cuanto los mundanos pueden apetecer en la posesión de bienes perecederos e inciertos.

865. María es camino para ir a Jesús. Si por Jesús vamos a Dios, a Jesús llegamos por María. Son etapas del amor cristiano.

866. *Consigna:* Caridad que nos una, celo que nos mueva.

867. El Evangelio es nuestro camino. Por él vamos a Ti, Señor, y hacia la gloria.

868. Tu porvenir está en tu destino; tu destino está sólo en manos de Dios.

869. Las personas sencillas, Señor, son tus discípulos. Enséñales la vanidad de aquí y la verdad de tu reino.

870. El verdadero discípulo de Jesús, que le sigue y no se vuelve atrás, es el que practica lo que ha visto en el Señor y ha aprendido de El.

871. Nuestra mirada, al atravesar los umbrales del tiempo –como los de un nuevo año, los de una fecha evocadora- no debe parecerse a esa mirada de aquellos que han hecho de todo lo presente el programa mezquino de una fugaz felicidad.

872. El ejercicio de las virtudes teologales nos pone en otro plano de vida, con miras a lo eterno, como centinelas con yelmo y coraza, esperando día y noche el «dies adventus» -día de la venida del Señor-, día de justicia y de verdad.

873. Revestíos de la coraza de la fe y de la caridad, así como de la esperanza de la salud eterna como yelmo, ya que no estamos puestos aquí por Dios para blanco de la venganza, sino para que adquiramos la salud por Cristo.

9) Los ojos fijos en las metas

Enseñanzas de Benedicto XVI

[874] En esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (*Rm* 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. (SS.1)

[875] Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata? (ibid.)

[876] El Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva. (SS 2b).

[877] Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. (SS.3).

[878] Cuando la *Carta a los Hebreos* dice que los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura (cf. *Hb* 11,13-16; *Flp* 3,20), no remite simplemente a una perspectiva futura, sino que se refiere a algo muy distinto: los cristianos reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación. (SS.4b)

[879] La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor. (SS 5)

[880] Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida. (SS 6).

[881] «El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo... » (Sal 23 [22] 1-4). El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. (SS 6b)

[882] Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su « vara y su cayado me sosiega », de modo que « nada temo » (cf. Sal 23 [22], 4), era la nueva « esperanza » que brotaba en la vida de los creyentes. (ibid.)

[883] La fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. (SS 7)

[884] El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras. (SS 7b)

[885] La *Segunda Carta a Timoteo* caracteriza la actitud de fondo del cristiano con una bella expresión: «Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio» (1,7). (SS 9)

[886] Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la « vida bienaventurada », la vida que simplemente es vida, simplemente «felicidad». A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. (ibid.)

[887] Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. «No sabemos pedir lo que nos conviene», reconoce con una expresión de san Pablo (*Rm* 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. (ibid.)

[888] Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. «Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*)», escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta «verdadera vida» y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados. (SS 11b)

889. Nada hay que dé más intensa y plena alegría que la santidad. El santo torna alegre todo su ser, porque la santidad le sitúa en la fuente misma de la alegría y del gozo que es Dios. El cielo es la mansión hecha por Dios para la alegría y para el gozo, y la santidad anticipa, aun en el destierro, parte de estas alegrías dulcísimas y eternas.

890. Si la muerte es eco de la vida, una vida en Cristo y con Cristo por fuerza tiene que sonar a Cristo en la muerte, «eco de la vida» en Cristo.

891. A la exaltación del Hijo de Dios habrá de suceder necesariamente la glorificación de los hijos de la luz y la humillación de los hijos de las tinieblas, porque Cristo, en el día de su glorificación como verdadero Rey y verdadero Juez, hará que sean glorificadas la justicia y la verdad, dando a cada uno, según ellas, el fruto justo y cabal de sus obras.

892. Quien en Cristo haya puesto su pensamiento, su razón de ser, su ideal, su amor, no tiene por qué temer el encuentro con el Juez en el postrer momento.

893. Cristo ha resucitado primero, y nosotros resucitaremos con Él. La esperanza de la resurrección nos endulza las asperezas de esta vida oculta de vencimientos y mortificación.

894. El reino celestial no le ha de faltar al verdadero pobre de espíritu, puesto que la promesa del Señor es formal cuando dice: *De ellos es el reino de los cielos.*

895. Piensa en tu victoria, en tu gloria, en tu felicidad, en tu cielo. Breve y caduco es lo de acá; eterno y sin fin será tu reino.

896. Es en el cielo donde, de manera perfecta y a la medida, y según la capacidad de nuestro corazón, ha de cumplirse la promesa que el divino Maestro hace a los que han hambre y sed de justicia.

897. Dejad lo caduco y perecedero. Aspirad a lo imperecedero y eterno. En el cielo está nuestra corona. Dios será nuestra posesión. ¡Sursum corda!

898. Hay muerte que produce vida y hay vida que produce muerte.

899. No son mi fin las riquezas ni los palacios de los nobles. No son mi fin el oro y la plata, la fama o los honores, la belleza y los encantos todos de la tierra que has creado, Señor, Jesús, Tú mismo eres mi único fin.

900. Expuesta, muy expuesta es la suerte de aquellos que, habiendo vivido gran parte de su vida de espaldas a Cristo, al final de su carrera quieren morir en Cristo. Gran negocio se juegan y con grave peligro de perder la partida.

901. El ideal de la santidad no es un fenómeno pretérito ni extraño. Es inquietud de palpitante actualidad. Los tiempos son así, y las circunstancias nos obligan y empujan. Es tremenda la alternativa. Ya no quedan términos medios. Decididamente hemos de hacernos santos si no queremos ser réprobos.

902. El ideal de la santidad no es una exigencia exagerada de nuestros tiempos. San Pablo, desde su primera epístola, comienza ya a marcarles a sus primeros cristianos el camino hacia la cumbre de la santidad.

903. El triunfo del amor en medio del mundo ha de ser nuestra suprema aspiración.

904. No deja de ser un poderoso resorte para animarse a vivir en Cristo pensar que de ese modo se asegura uno el morir en Cristo también.

10) La paz, una de las metas

Enseñanzas de Benedicto XVI

[905]... Estando así en unión con Dios que es nuestra paz, con Cristo que nos ha dicho: "*pacem dabo vobis*". Estamos en la paz interior, porque estar en el pensamiento de Cristo une nuestro ser.

(COMENTARIO A LA LECTURA DE SAN PABLO EN LA HORA DE TERCIA DE LA LITURGIA DE LAS HORAS 3 de octubre de 2005 Pronunciado por S.S. Benedicto XVI en el primer día de actividades del Sínodo de los Obispos.)

[906] Las dificultades, los contrastes de nuestra alma se unen, se han unido al original, a aquello de lo que somos imagen con el pensamiento de Cristo. Así nace la paz interior y sólo si estamos fundados en una profunda paz interior podemos ser personas de la paz también en el mundo, para los otros. (ibid.)

[907] Antes de todo cuanto hacemos nosotros, el Dios del amor y de la paz se ha abierto a nosotros, está con nosotros. En la Revelación iniciada en el Antiguo Testamento Dios ha venido a nuestro encuentro con su amor, con su paz. (ibid.)

[908] Y finalmente en la Encarnación se ha hecho Dios con nosotros, Emmanuel, es con nosotros que este Dios de la paz que se ha hecho carne con nuestra carne, sangre con nuestra sangre. Es hombre con nosotros y abraza a todo el ser humano. Y en la crucifixión y en el descender a la muerte, se ha hecho totalmente uno de nosotros, nos precede con su amor, abraza antes que nada nuestra acción. Y esta es nuestra gran consolación. (ibid.)

[909] Dios nos precede. Ha hecho todo. Nos ha dado paz, perdón y amor. Está con nosotros. Y sólo porque está con nosotros, porque en el Bautismo hemos recibido su Gracia, en la Confirmación el Espíritu Santo, en el Sacramento del Orden hemos recibido su misión, podemos ahora cooperar con su presencia que nos precede. Toda nuestra acción, de la que hablan los cinco imperativos, es un cooperar, un colaborar con el Dios de la paz que está con nosotros. (ibid.)

[910] Pero vale, por otro lado, en la medida en que nosotros realmente entramos en esta presencia que ha donado, en este don ya presente en nuestro ser. Crece naturalmente su presencia, su ser con nosotros (ibid.)

[911] Y recemos al Señor para que nos enseñe a colaborar con su gracia precedente y esté así realmente siempre con nosotros. ¡Amén! (ibid.)

[912] Para construir la paz, conviene dar nuevamente esperanza a los pobres. ¿Cómo no pensar en tantas personas y familias afectadas por las dificultades y las incertidumbres que la actual crisis financiera y económica ha provocado a escala mundial? ¿Cómo no evocar la crisis alimenticia y el calentamiento climático, que dificultan todavía más el acceso a los alimentos y al agua a los habitantes de las regiones más pobres del planeta? (DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE. Jueves 8 de enero de 2009)

[913] Desde ahora, es urgente adoptar una estrategia eficaz para combatir el hambre y favorecer el desarrollo agrícola local, más aún cuando el porcentaje de pobres aumenta incluso en los países ricos (ibid.)

[914] En esta perspectiva, me alegro que, desde la reciente Conferencia de Doha sobre la financiación para el desarrollo, hayan sido establecidos criterios útiles para orientar la dirección del sistema económico y poder ayudar a los más débiles. (ibid.)

[915] Yendo más al fondo de la cuestión, para resanar la economía, es necesario crear una nueva confianza. Este objetivo sólo se podrá alcanzar a través de una ética fundada en la dignidad innata de la persona humana. Sé bien que esto es exigente, pero no es una utopía. Hoy más que nunca, nuestro porvenir está en juego, al igual que el destino de nuestro planeta y sus habitantes, en primer lugar de las generaciones jóvenes que heredan un sistema económico y un tejido social duramente cuestionado. (ibid.)

[916] Señoras y Señores, si queremos combatir la pobreza, debemos invertir ante todo en la juventud, educándola en un ideal de auténtica fraternidad. (...)En esta fase delicada de la historia de la humanidad, marcada por incertidumbres e interrogantes, muchos esperan que la Iglesia ejerza con decisión y claridad su misión evangelizadora y su obra de promoción humana. (ibid.)

[917] Sigue teniendo gran actualidad, como una invitación constante a construir nuestra existencia y las relaciones entre los pueblos sobre unas bases de respeto y de fraternidad auténticas, conscientes de que esta fraternidad presupone un Padre común a todos los hombres, el Dios Creador. (ibid.)

[918] Por otra parte, una sociedad sanamente laica no ignora la dimensión espiritual y sus valores, porque la religión, y me pareció útil repetirlo durante mi viaje pastoral a Francia, no es un obstáculo, sino más bien al contrario un fundamento sólido para la construcción de una sociedad más justa y libre. (ibid.)

[919] Las discriminaciones y los graves ataques de los que han sido víctimas, el año pasado, millares de cristianos, muestran cómo la que socava la paz no es sólo la pobreza material, sino también la pobreza moral. De hecho, es en la pobreza moral, donde dichas atrocidades hunden sus raíces. (ibid.)

[920] Al reafirmar la valiosa contribución que las religiones pueden dar a la lucha contra la pobreza y a la construcción de la paz, quisiera repetir ante esta asamblea que representa idealmente a todas las naciones del mundo: el cristianismo es una religión de libertad y de paz y está al servicio del auténtico bien de la humanidad. (ibid.)

[921] Renuevo el testimonio de mi afecto paternal a nuestros hermanos y hermanas víctimas de la violencia, especialmente en Irak y en la India; pido incesantemente a las autoridades civiles y políticas que se dediquen con energía a poner fin a la intolerancia y a las vejaciones contra los cristianos, que intervengan para reparar los daños causados, en particular en los lugares de culto y en las propiedades; que alienten por todos los medios el justo respeto hacia todas las religiones, proscribiendo todas las formas de odio y de desprecio. (ibid.)

[922] Deseo también que en el mundo occidental no se cultiven prejuicios u hostilidades contra los cristianos, simplemente porque, en ciertas cuestiones, su voz perturba. Por su parte, que los discípulos de Cristo, ante tales pruebas, no pierdan el ánimo: el testimonio del Evangelio es siempre un “signo de contradicción” con respecto al “espíritu del mundo”. (ibid.)

[923] Si las tribulaciones son duras, la constante presencia de Cristo es un consuelo eficaz. Su Evangelio es un mensaje de salvación para todos y por esto no puede ser confinado en la esfera privada, sino que debe ser proclamado desde las azoteas, hasta los confines de la tierra. (ibid.)

[924] Los pueblos aspiran a vivir en paz, libres de la pobreza y ejerciendo libremente sus derechos fundamentales. En este contexto, hay que desear que las legislaciones tengan en cuenta las necesidades de los que emigran facilitando el reagrupamiento familiar y conciliando las legítimas exigencias de seguridad con las del respeto inviolable de la persona. Quisiera alabar también el compromiso prioritario de ciertos gobiernos para restablecer la legalidad y emprender una lucha sin cuartel contra el tráfico de estupefacientes y la corrupción. (ibid.)

[925] Los Pastores (de la Iglesia) saben que, para promover el progreso auténtico de la sociedad, su quehacer propio es iluminar las conciencias y formar laicos capaces de intervenir con ardor en las realidades temporales, poniéndose al servicio del bien común. Las aspiraciones a la paz están vivas. (ibid.)

[926] Señoras y Señores Embajadores, al término de este recorrido que, en su brevedad, no puede mencionar todas las situaciones de sufrimiento y pobreza que están presentes en mi corazón, vuelvo al Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la paz de este año. En ese documento, he recordado que los seres humanos más pobres son los niños no nacidos (n. 3). No puedo dejar de

mencionar, al concluir, a otros pobres, como los enfermos y las personas ancianas abandonadas, las familias divididas y sin puntos de referencia. (ibid.)

[927] La pobreza se combate si la humanidad se vuelve más fraterna compartiendo los valores y las ideas, fundados en la dignidad de la persona, en la libertad vinculada a la responsabilidad, en el reconocimiento efectivo del puesto de Dios en la vida del hombre. (ibid.)

[928] En esta perspectiva, dirijamos nuestra mirada a Jesús, el Niño humilde recostado en el pesebre. Porque Él es el Hijo de Dios, Él nos indica que la solidaridad fraterna entre todos los hombres es la vía maestra para combatir la pobreza y construir la paz. Que la luz de su amor ilumine a todos los gobernantes de la humanidad. Que Ella nos guíe a lo largo del año que acaba de comenzar. Feliz año a todos. (© Copyright 2009 - Librería Editrice Vaticana)

929. Señor: tráenos la paz... Da a mi alma tu paz en el amor y en la confianza.

930. La paz exige un perfecto equilibrio del alma, una santa indiferencia (según San Ignacio), una plena conformidad con la voluntad de Dios, una intensa entrega al querer divino.

931. La paz es el descanso y quietud del alma en Dios. Esto supone, ante todo, una gran abnegación y generosidad en las luchas para sujetar la carne al espíritu, las pasiones a la razón y el espíritu a Dios.

932. Jesús es manso, humilde, dulce, modesto, caritativo, abnegado, sufrido...; ahí se asienta la paz. En cambio, la soberbia, la impaciencia, la brusquedad, el orgullo, el egoísmo, la terquedad, el regalo, el amor propio son fuentes de inquietud y destruyen la paz.

933. El secreto de la paz de Jesús, aun en medio de las más espantosas contradicciones y en sus sufrimientos, fue el de su total y plena entrega a la voluntad del Padre. En todo verá a su Padre, y su querer justo y santísimo le moverá siempre. Ver a Dios en todo, sea próspero o adverso, y unir siempre nuestra voluntad con la suya, nuestro querer y su querer, he ahí el gran secreto de la paz interior.

934. Jesús es el gran Pacificador. *Rey Pacífico* le llama la Escritura. Viene a traernos la paz, y fue éste su primer mensaje desde el rincón de Belén.

935. Los santos han sido siempre los grandes pacificadores de la humanidad.

936. El verdadero pacífico busca con toda su influencia la concordia de unos con otros. El pacífico es pacificador al mismo tiempo. Y en esto está la perfección de esta virtud: en establecer la paz de los hombres entre sí, y de éstos con Dios.

937. La paz interior se manifiesta al exterior guardando una perfecta armonía con el prójimo. Es la que perdona una ofensa, olvida una palabra hiriente, deja pasar lo que molesta, sacrifica en silencio las protestas de la ira, se hace dulce y mansa al chocar con otro corazón irritado y airado.

938. Seamos optimistas. Frente a un mundo de prevaricaciones se levanta hoy —en expresión de Pío XII— otro mundo de expiación y de reparación. Mucho, muchísimo se llora y se ama y hay sacrificios, heroísmos, amores que conmueven las entrañas de misericordia y de amor de Dios.

939. Que reine primero en tus criterios la verdadera paz, no como la da el mundo, sino como la trajo Dios. Si acaso no la tienes, examina las causas. La verdadera paz supone una guerra incesante contra nuestras pasiones, contra el mundo y contra su rector, el demonio.

940. ¿Quieres gozar del bien de la paz? Sigue a Jesús, mira en todo a Dios, sé humilde, sacrificado, huye del ruido.

941. La verdadera paz cristiana no exige el tener que disimular siempre, el callar faltas y defectos de nuestros hermanos y prójimos. Se oye muchas veces decir: por no reñir, por evitar disgustos y discordias, por mantener la paz..., callo, disimulo, hago la vista gorda... ¡Y me va bien! Esta paz es una paz demasiado cómoda, tal vez egoísta; desde luego, muy *humana*.

942. Cristo vino a traer la paz al **mundo**, y, no obstante, nos dice que no vino a traerla sino con la espada. Vino a *separar el hijo del padre, la hija de la madre, la hermana del hermano*... Y es que no hay paz sin guerra.

943. El Salvador no prohíbe la acción defensiva y justa, siempre que se haga con medios legales y sin mala intención. Pero al mismo tiempo expone el ideal de la paciencia cristiana y de una caridad magnánima, que al mal responde redoblando el bien por amor.

944. ¡Por la paz del mundo en el reino de Cristo! Para que Cristo reine, trata tú de ser hostia suya, hostia de pureza, hostia de sacrificio, hostia de amor.

B) LA VERDAD

CRISTO, AYER, HOY, SIEMPRE Y EN TODO

I. LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

1) Reintegración del hombre en Cristo

Enseñanzas de Benedicto XVI

[945] «¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra?». Así canta Israel en uno de sus Salmos (113 [112], 5s), en el que exalta al mismo tiempo la grandeza de Dios y su benévola cercanía a los hombres. Dios reside en lo alto, pero se inclina hacia abajo... (*HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI* Basílica Vaticana 25 de diciembre de 2008).

[946] Dios es inmensamente grande e inconmensurablemente por encima de nosotros. Esta es la primera experiencia del hombre. La distancia parece infinita. El Creador del universo, el que guía todo, está muy lejos de nosotros: así parece inicialmente. (ibid.)

[947] Pero luego viene la experiencia sorprendente: Aquél que no tiene igual, que «se eleva en su trono», mira hacia abajo, se inclina hacia abajo. Él nos ve y me ve. Este mirar hacia abajo es más que una mirada desde lo alto. El mirar de Dios es un obrar. (ibid.)

[948] El hecho que Él me ve, me mira, me transforma a mí y al **mundo** que me rodea. Así, el Salmo prosigue inmediatamente: «Levanta del polvo al desvalido...». Con su mirar hacia abajo, Él me levanta, me toma benévolamente de la mano y me ayuda a subir, precisamente yo, de abajo hacia arriba. (ibid.)

[949] «Dios se inclina». Esta es una palabra profética. En la noche de Belén, esta palabra ha adquirido un sentido completamente nuevo. El inclinarse de Dios ha asumido un realismo inaudito y antes inimaginable. (ibid.)

[950] Él se inclina: viene abajo, precisamente Él, como un niño, incluso hasta la miseria del establo, símbolo toda necesidad y estado de abandono de los hombres. (ibid.)

[951] Dios baja realmente. Se hace un niño y pone en la condición de dependencia total propia de un ser humano recién nacido. El Creador que tiene todo en sus manos, del que todos nosotros dependemos, se hace pequeño y necesitado del amor humano. Dios está en el establo. (ibid.)

[952] ...En el Antiguo Testamento el templo fue considerado algo así como el escabel de Dios; el arca sagrada como el lugar en que Él, de modo misterioso, estaba presente entre los hombres. Así se sabía que sobre el templo, ocultamente, estaba la nube de la gloria de Dios. Ahora, está sobre el establo. (ibid.)

[953] Dios está en la nube de la miseria de un niño sin posada: qué nube impenetrable y, no obstante, nube de la gloria. (ibid.)

[954] En efecto, ¿de qué otro modo podría aparecer más grande y más pura su predilección por el hombre, su preocupación por él? La nube de la ocultación, de la pobreza del niño totalmente necesitado de amor, es al mismo tiempo la nube de la gloria. (ibid.)

[955] Porque nada puede ser más sublime, más grande, que el amor que se inclina de este modo, que desciende, que se hace dependiente. La gloria del verdadero Dios se hace visible cuando se abren los ojos del corazón ante del establo de Belén. (ibid.)

[956] La Encarnación: la venida del Hijo de Dios en nuestra carne y en la historia ha traído una bendición irrevocable, una luz que ya no se apaga nunca y ofrece a los creyentes y a los hombres de buena voluntad la posibilidad de construir la civilización del amor y de la paz. (ibid.)

[957] "El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre" (*Gaudium et spes*, 22). Esta unión ha confirmado el plan original de una humanidad creada a "imagen y semejanza" de Dios. (ibid.)

[958] En realidad, el Verbo encarnado es la única imagen perfecta y consustancial del Dios invisible. Jesucristo es el hombre perfecto. (ibid.)

[959] En él —afirma asimismo el Concilio— la naturaleza humana ha sido asumida (...); por eso mismo, también en nosotros ha sido elevada a una dignidad sublime" (ib.). Por esto, la historia terrena de Jesús, que culminó en el misterio pascual, es el inicio de un mundo nuevo, porque inauguró realmente una nueva humanidad, capaz de llevar a cabo una "revolución" pacífica, siempre y sólo con la gracia de Cristo. (ibid.)

[960] Esta revolución no es ideológica, sino espiritual; no es utópica, sino real; y por eso requiere infinita paciencia, tiempos quizás muy largos, evitando todo atajo y recorriendo el camino más difícil: el de la maduración de la responsabilidad en las conciencias. (ibid.)

[961] En esta misma línea podemos citar la expresión de san Pablo en la segunda carta a los Corintios: "Conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza" (2 Co 8, 9) (ibid.)

962. El foco eterno que ilumina a todo hombre que viene al mundo es Jesús.

963. El fin de Jesús en su encarnación, en su Evangelio, en su Eucaristía, soy yo. Aparte de la gloria de su Padre, que es su fin principal, Jesús en el mundo no ha tenido otro ideal, otra aspiración, otro fin que yo, mi bien, mi felicidad, mi amor.

964. El pecado es uno de los motivos de la encarnación. Jesús es el pastor que va tras la oveja perdida, el padre que sale al encuentro del hijo pródigo, el médico que cura las llagas del pecador enfermo, el convidado que come con el fariseo y el publicano, el Mesías que espera a la samaritana, a la Magdalena, a Zaqueo, a la adúltera, a Judas; el Salvador que viene a salvar *lo que estaba perdido*, el Redentor que pide por los pecadores, da su sangre por ellos, muere por su amor y perdona y salva a un ladrón; el que ha dicho: *No vine a buscar a los justos, sino a los pecadores*.

965. Jesús, ya que tu amor te ha acercado a mí, haz que por el mismo amor yo me acerque a Ti, y así como en tu divina persona asumiste sin personalidad humana nuestra naturaleza, así mantenme unido contigo como si fuésemos una sola persona, y ésa seas Tú.

966. Desde que salió del seno de su eterno Padre, Jesús fue y continúa siéndolo el grande y único reparador de los pecados del mundo.

967. Tomando nuestra pobre y necesitada naturaleza, hecho hermano nuestro, viniste a compartir con nosotros las penalidades, tristezas y desconsuelos de esta vida mortal, y, siendo por esencia el Dios de los consuelos y de las alegrías infinitas cargaste con el peso de nuestras tristezas y pesares y nos hiciste participantes de tus consuelos y divinas alegrías.

968. El Verbo vino al mundo y se hizo Hijo del hombre para hacer a los hombres hijos de Dios por la gracia.

969. Dios ha bajado a nosotros y a nosotros nos ha elevado hasta Él. Vivamos allí donde hemos sido elevados y en donde tenemos nuestra morada. ¿Hemos sido endiosados? Pues vivamos en Dios

970. El Verbo hecho carne es el gran restaurador. Su vida, sus esfuerzos, su trabajo, sus sacrificios, su sangre, su amor, fueron menester para realizar esta obra. Jesús hubo de hacer una restauración íntegra, sobreabundante, completa. Quería Dios que el hombre llegase a la sublimidad de su perfección, al máximo de su santidad. ¿Es posible que esfuerzo tan costoso de Dios en esta restauración del género humano se quede en una pobre, escasa e incompleta medianía?

971. Señor, la oración nos ha unido a Ti, el sumo Bien, y a mí, la suma miseria. ¡La suma Bondad y la suma miseria juntas! No tardará aquélla en derramarse y ésta en remediarse.

972. La misión de Jesús en el **mundo** es la de pacificar al hombre con Dios. Y ésa fue su doctrina enfrentada contra la de los fariseos; la doctrina del perdón, de la reconciliación, de la caridad y del amor hasta para con los enemigos. Ésa fue una de las enseñanzas últimas en la cruz.

973. El Verbo de Dios se ha abrazado con los hombres en la unión más íntima que puede darse. Jesús es el Dios que ha juntado en perpetuo e indisoluble abrazo de amor -*imma summis*- lo más alto con lo más bajo, y en este abrazo me ha abarcado a mí.

974. Donde está Él -el Amor- nada falta, por más que todo lo humano falte. Donde Él entra a vivir, Él lo cubre todo, Él lo llena todo, Él lo enriquece todo, Él lo regala todo, Él basta.

975. Jesús, las miserias del **mundo** te han hecho a Ti misericordioso. Tú has amado a quien nunca pensó en amarte.

976. Las obras de Jesús siempre fueron cumplidas y completas. A nadie curó a medias. Así dejó curados espiritualmente a María Magdalena, a la mujer adúltera, a Zaqueo, y la conversión de todos éstos fue tan radical que se transformaron en sus más fervorosos seguidores.

977. ¿No has escuchado alguna vez la voz dulcísima de Jesús que te decía: *Quiero? Quiero misericordia* para el pobre corazón humano, es el anhelo que resuena en la soledad de los templos y en el silencio de los sagrarios. Te dice: *Quiero* curarte, *quiero* purificarte, *quiero* encenderte, *quiero* santificarte, *quiero* salvarte, *quiero* regalarte en el festín de las bodas eternas del cielo.

978. Cristo es el gran libro donde se aprende amar con amor legítimo y verdadero. Aquí se estudia la naturaleza y la razón del amor; lo que fue y lo que es el amor; ahí se aprende a amar.

979. Jesús, en verdad, es todo para todos. Para todos y por todos llora en el pesebre, muere en la cruz, se ofrece en el altar, y a disposición de todos permanece en nuestros sagrarios. Todos, lo mismo el pagano como el cristiano, pueden decir: Jesús es para mí, Jesús es mío, y tanto que nada hay tan mío como Jesús.

980. Desde que el Padre eterno nos hizo donación generosa de su propio Hijo -*pues tanto amó al mundo que nos lo dio*-, el Hijo se ha hecho todo nuestro, todo de todos y todo de cada uno individual y muy singularmente, por voluntad de su Padre, que es la suya, y por el gran impulso del amor que nos tiene.

981. El primero de los deberes del hombre para con Cristo Jesús es que sepa corresponder con su amor de criatura al amor que Cristo Jesús le ha tenido; pero con un amor, el más fino, el más delicado, el más constante.

982. Cuando pases por delante de una iglesia, di: Jesús. Cuando atraveses una calle llena de gente, entre tanta algarabía suena muy bien el nombre de Jesús repetido por tí. En tu fábrica, en tu taller, en tu oficina o comercio, entre las distracciones y la disipación de cualquier empleo, que flote, de tu recuerdo y de tu amor, el nombre suavísimo de Jesús.

983. En los momentos de fervor pronuncia fervorosamente el nombre de Jesús; en tiempos de sequedad endulza tu corazón desabrido con el néctar de este nombre.

984. Cuando en la oración no te salga otra cosa, siquiera entre gemidos salga el nombre confortador de Jesús. *Jesús*, repetido cien veces, mil veces, es buena oración.

985. En la tentación ahuyenta al tentador con la invocación de este nombre. En la prueba, en la desgracia, en el dolor, invoca a Jesús. En tus desalientos y cobardías, llama a Jesús.

2) **Proyección del misterio del «Emmanuel-Dios con nosotros»**

Enseñanzas de Benedicto XVI

[986]...Ojalá que el estilo de amor evangélico marque y distinga siempre vuestra vocación para que, además de la ayuda material, comuniquéis a todas las personas con quienes os encontráis diariamente el mismo amor a Cristo y la luminosa "sonrisa de Dios" (BENEDICTO XVI DURANTE SU VISITA A LA CASA "DON DE MARÍA" Viernes 4 de enero de 2008).

[987] Es Navidad cada vez que permitimos a Jesús amar a los demás a través de nosotros. La Navidad es misterio de amor, el misterio del Amor. (ibid.)

[988] El tiempo navideño, al volver a presentar a nuestra contemplación el nacimiento de Jesús en Belén, nos muestra la infinita bondad de Dios que, haciéndose Niño, quiso salir al encuentro de la pobreza y la soledad de los hombres; aceptó habitar entre nosotros, compartiendo nuestras dificultades diarias; no dudó en llevar juntamente con nosotros el peso de la existencia, con sus fatigas y sus preocupaciones. (ibid.)

[989] Nació por nosotros, para permanecer con nosotros y ofrecer a quienes le abren la puerta de su corazón el don de su alegría, de su paz, de su amor. Al nacer en una cueva, porque no había sitio para él en otros lugares, Jesús experimentó las incomodidades que muchos de vosotros sufrís. (ibid.)

[990] La Navidad nos ayuda a comprender que Dios no nos abandona nunca y que siempre sale a nuestro encuentro, nos protege y se preocupa por cada uno de nosotros, pues todas las personas, sobre todo las más pequeñas e indefensas, son preciosas a sus ojos de Padre rico en ternura y misericordia. (ibid.)

[991] Por nosotros y por nuestra salvación envió al mundo a su Hijo, que en el misterio de la Navidad contemplamos como Emmanuel, Dios con nosotros. (ibid.)

[992] Con estos sentimientos, renuevo a todos mi más cordial felicitación por el año nuevo recién iniciado, asegurándoos mi recuerdo diario en la oración. Y, a la vez que invoco la maternal protección de María, Madre de Cristo y nuestra, imparto a todos con afecto mi bendición" (ibid.)

[993] “Hemos venido a adorarle”, el tema del Encuentro, invitó a todos a seguir a los Magos, y a cumplir junto a ellos un viaje interior de conversión hacia el Emmanuel, el Dios con nosotros, para conocerle, encontrarle, adorarle, y, después de haberle encontrado y adorado, volver a comenzar llevando en el espíritu, en nuestra intimidad, su luz y alegría. (AUDIENCIA - Benedicto XVI hace un balance de su viaje a Alemania con motivo de las JMJ.)

[994] En Colonia, los jóvenes han podido profundizar en varias ocasiones en estos temas espirituales y han sido estimulados por el Espíritu Santo a ser testigos de Cristo, que en la Eucaristía prometió quedarse realmente presente entre nosotros hasta el final del mundo. (ibid.)

[995] En Colonia, los jóvenes han encontrado y adorado al Emmanuel, el Dios con nosotros, en el misterio de la Eucaristía y han comprendido mejor que la Iglesia es la gran familia por la que Dios forma un espacio de comunión y de unidad entre todo continente, cultura y raza, por así decir, una “gran comitiva de peregrinos” guiados por Cristo, estrella radiante que ilumina la historia. Jesús se hace nuestro compañero de viaje en la Eucaristía. (ibid.)

[996] Sólo esta íntima explosión del bien que vence al mal puede dar vida a otras transformaciones necesarias para cambiar el mundo. Recemos, por tanto, para que los jóvenes de Colonia lleven consigo la luz de Cristo, que es verdad y amor, y la difundan por doquier. De este modo podremos asistir a una nueva primavera de esperanza en Alemania, en Europa y en todo el mundo (ibid.)

[997] A la luz de la Biblia la actitud de hostilidad, ambigüedad o superficialidad representa la de todo hombre y la del mundo –en sentido espiritual–, cuando se cierra al misterio del verdadero amor, que nos viene al encuentro en la desarmante suavidad del amor. (ibid.)

[998] Jesús... es el Dios de la misericordia y de la fidelidad; Él quiere reinar en el amor y la verdad y nos pide convertirnos, abandonar las obras malvadas y recorrer decididamente el camino del bien (6-Enero-2009 -- ACI Prensa Servicios de Noticias *El mundo sigue rechazando al Mesías, dice el Papa en Epifanía*).

999. *Consigna:* Ser como Jesús, bello ideal, al que nada le falta ni nada le sobra, ya que Jesús no es más que *Dios puesto al alcance del hombre*.

1000. Jesús, el gran Emmanuel. Soberano y sublime acercamiento de Jesús al hombre para vivir una misma vida, en el mismo hogar, porque el gran secreto en Nazaret es ese Jesús anonadado, disfrazado de obrero, que vive, Dios con los hombres, la más sublime intimidad, bajo un mismo techo, sentado a la misma mesa, con un amor común.

1001. Al sorprender a Jesús tan humilde, tan asequible, tan pequeño, tan oculto y disimulado, tan divino y tan humano, es imposible que le miremos a distancia, con excesivo temor y respeto, como un día Moisés delante de la zarza que ardía. Jesús ha acortado las distancias y ha allanado todas las diferencias. Jesús es el Dios abrazado a la humanidad, abrazado a mí.

1002. Aunque algunas veces no lo parece, siempre es posible el acceso a Jesús para quien de veras le busca y le ama.

1003. Cuando de veras buscamos y amamos a Jesús hallamos modo de situarnos cerca de Él, sin necesidad de tocar extremos de heroísmo.

1004. Dios vive entre nosotros. Jesús pasa cerca de los hombres, muy cerca de ellos. Lo malo es que éstos, en su habitual distracción no se dan cuenta de su presencia.

1005. Acércate con humildad y sencillez a los pies del Maestro para que de sus labios recibas los raudales de su divina sabiduría y conozcas, a la par que tu infinita pequeñez, la hermosura y grandeza infinitas de Jesús.

1006. Ese es Jesús, el del Evangelio: el auténtico Hijo del hombre; muy distinto del que nos presentan algunos autores, demasiado «respetuosos» con Él; el Dios que descendió hasta el último peldaño en la escala social entre los hombres, *en todo hecho semejante a ellos, menos en el pecado*.

1007. He ahí el secreto de Nazaret: la proximidad de Dios. Nada falta y todo sobra aquí. Todo sobra, porque Jesús lo llena todo; la riqueza divina suple con creces la pobreza humana. Nada falta, porque allí está Jesús, y Él solo basta para que María y José vivan absortos y satisfechos.

1008. En el seno, en el corazón, en los brazos de una virgen, el Hijo de Dios se ha abrazado con la humanidad y después con cada uno de nosotros.

1009. El que desde la eternidad me amaba con amor increado e infinito ha querido amarme ahora a la manera que yo amo, con un amor creado como el mío, con un alma como la mía, y con un corazón como el mío, con un cariño y con una ternura como las que yo siento cuando amo.

1010. Jesús vino al mundo a comunicar la vida divina a las almas por medio de su gracia y de su amor, metiendo fuego en ellas. Para conseguirlo, escogió dos medios poderosos de unión: la Encarnación y la Eucaristía. Ahí se dan el abrazo Dios y el hombre, y ahí está la fuente de la caridad, de la gracia. Desde el seno de su Madre, Jesús no tiene otra aspiración que darse y unirse al hombre, convertido Él en fuente de gracia y de amor.

1011. El Hijo mora en el seno del Padre y vive vida eterna; en el seno de María hecho hombre, vive para morir. Desde el pesebre hasta el Calvario, Jesús vivirá muriendo.

1012. Jesús viene al mundo como manso y humilde cordero, para darse a los hombres en redención y en comida.

1013. Cristo es el centro, la razón y las energías todas de nuestra vida sobrenatural, gracias a que en Él, Hombre-Dios, su humanidad perfecta, hipostáticamente unida a la persona divina, no sólo posee la plenitud de la gracia y de todos los tesoros celestiales de santidad, sino que, hecha instrumento de nuestra salvación, por ella nos mereció, por su pasión y muerte y como dispensador universal de la gracia, esta misma vida sobrenatural.

1014. Jesús, Dios inmortal, viene a morir, a soportar nuestra muerte, la del viejo Adán, a fin de darnos su vida divina e inmortal. El nace hijo del primer Adán mortal; nosotros nacemos hijos suyos -segundo Adán inmortal- al restaurarnos en la vida inmortal, sobrenatural y divina, después de destruir con su muerte y con su resurrección la muerte del primer Adán. En Él y por Él vivimos su vida, quedándose Él con nuestra muerte.

1015. Si bien es verdad que Jesús no sufre ahora, no por eso el ultraje por parte de los hombres deja de ser real y verdadero, sin olvidar que el presente, el pasado y el futuro tuvieron una misteriosa repercusión y presencia en los dolores de su Pasión. Si Jesús no padece *en* el presente, sufrió *por* el presente.

3) Dimensiones del «fiat» y «exinanivit» del ofrecimiento de Cristo

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1016] Desde el horizonte infinito de su amor, de hecho, Dios ha querido entrar en los límites de la historia y de la condición humana, ha tomado un cuerpo y un corazón, para que podamos contemplar y encontrar el infinito en el finito, el Misterio invisible. (*Intervención* que pronunció Benedicto XVI al rezar el *Ángelus*. CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 1 junio 2008 (ZENIT.ORG).-)

[1017] Toda persona necesita un "centro" para su propia vida, un manantial de verdad y de bondad al que recurrir ante la sucesión de las diferentes situaciones y en el cansancio de la vida cotidiana. Cada uno de nosotros, cuando se detiene en silencio, necesita sentir no sólo el palpitar de su corazón, sino, de manera más profunda, el palpitar de una presencia confiable, que se puede percibir con los sentidos

de la fe y que, sin embargo, es mucho más real: la presencia de Cristo, corazón del mundo. (ibid.)

[1018] Jesús, ‘se anonadó a sí mismo’ (cfr. *Fil 2,7*) y asumiendo la pobreza fue testigo y heraldo del Padre que está en los cielos. (*El Papa recibe a la gran familia franciscana y les anima a imitar a S. Francisco de Asís sirviendo a la Iglesia* Por. SIC el 18 de Abril de 2009.)

[1019] Nosotros somos la casa que Dios quiere restaurar. Si seréis siempre capaces de renovaros en el espíritu del Evangelio, seguiréis ayudando a los Pastores de la Iglesia a embellecer cada vez más su rostro de esposa de Cristo. Esto es lo que el Papa, hoy como en los orígenes, espera de vosotros ¡Gracias por haber venido! Ahora id y llevad a todos la paz y el amor de Cristo Jesús Salvador. (ibid.)

[1020] Os animo a enamoraros cada vez más de Cristo para que, siguiendo el ejemplo de Francisco de Asís, conforméis vuestra vida al Evangelio del Señor y deis ante el mundo un testimonio generoso de caridad, pobreza y humildad. Que Dios os bendiga (ibid.)

[1021] La Anunciación, narrada al inicio del Evangelio de san Lucas, es un acontecimiento humilde, escondido --nadie lo vio, sólo lo presenció María--, pero al mismo tiempo decisivo para la historia de la humanidad. Cuando la Virgen pronunció su «sí» al anuncio del ángel, Jesús fue concebido y con Él comenzó la nueva era de la historia, que después sería sancionada en la Pascua como «nueva y eterna Alianza». (*Ángelus. CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 25 marzo 2007 (ZENIT.org).*-)

[1022] En realidad, el «sí» de María es el reflejo perfecto del «sí» de Cristo, cuando entró en el mundo, como escribe la Carta a los Hebreos interpretando el Salmo 39: «¡He aquí que vengo - pues de mí está escrito en el rollo del libro- a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (10, 7). La obediencia del Hijo se refleja en la obediencia de la Madre y de este modo, gracias al encuentro de estos dos «sies», Dios ha podido asumir un rostro de hombre. Por este motivo la Anunciación es también una fiesta cristológica, pues celebra un misterio central de Cristo: su Encarnación. (ibid.)

[1023] «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». La respuesta de María al ángel continúa en la Iglesia, llamada a hacer presente a Cristo en la historia, ofreciendo su propia disponibilidad para que Dios siga visitando a la humanidad con su misericordia. (ibid.)

[1024] El «sí» de Jesús y de María se renueva de este modo en el «sí» de los santos, especialmente de los mártires, que son asesinados a causa del Evangelio. (ibid.)

1025. Es el «fiat» por el cual se anonadó a sí mismo *-exinanivit semetipsum-*, y hecho obediente hasta el sacrificio *-factus obediens-*, vivirá alimentando todos los actos de su vida en la tierra con el continuo ejercicio de este «fiat».

1026. Debió de coincidir con el «fiat» de María en la tierra el «fiat» del Verbo en el cielo, por el cual, entregándose a la voluntad del Eterno Padre, venía a encerrarse en el seno purísimo de una Virgen.

1027. Grande es el poder del «fiat» en la boca de Dios, cuando al pronunciarlo saca los seres de la nada; pero no nos parece de menos poder el «fiat» del Hijo, pronunciado al hacerse hombre para efectuar la redención.

1028. Toda la vida de Jesús es vida de entrega a su Padre. La obra de la redención es obra de una ininterrumpida entrega a la divina voluntad.

1029. La entrega de Jesús a la justicia de su Padre fue personal, directa y sin condiciones de cualquier lenitivo; la nuestra, en cambio, encuentra en su camino al Mediador que se interpone y que mitiga, suaviza y facilita el rigor de esta misma entrega.

1030. Desde el instante de la encarnación, Jesús se ha entregado incondicionalmente como víctima de los pecadores. Jesús es una víctima que se inmola, una hostia divina que se da, que se entrega sin reservas, sin divisiones, y no solamente es una víctima para todos, sino que a un tiempo y por lo mismo lo es víctima por cada uno de los hombres.

1031. Jesús nos amó, nos ama a todos, hasta a los que no corresponden a sus divinas finezas. Ya lo sabemos, lo tenemos visto, lo hemos sentido tantas veces, tan íntimo, tan profundo, tan ardiente...

1032 Jesús se entregó a su Padre, y toda su vida mortal, como ahora la sacramental en la sucesión de los tiempos, consistirá en esa entrega sumisa y rendida a la voluntad del Padre.

1033. La voz del Verbo en el seno del Padre en la eternidad, es *quiero*. Su voz en el seno de María Inmaculada, en el tiempo, es también *quiero*. *Quiero*, dijo entre sollozos en las pajas del portal; *quiero*, escucharon mil veces los viejos muros del taller y de la casita de Nazaret; *quiero* que el pecador se convierta y viva, dirá sudando y fatigado por los caminos de Galilea; *quiero* la voluntad de mi Padre, dirá entre agonías de muerte en el huerto santo; *quiero* el perdón para todos, dirá por fin, como grito de amor, entre las torturas de su muerte en cruz.

1034. *Así amó Dios al hombre, que para su salvación entregó a su Hijo santísimo*, a lo cual podemos añadir: y así el Hijo amó al hombre, que libre y generosamente se entregó a él, y por él se entregó a la muerte.

1035. Jesús fue el primer reparador de las ofensas que el mundo ha hecho a su Eterno Padre, y lo hizo por medio del sacrificio ofrecido con amor.

1036. Eres Tú, Señor, quien con la palabra de tu «fiat» vas a hacer de nosotros nuevas criaturas, hijos de tu mismo Padre, por medio de una encarnación humillante y dolorosa.

1037. Antes de hablar nada, Cristo quiso mostrarse como el modelo acabado que es de toda perfección, y para ese fin se anonadó, para ponerse al alcance de todo el mundo y para que hasta los más humildes de condición y talento pudiesen copiar su imagen.

1038. Si Jesús cautivó tan pronto el corazón de las gentes, fue debido en gran parte a su extraordinaria mansedumbre, a su humildad, a su bondad y a su sencillez.

1039. Un Niño-Dios, que llora, que sonrío, que duerme, que sueña, que sufre, que ama, que llama, que salva...

1040. Jesús sigue orando. Su oración se repite; se multiplica en todos los sagrarios. ¿No decimos que cada sagrario es un devoto y solitario *Getsemani*? En efecto: aquí sois, Jesús, aquel mismo cordero cargado con las iniquidades del mundo, en perpetua inmólación y entrega, repitiendo sin cesar el rendido y solemne «fiat» que allí, en el huerto, brotó de vuestros labios.

1041. Desde su primera aparición en la tierra hasta el último suspiro entre los abatimientos, anonadamiento y espantosos dolores de la cruz, Jesús será siempre el signo de contradicción y oposición frente al mundo.

1042. No fueron ineficaces la oración y el «fiat» de Jesús en el huerto. Sacó de allí toda la gracia confortadora de que hubo menester en su terrible pasión.

1043. Todo cambió en Jesús gracias a su insistencia y perseverancia en la oración del huerto. Mira, en cambio, los apóstoles; siguieron igual: soñolientos, perezosos, indiferentes, cobardes.

4) Encarnación del Hijo, revelación del Padre

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1044] Queridos hermanos y hermanas: Hoy no hemos escuchado un salmo sino un himno tomado de la carta a los Efesios (Cf. 1,3-14), himno que aparece en la Liturgia de las Vísperas de cada una de las cuatro semanas. Este himno es una oración de bendición dirigida a Dios Padre. Su desarrollo busca delinear las diferentes etapas del plan de salvación que se realiza a través de la obra de Cristo. (*Miércoles 6 de julio de 2005*)

[1045] En el centro de la bendición resuena la palabra griega «mysterion», un término asociado generalmente a los verbos que hacen referencia a la revelación («revelar», «conocer», «manifestar»). Este es precisamente el gran proyecto secreto que el Padre había custodiado en sí mismo desde la eternidad (Cf. versículo 9) y que ha decidido actuar y revelar «cuando llegase el momento culminante» (Cf. versículo 10) en Jesucristo, su Hijo. (*ibid.*)

[1046] Las etapas de este plan están salpicadas en el himno por las acciones salvíficas de Dios por Cristo en el Espíritu. Ante todo, el Padre --este es el primer acto-- nos escoge desde la eternidad para que seamos santos e irreprochables en el amor (Cf. versículo 4), después nos predestina a ser sus hijos (Cf. versículos 5-6), además nos redime y nos perdona los pecados (Cf. versículos 7-8), nos desvela plenamente el misterio de la salvación en Cristo (Cf. versículos 9-10), y por último nos da la herencia eterna (Cf. versículos 11-12), ofreciéndonos ya desde ahora como prenda el don del Espíritu Santo de cara a la resurrección final (Cf. versículo 13-14). (*ibid.*)

[1047] Son múltiples, por tanto, los acontecimientos salvíficos que se suceden en el desarrollo del himno. Involucran a las tres personas de la Santísima Trinidad: se comienza con el Padre, que es el iniciador y el artífice supremo del plan de salvación; se fija la mirada en el Hijo, que realiza el designio en la historia; hasta llegar al Espíritu Santo que imprime su «sello» a toda la obra de salvación. Detengámonos brevemente ahora en las primeras dos etapas, la de la santidad y la de la filiación (Cf. versículos 4-6). (*ibid.*)

[1048] El primer gesto divino, revelado y actuado en Cristo, es la elección de los creyentes, fruto de una iniciativa libre y gratuita de Dios. En el principio, por tanto, «antes de crear el mundo» (versículo 4), en la eternidad de Dios, la gracia divina está dispuesta a entrar en acción. (*ibid.*)

[1049] Me conmuevo meditando esta verdad: desde la eternidad estamos ante los ojos de Dios y Él ha decidido salvarnos. Esta llamada tiene como contenido nuestra «santidad», una gran palabra. Santidad es participación en la pureza del Ser divino. Y sabemos que Dios es caridad. Por tanto, participar en la pureza divina quiere decir participar en la «caridad» de Dios, confórmalos con Dios que es «caridad». (*ibid.*)

[1050] «Dios es amor» (1 Juan 4, 8.16), esta es la verdad consolante que nos permite también comprender que «santidad» no es una realidad alejada de nuestra vida, sino que, en la medida en que podemos convertirnos en personas que aman con Dios, entramos en el misterio de la «santidad». (*ibid.*)

[1051] El «ágape» se convierte de este modo en nuestra realidad cotidiana. Somos llevados por tanto al horizonte sacro y vital del mismo Dios. (ibid.)

[1052] En esta línea se avanza hacia la otra etapa, que también es contemplada por el plan divino desde la eternidad: nuestra «predestinación» a hijos de Dios. No sólo criaturas humanas, sino realmente pertenecientes a Dios como hijos suyos. (ibid.)

1053. Jesús vino al mundo y nos redimió con su sangre, copiosa y generosamente derramada. Desde entonces podemos llamar a Dios *Abba, Padre nuestro*. Ahora Dios se ha hecho nuestro hermano, y, enseña al mundo su corazón tierno y compasivo.

1054. El Verbo es la vida. El Verbo es la expresión del ser, de la santidad, del amor, de la belleza del Padre. Por eso Él ha dicho: *Yo soy la vida*. ¡La vida!; la vemos en la naturaleza, la vemos en los hombres, en los poetas, en los genios; la veríamos más en los ángeles si fuese posible abarcarla. Esa vida elevada al infinito es el Verbo.

1055. El Hijo de Dios vino al mundo a incorporarnos consigo y a hacernos vivir de Él como Él vive de su Padre, a fin de que la vida se manifieste cada día más plenamente en nosotros por la gracia, creciendo y progresando en ella.

1056 La primera manifestación de su divina autoridad, así como la última, días antes de su pasión, las hace Jesús para defender la santidad de la casa de su Padre.

1057. El Hijo de Dios comprende en sí, sustancialmente, todas las perfecciones del Padre: su bondad, su sabiduría, su omnipotencia, su amor; es el reflejo sublime y personal de su esencia divina y la complacencia única del Padre. Se manifiesta en su santa humanidad y es el mismo Jesús sacramentado que *vive* en cualquier sagrario, por pobre y humilde o escondido que sea.

1058. Señor, amas la misericordia y la ejercitas con las miserias del hombre caído. Tu justicia siempre aparece vestida con el manto de la misericordia. Tu Evangelio, desde el principio hasta el fin, es la revelación auténtica de tu misericordia.

1059. ¿Tienes fe y temes? Eso es una ofensa al Amor misericordioso. Creamos en Jesús y entreguémonos. Entreguémonos con Él como hijos muy amados al Padre.

1060. Nuestra desconfianza no puede estar motivada en Jesús. Nace de nosotros mismos. Es que no somos para Él lo que Él es para nosotros.

1061. La santidad infinita de Dios se nos da a través de la santísima humanidad de Jesús, que se ha revelado viviente en el Evangelio y que prolonga su acción en la Iglesia. Así como una alta tensión de fluido eléctrico se baja por medio de un transformador para que pueda ser utilizada en múltiples aplicaciones de la vida ordinaria, así la altísima tensión divina, a través de la humanidad de Jesucristo, se baja también para que sea utilizada por todos los cristianos según su alcance. Esa humanidad es el gran transformador que, como se nos da en el Evangelio, nos adapta para que vivamos una vida divina, vivida a la altura del hombre y no más.

1062. Jesús quiere que todos entremos a participar de esa paternidad que por naturaleza le correspondía a Él solo y que por gracia nos corresponde ahora a todos. Por eso dijo: *Padre nuestro*. Todos somos hijos de un mismo Padre; todos hermanos en una misma filiación.

Maravillosa unión entre el Padre y los hijos y de los hijos todos entre sí en la gran paternidad de Dios.

1063. No es la Iglesia, ni un pontífice, ni un santo, sino el mismo Cristo Jesús quien nos une con su Padre y nos manda llamarle con ese tan dulce nombre.

1064. El hijo y el siervo no llaman de la misma manera al señor de la casa. Jesús y yo, en cambio, usamos de la misma palabra y título con el Padre, puesto que es el Padre de los dos.

1065. Dios es Padre por la creación, por la redención hecha por su Hijo, por la regeneración que hace en el bautismo, por la adopción por la que nos hace hijos suyos, y por la vocación por la que nos ha llamado a la herencia de los bienaventurados.

1066. Vivir sobrenaturalmente es participar en la vida divina que está en Cristo. De Él nos viene el ser hijos adoptivos de Dios. No lo somos si no en la medida en que *somos conformes al Primogénito*, Hijo verdadero y único del Padre por derecho, pero que quiere tener con El una multitud de hermanos por la gracia santificante.

5) El «Padre nuestro», código de costumbres y de conversación en la familia divina

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1067] La Oración del «Padre Nuestro» «es la más perfecta de las oraciones. En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino que además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad» (Benedicto XVI “*Hágase tu voluntad*”. *Libertad y amor* 2007)

[1068] Esta oración ha conocido, dentro del propio Nuevo Testamento, un desarrollo diferente según la teología de cada evangelista o acentuando alguna de sus partes según las necesidades de cada comunidad. Aquí podemos aplicar aquel «*cum legentibus crescit*» que emplea San Gregorio Magno para toda la Escritura. Y es que, efectivamente, crece con quienes la leen, revela nuevas implicaciones y contenidos más ricos, de acuerdo con las peticiones y los interrogantes nuevos con que se lee. (ibid.)

[1069] Conviene dejar clara la estructura general del Padre Nuestro. No se puede evitar la mención que merece la trabazón que tienen cada una de las peticiones, ya secuencialmente, una tras la otra, ya consideradas de modo separado: conservan un valor cada cual de modo autónomo mas hallan su máxima expresión consideradas en su conjunto. (ibid.)

[1070] El Padre Nuestro comprende siete peticiones que podemos dividir en dos momentos: el primero, que comprende las tres petitorias abrazadas por el «Tú» de Dios que nos atraen hacia su gloria y, en un segundo momento, cuatro por el «nosotros» donde se manifiesta claramente una dependencia a modo de camino hacia Dios y donde se ofrece nuestra miseria a su gracia (ibid.)

[1071] A las siete las precede una invocación al sujeto de la oración, al «Padre Nuestro». La invocación es indicativa del carácter comunitario de la oración. No es Padre «mío» sino Padre de todos. Nos consideramos parte de una comunidad pues no somos cristianos individualmente, lo somos personalmente, mas siempre integrados en un grupo; de otro modo no hay cristianismo. (ibid.)

[1072] La palabra Dios no aparece en toda la oración porque el nombre cristiano de Dios es Padre. La figura del Padre es, en la tradición judía, el modelo del hijo. El hijo tiene que parecerse al padre y éste es el transmisor de la tradición; tradición que es, a su vez, la entrega de todos los valores de una cultura, de los buenos y de los malos. (ibid.)

[1073] Es en el primer grupo donde se enmarca la tercera petición, «Hágase tu voluntad», que recoge Mateo y que en la formulación lucana no aparece. Le antecede, primero, el «Santificado sea tu nombre». Ya el nombre de Dios es Santo, no le hace falta ser santificado. Debe entenderse no en sentido causativo, pues sólo Dios hace santo y santifica, sino estimativo: reconocer como santo, tratar de una manera santa. (ibid.)

[1074] Algunos exegetas han querido traducir el santificar por el reconocer. Visto desde esta perspectiva, se sucede una consecuencia en razón de la dimensión pública que implica el reconocimiento: el proclamar. ¿Proclamar qué? Su nombre de Padre, su Reino y su voluntad. Proclamar que Dios no es el Señor que domina sino el Padre que da vida. Esta primera petición, en el fondo, busca que la humanidad, sabiendo que Él es Padre, sea libre, se libere. (ibid.)

[1075] Las dos anteriores peticiones han dejado traslucir la necesaria intervención de Dios en la historia. La tercera manifiesta la referencia a un proyecto histórico. Dios tiene un plan, un designio sobre la humanidad. ¿Cuál? Una sociedad nueva, una sociedad de los hijos de Dios, una sociedad de felicidad humana, de crecimiento, de libertad. «Santificado sea tu nombre», que la humanidad sepa que Dios es el dador de la vida, no un Dios déspota, tirano o dictador arbitrario. (ibid.)

[1076] «Venga Tu Reino», que la humanidad haga la opción, que cambie su estado de valores y se deje infundir nueva vida por el Padre para que sea nuevo ser. (ibid.)

[1077] «Hágase tu voluntad»: «Debemos hacer tu voluntad para no errar y perder el camino que lleva a Ti, sin doblegarnos a los compromisos de los hombres que nos arrojan en las «situaciones» y quieren plegarnos a las condescendencias terrenales: esto no es hacer tu voluntad, debemos obrar, seguir y servir solamente a tu Verdad, que Tú mismo nos has dado en el Evangelio de Tu Hijo: aquella Verdad por la cual han muerto tus mártires y te han querido y servido tus santos, aquella Verdad que es la sola Verdad, porque es la sola Palabra que tiene vida eterna. (ibid.)

[1078] Sólo convirtiéndonos en hijos de Dios podemos estar con nuestro Padre común. Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás. (ibid.)

[1079] En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo. (SS. 33b).

[1080] En la oración tiene que haber siempre esta interrelación entre oración pública y oración personal. Así podemos hablar a Dios, y así Dios nos habla a nosotros. De este modo se realizan en nosotros las purificaciones, a través de las cuales llegamos a ser capaces de Dios e idóneos para servir a los hombres. (ibid.)

[1081] Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un « final perverso ». Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana. (SS. 34b)

[1082] Cuando actuamos con amor expresamos la verdad de nuestro ser: en efecto, no hemos sido creados para nosotros mismos, sino para Dios y para los hermanos (cf. 2Cor 5,15). (MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA CUARESMA 2008.)

[1083] Cada vez que por amor de Dios compartimos nuestros bienes con el prójimo necesitamos experimentar que la plenitud de vida viene del amor y lo recuperamos todo como bendición en forma de paz, de satisfacción interior y de alegría. El Padre celestial recompensa nuestras limosnas con su alegría. “Nuestro Señor Jesucristo, siendo rico, por vosotros se hizo pobre” (2Cor 8,9) (ibid.)

[1084] Más aún: san Pedro cita entre los frutos espirituales de la limosna el perdón de los pecados. “La caridad –escribe– cubre multitud de pecados” (1P 4,8). Como repite a menudo la liturgia cuaresmal, Dios nos ofrece a los pecadores la posibilidad de ser perdonados. (ibid.)

[1085] El hecho de compartir con los pobres lo que poseemos nos dispone a recibir ese don. En este momento pienso en los que sienten el peso del mal que han hecho y, precisamente por eso, se sienten lejos de Dios, temerosos y casi incapaces de recurrir a él. La limosna, acercándonos a los demás, nos acerca a Dios y puede convertirse en un instrumento de auténtica conversión y reconciliación con él y con los hermanos. (ibid.) 4

1086. Buen Padre, contigo conversamos en la oración, tenemos mutuas conversaciones; a Ti pertenecen nuestros intereses.

1087. Orad hablando ingenua y espontáneamente con vuestro Padre que está en los cielos.

1088. Jesús, la necesidad nos obliga a recurrir a Ti y al Padre con la dulcísima palabra que sale de tus labios: *Padre nuestro*, para que Padre e hijos, en este forzoso intercambio, se comuniquen, se saluden, se conmuevan, se quieran y se amen.

1089. Acércate, llégate a Dios, no le llames de lejos. No hay distancias entre el Padre y el hijo. Él es tu Padre, y baja y viene hasta ti; tú eres su hijo, y te subes a Él, desapareciendo toda distancia. El Padre escucha a su hijo, el hijo habla a su Padre. Confía y no temas.

1090. *Padre nuestro, que estás en los cielos*, son palabras destinadas a mover el corazón de Dios. *Padre del cielo* encierra respeto y amor, veneración y confianza. *Padre* suena a algo cercano, algo propicio, algo mío; revela alteza, excelsitud, grandeza y sublimidad. Esta palabra nos une con Jesús, que igualmente le llama «Padre» como nosotros. El mismo que es su Padre es también nuestro Padre.

1091. Que vuestra oración sea confiada, filial, humilde, tranquila, sosegada, perseverante, insistente, continua, unida siempre a la voluntad de Dios.

1092. Orad. Jesús no se contenta con darnos un precepto; añade un modelo concreto de oración, enseñando el modo de dirigirnos a Dios con pocas palabras en una ferviente oración.

1093. Jesús nos dio una fórmula para orar. En primer término puso la gloria de su Padre y su reino en las almas. En segundo lugar, los intereses propios. *Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. El pan nuestro... Perdónanos... Libranos del mal...*

1094. ¿Qué hemos de pedir? Lo que Jesús nos mandó pedir a su Padre: *Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad...* Nada más grande, nada más interesante, nada más trascendental, nada más necesario, nada más útil, nada más conforme con nuestras propias exigencias podemos pedir que lo que encierran estas peticiones, que en resumen no son más que una cosa: el reconocimiento y la gloria de Dios, el reino de Dios conocido, reconocido, obedecido y amado por todo el mundo.

1095. *Venga a nosotros tu reino:* el reino de la Iglesia, el reino de la fe, el reino de su ley y de su Evangelio en todo el **mundo** fiel e infiel; el reino de Cristo en las almas, el reino de la gracia, el reino de su amor, de su Corazón; la destrucción, por contrapartida, del reino del pecado y de Satanás.

1096. Siendo Dios el Rey eterno, glorioso y universal, será nuestro primer anhelo y nuestra primera petición el advenimiento de su reino.

1097. *Venga a nosotros tu reino:* el reino de la gloria, el reino del cielo, el reino de Dios eterno y el nuestro con Él eternamente, el reino que pidió el buen ladrón desde la cruz.

1098. *Venga a nosotros tu reino:* el reino de Dios en los pueblos, el reino de Dios en las leyes, el reino de Dios en las organizaciones humanas, el reino de Dios en las costumbres.

1099. De tal suerte sea Dios Rey y Soberano, que todos seamos sus súbditos, sus hijos, sus siervos y, como tales, hagamos su santa voluntad; que la creación, y en ella el hombre, doble su cerviz y obedezca; que la voluntad de Dios lo mueva y lo dirija todo y lleve a todos a su fin.

1100. *Venga a nosotros tu reino:* tu reino, Señor; el reino de tu justicia, de tu paz y de tu amor, que es el reino de la felicidad, en el que todos seamos súbditos tuyos siguiendo tu ley, tus caminos, cumpliendo tu voluntad como siervos buenos y fieles.

1101. Después de haberse ocupado primeramente del honor y de la gloria de Dios, el cristiano tiene derecho a pensar también en sus intereses personales y a recomendárselos piadosamente a Dios.

1102. Sabe bien Jesús que el hombre no es señor de su vida y de su sustento. El Creador le dio la existencia, Él se la conserva, y a Él ha de recurrir para todo, como un hijo a su Padre.

1103. A nuestra ignorancia e insuficiencia de no saber lo que hemos de pedir y cómo hemos de pedirlo, Tú, Señor, das piadosamente el remedio, enseñándonos y señalándonos el modo y las cosas que hemos de pedir.

1104. No se basta el hombre a sí mismo. No basta sembrar, es Dios quien da la fertilidad y la madurez a los campos. Es preciso que el hombre crea en su propia pequeñez e insuficiencia, para que esto le lleve a pedir a Dios el pan de cada día, en lo que se representan todas las necesidades temporales.

1105. Bien conoces, Señor, lo que hemos de pedir, porque Tú sabes lo que se necesita en este destierro. Sin pedirlo nosotros, Tú ya podrías remediar nuestras necesidades; pero has querido que, forzados por la necesidad, seamos nosotros quienes entablemos esta confiada comunicación contigo y con el Padre.

1106. Jesús manda orar al que está caído, para que el Padre le levante, perdonándole sus pecados. *Perdónanos nuestras deudas.* Manda orar al que está en pie, para que no caiga: *No nos dejes caer en la tentación.* Manda orar a todos, para que todos nos veamos libres de todos los males corporales y espirituales de que estamos rodeados.

II. EL JESÚS DE LA «BUENA NUEVA»
(EVANGELIO)

1) El Evangelio, palabra de Dios, Verdad y Amor

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1107] «Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus" (Tt 2,11).

[1108] "Queridos hermanos y hermanas, renuevo el alegre anuncio de la Natividad de Cristo con las palabras del apóstol San Pablo: Sí, hoy «ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres». (BENEDICTO XVI *MENSAJE URBI ET ORBI*. Navidad, martes 25 de Diciembre de 2008)

[1109] Ha aparecido. Esto es lo que la Iglesia celebra hoy. La gracia de Dios, rica de bondad y de ternura, ya no está escondida, sino que «ha aparecido», se ha manifestado en la carne, ha mostrado su rostro. ¿Dónde? En Belén. ¿Cuándo? Bajo César Augusto durante el primer censo, al que se refiere también el evangelista San Lucas. Y ¿quién la revela? Un recién nacido, el Hijo de la Virgen María. En Él ha aparecido la gracia de Dios, nuestro Salvador. Por eso ese Niño se llama Jehoshua, Jesús, que significa «Dios salva». (ibid.)

[1110] La gracia de Dios ha aparecido. Por eso la Navidad es fiesta de luz. No una luz total, como la que inunda todo en pleno día, sino una claridad que se hace en la noche y se difunde desde un punto preciso del universo: desde la gruta de Belén, donde el Niño divino ha «venido a la luz». (ibid.)

[1111] En realidad, es Él la luz misma que se propaga, como representan bien tantos cuadros de la Natividad. Él es la luz que, apareciendo, disipa la bruma, desplaza las tinieblas y nos permite entender el sentido y el valor de nuestra existencia y de la historia. (ibid.)

[1112] Cada belén es una invitación simple y elocuente a abrir el corazón y la mente al misterio de la vida. Es un encuentro con la Vida inmortal, que se ha hecho mortal en la escena mística de la Navidad; una escena que podemos admirar también aquí, en esta plaza, así como en innumerables iglesias y capillas de todo el mundo, y en cada casa donde el nombre de Jesús es adorado. (ibid.)

[1113] La gracia de Dios ha aparecido a todos los hombres. Sí, Jesús, el rostro de Dios que salva, no se ha manifestado sólo para unos pocos, para algunos, sino para todos. Es cierto que pocas personas lo han encontrado en la humilde y destartalada demora de Belén, pero Él ha venido para todos: judíos y paganos, ricos y pobres, cercanos y lejanos, creyentes y no creyentes..., todos. (ibid.)

[1114] La gracia sobrenatural, por voluntad de Dios, está destinada a toda criatura. Pero hace falta que el ser humano la acoja, que diga su «sí» como María, para que el corazón sea iluminado por un rayo de esa luz divina. (ibid.)

[1115] Aquella noche eran María y José los que esperaban al Verbo encarnado para acogerlo con amor, y los pastores, que velaban junto a los rebaños (cf. *Lc* 2,1-20). Una pequeña comunidad, pues, que acudió a adorar al Niño Jesús; una pequeña comunidad que representa a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad (ibid.)

[1116] También hoy, quienes en su vida lo esperan y lo buscan, encuentran al Dios que se ha hecho nuestro hermano por amor; todos los que en su corazón tienden hacia Dios desean conocer su rostro y contribuir a la llegada de su Reino. (ibid.)

[1117] Jesús mismo lo dice en su predicación: estos son los pobres de espíritu, los afligidos, los humildes, los hambrientos de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por la causa de la justicia (cf. *Mt* 5,3-10). (ibid.)

[1118] Estos son los que reconocen en Jesús el rostro de Dios y se ponen en camino, como a los pastores de Belén, renovados en su corazón por la alegría de su amor. (ibid.)

[1119] Hermanos y hermanas que me escucháis, el anuncio de esperanza que constituye el corazón del mensaje de la Navidad está destinado a todos los hombres. (ibid.)

[1120] Jesús ha nacido para todos y, como María lo ofreció en Belén a los pastores, en este día la Iglesia lo presenta a toda la humanidad, para que en cada persona y situación se sienta el poder de la gracia salvadora de Dios, la única que puede transformar el mal en bien, y cambiar el corazón del hombre y hacerlo un «oasis» de paz. (ibid.)

[1121] Queridos hermanos y hermanas, hoy «ha aparecido la gracia de Dios, el Salvador» (cf. *Tt* 2,11) en este **mundo** nuestro, con sus capacidades y sus debilidades, sus progresos y sus crisis, con sus esperanzas y sus angustias. (ibid.)

[1122] Hoy resplandece la luz de Jesucristo, Hijo del Altísimo e hijo de la Virgen María, «Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo». (ibid.)

[1123] Lo adoramos hoy en todos los rincones de la tierra, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Lo adoramos en silencio mientras Él, todavía niño, parece decirnos para nuestro consuelo: No temáis, «no hay otro Dios fuera de mí» (*Is* 45,22). (ibid.)

[1124] Venid a mí, hombres y mujeres, pueblos y naciones; venid a mí, no temáis. He venido al **mundo** para traeros el amor del Padre, para mostraros la vía de la paz. (ibid.)

[1125] Vayamos, pues, hermanos. Apresurémonos como los pastores en la noche de Belén. Dios ha venido a nuestro encuentro y nos ha mostrado su rostro, rico de gracia y de misericordia. Que su venida no sea en vano. (ibid.)

[1126] Busquemos a Jesús, dejémonos atraer por su luz que disipa la tristeza y el miedo del corazón del hombre; acerquémonos con confianza; postrémonos con humildad para adorarlo. ¡Feliz Navidad a todos! (ibid.)

1127. *Consigna:* Que el Evangelio –Jesús en su Palabra- y la Eucaristía –Jesús en su Persona real- te arrebaten, te conquisten, te cautiven.

1128. La Buena Nueva que trae Jesús es el fundamento de su reino. Él es la verdad, y su reino es reino de justicia y verdad. Él es el camino, y Él es quien marca la ley, la moral y la recta senda de la vida a todos los hombres. A eso ha venido al mundo y éste será el gran programa de su divina misión.

1129. Aunque no le vemos, Jesús, hoy como ayer, tiene poderoso imán para mover y arrastrar los hombres a sus filas. Por poco que se le estudie en las páginas del Evangelio o se le aficione el alma en el sagrario, el divino Maestro influye con fuerza irresistible en el espíritu.

1130. Era Jesús vivo resplandor de la doctrina que salía de sus labios; la Palabra misma, viva y ardiente, que llegaba hasta la médula de las personas sedientas y anhelantes. Todo el que la recibía con piedad y buena voluntad quedaba cautivo.

1131. *Consigna:* Aunque su doctrina te resulte fuerte, difícil y contraria a tus gustos, Él, Jesús, será más fuerte y poderoso para vencerlo todo y llevarte consigo.

1132. Jesús ha venido al **mundo** resuelto a mostrarme la sinceridad y la verdad de su amor. Quiere convencerme de que me ama. Quiere que, hasta con mis ojos, vea el amor que me tiene.

1133. El Jesús del evangelio es el Jesús que calla, que sufre, que ora, que perdona, que ama. El Jesús que ama a sus verdugos, a sus enemigos, a sus amigos, a los que fueron, a los que son, a ti...

1134. Jesús se dispone a manifestarse a su pueblo. Antes de revelar su doctrina, quiere revelar su corazón. Así lo viene haciendo desde el principio y así lo seguirá haciendo hasta el fin.

1135. Jesús enseña primero su Corazón. Su Corazón es su primer mensajero. Antes de abrir la boca para hablar, abre su corazón para amar y atraer. Con amor probado, Jesús conquista a las almas que no se le resisten y no se cierran. Después las instruye y las forma. Es norma invariable de su apostolado.

1136. Al descubrimos su Corazón, Jesús quiso con claridad asombrosa descubrir su amor inmenso; y al hablarnos de su Corazón, quiere hablarnos con más evidencia de su amor.

1137. La historia de Jesús, tanto en su vida mortal como en la Eucaristía y en la inmortal de las almas, es la historia de su amor. La obra de Jesús es sólo obra de amor. Y como su obra y su historia nunca terminan, sino que cada nueva página en el transcurso de los tiempos abrillanta las páginas anteriores, así ese mismo amor se hace cada vez más intenso, si cabe, a través de los siglos.

1138. Jesús te ama. Te da todos sus amores. Se ha multiplicado para hacerse amigo de todos, uno por uno, individualmente, muy en particular.

1139. Jesús nos amó desde el pesebre, y nos amó en Nazaret, en Betania... Nos amó con ternura y locura momentos antes de su muerte, desde el abismo de sus tormentos, entre los estertores de su agonía; nos amó hasta el fin. Y aún después del fin, nos amó Jesús como nunca, diríamos mejor, nos mostró su amor como jamás hasta entonces ni Él ni nadie lo había demostrado. Jamás Él habló con tanta elocuencia como cuando habló amando sin hablar.

1140. Ningún otro misterio se explica si no se recurre a este misterio del amor infinito de Dios al hombre. Ese amor es el que explica el misterio de Belén, lo mismo que lo hace del misterio del Calvario. Sólo el amor puede explicar el misterio de un Dios encerrado en un sagrario, y solamente este mismo amor es toda la explicación de la obra que la gracia ha verificado en las almas.

1141. La primera manifestación del amor de Jesús hacia mí, al aparecer sobre la tierra, ha sido amor mezclado con lágrimas sobre las pajas de un miserable pesebre; y el último mensaje de amor, en su vida mortal, me lo envía ese Jesús muerto, pasándolo por la herida de su costado, atravesado por una lanza en la cruz.

1142. Jesús es la Verdad; y tan noble y llanamente la dijo siempre, que los mismos fariseos confesaron que era veraz, y que enseñaba el camino de Dios conforme a la pura verdad.

1143. El Evangelio es para ti el gran libro: el Evangelio contemplado, meditado y aplicado a tu vida práctica, a tu espíritu.

1144. Sois hijos de la luz y del día desde que la luz del Evangelio comenzó a clarear en vuestras vidas.

1145. El Evangelio es la santidad vivida, porque el Evangelio es Cristo viviendo, y Cristo es la santidad viviente. Jesucristo a través de su Evangelio es, pues, el ideal magnífico de santidad.

1146. La enseñanza de Cristo fue, y continúa siéndolo, el Evangelio. El Evangelio no es otra cosa que Jesús vivido. Jesús se mostró como un libro abierto, y dio y enseñó todo lo que encerraba.

1147. El Evangelio nos enseña a Jesús en su vida, en su acercamiento a los hombres, en su intimidad e imitabilidad, como modelo y ejemplar de nuestra vida.

1148. *Jesús es el mismo ayer, hoy y por los siglos.* Y como Él, lo es igualmente su Evangelio, puesto que el Evangelio es el mismo Cristo viviente, en cuadros vivos; y quien vive el Evangelio, vive la vida de Jesús, ya imitando los rasgos de su vida, ya también participando de su misma vida divina por la gracia, la fe y la caridad.

1149. Jesús, el del Evangelio, ése es el Jesús verdadero, el auténtico, el real; Jesús maestro, amigo, sencillo, familiar, íntimo, asequible, encantador...

1150. Si fuese conocido bien y a fondo el gran libro del Evangelio, también sería conocido, como el que es, nuestro Redentor Jesús. No se medita el Evangelio. De ahí que para muchos, a través de los siglos, Jesús sea *el gran desconocido*.

1151. Jesucristo es el ideal cumbre del cristiano; su figura excelsa, modelo de vida, la encuentra en el Evangelio con rasgos perfectamente imitables. El auténtico cristiano no quiere a otro Jesús que el que allí se le ofrece tal y como es y como fue.

1152. El Evangelio es atrayente para el sabio y para el ignorante. El Evangelio es profundo y, al mismo tiempo, sencillo. El Evangelio es doctrina, es manjar condimentado para toda clase de personas, aun las más tiernas, sensibles y delicadas. El Evangelio es Jesús vivido y rezuma vida. Vivir el Evangelio es vivir de nuevo a Cristo Jesús.

1153. Leer el Evangelio como se lee un cuento o una simple historia, sólo para recrearse o entretenerse, es casi una profanación. No basta leerlo para ilustrarse, para adquirir conocimientos interesantes y exactos. Para leer bien el Evangelio se requiere el concurso de una fe viva que nos alumbré y que, a través de sus sagradas páginas, nos haga ver a Jesús viviente, en su perfecta realidad.

1154. ¿Todo un Evangelio de maravillas no te basta a ti para que veas toda la grandeza y belleza de Jesús, y creas en Él?

1155. No hay correspondencia al Amor porque no hay conocimiento del Amor.

1156. Cada vez que el hombre se pone al habla con Dios debe ser para entonar un himno de alabanza y adoración a su santo nombre.

1157. Luz divina es esa con la que ves lo que el ojo humano no es capaz de ver.

2) Gustos y costumbres de Dios encarnado

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1158] El evangelio que acabamos de escuchar comienza con un episodio muy simpático, muy hermoso, pero también lleno de significado. El Señor va a casa de Simón Pedro y Andrés, y encuentra enferma con fiebre a la suegra de Pedro; la toma de la mano, la levanta y la mujer se cura y se pone a servir. (S.S. Benedicto XVI *rinde homenaje a la labor evangelizadora de las mujeres en su Homilía al visitar la Parroquia de Santa Ana en el Vaticano*, el domingo 5 de febrero de 2006.)

[1159] En este episodio aparece simbólicamente toda la misión de Jesús. Jesús, viniendo del Padre, llega a la casa de la humanidad, a nuestra tierra, y encuentra una humanidad enferma, enferma de fiebre, de la fiebre de las ideologías, las idolatrías, el olvido de Dios. (ibid.)

[1160] El Señor nos da su mano, nos levanta y nos cura. Y lo hace en todos los siglos; nos toma de la mano con su palabra, y así disipa la niebla de las ideologías, de las idolatrías. (ibid.)

[1161] Nos toma de la mano en los sacramentos, nos cura de la fiebre de nuestras pasiones y de nuestros pecados mediante la absolución en el sacramento de la Reconciliación. Nos da la capacidad de levantarnos, de estar de pie delante de Dios y delante de los hombres. (ibid.)

[1162] Y precisamente con este contenido de la liturgia dominical el Señor se encuentra con nosotros, nos toma de la mano, nos levanta y nos cura siempre de nuevo con el don de su palabra, con el don de sí mismo. (ibid.)

[1163] Pero también la segunda parte de este episodio es importante; esta mujer, recién curada, se pone a servirlos, dice el evangelio. Inmediatamente comienza a trabajar, a estar a disposición de los demás, y así se convierte en representación de tantas buenas mujeres, madres, abuelas, mujeres de diversas profesiones, que están disponibles, se levantan y sirven, y son el alma de la familia, el alma de la parroquia. (ibid.)

[1164] Como se ve en el cuadro pintado sobre el altar, no sólo prestan servicios exteriores. Santa Ana introduce a su gran hija, la Virgen, en las sagradas Escrituras, en la esperanza de Israel, en la que ella sería precisamente el lugar del cumplimiento. (ibid.)

[1165] Las mujeres son también las primeras portadoras de la palabra de Dios del evangelio, son verdaderas evangelistas. Y me parece que este episodio del evangelio, aparentemente tan modesto, precisamente aquí, en la iglesia de Santa Ana, nos brinda la ocasión de expresar sinceramente nuestra gratitud a todas las mujeres que animan esta parroquia, a las mujeres que sirven en todas las dimensiones, que nos ayudan siempre de nuevo a conocer la palabra de Dios, no sólo con el intelecto, sino también con el corazón. (ibid.)

[1166] Volvamos al evangelio: Jesús duerme en casa de Pedro, pero a primeras horas de la mañana, cuando todavía reina la oscuridad, se levanta, sale, busca un lugar desierto y se pone a orar. Aquí aparece el verdadero centro del misterio de Jesús. Jesús está en coloquio con el Padre y eleva su alma humana en comunión con la persona del Hijo, de modo que la humanidad del Hijo, unida a él, habla en el diálogo trinitario con el Padre; y así hace posible también para nosotros la verdadera oración. (ibid.)

[1167] En la liturgia, Jesús ora con nosotros, nosotros oramos con Jesús, y así entramos en contacto real con Dios, entramos en el misterio del amor eterno de la santísima Trinidad. (ibid.)

[1168] Jesús habla con el Padre; esta es la fuente y el centro de todas las actividades de Jesús; vemos cómo su predicación, las curaciones, los milagros y, por último, la Pasión salen de este centro, de su ser con el Padre. Y así este evangelio nos enseña el centro de la fe y de nuestra vida, es decir, la primacía de Dios. (ibid.)

[1169] Donde no hay Dios, tampoco se respeta al hombre. Sólo si el esplendor de Dios se refleja en el rostro del hombre, el hombre, imagen de Dios, está protegido con una dignidad que luego nadie puede violar. (ibid.)

[1170] La primacía de Dios. Las tres primeras peticiones del "Padre nuestro" se refieren precisamente a esta primacía de Dios: pedimos que sea santificado el nombre de Dios; que el respeto del misterio divino sea vivo y anime toda nuestra vida; que "venga el reino de Dios" y "se haga su voluntad" son las dos caras diferentes de la misma medalla; donde se hace la voluntad de Dios, es ya el cielo, comienza también en la tierra algo del cielo, y donde se hace la voluntad de Dios está presente el reino de Dios; porque el reino de Dios no es una serie de cosas; el reino de Dios es la presencia de Dios, la unión del hombre con Dios. Y Dios quiere guiarnos a este objetivo. (ibid.)

[1171] El centro de su anuncio es el reino de Dios, o sea, Dios como fuente y centro de nuestra vida, y nos dice: sólo Dios es la redención del hombre. (ibid.)

[1172] Y la historia del siglo pasado nos muestra cómo en los Estados donde se suprimió a Dios, no sólo se destruyó la economía, sino que se destruyeron sobre todo las almas. Las destrucciones morales, las destrucciones de la dignidad del hombre son las destrucciones fundamentales, y la renovación sólo puede venir de la vuelta a Dios, o sea, del reconocimiento de la centralidad de Dios. (ibid.)

[1173] Los Apóstoles dicen a Jesús: vuelve, todos te buscan. Y él dice: no, debo ir a las otras aldeas para anunciar a Dios y expulsar los demonios, las fuerzas del mal; para eso he venido. Jesús no vino —el texto griego dice: "salí del Padre"— para traer las comodidades de la vida, sino para traer la condición fundamental de nuestra dignidad, para traernos el anuncio de Dios, la presencia de Dios, y para vencer así a las fuerzas del mal. (ibid.)

[1174] Con gran claridad nos indica esta prioridad: no he venido para curar —aunque lo hago, pero como signo—; he venido para reconciliaros con Dios. Dios es nuestro creador, Dios nos ha dado la vida, nuestra dignidad: a él, sobre todo, debemos dirigirnos. (ibid.)

[1175] La cultura moderna ha enfatizado legítimamente la autonomía del hombre y de las realidades terrenas, desarrollando así una perspectiva propia del cristianismo, la de la encarnación de Dios. (ibid.)

[1176] Pero, como afirmó claramente el Concilio Vaticano II, si esta autonomía lleva a pensar que "las cosas creadas no dependen de Dios y que el hombre puede utilizarlas sin referirlas al Creador", entonces se origina un profundo desequilibrio, porque "sin el Creador la criatura se diluye" ("Gaudium et spes", 36). (ibid.)

[1177] Es significativo que el documento conciliar, en el pasaje citado, afirme que esta capacidad de reconocer la voz y la manifestación de Dios en la belleza de la creación es propia de todos los creyentes, independientemente de la religión a la que pertenezcan. (ibid.)

[1178] Podemos concluir que el pleno respeto de la vida está vinculado al sentido religioso, a la actitud interior con la que el hombre afronta la realidad, actitud de dueño o de custodio. (ibid.)

[1179] Por lo demás, la palabra "respeto" deriva del verbo latino respicere (mirar), e indica un modo de mirar las cosas y las personas que lleva a reconocer su realidad, a no apropiarse de ellas, sino a tratarlas con consideración, con cuidado. (ibid.)

[1180] En definitiva, si se quita a las criaturas su referencia a Dios, como fundamento trascendente, corren el riesgo de quedar a merced del arbitrio del hombre, que, como vemos, puede hacer un uso indebido de ellas. (ibid.)

1181. Jesús es flor de María, fruto de la santa virginidad; flor maravillosa que brota en Belén, que crece escondida en Nazaret, que aromatiza y embalsama los valles y las montañas de Judea, y que, al ser tronchada en la cima del Calvario, derrama su esencia divina en el cáliz de la redención.

1182. He aquí la primera apología de Jesús en el Evangelio: llamarlo cordero. *Cordero de Dios* porque viene de Dios y Él es Dios; Cordero de los hombres porque es para los hombres. Bello simbolismo, en el que se nos descubre gráfica, perfecta y real, la figura de Jesús, su humildad, su mansedumbre, su sencillez, su dulzura, su asequibilidad.

1183. Jesús es revelado al mundo, no como un Mesías poderoso y arrogante, no como un gran conquistador ni como un rey glorioso y dominador, como lo esperaban los judíos. Jesús es revelado como un mansísimo, humildísimo, sencillísimo y encantador Cordero: *Ecce Agnus Dei*.

1184. Jesús se revela a las personas de buena voluntad con naturalidad, llana y suavemente. La santidad de su alma, su extraordinaria bondad, su encantadora amabilidad y su atrayente simpatía son el mejor pregón para revelar su persona y su misión redentora.

1185. Jesús se ha hecho niño para amarme y para decirme que me ama con la elocuencia de los niños, porque los niños tienen la elocuencia de la sinceridad y de la verdad.

1186. Jesús, en la cueva de Belén, despojado de todo, pobre y miserable, puesto en los brazos de su Madre, hecho hermano mío, aparece desasido de todo, como para poner todo su corazón sólo en mí y amarme con infinita ternura.

1187. Desde el taller de Nazaret ha vuelto Jesús a decirme que me ama. Este amor es un amor amasado con el sudor de la frente divina, que se revela con sublime ternura a través de un corazón de obrero que trabaja y gana su jornal en la humilde y ruda tarea que le proporciona el pan.

1188. Jesús es el Hijo del hombre, el salvador, el redentor y restaurador del género humano: con todos sus amores y misericordias, con sus gracias y sus perdones, con sus sudores, lágrimas y sangre, con sus angustias y dolores de muerte y con la gloria de su resurrección, con sus locuras de amor en el cenáculo, sus ternuras de amigo en Betania, su celo en el templo, su caridad con los enfermos, su misericordia con los pecadores y con sus caricias a los niños.

1189. Jesús es ese joven, un Dios-obrero, que trabaja, que suda, que habla, que canta, que come, que duerme; es ese Dios-obrero que oculta a Dios, que encierra a Dios, que es Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, que aparece como obrero y lo es.

1190. Jesús, ese fruto bendito de María, es ese niño que sonrío en los brazos de su Madre, niño que llora en un pesebre, joven obrero en Nazaret; es el Jesús predicando en la sinagoga, orando en la soledad, curando en la encrucijada, el Jesús agonizante en Getsemaní y en la cruz, el Jesús glorioso del Tabor, del sepulcro.

1191. La vida de Jesús, sencilla y retirada, fue de paz; pacífica fue su morada. Buscó y prefirió siempre los lugares tranquilos y pacíficos; Belén, Nazaret, su taller, Betania, Getsemaní...

1192. Jamás ha visto el mundo, ni la verá, vida más tranquila y pacífica que la que se vivió en la casita de Nazaret. Nunca ni por nada se turbó allí la verdadera paz del hogar, cada uno en su deber, todos unidos en Dios, conformes siempre con la divina voluntad, aun en los momentos más amargos y angustiosos de la vida, que también allí los hubo.

1193. *Consigna:* Sencillez sin complicaciones ni confusiones, copiada de los protagonistas auténticos: Jesús, José y María, a través del santo Evangelio.

1194. Como Jesús, fuimos niños. Pero tal vez no le hayamos probado a Él nuestro amor con aquella elocuencia sincera y verdadera de la niñez con la que Él nos probó el suyo, tan fino y delicado.

1195. Nazaret es la escuela y el modelo para todos los estados de la vida cristiana.

1196. Jesús quiere que nos volvamos a Él, que acudamos a su Corazón compasivo llenos de contrición y de ilimitada confianza.

1197. A Jesús le sobran palacios con sus riquezas, sus faustos y regalo. Pudo haber nacido así. Pero para Él eran criaturas inútiles. Le estorbaban. Todavía era demasiado Belén. Nazaret. Le bastaron una cueva, un pesebre, unas pajas. En cambio, fueron indispensables dos corazones vírgenes.

1198. Jesús, que se apacienta entre lirios, halló en la casita de aquel santo retiro el cielo en la tierra. Pobre de todo lo demás, es riquísimo en bienes sobrenaturales. No ha existido jamás en la tierra ni existirá mansión ni hogar tan puro como el de Nazaret. La virginidad puso allí su trono y en ese trono vive Dios.

1199. Antes de venir al mundo, Jesús buscó una perla. Es su gran tesoro, su único tesoro. Ni Belén, ni Nazaret, ni Egipto le importó elegir para vivir, con tal de que allí le acompañasen un varón justo y una Madre Virgen.

1200. Jesús es pobre, amó la pobreza, la ensalzó y la puso como distintivo de sus discípulos y seguidores. Abrázate con la pobreza. Ámala como los santos y cántala con alegría, como lo hizo el pobrecito de Asís.

1201. Mira a Jesús. Jesús, siendo el más rico, se ha hecho el más pobre. Si quieres tener su espíritu, despóstate con la pobreza. Es la primera palabra del código de su amor.

3) Hizo lo que enseñó

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1202] Este don inmenso lo encontramos admirablemente narrado en un célebre himno contenido en la carta a los Filipenses (cf. *Flp* 2, 6-11), que en Cuaresma hemos meditado muchas veces. El Apóstol recorre, de un modo tan esencial como eficaz, todo el misterio de la historia de la salvación aludiendo a la soberbia de Adán que, aunque no era Dios, quería ser como Dios. Y a esta soberbia del primer hombre, que todos sentimos un poco en nuestro ser, contraponen la humildad del verdadero Hijo de Dios que, al hacerse hombre, no dudó en tomar sobre sí todas las debilidades del ser humano, excepto el pecado, y llegó hasta la profundidad de la muerte. (BENEDICTO XVI *AUDIENCIA GENERAL*. Miércoles 8 de abril de 2009)

[1203] A este abajamiento hasta lo más profundo de la pasión y de la muerte sigue su exaltación, la verdadera gloria, la gloria del amor que llegó hasta el extremo. Por eso es justo —como dice san Pablo— que "al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua proclame: ¡Jesucristo es Señor!" (*Flp* 2, 10-11). (ibid.)

[1204] Con estas palabras san Pablo hace referencia a una profecía de Isaías donde Dios dice: Yo soy el Señor, que toda rodilla se doble ante mí en los cielos y en la tierra (cf. *Is* 45, 23). Esto —dice san Pablo— vale para Jesucristo. Él, en su humildad, en la verdadera grandeza de su amor, es realmente el Señor del mundo y ante él toda rodilla se dobla realmente. (ibid.)

[1205] ¡Qué maravilloso y, a la vez, sorprendente es este misterio! Nunca podremos meditar suficientemente esta realidad. Jesús, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios como propiedad exclusiva; no quiso utilizar su naturaleza divina, su dignidad gloriosa y su poder, como instrumento de triunfo y signo de distancia con respecto a nosotros. Al contrario, "se despojó de su rango", asumiendo la miserable y débil condición humana. (ibid.)

[1206] A este respecto, san Pablo usa un verbo griego muy rico de significado para indicar la kénosis, el abajamiento de Jesús. La forma (*morphé*) divina se ocultó en Cristo bajo la forma humana, es decir, bajo nuestra realidad marcada por el sufrimiento, por la pobreza, por nuestros límites humanos y por la muerte. (ibid.)

[1207] Este compartir radical y verdaderamente nuestra naturaleza, en todo menos en el pecado, lo condujo hasta la frontera que es el signo de nuestra finitud, la muerte. (ibid.)

[1208] Pero todo esto no fue fruto de un mecanismo oscuro o de una fatalidad ciega: fue, más bien, una libre elección suya, por generosa adhesión al plan de salvación del Padre. Y la muerte a la que se encaminó —añade san Pablo— fue la muerte de cruz, la más humillante y degradante que se podía imaginar. (ibid.)

[1209] Todo esto el Señor del universo lo hizo por amor a nosotros: por amor quiso "despojarse de su rango" y hacerse hermano nuestro; por amor compartió nuestra condición, la de todo hombre y toda mujer. (ibid.)

[1210] A este propósito, un gran testigo de la tradición oriental, Teodoreto de Ciro, escribe: "Siendo Dios y Dios por naturaleza, siendo igual a Dios, no consideró esto algo grande, como hacen aquellos que han recibido algún honor por encima de sus méritos, sino que, ocultando sus méritos, eligió la humildad más profunda y tomó la forma de un ser humano" (*Comentario a la carta a los Filipenses* 2, 6-7). (ibid.)

[1211] "El Señor Jesús —escribe san Pablo al inicio de los años 50, basándose en un texto que recibió del entorno del Señor mismo— en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: "Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía". Asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía" (1 Co 11, 23-25). (ibid.)

[1212] Estas palabras, llenas de misterio, manifiestan con claridad la voluntad de Cristo: bajo las especies del pan y del vino él se hace presente con su cuerpo entregado y con su sangre derramada. (ibid.)

[1213] Es el sacrificio de la alianza nueva y definitiva, ofrecida a todos, sin distinción de raza y de cultura. Y Jesús constituye ministros de este rito sacramental, que entrega a la Iglesia como prueba suprema de su amor, a sus discípulos y a cuantos proseguirán su ministerio a lo largo de los siglos. (ibid.)

[1214] Por tanto, el Jueves santo constituye una renovada invitación a dar gracias a Dios por el don supremo de la Eucaristía, que hay que acoger con devoción y adorar con fe viva. Por eso, la Iglesia anima, después de la celebración de la santa Misa, a velar en presencia del santísimo Sacramento, recordando la hora triste que Jesús pasó en soledad y oración en Getsemaní antes de ser arrestado y luego condenado a muerte. (ibid.) "

[1215] Así llegamos al Viernes santo, día de la pasión y la crucifixión del Señor. Cada año, situándonos en silencio ante Jesús colgado del madero de la cruz, constatamos cuán llenas de amor están las palabras pronunciadas por él la víspera, en la última Cena: "Esta es mi sangre de la alianza, que se derrama por muchos" (cf. Mc 14, 24). (ibid.)

[1216] Jesús quiso ofrecer su vida en sacrificio para el perdón de los pecados de la humanidad. Lo mismo que sucede ante la Eucaristía, sucede ante la pasión y muerte de Jesús en la cruz: el misterio se hace insondable para la razón. (ibid.)

[1217] Estamos ante algo que humanamente podría parecer absurdo: un Dios que no sólo se hace hombre, con todas las necesidades del hombre; que no sólo sufre para salvar al hombre cargando sobre sí toda la tragedia de la humanidad, sino que además muere por el hombre. (ibid.)

[1218] La muerte de Cristo recuerda el cúmulo de dolor y de males que pesa sobre la humanidad de todos los tiempos: el peso aplastante de nuestro morir, el odio y la violencia que aún hoy ensangrientan la tierra. (ibid.)

[1219] La pasión del Señor continúa en el sufrimiento de los hombres. Como escribe con razón Blaise Pascal, "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; no hay que dormir en este tiempo" (Pensamientos, 553). (ibid.)

[1220] El Viernes santo es un día lleno de tristeza, pero al mismo tiempo es un día propicio para renovar nuestra fe, para reafirmar nuestra esperanza y la valentía de llevar cada uno nuestra cruz con humildad, confianza y abandono en Dios, seguros de su apoyo y de su victoria. La liturgia de este día canta: "*O Crux, ave, spes unica*", "¡Salve, oh cruz, esperanza única!". (ibid.)

1221. Jesús comenzó predicando en la noche de Navidad con vagidos y lágrimas de tierno infante. Vino a salvar y a enseñar. Vivió enseñando y salvando en el portal, en Egipto, en Nazaret, y salvando y enseñando murió en la cruz.

1222. La cátedra de la predicación más vistosa y solemne de Jesús fue sobre la cima del Calvario. Desde allí enseñó la última lección con inimitable elocuencia, y cuando la muerte

selló sus labios siguió hablando con más elocuencia por la herida de su costado. Predicó el amor y nos dio su Corazón.

1223. Jesús enseña y es el primero que practica lo que enseña. Con todo, y a pesar de haber disimulado tan admirablemente la grandeza de su divinidad, de haberse mostrado tan hombre, tan Hijo del hombre, tan humano, no se puede prescindir de su carácter divino.

1224. *Aprended de Mí*, dijo un día Jesús. No dijo: Aprended mi doctrina, la humildad, la obediencia, la mansedumbre que yo he enseñado; sino: *Aprended de Mí*, y en Mí aprended la humildad convertida en Vida.

1225. Así como los maestros de Israel predicaban mucho y no vivían lo que predicaban, Jesús, en cambio, vivía todo lo que enseñaba; y las turbas le seguían por lo que decía, porque *ningún hombre habló como Él*, pero más por lo que hacía y por lo que era.

1226. Casi toda la vida de Jesús se invirtió en un apostolado humilde y oculto. Jesús no gastó inútilmente la vida, sino que vivió salvando y enseñando al mundo; y nos enseñó *viviendo*; nos dio un apostolado *vivido*. Fue apóstol, no tanto predicando cuanto viviendo lo que enseñó en su predicación.

1227. Cristo nació para la muerte. El hombre nace para la vida. Aquel que es la fuente de esta vida, la Vida misma, volvió a nacer a un nuevo género de vida. Esta vida nueva en Cristo, comparada con su vida divina y eterna, mejor parece llamarse muerte que vida, puesto que Aquel que vive vida eterna, por esta nueva vida, se ha hecho mortal.

1228. La doctrina de Jesús es aquello mismo que Él vive. *Vivida* así su doctrina, da aquello mismo que habla. Cautivadora es la doctrina, pero Él es aún mucho más cautivador.

1229. Jesús se manifiesta al mundo, y lo primero que muestra es su humilde humanidad; después presentará su divinidad sublime.

1230. Desde las pajas del pesebre, las fatigas de un taller, desde las intimidades del hogar y en su vida pública, Jesús se nos ha manifestado como el modelo y ejemplar de una vida perfecta y santa que a todo el mundo se acomoda.

1231. El autor y creador de todas las cosas, dueño y señor de todo cuanto existe, nace sobre las desnudas pajas de un pesebre y muere desnudo en la cruz.

1232. Magnífico ejemplo de pobreza es el que nos va a dar Jesús a lo largo de toda su vida en el mundo. Antes de predicarnos ha vivido y sigue viviendo misteriosamente su vida desconcertante de pobreza, siendo así Él el maravilloso cuadro de esta difícil virtud.

1233. En su vida pública, Jesús huirá y evitará ruidosas exhibiciones de grandeza y de poderío. Su cortejo continuo será la pobreza. Amigo de los pobres, éstos son su corte de honor; de ellos se acompaña y con ellos vive.

1234. Jesús desde el pesebre en Belén hasta su bautismo en el Jordán, fue hombre de trabajo y de oración, hombre contemplativo.

1235. No me deis, Señor, riqueza ni pobreza extrema. Dadme lo necesario para vivir y para servirlos con el corazón desprendido. Dadme vuestra gracia y vuestro amor, y ya soy suficientemente rico.

1236. Jesús es el camino. Para todos los pasos de la vida del hombre Él se constituye en modelo y ejemplar. No hay situación en los caminos de nuestra vida donde Jesús no vaya por delante, enseñándonos a andar con magnífica perfección.

1237. Jesús fue manso y humilde con los pobres, a quienes siempre hizo bien. Fue manso y humilde con los pecadores, a quienes siempre recibió con piedad y misericordia; manso y humilde hasta con los mismos enemigos, con quienes siempre fue delicado, sin ser nunca, por eso, condescendiente y transigente.

1238. Jesús: Él es nuestro supremo ideal y modelo.

1239. Jesús, y sólo Jesús. Al lado de este ideal, todas las demás aspiraciones, todos los demás ideales de la tierra, nada son y por nada deben reputarse.

1240. El ejemplo de Jesús nos ha de mover a ser misericordiosos. Todos los días de su vida mortal son una constante revelación de su misericordia.

1241. Vuestra oración, Señor, es la más hermosa, la más eficaz y la más fructuosa, por ser vuestra: la oración de Dios.

1242. Propio es de la persona angustiada y puesta en desgracia el buscar el alivio y consuelo en la oración. Para darte una lección práctica, Jesús ha querido experimentar, sentir vivamente y reconocer en sí mismo la necesidad de la oración. Jesús, al probar toda clase de necesidades que rodean al hombre, ha querido probar también esta necesidad de la oración.

1243. Si vuestra obra apostólica, Señor, debía ir siempre acompañada de la oración y la oración hizo que fructificara aquélla en tanta abundancia, con más razón necesitaba de este poderoso recurso la obra del sacrificio.

4) Cruz y resurrección. Su «hora» y su «obra»

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1244] Además de la institución del sacerdocio, en este día santo se conmemora la ofrenda total que Cristo hizo de sí mismo a la humanidad en el sacramento de la Eucaristía. En la misma noche en que fue entregado, como recuerda la sagrada Escritura, nos dejó el "mandamiento nuevo" -"mandatum novum"- del amor fraterno realizando el conmovedor gesto del lavatorio de los pies, que recuerda el humilde servicio de los esclavos. (BENEDICTO XVI AUDIENCIA GENERAL Miércoles 12 de abril de 2006.)

[1245] Este día singular, que evoca grandes misterios, concluye con la Adoración eucarística, en recuerdo de la agonía del Señor en el huerto de Getsemaní. Como narra el evangelio, Jesús, embargado de tristeza y angustia, pidió a sus discípulos que velaran con él permaneciendo en oración: "Quedaos aquí y velad conmigo" (Mt 26, 38), pero los discípulos se durmieron. (ibid.)

[1246] También hoy el Señor nos dice a nosotros: "Quedaos aquí y velad conmigo". Y también nosotros, discípulos de hoy, a menudo dormimos. Esa fue para Jesús la hora del abandono y de la

soledad, a la que siguió, en el corazón de la noche, el prendimiento y el inicio del doloroso camino hacia el Calvario. (ibid.)

[1247] El Viernes santo, centrado en el misterio de la Pasión, es un día de ayuno y penitencia, totalmente orientado a la contemplación de Cristo en la cruz. En las iglesias se proclama el relato de la Pasión y resuenan las palabras del profeta Zacarías: "Mirarán al que traspasaron" (*Jn 19, 37*). (ibid.)

[1248] Y durante el Viernes santo también nosotros queremos fijar nuestra mirada en el corazón traspasado del Redentor, en el que, como escribe san Pablo, "están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (*Col 2, 3*), más aún, en el que "reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (*Col 2, 9*). (ibid.)

[1249] Por eso el Apóstol puede afirmar con decisión que no quiere saber "nada más que a Jesucristo, y este crucificado" (*1 Co 2, 2*). Es verdad: la cruz revela "la anchura y la longitud, la altura y la profundidad" -las dimensiones cósmicas, este es su sentido- de un amor que supera todo conocimiento -el amor va más allá de todo cuanto se conoce- y nos llena "hasta la total plenitud de Dios" (cf. *Ef 3, 18-19*). (ibid.)

[1250] En el misterio del Crucificado "se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical" (*Deus caritas est, 12*). La cruz de Cristo, escribe en el siglo V el Papa san León Magno, "es fuente de todas las bendiciones y causa de todas las gracias" (*Discurso 8 sobre la pasión del Señor, 6-8: PL 54, 340-342*). (ibid.)

[1251] En el Sábado santo la Iglesia, uniéndose espiritualmente a María, permanece en oración junto al sepulcro, donde el cuerpo del Hijo de Dios yace inerte como en una condición de descanso después de la obra creadora de la Redención, realizada con su muerte (cf. *Hb 4, 1-13*). (ibid.)

[1252] Ya entrada la noche comenzará la solemne Vigilia pascual, durante la cual en cada Iglesia el canto gozoso del *Gloria* y del *Aleluya pascual* se elevará del corazón de los nuevos bautizados y de toda la comunidad cristiana, feliz porque Cristo ha resucitado y ha vencido a la muerte. (ibid.)

[1253] Queridos hermanos y hermanas, para una fructuosa celebración de la Pascua, la Iglesia pide a los fieles que se acerquen durante estos días al sacramento de la Penitencia, que es una especie de muerte y resurrección para cada uno de nosotros. (ibid.)

[1254] En la antigua comunidad cristiana, el Jueves santo se tenía el rito de la Reconciliación de los penitentes, presidido por el obispo. Desde luego, las condiciones históricas han cambiado, pero prepararse para la Pascua con una buena confesión sigue siendo algo que conviene valorizar al máximo, porque nos ofrece la posibilidad de volver a comenzar nuestra vida y tener realmente un nuevo inicio en la alegría del Resucitado y en la comunión del perdón que él nos ha dado. (ibid.)

[1255] Conscientes de que somos pecadores, pero confiando en la misericordia divina, dejémosnos reconciliar por Cristo para gustar más intensamente la alegría que él nos comunica con su resurrección. (ibid.)

[1256] El perdón que nos da Cristo en el sacramento de la Penitencia es fuente de paz interior y exterior, y nos hace apóstoles de paz en un mundo donde por desgracia continúan las divisiones, los sufrimientos y los dramas de la injusticia, el odio, la violencia y la incapacidad de reconciliarse para volver a comenzar nuevamente con un perdón sincero. (ibid.)

[1257] Sin embargo, sabemos que el mal no tiene la última palabra, porque quien vence es Cristo crucificado y resucitado, y su triunfo se manifiesta con la fuerza del amor misericordioso. Su resurrección nos da esta certeza: a pesar de toda la oscuridad que existe en el mundo, el mal no tiene la última palabra. Sostenidos por esta certeza, podremos comprometernos con más valentía y entusiasmo para que nazca un mundo más justo. (ibid.)

[1258] Formulo de corazón este augurio para todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, deseándoos que os preparéis con fe y devoción para las ya próximas fiestas pascuales. Os acompañe María santísima, que, después de haber seguido a su Hijo divino en la hora de la pasión y de la cruz, compartió el gozo de su resurrección. (ibid.)

1259. La vida y la muerte de Jesucristo sin la resurrección son un desatino, un absurdo, una locura, la desgracia mayor, el mayor infortunio, una verdadera calamidad. Pero la resurrección las anima, las embellece, las ensalza, las hace apetecibles y los hombres las buscan.

1260. Cristo Jesús es el autor y la fuente, el centro y el foco, el ideal y el modelo perfecto y acabado de la vida sobrenatural cristiana.

1261. El divino Cordero, víctima y comida, nos redime con su muerte y con el derramamiento de su sangre inocentísima y purísima; y, una vez purificados, nos alimenta con su carne sacrificada en delicioso banquete.

1262. La prueba más sincera y más verdadera del amor es la muerte por el amado, y Jesús quiere llegar a esta prueba suprema.

1263. Jesús muere enseñando un Corazón roto, símbolo sublime de la misericordia y del amor. Entre los resplandores gloriosísimos de la resurrección brilla aún más, si cabe, la misericordia de Jesús buscando con ternura a sus ovejas desperdigadas.

1264. La última lección la da Cristo en el sacrificio de la cruz. Lección de Jesús mudo, expirando, rasgando su pecho y entregando al mundo el testamento de su amor, su Corazón.

1265. El Verbo eterno, al consumir su sacrificio en la cruz, dijo su última palabra.

1266. *Consigna:* Recógete. Pide el auxilio de la fe, porque sin ella todo el gran misterio de Jesús no pasa de ser un mero cuadro escénico puramente espectacular.

1267. Señor, tu oración preparó y nos ganó la obra estupenda de la redención. Con los brazos abiertos en la cruz nos diste la última lección y la última prueba de tu omnipotente oración. *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Fruto de ella: un ladrón que entra contigo en el paraíso.

1268. La cruz son dos brazos extendidos, cuyos extremos juntan el cielo con la tierra para llevar las miserias de acá y traer las misericordias de allá.

1269. Una vez que el apóstol haya llegado a sentir y a penetrar en su espíritu una piedad muy grande y un amor entrañable a la sagrada pasión, brotará en su corazón, gran celo, y, como fruto inmediato, el deseo de que este gran misterio repercuta con fuerza en las almas.

1270. Para completar y aplicar a cada uno de nosotros la pasión de Jesús, sus méritos y sus frutos, debemos amar y abrazar nuestra cruz, diciendo con San Pablo: *Yo llevo grabadas en mi cuerpo las llagas de nuestro Señor Jesucristo.*

1271. Desde la cruz ha venido la salvación del mundo. Sacrificado en ella nos ha redimido Jesús. Su sangre divina, tan liberal y generosamente derramada, ha lavado nuestras

iniquidades. Pero la cruz de Jesús no está completa. A ella habremos de agregar cada uno la nuestra.

1272. Quien ama al Cristo de la pasión no puede dejar de amar la pasión de Cristo en todos sus pasos y escenas. Estos dos amores van juntos, son una misma cosa, y quien los posee de verdad lo manifiesta en el sacrificio y en la penitencia; en el sacrificio, que es la flor, y en la penitencia, que es el fruto.

1273. La vía dolorosa, acompañando a Jesús hacia el Calvario, en las catorce paradas o estaciones, es un magnífico ejercicio de piedad, si se sabe hacer con el espíritu y recogimiento que pide a todos la Iglesia.

1274. Aprended a los pies de la cruz del Señor esta lección de darse, de entregarse incondicionalmente, meditando muy despacio las palabras del Apóstol: *Me amó y se entregó por mí.*

1275. Besad el crucifijo; besadlo con reverencia, con fe, con amor, como besaríais una hostia si hubiese costumbre. Besadlo con frecuencia; besadlo como le besaríais a Él mismo en los últimos instantes de vuestra agonía.

1276. La pasión es una página gloriosa escrita con sangre, reveladora del amor infinito de Jesús, estrujado como un racimo en el lagar.

1277. No meditamos bien en la pasión. Por eso nos aprovechamos tan poco de ella. La inmensa mayoría de los que llamamos *piadosos* miran muy superficialmente la obra más costosa y grandiosa que Jesucristo ha realizado en favor de la humanidad.

1278. Debemos meditar con frecuencia y con gran piedad sobre la sagrada pasión, no quedándonos en la parte externa y sensible de los dolores físicos, que produce afectos de compasión, piedad, lágrimas, sino penetrando en el secreto, en el alma de ese drama terrible.

1279. La cruz, un cadalso maldecido hasta entonces con la maldición del reo que allí se ejecutaba, convertido hoy en altar consagrado con la sangre del Cordero divino, donde se inmola el sacrificio de un Dios que se consume, se deshace, casi se aniquila de dolor y de amor.

1280. La pasión de Jesús es el colmo de las finezas divinas en favor del hombre. La pasión es el compendio y la suma de todas las virtudes practicadas y vividas intensísimamente por Jesús.

III. EL PUEBLO DE DIOS, REINO DE CRISTO

1) El reino que Jesús estrenó y quiere

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1281] Queridos hermanos y hermanas: Celebramos hoy, último domingo del año litúrgico, la solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo. Sabemos por los Evangelios que Jesús

rechazó el título de rey cuando se entendía en sentido político, al estilo de los "jefes de las naciones" (cf. *Mt* 20, 25). (Benedicto XVI, *Angelus* 23 de noviembre de 2008.)

[1282] En cambio, durante su Pasión, reivindicó una singular realeza ante Pilato, que lo interrogó explícitamente: "¿Tú eres rey?", y Jesús respondió: "Sí, como dices, soy rey" (*Jn* 18, 37); pero poco antes había declarado: "Mi reino no es de este mundo" (*Jn* 18, 36). (ibid.)

[1283] En efecto, la realeza de Cristo es revelación y actuación de la de Dios Padre, que gobierna todas las cosas con amor y con justicia. El Padre encomendó al Hijo la misión de dar a los hombres la vida eterna, amándolos hasta el supremo sacrificio y, al mismo tiempo, le otorgó el poder de juzgarlos, desde el momento que se hizo Hijo del hombre, semejante en todo a nosotros (cf. *Jn* 5, 21-22. 26-27). (ibid.)

[1284] El evangelio de hoy insiste precisamente en la realeza universal de Cristo juez, con la estupenda parábola del juicio final, que San Mateo colocó inmediatamente antes del relato de la Pasión (cf. *Mt* 25, 31-46). Las imágenes son sencillas, el lenguaje es popular, pero el mensaje es sumamente importante: es la verdad sobre nuestro destino último y sobre el criterio con el que seremos juzgados. "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis" (*Mt* 25, 35), etc. (ibid.)

[1285] ¿Quién no conoce esta página? Forma parte de nuestra civilización. Ha marcado la historia de los pueblos de cultura cristiana: la jerarquía de valores, las instituciones, las múltiples obras benéficas y sociales. (ibid.)

[1286] En efecto, el reino de Cristo no es de este mundo, pero lleva a cumplimiento todo el bien que, gracias a Dios, existe en el hombre y en la historia. Si ponemos en práctica el amor a nuestro prójimo, según el mensaje evangélico, entonces dejamos espacio al señorío de Dios, y su reino se realiza en medio de nosotros. En cambio, si cada uno piensa sólo en sus propios intereses, el mundo no puede menos de ir hacia la ruina. (ibid.)

[1287] Queridos amigos, el reino de Dios no es una cuestión de honores y de apariencias; por el contrario, como escribe San Pablo, es "justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (*Rm* 14, 17). (ibid.)

[1288] Al Señor le importa nuestro bien, es decir, que todo hombre tenga la vida y que, especialmente sus hijos más "pequeños", puedan acceder al banquete que ha preparado para los que día a día se esfuerzan por poner en práctica su palabra. (ibid.)

[1289] Por eso la Virgen María, la más humilde de todas las criaturas, es la más grande a sus ojos y se sienta, como Reina, a la derecha de Cristo Rey. A su intercesión celestial queremos encomendarnos una vez más con confianza filial, para poder cumplir nuestra misión cristiana en el mundo para todos. (ibid.)

[1290] Por eso, no soporta las formas hipócritas de quien dice: "Señor, Señor", y después no cumple sus mandamientos (cf. *Mt* 7, 21). En su reino eterno, Dios acoge a los que día a día se esfuerzan por poner en práctica su palabra. (ibid.)

1291. Dame celo, Señor, pero que sea discreto. Dame celo, mas que sea prudente. Dame celo, Señor, mas sólo para buscar tu reino en el campo que Tú quieres.

1292. Jesús es Rey y Señor, dueño de la creación entera, a quien todos los seres obedecen y sirven.

1293. Cristo es Rey. Ha conquistado la tierra y los corazones por la dulzura, la mansedumbre, la humildad y la sencillez de su amante Corazón.

1294. Jesús iba a tomar posesión de la tierra y de los corazones desde el trono de la cruz a la que le condenaban los judíos. Desde un leño había de reinar Dios. Así lo había Él anunciado: que *todo lo atraería a sí cuando fuera levantado de la tierra.*

1295. Haced que reine Jesús no sólo en el recinto escondido del corazón, sino en todo vuestro ser y en toda vuestra vida.

1296. Que reine Jesús en vuestros pensamientos, en vuestras opiniones, en vuestros juicios sometiéndolos todos a su soberana voluntad.

1297. Que reine Jesús en vuestros sentidos, en vuestras miradas, en vuestras conversaciones, con rendimiento absoluto al dulce imperio de su amor.

1298. Vendrá la cruz. Es necesario que venga. La cruz es un don de Dios reservado para los que más ama.

1299. Era necesario el sacrificio. Para conquistar el mundo y atraerlo todo a sí, era primero preciso que Jesús fuese levantado en la cruz. Parece como si hasta entonces sus conquistas no hubiesen merecido la pena de llamarse tales. Todo descansa en la cima del Calvario ensangrentado.

1300. No venías, Señor, a juzgar al mundo y a reinar sobre él desde tu real trono, sino a ofrecerte en sacrificio al Padre por él. Una generosa y completa entrega fue el primer acto de tu obra redentora en la tierra.

1301. Vivamos de la fe. Sabemos que el Evangelio se escribió para nosotros, y a través de sus páginas llega hasta nosotros aquella palabra divina con todos sus encantos y con todas sus enseñanzas. Jesús, sentado sobre el césped, se dirigió a ti y te habló con infinita dulzura. Es su divina carta, que puso entonces en el correo que hoy llega a tus manos. Recíbela. Léela. Medítala.

1302. Nuestra vida ha de ser la misma sencillez evangélica. El Evangelio íntegro y total, no mutilado; el Evangelio vivido intensamente.

1303. Entremos decididamente nosotros a vivir y a dar a los hombres el verdadero programa del Maestro y de sus apóstoles; el programa integral del Evangelio, un programa sencillo y *máximo.*

1304. Hay que estudiar y meditar en silencio el santo Evangelio. Allí se ve cómo Jesús es Dios puesto al alcance del hombre, de suerte que todo hombre de buena voluntad pueda practicar aquella vida y llegar a ser como Jesús.

1305. El Evangelio, desde la encarnación y Belén hasta el sepulcro y la ascensión gloriosa, va desmenuzándonos todos los rasgos de Jesús en forma enteramente asequible a la condición humana para que nosotros, copiándolos y asimilándolos, lleguemos a ser un fiel trasunto del mismo Jesús.

1306. El Evangelio, mostrándote a Jesús amable, palpable, atrayente, imitable, es el mismo que a ti te transforma, rasgo a rasgo, en imagen perfecta de Jesús, en un nuevo Jesús.

1307. *Consigna:* Que tú seas otro Jesús, gracias al Evangelio, viviéndolo, siguiendo los mismos pasos, estudiando la misma doctrina, copiando los mismos ejemplos, los mismos rasgos y hasta los mismos detalles, hasta las últimas pinceladas. Que tú, pasando por el mismo molde, el molde del Evangelio, seas perfecta imagen suya.

1308. Jesús promulgó esa ley y ese Evangelio para ti, pensando en ti, lo mismo que en Pedro, Santiago y Juan. Y para ti no existen dispensas ni excepciones. Todo te toca, todo te alcanza, todo te obliga.

1309. Jesús dictó su ley y su Evangelio abarcando con su mirada divina todos los tiempos y todas las situaciones.

1310. La ley y la doctrina del Evangelio es rigurosamente como suena: íntegra, total, para lo grave y para lo leve, para lo grande y lo pequeño, en globo y en detalle.

1311. No hay legislador que marque con tanta exactitud y perfección sus leyes y sus mandatos como Cristo Jesús. Nada sobra ni nada falta en esta doctrina evangélica para el hombre caído y redimido si ha de ser feliz en este mundo y en el otro.

1312. Jesús del Evangelio no se muestra como el Dios del Sinaí. La promulgación de la Ley entre aquellas duras cervices requería la soberana y majestuosa autoridad de un Dios legislador. El Dios encarnado en Jesús, que, sobre ser legislador, es también redentor del mundo, viene a promulgar en los corazones la ley del Evangelio, que es una ley de perfección, ley de amor.

1313. Jesús es el gran Legislador. Nadie como Él puede manifestar al mundo la voluntad divina, y al fundar la Iglesia sabe sobre qué fundamentos y leyes ha de consolidarse y regirse. Tomó la ley de Moisés y la transformó, suprimiendo lo que había sido figurativo y temporal, dando garantías y firmeza a lo que era eterno.

1314. Siendo la ley de Moisés la expresión, aunque incompleta, de la voluntad de Dios, fácil es comprender que Jesús no podía destruirla, sino completarla, hermosearla, perfeccionarla.

1315. *Mi reino no es de este mundo*, ha dicho Jesús. Su reino es más bien reino interior; comienza en el espíritu, en el alma, en el corazón. Es reino de amor, reino de justicia, reino de pureza, reino de santidad.

1316. El reino de Cristo no tiene más armas que la mansedumbre y la humildad. Con ellas ha triunfado la Iglesia contra sus enemigos.

1317. Jesús no fuerza a nadie. Reina sólo sobre cuantos van a Él por puro amor. Llama y espera. Convida a los que libremente quieren seguirle, pero proponiéndoles a todos un mismo camino, una misma ley: la ley del amor.

1318. El reinado del amor, que es el verdadero reinado de Cristo –pues sólo quiere reinar por amor-, no puede venir al mundo si en medio del mundo y en todos los órdenes de la vida no es amado Cristo con todo el corazón y con todas las fuerzas.

1319. El primer campo de ejercicio en el camino de la perfección cristiana es guardar con fidelidad, con exactitud, con generosidad, con prontitud, con alegría interior, con amor, y por amor la ley santa de Dios.

1320. Además de los consejos evangélicos que van a la cabeza del *sermón de la montaña*, el divino Maestro afina de un modo extraordinario al encarecer cada uno de los artículos de la ley, protestando que no se quite ni tilde ni coma de lo que queda dicho y escrito.

2) Prototipo de discípulos preparados por Jesús

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1321] La Palabra de Dios de este domingo, penúltimo del año litúrgico, nos invita a estar vigilantes y activos, en espera de la vuelta del Señor Jesús al final de los tiempos. (BENEDICTO XVI *ÁNGELUS* Domingo 16 de noviembre de 2008).

[1322] La página del Evangelio narra la célebre parábola de los talentos, referida por san Mateo (cf. *Mt* 25, 14-30). El "talento" era una antigua moneda romana, de gran valor, y precisamente a causa de la popularidad de esta parábola se ha convertido en sinónimo de dote personal, que cada uno está llamado a hacer fructificar. (ibid.)

[1323] En realidad, el texto habla de "un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda" (*Mt* 25, 14). El hombre de esta parábola representa a Cristo mismo; los siervos son los discípulos; y los talentos son los dones que Jesús les encomienda. (ibid.)

[1324] Por tanto, estos dones, no sólo representan las cualidades naturales, sino también las riquezas que el Señor Jesús nos ha dejado como herencia para que las hagamos fructificar: su Palabra, depositada en el santo Evangelio; el Bautismo, que nos renueva en el Espíritu Santo; la oración —el "padrenuestro"— que elevamos a Dios como hijos unidos en el Hijo; su perdón, que nos ha ordenado llevar a todos; y el sacramento de su Cuerpo inmolado y de su Sangre derramada. En una palabra: el reino de Dios, que es él mismo, presente y vivo en medio de nosotros. (ibid.)

[1325] Este es el tesoro que Jesús encomendó a sus amigos al final de su breve existencia terrena. La parábola de hoy insiste en la actitud interior con la que se debe acoger y valorar este don. La actitud equivocada es la del miedo: el siervo que tiene miedo de su señor y teme su regreso, esconde la moneda bajo tierra y no produce ningún fruto. Esto sucede, por ejemplo, a quien, habiendo recibido el Bautismo, la Comunión y la Confirmación, entierra después dichos dones bajo una capa de prejuicios, bajo una falsa imagen de Dios que paraliza la fe y las obras, defraudando las expectativas del Señor. (ibid.)

[1326] Pero la parábola da más relieve a los buenos frutos producidos por los discípulos que, felices por el don recibido, no lo mantuvieron escondido por temor y celos, sino que lo hicieron fructificar, compartiéndolo, repartiéndolo. (ibid.)

[1327] Sí; lo que Cristo nos ha dado se multiplica dándolo. Es un tesoro que hemos recibido para gastarlo, invertirlo y compartirlo con todos, como nos enseña el apóstol san Pablo, gran administrador de los talentos de Jesús. (ibid.)

[1328] La enseñanza evangélica que la liturgia nos ofrece hoy ha influido también en el plano histórico-social, promoviendo en las poblaciones cristianas una mentalidad activa y emprendedora. Pero el mensaje central se refiere al espíritu de responsabilidad con el que se debe acoger el reino de Dios: responsabilidad con Dios y con la humanidad. (ibid.)

[1329] La Virgen María, que, al recibir el don más valioso, Jesús mismo, lo ofreció al mundo con inmenso amor, encarna perfectamente esta actitud del corazón. Pidámosle que nos ayude a ser "siervos buenos y fieles", para que podamos participar un día en "el gozo de nuestro Señor (ibid.)

1330. El primer apóstol que trabajó en formar, desde el primer momento, en la escuela de la santidad a un grupo de personas escogidas fue el mismo divino Maestro Jesús. El que vino a salvar al **mundo** entero y que dio por él su sangre y su vida, hizo elección de los que quiso santificar con gracias y esfuerzos especiales, para que en la naciente Iglesia fuesen ellos sus columnas, sus guías y sus ejemplares de vida.

1331. No siempre fue fácil ni agradable a la naturaleza el seguimiento de Jesús, y si los Apóstoles siguieron con entusiasmo al Maestro, no fue por las ventajas y los regalos que a diario recibieran de sus manos, sino que lo hicieron movidos por un amor más puro y desinteresado hacia Él, que probaron con el sacrificio y las privaciones que soportaban con generosidad y hasta con alegría.

1332. Un día lo dejaron todo los buenos Apóstoles para seguir a su Maestro amado, y de tal modo cautivó el amor sus corazones, que las fatigas y austeridades de la vida no disminuyeron un punto aquel entusiasmo por Él.

1333. No has de seguir a Jesús por lo que Él da cuanto por lo que Él es. Tu amor ha de ser puro y recto, no pensando en los regalos y ventajas que para ti trae el seguimiento de Jesús, sino pensando en su persona, en sus deseos, en su voluntad y en los regalos que tú, con todo fervor, has de proporcionar a su Corazón sediento.

1334. Poco o nada llevan consigo aquellos hombres –los Apóstoles–, pero todo lo suple cumplidamente Aquel en cuyas manos están el cuidado y la providencia de todas las criaturas. No tienen por qué preocuparse estando en medio de ellos Jesús, su amigo y defensor.

1335. Los Apóstoles serían luz no sólo de los judíos, sino del mundo entero, cuando en aquel prodigioso Pentecostés de amor y de luz fuesen iluminados con lenguas de fuego. Y, a la verdad, sus resplandores evangélicos llegaron bien pronto a todos los confines del mundo. Llegaron hasta nosotros, que hemos tenido la suerte de nacer en medio de ellos.

1336. Muchos fueron lo que comieron con Jesús el pan milagroso multiplicado en la montaña. Un hombre y pocas mujeres bebieron con Él las heces del amarguísimo cáliz en el Calvario. Y éstos fueron los verdaderamente suyos.

1337. Jesús pasó tres años formando a sus primeros Apóstoles, y el Espíritu Santo consumó esta tarea el día de Pentecostés. No nacen los apóstoles, hay que formarlos conformes a la vocación de cada uno.

1338. Así como Jesús y su vida son la luz del mundo, así también los Apóstoles no sólo habían de ser portadores de la luz, sino que también ellos mismos y su vida tenían que ser luz, antorcha con su doctrina y con su ejemplo.

1339. Pablo es, ante todo, modelo del cristiano, y será al mismo tiempo el maestro de la doctrina, conforme a la cual vivió él y vivirán los cristianos de todos los tiempos.

1340. Jesús enseña y es el primero que practica lo que enseña. Y por eso nos agrada ver esta vida reproducida en simples y sólo hombres, que primero aprendieron esta doctrina y luego la practicaron, la asimilaron y la vivieron con toda exactitud, sin salirse de ella ni por carta de más ni por carta de menos. Y he ahí lo que se ve en las cartas de San Pablo.

1341. En el Evangelio encontramos la verdad, la doctrina, el ideal. En San Pablo vemos cómo se vive, de qué manera se ajusta y cómo se practica. El Evangelio es el camino; las epístolas describen la carrera, enseñan cómo se anda, señalan el andar.

1342. San Pablo (como los demás Apóstoles) primero es él cristiano y el modelo que se ofrecerá para que los conversos al cristianismo le imiten; sus cartas dirán luego lo que él hace y lo que han de hacer los demás.

1343. Cuando Pablo ha podido decir a los corintios (4,16): *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*, y lo vuelve a repetir de nuevo con las mismas palabras y a los mismos (11,1), es buena prueba de que el Apóstol primero comenzó a vivir la vida de Cristo, para después, mostrándose él como buen modelo, podérselo enseñar a los demás.

1344. ¡Qué fuerza tiene, Señor, tu mirada, tras de la cual se derrama la gracia en un alma! Con ella has trocado el corazón de una Magdalena y de una samaritana. Con ella Saulo, el perseguidor, es hecho el Apóstol de las gentes, y Agustín, el escéptico y sensual, se convierte en el santo Doctor de la Iglesia.

1345. A fe que no eran sólo los samaritanos los que, conmovidos por las palabras de la mujer convertida y por las del divino Maestro, estaban ya dispuestos a recibir el Evangelio del reino de Dios, sino que las mieses blancas y maduras para la siega eran los hombres todos que, tocados por el sol divino, aguardaban la mano de los operarios del buen amo para que recogieran la bella cosecha, la llevaran a la era para trillarla, limpiarla, molerla, convertirla en blanca harina, y luego en hostia y pan de Cristo.

1346. Sé puro como Juan, ardiente amador como Pedro, sacrificado como Santiago, quien primero de todos derramó su sangre por el Maestro. Así merecerás entrar con Jesús en Getsemaní.

1347. Si San Pablo fue vaso de elección y su misión consistió en llevar el nombre de Cristo a las gentes, no dejó de tener especial interés por elevar hasta las cumbres de la santidad a las personas generosas a quienes él distinguió siempre con su predilección y celo ardiente.

1348. Hoy, como ayer, es la voluntad de Dios que nos santifiquemos. Esta voluntad y ese llamamiento de Dios es para todos. San Pablo no distingue entre los fieles de Salónica. A todos se dirige e intima a todos esa voluntad de Dios. Y a esta *santificación* en concreto viene casi a confundirla con la pureza. Tal era la importancia de esta virtud en el respectivo estado, que su guarda constituía una de las actividades y ejercicios más importantes de la vida cristiana.

1349. Como la principal vida de Jesús está en el Evangelio, viviendo el Evangelio como lo vivieron los primeros cristianos, como ellos seremos cristianos, nos pareceremos a Jesús.

1350. Jesús recibe a sus primeros seguidores, a sus primeros discípulos, en el rincón de una choza. He aquí el principio de la Iglesia; he aquí el primer templo de Jesús.

3) Mi reino está dentro de vosotros

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1351] El reino de Dios está dentro...; pero ¿cómo? Como la vida está oculta en la semilla: así lo explicó Jesús en un momento crítico de su ministerio. Éste comenzó con gran entusiasmo, pues la gente veía que se curaba a los enfermos, se expulsaba a los demonios y se proclamaba el Evangelio; pero, por lo demás, el mundo seguía como antes: los romanos dominaban todavía, la vida era difícil en el día a día, a pesar de estos signos y de estas bellas palabras. (Benedicto XVI 21 de marzo 2009.)

[1352] El entusiasmo se fue apagando, hasta el punto de que muchos discípulos abandonaron al Maestro (cf. *Jn* 6,66), que predicaba, pero no transformaba el mundo. Y todos se preguntaban: En fondo, ¿qué valor tiene este mensaje? ¿Qué aporta este Profeta de Dios? (ibid.)

[1353] Entonces, Jesús habló de un sembrador, que esparce su semilla en el campo del **mundo**, explicando después que la semilla es su Palabra (cf. *Mc* 4,3-20) y son sus curaciones: ciertamente poco, si se compara con las enormes carencias y dificultades de la realidad cotidiana. (ibid.)

[1354] Y, sin embargo, en la semilla está presente el futuro, porque la semilla lleva consigo el pan del mañana, la vida del mañana. La semilla parece que no es casi nada, pero es la presencia del futuro, es la promesa que ya hoy está presente; cuando cae en tierra buena da una cosecha del treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno. (ibid.)

[1355] Amigos míos, vosotros sois una semilla que Dios ha sembrado en la tierra, que encierra en su interior una fuerza de lo Alto, la fuerza del Espíritu Santo. (ibid.)

[1356] No obstante, para que la promesa de vida se convierta en fruto, el único camino posible es dar la vida por amor, es morir por amor. Lo dijo Jesús mismo: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto. (ibid.)

[1357] El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este **mundo**, se guardará para la vida eterna" (*Jn* 12,24-25). Así habló y así hizo Jesús: su crucifixión parece un fracaso total, pero no lo es. Jesús, en virtud "del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha" (*Hb* 9,14). (ibid.)

[1358] De este modo, cayendo en tierra, pudo dar fruto en todo tiempo y a lo largo de todos los tiempos. En medio de vosotros tenéis el nuevo Pan, el Pan de la vida futura, la Santa Eucaristía que nos alimenta y hace brotar la vida trinitaria en el corazón de los hombres. (ibid.)

[1359] Jóvenes amigos, semillas con la fuerza del mismo Espíritu Eterno, que han germinado al calor de la Eucaristía, en la que se realiza el testamento del Señor. Él se nos entrega y nosotros respondemos entregándonos a los otros por amor suyo. Éste es el camino de la vida; pero se podrá recorrer sólo con un diálogo constante con el Señor y en auténtico diálogo entre vosotros. (ibid.)

[1360] La cultura social predominante no os ayuda a vivir la Palabra de Jesús, ni tampoco el don de vosotros mismos, al que Él os invita según el designio del Padre. (ibid.)

[1361] Queridísimos amigos, la fuerza se encuentra dentro de vosotros, como estaba en Jesús, que decía: "El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras... El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre" (*Jn* 14,10.12). (ibid.)

[1362] Por eso, no tengáis miedo de tomar decisiones definitivas. Generosidad no os falta, lo sé. Pero frente al riesgo de comprometerse de por vida, tanto en el matrimonio como en una vida de especial consagración, sentís miedo: "El mundo vive en continuo movimiento y la vida está llena de posibilidades. ¿Podré disponer en este momento por completo de mi vida sin saber los imprevistos que

me esperan? ¿No será que yo, con una decisión definitiva, me juego mi libertad y me ato con mis propias manos?" (ibid.)

[1363] Éstas son las dudas que os asaltan y que la actual cultura individualista y hedonista exaspera. Pero cuando el joven no se decide, corre el riesgo de seguir siendo eternamente niño. (ibid.)

[1364] Yo os digo: ¡Ánimo! Atreveos a tomar decisiones definitivas, porque, en verdad, éstas son las únicas que no destruyen la libertad, sino que crean su correcta orientación, permitiendo avanzar y alcanzar algo grande en la vida. (ibid.)

[1365] Sin duda, la vida tiene un valor sólo si tenéis el arrojo de la aventura, la confianza de que el Señor nunca os dejará solos. Juventud angoleña, deja libre dentro de ti al Espíritu Santo, a la fuerza de lo Alto. (ibid.)

[1366] Confiando en esta fuerza, como Jesús, arriégate a dar este salto, por decirlo así, hacia lo definitivo y, con él, da una posibilidad a la vida. Así se crearán entre vosotros islas, oasis y después grandes espacios de cultura cristiana, donde se hará visible esa "ciudad santa, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia". Ésta es la vida que merece la pena vivir y que de corazón os deseo. (ibid.)

1367. La eficacia de todo apostolado, su vida, su alma, está esencialmente en la participación del espíritu de Cristo, de la vida de Cristo, de la savia de Cristo.

1368. El reino de Jesús lo hemos de traer nosotros, y nosotros no traeremos el reino de Jesús si no estamos llenos del Espíritu Santo, que procede de Él y del Padre, para lo cual hemos de pasar todos por un fervoroso Pentecostés.

1369. El proceso total y completo de las maravillosas operaciones del Espíritu Santo en una persona que libre y generosamente ha sabido secundarle, es el cuadro de visión más sublime y consoladora para un apóstol de Cristo.

1370. El amor de Jesús es nuestra fortaleza, es nuestra energía, es nuestra vida, es la cadena que nos une a Él, nos estrecha con Él, nos esconde en su Corazón.

1371. Señor, aviva mi fe para que, en el abismo de tus profundísimas humillaciones, te vea y te reconozca por mi Dios, mi redentor y amigo.

1372. Soy para Jesús, y Jesús es para mí. Jesús es mi fin.

1373. Es Él, el mismo Señor, quien se acerca al borde de nuestro camino, y en el fondo de nuestra alma deja oír su voz amorosa, diciéndonos: *Sígueme*. Y si no lo hace más veces no es porque Él no quiera hacerlo, sino porque no nos disponemos a oír su voz.

1374. *Consigna:* Que reine Jesús en nuestros afectos, en nuestras decisiones, en nuestros cariños, en nuestros amores y en los últimos e imperceptibles movimientos de nuestro corazón.

1375. La plenitud de la gracia está en Jesús. Como de un gran manantial, de Jesús nace el río de la gracia y de la divina caridad, del que beben todos los hombres, recibiendo por este medio nueva vida sobrenatural y divina.

1376. Jesús ha venido al mundo y nos llama: *Venid a Mí*. Es el grito de amor de Jesús. Otras llamadas por el estilo: *El que tenga sed, que venga a Mí y beba; Yo soy la vida...; Yo soy la resurrección y la vida...; Permaneced en Mí; Yo he venido a comunicar la vida y a darla abundantemente...* Y todas esas promesas no son una cosa distinta de sí mismo. No. Son Él mismo, porque Él es la vida, la vida *viviente*, que nos hace vivir en Él y por Él.

1377. *Mi vida es Cristo...* Por consiguiente, obras de Cristo, influencia de Cristo y amores de Cristo.

1378. El Jesús místico, del que nosotros somos miembros vivos, debe también inmolarse, viniendo a ser cada uno de nosotros parte de esa hostia grande y completa.

1379. Los hombres han de permanecer unidos a Jesús, para que en Él se purifique, se santifique, se deifique el dolor de ellos; y Jesús ha de permanecer unido a los hombres a fin de dignificar y hacer suyo el sacrificio de ellos.

1380. *Consigna:* Abrazarse con Cristo en la cruz y con la cruz por Cristo, clavándose por Él en ella, y amándole allí pendiente, sangrando por su amor en el sacrificio.

1381. Un modo perfecto y eficaz de estar en Jesús, como Jesús está en nosotros, es convertirnos en hostias mediante la inmólación y sacrificio voluntarios en aras del amor.

1382. Morir por Él es ofrecerle el sacrificio de la vida, es consumir la vida en sacrificio, junto a su cruz, en el Calvario, donde la unión con Él es más íntima. Esto es el prefacio de la eterna unión en el cielo, y allí realmente podemos decir que estaremos especialmente unidos.

1383. Nuestra vida sería muy *nuestra*, pero no *cristiana*, si no nos diésemos a Cristo. Cuanto más nos entreguemos a Cristo, más somos de Cristo. Si totalmente nos entregamos a Él, total y plenamente somos suyos. Entregarse a Cristo hasta fundirse en Él, he ahí nuestro ideal.

1384. *Consigna:* Ofrecernos a Dios; ser generosos y estar dispuestos; pero desconfiar de nosotros mismos, conocer nuestra debilidad; ser humildes, y poner la confianza sólo en la gracia de Dios.

1385. El principio de nuestra unión con Jesús es creer. Creer firmemente y actuarse con suma fidelidad en esta fe: de que Jesús vive muy cerca de nosotros, en nosotros mismos; que Jesús vive no solamente en los sagrarios, ya concurridos, ya solitarios, sino que vive en nuestros corazones.

1386. Jesús no se descubrirá a tus ojos corporales, sino a los ojos de la fe. Vete a Jesús con humildad, con rectitud, con sinceridad, con sencillez, con recogimiento, y verás.

1387. Jesús, el mundo necesita de oración. El mundo no se salva si no se ora a tu lado y contigo. Es preciso que tus miembros, unidos a Ti, oren contigo.

1388. Poco le cuesta recogerse a quien habitualmente vive vuelto hacia dentro y encuentra allí lo que los otros se empeñan inútilmente en hallar fuera de sí. La persona interior, iluminada por la fe, al resplandor de esta sobrenatural antorcha, ¡qué horizontes descubre!

1389. A todos, sin excepción, aprovecha dar de mano a las cosas frívolas y darse seriamente a la intimidad de Dios y a la interioridad de su propia alma.

1390. No es preciso buscar a Dios fuera de nosotros. Dentro de nosotros está siempre que la gracia vivifica nuestra alma. En ella le poseemos.

1391. Vivamos en Dios, encerrados en Dios, pensando en Dios y amándole, como Él vive en nosotros, dentro de nosotros, encerrado en nosotros, pensando en nosotros y amándonos.

4) La Iglesia, «sacramento de salvación y de unión»

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1392] Las lecturas de la Misa de hoy nos invitan a considerar el crecimiento de la Iglesia en América como un capítulo en la historia más grande de la expansión de la Iglesia después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. (*Homilía* del Papa Benedicto XVI en la Santa Misa en el Estadio de los Nationals de Washington. Jueves 17 de abril de 2008.)

[1393] En estas lecturas vemos la unión inseparable entre el Señor resucitado y el don del Espíritu para el perdón de los pecados y el misterio de la Iglesia. (ibid.)

[1394] Cristo ha constituido su Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles (cf. *Ap* 21,14), como comunidad estructurada visible, que es a la vez comunión espiritual, cuerpo místico animado por los múltiples dones del Espíritu y sacramento de salvación para toda la humanidad (cf. *Lumen gentium*, 8). (ibid.)

[1395] La Iglesia está llamada en todo tiempo y lugar a crecer en la unidad mediante una constante conversión a Cristo, cuya obra redentora es proclamada por los Sucesores de los Apóstoles y celebrada en los sacramentos. (ibid.)

[1396] Por otro lado, esta unidad comporta una "expansión continua", porque el Espíritu incita a los creyentes a proclamar "las grandes obras de Dios" y a invitar a todas las gentes a entrar en la comunidad de los salvados mediante la sangre de Cristo y que han recibido la vida nueva en su Espíritu. (ibid.)

[1397] El mundo necesita el testimonio. ¿Quién puede negar que el momento actual sea decisivo no sólo para la Iglesia en América, sino también para la sociedad en su conjunto? (ibid.)

[1398] Es un tiempo lleno de grandes promesas, pues vemos cómo la familia humana se acomuna de diversos modos, haciéndose cada vez más interdependiente. (ibid.)

[1399] Al mismo tiempo, sin embargo, percibimos signos evidentes de un quebrantamiento preocupante de los fundamentos mismos de la sociedad: signos de alienación, ira y contraposición en muchos contemporáneos nuestros; aumento de la violencia, debilitamiento del sentido moral, vulgaridad en las relaciones sociales y creciente olvido de Dios. (ibid.)

[1400] También la Iglesia ve signos de grandes promesas en sus numerosas parroquias sólidas y en los movimientos vivaces, en el entusiasmo por la fe demostrada por muchos jóvenes, en el número de los que cada año abrazan la fe católica y en un interés cada vez más grande por la oración y por la catequesis. (ibid.)

[1401] Pero, al mismo tiempo, percibe a menudo con dolor que hay división y contrastes en su seno, descubriendo también el hecho desconcertante de que tantos bautizados, en lugar de actuar como

fermento espiritual en el mundo, se inclinan a adoptar actitudes contrarias a la verdad del Evangelio. (ibid.)

[1402] "Señor, manda tu Espíritu y renueva la faz de la tierra" (cf. *Sal* 104,30). Las palabras del Salmo responsorial de hoy son una plegaria que, siempre y en todo lugar, brota del corazón de la Iglesia. Nos recuerdan que el Espíritu Santo ha sido infundido como primicia de una nueva creación, de "cielos nuevos y tierra nueva" (cf. *2 P* 3,13; *Ap* 21, 1) en los que reinará la paz de Dios y la familia humana será reconciliada en la justicia y en el amor. (ibid.)

[1403] Hemos oído decir a san Pablo que toda la creación "gime" hasta a hoy, en espera de la verdadera libertad, que es el don de Dios para sus hijos (cf. *Rm* 8,21-22), una libertad que nos hace capaces de vivir conforme a su voluntad. (ibid.)

[1404] Oremos hoy insistentemente para que la Iglesia en América sea renovada en este mismo Espíritu y ayudada en su misión de anunciar el Evangelio a un mundo que tiene nostalgia de una genuina libertad (cf. *Jn* 8,32), de una felicidad auténtica y del cumplimiento de sus aspiraciones más profundas. (ibid.)

[1405] La fidelidad y el valor con que la Iglesia en este País logrará afrontar los retos de una cultura cada vez más secularizada y materialista dependerá en gran parte de vuestra fidelidad personal al transmitir el tesoro de nuestra fe católica. (ibid.)

[1406] Los jóvenes necesitan ser ayudados para discernir la vía que conduce a la verdadera libertad: la vía de una sincera y generosa imitación de Cristo, la vía de la entrega a la justicia y a la paz. (ibid.)

[1407] Se ha progresado mucho en el desarrollo de programas sólidos para la catequesis, pero queda por hacer todavía mucho más para formar los corazones y las mentes de los jóvenes en el conocimiento y en el amor del Dios. (ibid.)

[1408] Los desafíos que se nos presentan exigen una instrucción amplia y sana en la verdad de la fe. Pero requieren cultivar también un modo de pensar, una "cultura" intelectual que sea auténticamente católica, que confía en la armonía profunda entre fe y razón, y dispuesta a llevar la riqueza de la visión de la fe en contacto con las cuestiones urgentes que conciernen el futuro de la sociedad americana. (ibid.)

[1409] El Señor resucitado otorga a los Apóstoles el don del Espíritu Santo y les concede la autoridad para perdonar los pecados. Mediante el poder invencible de la gracia de Cristo, confiado a frágiles ministros humanos, la Iglesia renace continuamente y se nos da a cada uno de nosotros la esperanza de un nuevo comienzo. (ibid.)

[1410] Confiemos en el poder del Espíritu de inspirar conversión, curar cada herida, superar toda división y suscitar vida y libertades nuevas. ¡Cuánta necesidad tenemos de estos dones! ¡Y qué cerca los tenemos, particularmente en el Sacramento de la penitencia! (ibid.)

[1411] La fuerza libertadora de este Sacramento, en el que nuestra sincera confesión del pecado encuentra la palabra misericordiosa de perdón y paz de parte de Dios, necesita ser redescubierta y ralea [condición] propia de cada católico. (ibid.)

[1412] En gran parte la renovación de la Iglesia en América depende de la renovación de la regla de la penitencia y del crecimiento en la santidad: los dos son inspirados y realizadas por este Sacramento. (ibid.)

[1413] "En esperanza fuimos salvados" (*Rm* 8,24). En el nombre del Señor Jesús les pido que eviten toda división y que trabajen con alegría para preparar vía para Él, fieles a su palabra y en constante conversión a su voluntad. (ibid.)

[1414] Les exhorto, sobre todo, a seguir a siendo fermento de esperanza evangélica en la sociedad americana, con el fin de llevar la luz y la verdad del Evangelio en la tarea de crear un mundo cada vez más justo y libre para las generaciones futuras. (ibid.)

[1415] Quien tiene esperanza ha de vivir de otra manera (cf. *Spe Salvi*, 2). Que ustedes, mediante sus plegarias, el testimonio de su fe y la fecundidad de su caridad, indiquen el camino hacia ese horizonte inmenso de esperanza que Dios está abriendo también hoy a su Iglesia, más aún, a toda la humanidad: la visión de un mundo reconciliado y renovado en Jesucristo, nuestro Salvador. A Él honor y gloria, ahora y siempre. Amén. (ibid.)

1416. Cuando Cristo instituyó el sacerdocio como una prolongación y complemento de su propia persona, puesto que el sacerdote es su representante en la tierra, lo hizo ordenándolo todo a los mismos fines por los que Él vino al mundo, instituyendo al objeto la Iglesia y la jerarquía del sacerdocio, a saber, en orden a las almas; su justificación, su santificación, su salvación y su glorificación a la vida eterna. A eso se ordenan el gran misterio de la encarnación, la pasión, toda la obra de la iglesia y sus sacerdotes.

1417. Dios puso primero en manos de unos pescadores la obra estupenda de la evangelización del mundo, y se logró entre prodigios y maravillas. Después, con las mismas garantías de éxito y de triunfo, ha puesto esa misma obra en manos de sus sucesores, los obispos y sus sacerdotes; y esta obra colosal, a través de los siglos, prueba la eficacia de la gracia divina.

1418. La Iglesia católica, extendida hoy a los cuatro vientos, con su vida fecunda, santa, divina, con su jerarquía, con sus sacramentos, sus gracias y sus prodigios, con su Evangelio, sus dogmas, sus sabios y sus santos..., toda es fruto de Jesucristo salvador; de su amante costado ha salido esta obra.

1419. Cristo Jesús es el autor de la vida sobrenatural; en Él está el plan eterno de nuestra predestinación, realizado en la encarnación, siendo Cristo Jesús, Hijo del Padre, nuestro modelo, nuestra redención y nuestra vida, y siendo la Iglesia la que prosigue la misión santificadora del Salvador.

1420. La Iglesia va extendiendo sus tiendas por toda la tierra. Sus pabellones se ensanchan hasta confundirse con el pabellón mismo del cielo infinito. Por eso confundimos los conceptos y nos referimos a una misma cosa cuando hablamos de la Iglesia, del reino de Dios y del reino de los cielos, pues en realidad constituimos todos una sola sociedad, los santos del cielo y los justos de la tierra.

1421. Con cálculos y medidas puramente humanos no se han realizado esas obras monumentales que la Iglesia, en su maravillosa fecundidad, ha venido produciendo en el transcurso de los siglos.

1422. «Cada uno, dice San Ambrosio, ora por todos y todos oran por cada uno». Y en esa comunidad de oración entra la oración de Cristo, nuestro hermano mayor, de quien nuestra oración tiene toda su eficacia y poder.

1423. Ora con la Iglesia, cuya liturgia es oración incesante y sublime; ora con el sacerdote, que se postra en oración al pie de los altares; ora con Cristo Jesús, que ora con gemidos en Betania, en el cenáculo, en Getsemaní, en el pretorio, en el Gólgota y hasta en el sepulcro; ora en Cristo, cuya oración es tuya, y la tuya en Él es omnipotente; ora con sus gemidos y con sus

lágrimas, en sus agonías y en sus llagas, en su cruz y en su costado, en su cadáver y en su glorificación; ora con su Madre y en su Madre.

1424. El orden sobrenatural es el misterio de Jesús, el Dios-Hombre viviente, resucitado y glorioso, que hace circular al través de los miembros vivientes de este místico cuerpo, que somos nosotros, la gracia y la gloria, y por ellas las efusiones maravillosas y amorosas de su vida divina.

1425. Va resonando una voz, que la Iglesia repetidas veces dirige a sus apóstoles: el celo por su propia alma; el celo ardiente por su propia perfección y santificación.

1426. Sea tu único cuidado y solicitud el vivir siempre cerca de Jesús. A su lado, aun en las mayores privaciones, no faltará una espiga de buen trigo para sustentar tu vida.

1427. Cerca de Jesús, al lado de Jesús, con Jesús en medio y en medio de Jesús, de su Corazón, defendido por Él, sostenido por Él, alimentado y abrigado por Él, llegarás felicísimo a tu fin.

1428. *Consigna:* Elevación de miras puestas en el ideal que es Jesús; ejercicio de virtudes, de la caridad, reina de todas; obrar, vivir para agradecer al Señor, por amor y para amar.

1429. La mayor gloria de la Iglesia son los santos, y su vida, sus hechos y sus virtudes constituyen la página más bella e interesante de su historia.

1430. *Consigna:* Obrar en Dios y para Dios. Buscar la gloria de Dios, alabar a Dios, agradecer a Dios, dar gusto a Dios; cumplir sus deseos, su querer, su voluntad.

1431. Lo que se vive es lo que más se ama; porque lo que se vive lo hacemos en alguna manera nuestro, y lo nuestro lo amamos mucho más que lo ajeno. Vivid bien vuestro cristianismo, vividlo intensamente, y lo amaréis con pasión.

1432. Toda la santidad consiste en recibir la vida divina de Cristo y por Cristo, que la posee en toda su plenitud.

1433. La Iglesia pura, santa, sin arruga, formada (como la primera Eva) en el divino costado de su Esposo, ofrece a sus hijos el fruto santo del árbol de la redención.

5) Unión y acción en su Verdad y en su Espíritu

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1434] A los cristianos nos corresponde mostrar que Dios, (...), es amor y quiere el bien y la felicidad de todos los hombres. Tenemos el deber de hacer comprender que la ley moral que nos ha dado, y que se nos manifiesta con la voz de la conciencia, no tiene como finalidad oprimirnos, sino librarnos del mal y hacernos felices. (*Discurso* de Benedicto XVI el 9 de diciembre 2006 al 56 congreso nacional de Unión de Juristas Católicos Italianos).

[1435] Se trata de mostrar que sin Dios el hombre está perdido y que excluir la religión de la vida social, en particular la marginación del cristianismo, socava las bases mismas de la convivencia humana, pues antes de ser de orden social y político, estas bases son de orden moral. (ibid.)

[1436] "¡Permaneced firmes en la fe!". Acabamos de escuchar las palabras de Jesús: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad" (Juan 14, 15-17a). (*HOMILÍA DE BENEDICTO XVI AL CELEBRAR MISA EN VARSOVIA, Varsovia, viernes, 26 mayo 2006 ZENIT.org*)

[1437] Con estas palabras Jesús revela el profundo lazo que existe entre la fe y la profesión de la Verdad Divina, entre la fe y la entrega a Jesucristo en el amor, entre la fe y la práctica de una vida inspirada en los mandamientos. (ibid.)

[1438] Estas tres dimensiones de la fe son fruto de la acción del Espíritu Santo. Esta acción se manifiesta como fuerza interior que pone en armonía los corazones de los discípulos con el Corazón de Cristo y les hace capaces de amar a los hermanos como Él los ha amado. La fe es un don, pero al mismo tiempo es una tarea. (ibid.)

[1439] "Él os dará otro Consolador - el Espíritu de Verdad". La fe, como conocimiento y profesión de la verdad sobre Dios y sobre el hombre, "viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo", dice san Pablo (Romanos 10, 17). (ibid.)

[1440] A lo largo de la historia de la Iglesia, los apóstoles han predicado la palabra, preocupándose por entregarla intacta a sus sucesores, quienes a su vez la han transmitido a las generaciones sucesivas, hasta nuestros días. (ibid.)

[1441] Muchos predicadores del Evangelio han dado la vida precisamente a causa de la fidelidad a la verdad de la palabra de Cristo. De este modo, del cuidado de la verdad ha nacido la Tradición de la Iglesia. (ibid.)

[1442] La Iglesia no puede acallar al Espíritu de Verdad. Los sucesores de los apóstoles, junto con el Papa, son los responsables de la verdad del Evangelio, y también todos los cristianos están llamados a compartir esta responsabilidad, aceptando sus indicaciones autorizadas. (ibid.)

[1443] Todo cristiano está obligado a confrontar continuamente sus propias convicciones con los dictámenes del Evangelio y de la Tradición de la Iglesia en su compromiso por permanecer fiel a la palabra de Cristo, incluso cuando ésta es exigente y humanamente difícil de comprender. (ibid.)

[1444] No tenemos que caer en la tentación del relativismo o de la interpretación subjetiva y selectiva de las Sagradas Escrituras. Sólo la verdad íntegra nos puede abrir a la adhesión a Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación. (ibid.)

[1445] De hecho, Cristo dice: "Si me amáis...". La fe no significa sólo aceptar un cierto número de verdades abstractas sobre los misterios de Dios, del hombre, de la vida y de la muerte, de las realidades futuras. (ibid.)

[1446] La fe consiste en una relación íntima con Cristo, una relación basada en el amor de Aquél que nos ha amado antes (Cf. 1 Juan 4, 11), hasta la entrega total de sí mismo. (ibid.)

[1447] "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Romanos 5, 8). ¿Qué otra respuesta podemos dar a un amor tan grande, sino un corazón abierto y dispuesto a amar? Pero, ¿qué quiere decir amar a Cristo? Quiere decir fiarse de Él, incluso en la hora de la prueba, seguirle fielmente incluso en el Vía Crucis, con la esperanza de que pronto llegará la mañana de la resurrección. (ibid.)

[1448] Si confiamos en Él no perdemos nada, sino que ganamos todo. Nuestra vida adquiere en sus manos su verdadero sentido. (ibid.)

[1449] El amor por Cristo se expresa con la voluntad de poner en sintonía la propia vida con los pensamientos y los sentimientos de su Corazón. Esto se logra mediante la unión interior, basada en la gracia de los Sacramentos, reforzada con la oración continua, con la alabanza, con la acción de gracias y la penitencia. (ibid.).

[1450] No puede faltar una atenta escucha de las inspiraciones que Él suscita a través de su Palabra, a través de las personas con las que nos encontramos, de las situaciones de vida de todos los días. (ibid.)

[1451] Amarlo quiere decir permanecer en diálogo con Él, para conocer su voluntad y realizarla prontamente. (ibid.)

[1452] Pero vivir la propia fe como relación de amor con Cristo significa estar dispuestos a renunciar a todo lo que constituye la negación de su amor. Por este motivo, Jesús ha dicho a los apóstoles: "Si me amáis guardaréis mis mandamientos". (ibid.)

[1453] Pero, ¿cuáles son los mandamientos de Cristo? Cuando el Señor Jesús enseñaba a las muchedumbres, no dejó de confirmar la ley que el Creador había inscrito en el corazón del hombre y que había formulado en las tablas de los Diez Mandamientos. (ibid.)

[1454] "No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una "i" o una tilde de la Ley sin que todo suceda" (Mateo 5, 17-18). (ibid.)

[1455] Ahora bien, Jesús nos mostró con nueva claridad el centro unificador de las leyes divinas reveladas en el Sinaí, es decir, el amor a Dios y al prójimo: "amar [a Dios] con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios" (Marcos 12, 33). (ibid.)

[1456] Es más, Jesús en su vida y en su misterio pascual ha llevado a cumplimiento toda la ley. Uniéndose a nosotros a través del don del Espíritu Santo, lleva con nosotros y en nosotros el "yugo" de la ley, y de este modo se convierte en una "carga ligera" (Mateo 11, 30). (ibid.)

[1457] Con este espíritu, Jesús formuló la lista de las actitudes interiores de quienes tratan de vivir profundamente la fe: Bienaventurados los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia... (Cf. Mateo 5,3-12) (ibid.)

[1458] Queridos hermanos y hermanas, la fe en cuanto adhesión a Cristo se revela como amor que impulsa a promover el bien que el Creador ha inscrito en la naturaleza de cada uno y cada una de nosotros, en la personalidad de todo ser humano y en todo lo que existe en el mundo. (ibid.)

[1459] Quien cree y ama se convierte de este modo en constructor de la verdadera "civilización del amor", en la que Cristo es el centro. (HOMILÍA DE BENEDICTO XVI EN LA MISA CON LOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL. Viernes 6 de octubre de 2006).

[1460] En este contexto me vienen a la mente unas hermosas palabras de la primera carta de san Pedro, en el primer capítulo, versículo 22. En latín dice así: "*Castificantes animas nostras in oboedientia veritatis*". La obediencia a la verdad debería hacer casta ("*castificare*") nuestra alma, guiándonos así a la palabra correcta, a la acción correcta. (ibid.)

[1461] La "castidad" a la que alude el apóstol san Pedro significa no someterse a esas condiciones, no buscar los aplausos, sino la obediencia a la verdad. (ibid.)

[1462] Creo que esta es la virtud fundamental del teólogo: esta disciplina, incluso dura, de la obediencia a la verdad, que nos hace colaboradores de la verdad, boca de la verdad, para que en medio

de este río de palabras de hoy no hablemos nosotros, sino que en realidad, purificados y hechos castos por la obediencia a la verdad, la verdad hable en nosotros. Y así podemos ser verdaderamente portadores de la verdad. (ibid.)

1463. Las verdades sobrenaturales y divinas no llegan con bastante fuerza e interés a nuestro entendimiento, no las vemos con claridad y no influyen en nuestra mente, no tienen poder o atractivo para ocupar, con abstracción de otras cosas, las facultades de nuestra alma; lo cual, tal vez, es debido a que la luz del *don divino* no actúa prácticamente y la fe no es suficientemente viva y activa, por lo que las verdades sobrenaturales permanecen en el fondo de nuestra alma como en una habitación a media luz.

1464. El don del Espíritu Santo se comunica con maravillosa profusión en estos tiempos de tanta oscuridad y confusión en que vivimos.

1465. Para beber de esta fuente –gracia y divina caridad- debemos aplicar los labios; para vivir de esta savia divina es preciso estar unido a Jesús como la rama al tronco. De donde resulta que la unión con Jesús es la que entre nosotros inicia y perfecciona la plenitud de la vida divina.

1466. Vivir en todo y por todo *de* Jesús, *en* Jesús, y *por* Jesús, *para* Jesús y *como* Jesús. *De* Jesús, porque Él es la fuente de vida. *En* Jesús, estrechamente unidos a Él como miembros de un mismo cuerpo, como ramas de un mismo árbol, sarmientos de una misma cepa. *Por* Jesús, único ideal, única dirección, por sólo su amor. *Para* Jesús, para su gloria y amor. *Como* Jesús, pues Él es nuestro ejemplar y modelo.

1467. Vivir de Jesús, vivir de su vida divina, por la gracia y la gloria en el Espíritu Santo, he ahí la vida sobrenatural.

1468. Es preciso poseer en alto grado el don del Espíritu Santo para conocer las astucias y sofismas del terrible enemigo, para no dejarnos engañar y seducir por sus ocultas y disfrazadas marrullerías.

1469. El que un buen cristiano que huye de las falsas alegrías pueda tener consuelos, es un misterio para los mundanos. Mas Dios cumple su palabra, enviándonos el Consolador, el cual sabe trocar en gozo las lágrimas, y las tristezas en dulce alegría.

1470. Señal inconfundible para conocer la acción del Espíritu Santo es su moción a la vida de austeridad y mortificación. La vida muelle, cómoda y de regalo, la vida de placeres y de libertad de los sentidos, no la ha inspirado jamás el Espíritu Santo.

1471. Nuestra suprema aspiración debe ser la más perfecta unión con Jesús y la participación fecunda de su vida y su amor con la gracia del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, la formación de la más acabada imagen suya en el alma.

1472. El don de Dios es la vida interior, que no se siente si no se vive, y no se vive si uno no se recoge. El don de Dios es la gracia divina que vivifica el alma. El don de Dios es la infusión del divino Espíritu. El don de Dios es el fuego interior que, como un sol resplandeciente, cae sobre el entendimiento, al que ilustra y capacita para ver y comprender las cosas divinas.

1473. Todo hombre que quiera acompañar a Jesús en la soledad de Getsemaní, en los abandonos del Sagrario, en las calles de amargura del deber, del oficio, de la carrera, es preciso que sea hombre de oración. La oración nos mantiene unidos a Jesús.

1474. No mires, Señor, lo que yo en justicia merezco, sino lo que quiere tu Corazón. Deja querer a tu Corazón, y lo hará. Quiere lo que necesito; si Tú quieres, se hará, porque tu poder está al servicio de tu querer, de tu amor; quíérello, Señor, y tu poder hará lo que tu amor quiera.

1475. El amor nos une a Dios, el amor nos hace uno con Dios, el amor nos transforma, el amor nos identifica, el amor llega a deificarnos.

1476. El amor es el verdadero vínculo de unión entre las almas, el amor nos une con Dios y el amor nos une también entre nosotros mismos. Los que verdaderamente se aman, verdaderamente se unen. Nada hay más fuerte y que tan fuertemente una como un sincero y fiel amor.

1477. Lo que al tibio le es imposible, le es fácil y agradable al fervoroso que ama.

1478. El remedio de tantos males y la salvación del mundo entero está sólo en Dios. Dios salvará al mundo si los amigos de Dios lo somos de veras.

1479. El contacto asiduo de la persona con Dios en la fe por medio de la oración y la vida de oración ayuda poderosamente a la transformación sobrenatural de nuestra alma.

1480. La persona unida a Dios, la persona cerca del sagrario, unida fuertemente a Jesús por la caridad, se atreve y puede contra todos los enemigos; pero si se aleja de Él, de su intimidad, de la oración, comunión..., dando lugar a la flojedad, a la tibieza..., caerá en la primera tentación.

1481. Orad como sepáis orar, y con el saber y con el sabor que el Espíritu Santo os comunicará siempre que os recojáis con humildad y sencillez.

1482. *Consigna:* Intensa espiritualidad. Orad, pero al modo que el Espíritu Santo sople y guíe a cada cual. Amplitud y libertad.

1483. Que esté nuestro pensamiento en Dios, nuestros afectos en Jesús. Tengamos vivo el recuerdo de sus misericordias y de sus amores. Actuémonos en su presencia; caminemos en su dulce compañía; renovemos su recuerdo, su intimidad, su vida en nuestra alma.

1484. En el trajín de nuestra vida seglar, las ocupaciones nos absorben muchas horas del día, y entonces es necesario interrumpir alguna que otra vez por completo esas ocupaciones para dedicarnos exclusivamente al ejercicio de actos sobrenaturales.

1485. No siempre está preparado nuestro ánimo y nuestro espíritu para orar tranquilamente. Las circunstancias de nuestra vida cambian muy a menudo y con ellas nuestras disposiciones. La desgracia, la enfermedad, el fracaso..., crean en nuestro ánimo verdaderas tempestades de desconfianzas, de fastidios, que dificultan y estorban el ejercicio de la vida interior, de recogimiento y oración.

6) Cristo nuestra fe y nuestra esperanza

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1486] San Pablo no tiene miedo a la muerte; al contrario: de hecho, la muerte indica el completo estar con Cristo. Pero San Pablo participa también de los sentimientos de Cristo, el cual no vivió para sí mismo, sino para nosotros. (BENEDICTO XVI *AUDIENCIA GENERAL Miércoles 12 de noviembre de 2008*).

[1487] Vivir para los demás se convierte en el programa de su vida y por ello muestra su perfecta disponibilidad a la voluntad de Dios, a lo que Dios decida. Sobre todo, está disponible, también en el futuro, a vivir en esta tierra para los demás, a vivir para Cristo, a vivir para su presencia viva y así para la renovación del mundo. (ibid.)

[1488] Vemos que este estar con Cristo crea a San Pablo una gran libertad interior: libertad ante la amenaza de la muerte, pero también libertad ante todas las tareas y los sufrimientos de la vida. Está sencillamente disponible para Dios y es realmente libre. (ibid.)

[1489] Y ahora, después de haber examinado los diversos aspectos de la espera de la parusía de Cristo, pasamos a preguntarnos: ¿Cuáles son las actitudes fundamentales del cristiano ante las realidades últimas: la muerte, el fin del mundo? (ibid.)

[1490] La primera actitud es la certeza de que Jesús ha resucitado, está con el Padre y, por eso, está con nosotros para siempre. Y nadie es más fuerte que Cristo, porque está con el Padre, está con nosotros. Por eso estamos seguros y no tenemos miedo. Este era un efecto esencial de la predicación cristiana. (ibid.)

[1491] El miedo a los espíritus, a los dioses, era muy común en todo el mundo antiguo. También hoy los misioneros, junto con tantos elementos buenos de las religiones naturales, se encuentran con el miedo a los espíritus, a los poderes nefastos que nos amenazan. Cristo vive, ha vencido a la muerte y ha vencido a todos estos poderes. Con esta certeza, con esta libertad, con esta alegría vivimos. Este es el primer aspecto de nuestro vivir con respecto al futuro. (ibid.)

[1492]... En segundo lugar, la certeza de que Cristo está conmigo, de que en Cristo el mundo futuro ya ha comenzado, también da certeza de la esperanza. El futuro no es una oscuridad en la que nadie se orienta. No es así. (ibid.)

[1493] Sin Cristo, también hoy el futuro es oscuro para el mundo, hay mucho miedo al futuro. El cristiano sabe que la luz de Cristo es más fuerte y por eso vive en una esperanza que no es vaga, en una esperanza que da certeza y valor para afrontar el futuro. (ibid.)

[1494] Por último, la tercera actitud. El Juez que vuelve —es Juez y Salvador a la vez— nos ha confiado la tarea de vivir en este mundo según su modo de vivir. Nos ha entregado sus talentos. Por eso nuestra tercera actitud es: responsabilidad con respecto al mundo, a los hermanos, ante Cristo y, al mismo tiempo, también certeza de su misericordia. (ibid.)

[1495] Ambas cosas son importantes. No vivimos como si el bien y el mal fueran iguales, porque Dios sólo puede ser misericordioso. Esto sería un engaño. En realidad, vivimos en una gran responsabilidad. Tenemos los talentos, tenemos que trabajar para que este mundo se abra a Cristo, para que se renueve. (ibid.)

[1496] Pero incluso trabajando y sabiendo en nuestra responsabilidad que Dios es verdadero juez, también estamos seguros de que este juez es bueno, conocemos su rostro, el rostro de Cristo resucitado, de Cristo crucificado por nosotros. Por eso podemos estar seguros de su bondad y seguir adelante con gran valor. (ibid.)

[1497] Un dato ulterior de la enseñanza paulina sobre la escatología es el de la universalidad de la llamada a la fe, que reúne a los judíos y a los gentiles, es decir, a los paganos, como signo y anticipación de la realidad futura, por lo que podemos decir que ya estamos sentados en el cielo con Jesucristo, pero para mostrar en los siglos futuros la riqueza de la gracia (cf. *Ef 2, 6 s*): el después se convierte en un antes para hacer evidente el estado de realización incipiente en que vivimos. (ibid.)

[1498] Esto hace tolerables los sufrimientos del momento presente, que no son comparables a la gloria futura (cf. *Rm 8, 18*). Se camina en la fe y no en la visión, y aunque sería preferible salir del destierro del cuerpo y estar con el Señor, lo que cuenta en definitiva, habitando en el cuerpo o saliendo de él, es ser agradables a Dios (cf. *2 Co 5, 7-9*). (ibid.)

[1499] Finalmente, un último punto que quizás parezca un poco difícil para nosotros. En la conclusión de su primera carta a los Corintios, San Pablo repite y pone también en labios de los Corintios una oración surgida en las primeras comunidades cristianas del área de Palestina: Maranà, thà! que literalmente significa "Señor nuestro, ¡ven!" (*1 Co 16, 22*). (ibid.)

[1500] Era la oración de la primera comunidad cristiana; y también el último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, se concluye con esta oración: "¡Ven, Señor!". (ibid.)

[1501] ¿Podemos rezar así también nosotros? Me parece que para nosotros hoy, en nuestra vida, en nuestro mundo, es difícil rezar sinceramente para que acabe este mundo, para que venga la nueva Jerusalén, para que venga el juicio último y el Juez, Cristo. (ibid.)

[1502] Creo que aunque, por muchos motivos, no nos atrevamos a rezar sinceramente así, sin embargo de una forma justa y correcta podemos decir también con los primeros cristianos: "¡Ven, Señor Jesús!". (ibid.)

[1503] Ciertamente, no queremos que venga ahora el fin del mundo. Pero, por otra parte, queremos que acabe este mundo injusto. También nosotros queremos que el mundo cambie profundamente, que comience la civilización del amor, que llegue un mundo de justicia y de paz, sin violencia, sin hambre. (ibid.)

[1504] Queremos todo esto. Pero ¿cómo podría suceder esto sin la presencia de Cristo? Sin la presencia de Cristo nunca llegará un mundo realmente justo y renovado. Y, aunque sea de otra manera, totalmente y en profundidad, podemos y debemos decir también nosotros, con gran urgencia y en las circunstancias de nuestro tiempo: ¡Ven, Señor! Ven a tu modo, del modo que tú sabes. Ven donde hay injusticia y violencia. (ibid.)

[1505] Ven a los campos de refugiados, (...) en tantos lugares del mundo. Ven donde domina la droga. Ven también entre los ricos que te han olvidado, que viven sólo para sí mismos. Ven donde eres desconocido. Ven a tu modo y renueva el mundo de hoy. (ibid.)

[1506] Ven también a nuestro corazón, ven y renueva nuestra vida. Ven a nuestro corazón para que nosotros mismos podamos ser luz de Dios, presencia tuya. En este sentido oramos con San Pablo: Maranà, thà! "¡Ven, Señor Jesús!", y oramos para que Cristo esté realmente presente hoy en nuestro mundo y lo renueve. (ibid.)

1507. El «reino de Dios» exige, necesariamente, una verdadera y sincera conversión. A esta conversión radical debe seguir la vida de fe, el reconocimiento de la doctrina que predica el Mesías, la fe en el Evangelio.

1508. Verlo todo con fe –el misterio de Dios-Hombre–, sentirlo palpitante, vivo, de hoy, no de ayer ni de siglos pasados; de hoy, a mi lado, conmigo.

1509. Creed y avivad continuamente la fe de que sois portadioses, de que estáis unidos a Jesús y Jesús a vosotros, de que Jesús vive en vosotros lo mismo cuando estáis en la Iglesia como cuando estáis en el trabajo, en la calle o en vuestra casa.

1510. *Consigna:* Jesús conocido a través del Evangelio, a través del dogma, en la ascética y en la mística, en la oración y en el estudio...; todo hace falta.

1511. La fe en Cristo, he ahí el principio de todo apostolado: gran fe, viva fe, intensa fe.

1512. Jesús invita a su pueblo a seguirle, le invita a oír y conocer su doctrina y, aún mejor, le invita a traducirla prácticamente en obras.

1513. El Evangelio fue escrito *para que creyendo en Jesús tengamos vida en su nombre.*

1514. Nuestra fe está bien cimentada. Para todos aquellos que, con un poco de interés, quieren repasar sus fundamentos, la fe deja de ser misterio. Para lo que quieren ir al cielo caminando sobre prodigios tangibles, es como si quisieran andar a la luz del mediodía con una antorcha encendida.

1515. Cree firmemente, vive de la fe, vive del Evangelio, vive de Jesús. No hay otro nombre, no hay otro Salvador.

1516. ¿Dónde estaba el secreto de las curaciones de Jesús? No tan sólo en su poder, sino también en el deseo, en la insistente petición de los así curados y en la fe que tenían en el divino poder de Jesús.

1517. La fe en el divino Nazareno los llevaba a Él; la fe los hacía gritar: *Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.* Es decir, *querían curarse y creían que Jesús podía curarlos.*

1518. Señor, auméntame la fe; despégame el corazón de las cosas terrenas; haz que te busque a Ti, por Ti, por lo que eres, por lo que quieres, por lo que amas.

1519. Jesús conocido y amado, en cuanto es posible en este mundo conocer y amar: he ahí el gran contrapeso que nos ha de sostener en el vaivén de los rudos combates en medio de este mar de tentación.

1520. Hay que conocer a Jesús en ambos aspectos, evangélico y catequístico, en relación con los hombres y en sí mismo. Ambos tienden a un mismo fin, que es: conocerle mejor, amarle y unirse íntimamente con Él para *vivirle* y para *darle*.

1521. La luz de Jesús y de sus apóstoles ha llegado hasta ti. Cuando tú abriste los ojos a la luz natural del sol, brilló también en tu alma la claridad de la luz evangélica.

1522. Vive de la fe y confianza absoluta en el Señor. Con Él todo lo puedes.

1523. ¿Crees en Jesús, en su caridad, en su poder, en su amor? Entonces, ¿por qué desconfías?

1524. Confía, por muchas miserias que hayas tenido en el curso largo o corto de tu vida, porque infinitamente mayor es la misericordia de Jesús.

1525. Leed el Evangelio de cara a Jesús, poseyendo a Jesús, viviendo a Jesús vivo, amando a Jesús.

1526. Desmenuzad el Evangelio, distribuidlo ampliamente; y, deteniéndoos a cada paso, caminad despacio, recogidos, como las piadosas Marías, pisando las huellas del Salvador, sin perder punto, ni escena, ni palabra, ni detalle.

C) LA VIDA

CON ÉL, POR ÉL, EN ÉL

I. PARA PEREMNIZAR SU OBRA FUNDÓ LA IGLESIA

1) Sacramentos, Jerarquía, Liturgia

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1527] El Concilio Vaticano II recordó que «los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. (*Sacramentum caritatis* = SCa 16 *Eucaristía y sacramentos. Sacramentalidad de la Iglesia*).

[1528] La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo que, por su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da vida a los hombres... (ibid.)

[1529] Así, los hombres son invitados y llevados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas junto con Cristo». (ibid.)

[1530] Esta relación íntima de la Eucaristía con los otros sacramentos y con la existencia cristiana se comprende en su raíz cuando se contempla el misterio de la Iglesia como sacramento. (ibid.)

[1531] A este propósito, el Concilio Vaticano II afirma que «La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». (ibid.)

[1532] Ella, como dice san Cipriano, en cuanto «pueblo convocado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» es sacramento de la comunión trinitaria. (SCa. 16a)

[1533] El hecho de que la Iglesia sea «sacramento universal de salvación» muestra cómo la economía sacramental determina en último término el modo cómo Cristo, único Salvador, mediante el Espíritu llega a nuestra existencia en sus circunstancias específicas. (ibid.)

[1534] La Iglesia se recibe y al mismo tiempo se expresa en los siete sacramentos, mediante los cuales la gracia de Dios influye concretamente en los fieles para que toda su vida, redimida por Cristo, se convierta en culto agradable a Dios. (ibid.)

[1535] En esta perspectiva, deseo subrayar aquí algunos elementos, señalados por los Padres sinodales, que pueden ayudar a comprender la relación de todos los sacramentos con el misterio eucarístico. (SCa 16b)

[1536] Puesto que la Eucaristía es verdaderamente fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, el camino de iniciación cristiana tiene como punto de referencia la posibilidad de acceder a este sacramento. (ibid.)

[1537] A este respecto, como han dicho los Padres sinodales, hemos de preguntarnos si en nuestras comunidades cristianas se percibe de manera suficiente el estrecho vínculo que hay entre el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. (ibid.)

[1538] En efecto, nunca debemos olvidar que somos bautizados y confirmados en orden a la Eucaristía. Esto requiere el esfuerzo de favorecer en la acción pastoral una comprensión más unitaria del proceso de iniciación cristiana. (ibid.)

[1539] El sacramento del Bautismo, mediante el cual nos configuramos con Cristo, nos incorporamos a la Iglesia y nos convertimos en hijos de Dios, es la puerta para todos los sacramentos. Con él se nos integra en el único Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12,13), pueblo sacerdotal. (ibid.)

[1540] Sin embargo, la participación en el Sacrificio eucarístico perfecciona en nosotros lo que nos ha sido dado en el Bautismo. Los dones del Espíritu se dan también para la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12) y para un mayor testimonio evangélico en el mundo. (ibid.)

[1541] Así pues, la santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el centro y el fin de toda la vida sacramental. (SCa 17.I. *Eucaristía e iniciación cristiana Eucaristía, plenitud de la iniciación cristiana*)

[1542] Se ha de tener siempre presente que toda la iniciación cristiana es un camino de conversión, que se debe recorrer con la ayuda de Dios y en constante referencia a la comunidad eclesial, ya sea cuando es el adulto mismo quien solicita entrar en la Iglesia, como ocurre en los lugares de primera evangelización y en muchas zonas secularizadas, o bien cuando son los padres los que piden los Sacramentos para sus hijos. (ibid.)

[1543] A este respecto, deseo llamar la atención de modo especial sobre la relación que hay entre iniciación cristiana y familia. En la acción pastoral se tiene que asociar siempre la familia cristiana al itinerario de iniciación. (ibid.)

[1544] Recibir el Bautismo, la Confirmación y acercarse por primera vez a la Eucaristía, son momentos decisivos no sólo para la persona que los recibe sino también para toda la familia, la cual ha de ser ayudada en su tarea educativa por la comunidad eclesial, con la participación de sus diversos miembros.[53] (ibid.)

[1545] Quisiera subrayar aquí la importancia de la primera Comunión. Para muchos fieles este día queda grabado en la memoria, con razón, como el primer momento en que, aunque de modo todavía inicial, se percibe la importancia del encuentro personal con Jesús. La pastoral parroquial debe valorar adecuadamente esta ocasión tan significativa. (SCa 19 *Iniciación, comunidad eclesial y familia*)

[1546] Los Padres sinodales han afirmado que el amor a la Eucaristía lleva también a apreciar cada vez más el sacramento de la Reconciliación. Debido a la relación entre estos sacramentos, una auténtica catequesis sobre el sentido de la Eucaristía no puede separarse de la propuesta de un camino penitencial (cf. 1 Co 11,27-29). (SCa 20a II. *Eucaristía y sacramento de la Reconciliación Su relación intrínseca*)

[1547] Efectivamente, como se constata en la actualidad, los fieles se encuentran inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la Comunión sacramental. (ibid.)

[1548] En realidad, perder la conciencia de pecado comporta siempre también una cierta superficialidad en la forma de comprender el amor mismo de Dios. (ibid.)

[1549] Ayuda mucho a los fieles recordar aquellos elementos que, dentro del rito de la santa Misa, expresan la conciencia del propio pecado y al mismo tiempo la misericordia de Dios. (ibid.)

[1550] Además, la relación entre la Eucaristía y la Reconciliación nos recuerda que el pecado nunca es algo exclusivamente individual; siempre comporta también una herida para la comunión eclesial, en la que estamos insertados por el Bautismo. (ibid.)

[1551] Por esto la Reconciliación, como dijeron los Padres de la Iglesia, es *laboriosus quidam baptismus*, subrayando de esta manera que el resultado del camino de conversión supone el restablecimiento de la plena comunión eclesial, expresada al acercarse de nuevo a la Eucaristía. (SCa 20b)

[1552] El Sínodo ha recordado que es cometido pastoral del Obispo promover en su propia diócesis una firme recuperación de la pedagogía de la conversión que nace de la Eucaristía, y fomentar entre los fieles la confesión frecuente. (ibid.)

[1553] Todos los sacerdotes deben dedicarse con generosidad, empeño y competencia a la administración del sacramento de la Reconciliación. A este propósito, se debe procurar que los confesionarios de nuestras iglesias estén bien visibles y sean expresión del significado de este Sacramento. (ibid.)

[1554] Pido a los Pastores que vigilen atentamente sobre la celebración del sacramento de la Reconciliación, limitando la praxis de la absolución general exclusivamente a los casos previstos, siendo la celebración personal la única forma ordinaria. (SCa 21a *Algunas observaciones pastorales*)

[1555] Jesús no solamente envió a sus discípulos a curar a los enfermos (cf. Mt 10,8; Lc 9,2; 10,9), sino que instituyó también para ellos un sacramento específico: la Unción de los enfermos.[66] La Carta de Santiago atestigua ya la existencia de este gesto sacramental en la primera comunidad cristiana (cf. St 5,14-16). (ibid.)

[1556] Si la Eucaristía muestra cómo los sufrimientos y la muerte de Cristo se han transformado en amor, la Unción de los enfermos, por su parte, asocia al que sufre al ofrecimiento que Cristo ha hecho de sí para la salvación de todos, de tal manera que él también pueda, en el misterio de la comunión de los santos, participar en la redención del mundo. (ibid.)

[1557] La relación entre estos sacramentos se manifiesta, además, en el momento en que se agrava la enfermedad: «A los que van a dejar esta vida, la Iglesia ofrece, además de la Unción de los enfermos, la Eucaristía como viático». (SCa 22.a III. *Eucaristía y Unción de los enfermos*)

[1558] En el momento de pasar al Padre, la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo se manifiesta como semilla de vida eterna y potencia de resurrección: « El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día » (Jn 6,54). (ibid.)

[1559] Puesto que el santo Viático abre al enfermo la plenitud del misterio pascual, es necesario asegurarle su recepción.[68] La atención y el cuidado pastoral de los enfermos redunda sin duda en beneficio espiritual de toda la comunidad, sabiendo que lo que hayamos hecho al más pequeño se lo hemos hecho a Jesús mismo (cf. Mt 25,40). (SCa 22b)

[1560] La relación intrínseca entre Eucaristía y sacramento del Orden se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: «haced esto en conmemoración mía» (Lc 22,19). En efecto, la víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo el sacerdocio de la nueva Alianza. (SCa 23 IV. *Eucaristía y sacramento del Orden In persona Christi capitis*)

[1561] Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cf. *Hb* 5,5-10), víctima de expiación (cf. 1 *Jn* 2,2; 4,10) que se ofrece a sí mismo en el altar de la cruz. (ibid.)

[1562] Nadie puede decir « esto es mi cuerpo » y « éste es el cáliz de mi sangre » si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza (cf. *Hb* 8-9). (ibid.)

[1563] La Eucaristía, sacramento de la caridad, muestra una relación particular con el amor entre el hombre y la mujer unidos en matrimonio. Profundizar en esta relación es una necesidad propia de nuestro tiempo. [83] (SCa 27a V. *Eucaristía y Matrimonio Eucaristía, sacramento esponsal*).

[1564] El Papa Juan Pablo II afirmó en numerosas ocasiones el carácter esponsal de la Eucaristía y su relación peculiar con el sacramento del Matrimonio: «La Eucaristía es el sacramento de nuestra redención. Es el sacramento del Esposo, de la Esposa». (ibid.)

[1565] Por otra parte, «toda la vida cristiana está marcada por el amor esponsal de Cristo y de la Iglesia. Ya el Bautismo, que introduce en el Pueblo de Dios, es un misterio nupcial. Es, por así decirlo, como el baño de bodas que precede al banquete de bodas, la Eucaristía». (ibid.)

[1566] La Eucaristía corrobora de manera inagotable la unidad y el amor indisolubles de cada Matrimonio cristiano. En él, por medio del sacramento, el vínculo conyugal se encuentra intrínsecamente ligado a la unidad eucarística entre Cristo esposo y la Iglesia esposa (cf. *Ef* 5,31-32). (ibid.)

[1567] La liturgia es catequesis viva. Se puede ver el Sacrificio de Cristo aquí y que Dios Uno y Trino está en contacto con nosotros y nosotros con Él. La Liturgia es muy importante. De ese modo, también debe profundizarse la oración en la Iglesia. Creo que la manera de aprender a Dios es la oración. Y tener una escuela de oración es esencial. (ibid.)

[1568] Con una relación concreta de oración, aprendemos sobre Dios y aprendemos a la Iglesia. Por eso es importante tener libros de oración que presenten la profundidad de nuestra fe. Por esa misma razón la caridad cristiana es importante para concretar nuestra fe; dado que la fe no es sólo una idea, una teoría, sino una realidad existente. (*Entrevista concedida por el Cardenal Joseph Ratzinger al Canal Católico EWTN 5 de septiembre 2003 Traducción: ACI Prensa*)

1569. Si de los sacramentos el más necesario es el bautismo, pues sin él no pueden recibirse ningún otro, de todos ellos, el que más veces se hace indispensable es, indiscutiblemente, la confesión. El bautismo no se repite; la confesión, en cambio, es convenientísimo repetirla con la máxima frecuencia.

1570. El sagrario y el confesonario son dos misteriosas moradas de Cristo; allí, real y personalmente; aquí, en la persona de su «alter ego», el sacerdote. En ambos se desborda el divino Corazón; allí en torrentes de amor, aquí en torrentes de misericordia, y allí y aquí, de gracia, salud, vida, luz, calor, fuerza.

1571. *Consigna:* Que todos vayamos, obremos, pensemos, opinemos y sintamos con la Iglesia; que seamos hijos de la Iglesia, obedientes a la voz de la jerarquía.

1572. Hoy Jesús, aunque oculto a las miradas de los hombres, sigue iluminando al mundo espiritual por medio de la Iglesia. Pedro y sus discípulos, el Pontificado desde la Cátedra de Roma, sigue alumbrando y guiando a la humanidad.

1573. Cristo invisible está aquí presente entre nosotros en la persona de su Pontífice visible.

1574. Dios, con maravillosa providencia, ha puesto en el monte santo de la Iglesia un faro tan luminoso y potente que, superando todas las tinieblas, llegue con la misma claridad hasta los últimos confines de la tierra.

1575. El Papa pide sin egoísmos y sin miras personales, mirando sólo el bien de la Iglesia, y los intereses de Jesucristo, el bien de toda la humanidad. Pidamos lo que pide el Papa; unamos nuestra oración con la del Padre Santo; sus intenciones sean nuestras intenciones, y así nuestra oración no irá desviada.

1576. Seguid al Papa y vivid de su doctrina inmaculada. Rogad siempre y con fervor por el Papa. Amad con veneración al Papa.

1577. Dios quiso escoger sus representantes entre los hombres. Su reino, que iba a constar de hombres y desarrollarse en el seno de la humanidad, debía también apoyarse sobre hombres.

1578. Es requisito indispensable para curarse por medio de la confesión, la fe en Jesús, la fe en la eficacia del sacramento, la fe en la vida de la gracia, la fe en la gravedad y *mal único* del hombre, que es el pecado, la fe en la necesidad de este sacramento.

1579. La Iglesia, a través de su admirable liturgia, nos exhorta y ayuda con acentos y suspiros divinamente inspirados a una continua compunción del corazón y a la plegaria ferviente *in remissionem peccatorum*.

1580. Los intereses de Dios son nuestros primeros intereses. Al ponernos en colloquio con Dios, primero debemos acordarnos de Él que de nosotros mismos.

1581. Rezad no sólo para pedir una gracia o un favor, sino también para alabar y glorificar a Dios, a la Virgen y a los santos.

1582. Rezad con preferencia las oraciones litúrgicas puestas por la Iglesia; rezad de vuestro misal, rezad los salmos, rezad el santo rosario, y poco más.

1583. Jamás tengáis el afán de rezar mucho y de prisa; no os deis prisa por rezar así más cosas.

1584. Rezad meditando las palabras o conceptos de aquello que rezáis. El *padrenuestro*, el *avemaría*.

1585. Rezad el rosario bien, diciéndolo bien, recitándolo claro y limpio. Rezadlo pensando en lo que rezáis, considerando, meditando su contenido y sus misterios. Rezadlo con el corazón, con sentimiento, con amor. Rezadlo mirando a la Virgen, recordándola sin cesar, amándola. Rezadlo como rezó el ángel San Gabriel, como lo rezaron la misma Virgen y su discípula Bernardita en Lourdes, como rezó y enseñó a rezar Santo Domingo, como rezaron los santos.

1586. Ora con humildad, con confianza, con perseverancia y con absoluta conformidad y abandono, y el fruto de tu oración será infalible.

1587. Oremos no sólo *pidiendo*, sino *dando*; dando las gracias por todo lo que hemos recibido y ha recibido el **mundo**. Oremos con acción de gracias, recordando las misericordias que Dios ha tenido con nosotros en el decurso de nuestros días.

1588. La oración es cosa fácil y muy sencilla, como es para un mendigo el pedir limosna.

1589. La oración es sencillísima. Somos nosotros los que la complicamos con nuestros discursos e imaginaciones.

2) La vida teologal

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1590] Santa Isabel Ana Seton, Santa Francisca Javier Cabrina, San Juan Neumann, la beata Kateri Tekakwitha, el venerable Pierre Toussaint y el Padre Félix Varela: cada uno de nosotros podría estar entre ellos, pues en este grupo no hay un estereotipo, ningún modelo uniforme. Pero mirando más de cerca se aprecian ciertos rasgos comunes. Inflamados por el amor de Jesús, sus vidas se convirtieron en extraordinarios itinerarios de esperanza. (*Discurso a los jóvenes de EEUU en el Seminario St. Joseph de NY* Sábado 19 de abril de 2008)

[1591] Para algunos, esto supuso dejar la Patria y embarcarse en una peregrinación de miles de kilómetros. Para todos, un acto de abandono en Dios con la confianza de que él es la meta final de todo peregrino. Y cada uno de ellos ofrecían su “mano tendida” de esperanza a cuantos encontraban en el camino, suscitando en ellos muchas veces una vida de fe. (ibid.)

[1592] Atendieron a los pobres, a los enfermos y a los marginados en hospicios, escuelas y hospitales, y, mediante el testimonio convincente que proviene del caminar humildemente tras las huellas de Jesús, estas seis personas abrieron el camino de la fe, la esperanza y la caridad a muchas otras, incluyendo tal vez a sus propios antepasados. (ibid.)

[1593] Y ¿qué ocurre hoy? ¿Quién da testimonio de la Buena Noticia de Jesús en las calles de Nueva York, en los suburbios agitados en la periferia de las grandes ciudades, en las zonas donde se reúnen los jóvenes buscando a alguien en quien confiar? (ibid.)

[1594] Dios es nuestro origen y nuestra meta, y Jesús es el camino. El recorrido de este viaje pasa, como el de nuestros santos, por los gozos y las pruebas de la vida ordinaria: en vuestras familias, en la escuela o el colegio, durante vuestras actividades recreativas y en vuestras comunidades parroquiales. (ibid.)

[1595] Todos estos lugares están marcados por la cultura en la que estáis creciendo. Como jóvenes americanos se les ofrecen muchas posibilidades para el desarrollo personal y están siendo educados con un sentido de generosidad, servicio y rectitud. (ibid.)

[1596] Pero no necesitan que les diga que también hay dificultades: comportamientos y modos de pensar que asfixian la esperanza, sendas que parecen conducir a la felicidad y a la satisfacción, pero que sólo acaban en confusión y angustia. (ibid.)

[1597] Demos gracias a Dios, porque hoy muchos de su generación pueden gozar de las libertades que surgieron gracias a la expansión de la democracia y del respeto de los derechos humanos. (ibid.)

[1598] Demos gracias a Dios por todos los que lucharon para asegurar que puedan crecer en un ambiente que cultiva lo bello, bueno y verdadero: sus padres y abuelos, sus profesores y sacerdotes, las autoridades civiles que buscan lo que es recto y justo. (ibid.)

[1599] Sin embargo, el poder destructivo permanece. Decir lo contrario sería engañarse a sí mismos. Pero éste jamás triunfará; ha sido derrotado. Ésta es la esencia de la esperanza que nos distingue como cristianos; la Iglesia lo recuerda de modo muy dramático en el Triduo Pascual y lo celebra con gran gozo en el Tiempo pascual. (ibid.)

[1600] El que nos indica la vía tras la muerte es Aquel que nos muestra cómo superar la destrucción y la angustia; Jesús es, pues, el verdadero maestro de vida (cf. *Spe salvi*, 6). (ibid.)

[1601] Su muerte y resurrección significa que podemos decir al Padre celestial: “Tú has renovado el mundo” (Viernes Santo, Oración después de la comunión). (ibid.)

[1602] De este modo, hace pocas semanas, en la bellísima liturgia de la Vigilia pascual, no por desesperación o angustia, sino con una confianza colmada de esperanza, clamamos a Dios por nuestro mundo: “Disipa las tinieblas del corazón. Disipa las tinieblas del espíritu” (cf. Oración al encender el cirio pascual). (ibid.)

[1603] ¿Qué pueden ser estas tinieblas? ¿Qué sucede cuando las personas, sobre todo las más vulnerables, encuentran el puño cerrado de la represión o de la manipulación en vez de la mano tendida de la esperanza? (ibid.)

[1604] El primer grupo de ejemplos pertenece al corazón. Aquí, los sueños y los deseos que los jóvenes persiguen se pueden romper y destruir muy fácilmente. Pienso en los afectados por el abuso de la droga y los estupefacientes, por la falta de casa o la pobreza, por el racismo, la violencia o la degradación, en particular muchachas y mujeres. (ibid.)

[1605] Aunque las causas de estas situaciones problemáticas son complejas, todas tienen en común una actitud mental envenenada que se manifiesta en tratar a las personas como meros objetos: una insensibilidad del corazón, que primero ignora y después se burla de la dignidad dada por Dios a toda persona humana. (ibid.)

[1606] Tragedias similares muestran también que lo podría haber sido y lo que puede ser ahora, si otras manos, vuestras manos, hubieran estado tendidas o se tendiesen hacia ellos. Les animo a invitar a otros, sobre todo a los débiles e inocentes, a unirse a ustedes en el camino de la bondad y de la esperanza. (ibid.)

[1607] El segundo grupo de tinieblas –las que afectan al espíritu– a menudo no se percibe, y por eso es particularmente nocivo. La manipulación de la verdad distorsiona nuestra percepción de la realidad y enturbia nuestra imaginación y nuestras aspiraciones. (ibid.)

[1608] Ya he mencionado las muchas libertades que afortunadamente pueden gozar ustedes. Hay que salvaguardar rigurosamente la importancia fundamental de la libertad. (ibid.)

[1609] No sorprende, pues, que muchas personas y grupos reivindiquen en voz alta y públicamente su libertad. Pero la libertad es un valor delicado. Puede ser malentendida y usada mal, de manera que no lleva a la felicidad que todos esperamos, sino hacia un escenario oscuro de manipulación, en el que nuestra comprensión de nosotros mismos y del mundo se hace confusa o se ve incluso distorsionada por quienes ocultan sus propias intenciones. (ibid.)

[1610] ¿Han notado ustedes que, con frecuencia, se reivindica la libertad sin hacer jamás referencia a la verdad de la persona humana? Hay quien afirma hoy que el respeto a la libertad del individuo hace que sea erróneo buscar la verdad, incluida la verdad sobre lo que es el bien. (ibid.)

[1611] En algunos ambientes, hablar de la verdad se considera como una fuente de discusiones o de divisiones y, por tanto, es mejor relegar este tema al ámbito privado. En lugar de la verdad –o mejor,

de su ausencia— se ha difundido la idea de que, dando un valor indiscriminado a todo, se asegura la libertad y se libera la conciencia. A esto llamamos relativismo. (ibid.)

[1612] Pero, ¿qué objeto tiene una “libertad” que, ignorando la verdad, persigue lo que es falso o injusto? ¿A cuántos jóvenes se les ha tendido una mano que, en nombre de la libertad o de una experiencia, los ha llevado al consumo habitual de estupefacientes, a la confusión moral o intelectual, a la violencia, a la pérdida del respeto por sí mismos, a la desesperación incluso y, de este modo, trágicamente, al suicidio? (ibid.)

[1613] Queridos amigos, la verdad no es una imposición. Tampoco es un mero conjunto de reglas. Es el descubrimiento de Alguien que jamás nos traiciona; de Alguien del que siempre podemos fiarnos. (ibid.)

[1614] Buscando la verdad llegamos a vivir basados en la fe porque, en definitiva, la verdad es una persona: Jesucristo. Ésta es la razón por la que la auténtica libertad no es optar por “desentenderse de”. Es decidir “comprometerse con”; nada menos que salir de sí mismos y ser incorporados en el “ser para los otros” de Cristo (cf. *Spe salvi*, 28). (ibid.)

[1615] Como creyentes, ¿cómo podemos ayudar a los otros a caminar por el camino de la libertad que lleva a la satisfacción plena y a la felicidad duradera? Volvamos una vez más a los santos. ¿De qué modo su testimonio ha liberado realmente a otros de las tinieblas del corazón y del espíritu? La respuesta se encuentra en la médula de su fe, de nuestra fe. (ibid.)

[1616] La encarnación, el nacimiento de Jesús nos muestra que Dios, de hecho, busca un sitio entre nosotros. A pesar de que la posada está llena, él entra por el establo, y hay personas que ven su luz. Se dan cuenta de lo que es el mundo oscuro y hermético de Herodes y siguen, en cambio, el brillo de la estrella que los guía en la noche. ¿Y qué irradia? (ibid.)

[1617] A este respecto pueden recordar la oración recitada en la noche santa de Pascua: “¡Oh Dios!, que por medio de tu Hijo, luz del mundo, nos has dado la luz de tu gloria, enciende en nosotros la llama viva de tu esperanza” (cf. Bendición del fuego). (ibid.)

[1618] De este modo, en la procesión solemne con las velas encendidas, nos pasamos de uno a otro la luz de Cristo. Es la luz que “ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos” (Exsultet). (ibid.)

[1619] Esta es la luz de Cristo en acción. Éste es el camino de los santos. Ésta es la visión magnífica de la esperanza. La luz de Cristo les invita a ser estrellas-guía para los otros, marchando por el camino de Cristo, que es camino de perdón, de reconciliación, de humildad, de gozo y de paz. (ibid.)

[1620] Sin embargo, a veces tenemos la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, de dudar de la fuerza del esplendor de Cristo, de limitar el horizonte de la esperanza. ¡Ánimo! Miren a nuestros santos. La diversidad de su experiencia de la presencia de Dios nos sugiere descubrir nuevamente la anchura y la profundidad del cristianismo. (ibid.)

[1621] Dejen que su fantasía se explaye libremente por el ilimitado horizonte del discipulado de Cristo. A veces nos consideran únicamente como personas que hablan sólo de prohibiciones. Nada más lejos de la verdad. (ibid.)

[1622] Un discipulado cristiano auténtico se caracteriza por el sentido de la admiración. Estamos ante un Dios que conocemos y al que amamos como a un amigo, ante la inmensidad de su creación y la belleza de nuestra fe cristiana. (ibid.)

1623. De nuestra parte, el primer paso hacia la santidad está en querer; pero en un querer eficaz.

1624. Nos viene la vida subiendo a la cruz y bebiendo el cáliz. ¿Quieres aspirar a la perfección? ¿Quieres ser fermento? ¿Quieres ser germen de vida exuberante? Para eso has de vivir *muriendo*.

1625. Si Jesús se entregó por mí porque me amó, ¿dónde está mi amor, pues no me entrego a Él?

1626. Las sublimidades del Evangelio deben ser contempladas con fe divina, sentidas a lo vivo, no sólo con la imaginación, sino más arriba, en la mente y en lo más profundo de la voluntad; estrujadas en el lagar del corazón, saboreadas, transformadas, vividas...

1627. Toda la ciencia del cristiano se puede con preferencia reducir al verdadero y sobrenatural conocimiento y amor de Jesús, para lo cual hay que meditar bien el Evangelio.

1628. No es lo mismo leer con emoción el Evangelio que *vivirlo* profundamente.

1629. Toma, y vive todo lo que contiene y abarca el Evangelio.

1630. Tu primer deber es la ley de Dios, la guarda de los mandamientos. Esa ley que salió del corazón de Cristo como salió la misma Iglesia, debemos llevarla en el nuestro, amándola como amamos a la Iglesia, como amamos a Cristo.

1631. La primera y la más sublime gracia de Dios es nuestra vocación a la fe desde las tinieblas de la gentilidad.

1632. Antes de abrir los ojos a la vida, el sol de la fe venía alumbrando nuestros horizontes y no hemos probado lo que es la noche del paganismo. Poco nos acordamos nosotros de agradecer este beneficio a Dios. Era preciso que el gran Apóstol nos recordase con sus cartas que *nuestra elección o vocación a la fe es de Dios*.

1633. Nosotros, que hemos heredado de nuestros padres cristianos la luz de la fe y la hemos vivido desde que supimos conocer la verdad, no sabemos lo que es la noche de la gentilidad, y ¡qué poco apreciamos este inmenso beneficio de Dios!

1634. En un alma pura, la fe es más viva y clara. En la claridad y viveza de la fe el alma barrunta y siente a Dios. El vicio, en cambio, oscurece y apaga su luz; el deshonesto acaba por perderla completamente.

1635. Si fuese viva nuestra fe, si fuese intensa, clara, luciente; si nuestra fe fuese como los ojos, y ella viese como ven éstos, ¡qué distinto se nos mostraría el panorama de la vida!

1636. Si fuese la fe el móvil principal de nuestras acciones y de nuestros hondos sentimientos, todo nos convidaría a elevarnos a Dios, sería un despertar alegre y fervoroso a la vida cristiana, a la espiritualidad; toda la creación, en la renovación de su vida anual, nos llevaría al Creador de ella.

1637. La fe no *vive* en las almas, la fe no vibra, no actúa con tan intensa fuerza en nuestras almas; y de ahí resulta que las primeras y más fuertes impresiones que experimenta nuestro corazón son puramente naturales, sensibles y materiales, y en ellas descansa, sin más horizonte, todo nuestro ser.

1638. La verdadera fe, la perfecta fe, suple a la visión. Lo que no vemos con los ojos lo vemos con la fe; si esta fe es como debe ser, con ella veremos lo que no vemos con los ojos y mejor que con ellos.

1639. Mira siempre lo invisible y divino con la vista sencilla de la fe; que ésta aumente en ti, que sea viva y penetrante y que por ella veas las maravillas que no caen bajo ningún sentido.

1640. Lo que Jesús quiere es fe. Jesús pide mucha fe; la fe sencilla, humilde, firme, robusta, sincera. *Si crees -dirá-, todo es posible al que cree.*

1641. Fe cuando oras, fe ante el sagrario, fe ante tu mismo corazón cuando Jesús está allí en la comunión y después de ella.

1642. Que la antorcha de la fe ilumine siempre tu alma. Cree, cree en Jesús, en su Evangelio, en la Iglesia y en su pastor infalible.

1643. Vivamos muy unidos con Dios y con María Santísima, en vida de fe, de amor, de oración, de sólida piedad.

1644. Fe, mucha fe en ese amor que te tiene Dios y que nunca te pedirá más de lo que tú puedes y de lo que tu santidad exige para su perfeccionamiento y coronación.

1645. El mundo cristiano cree, y, al decir que cree, sólo trata de significar que no es incrédulo. Apenas parece un acto positivo. Porque creer como se debe, creer pensando bien en lo que creemos, creer discurrendo, ponderando, asintiendo, actuando, descansando en lo que creemos; creer admirando, disfrutando, amando, viviendo lo que creemos; creer así, es creer positivamente, es vivir la fe. Esta fe es la que nos hace vivir de Dios y en Dios.

1646. Dejemos obrar a Dios, porque Dios obrará mucho más y mucho mejor que nosotros mismos. Desconfiemos de nosotros mismos y de nuestras cualidades, por excelentes que sean, y pongamos siempre el éxito en Dios.

1647. Fuera cobardías. No caigamos en el extremo de una excesiva debilidad y pusilanimidad. Solos, nada; pero con Dios, todo. Digamos, sí, que *nada valemos*, mas no digamos nunca que nada haremos.

1648. No sirvas a Jesús con excesivo temor. Ejercita mucho las virtudes teologales, entre ellas la confianza. No mires demasiado lo que vas avanzando, que es posible no aciertes a distinguir en nada tus progresos. Trabaja como si de hecho avanzaras a galope. No cuentes los pasos que vas dando, mira lo que te queda por andar y sigue sin desmayos.

1649. Confía, porque la misericordia de Dios es manifiesta en ti; pero trabaja incesantemente en ser fiel, esfuérate en la medida de todas tus fuerzas. Sé generoso con Jesús, ya que Él lo es contigo infinitamente.

1650. La primera prueba de fidelidad, de amor, es la guarda de los preceptos de la ley.

1651. El verdadero amor no se busca a sí; busca al amado y su gloria.

1652. Lo que se ama, difícilmente se olvida, lo que no se olvida, no se abandona por cualquier motivo fútil o impertinente.

1653. Ama; ama de veras, y verás cómo no hay cosa imposible en la vida; porque Aquel que es todopoderoso lo hace todo posible y fácil.

1654. Las grandes almas no ponen tasa a su amor para con Jesús ni a las pruebas que el verdadero y legítimo amor exige de ellas en la vida.

1655. Amad a Jesús, amad al Amor, vivid su vida; porque es vivo el amor de Jesús, que nos dio su vida para amarle en retorno de tanto amor.

1656. Corazón de piedra se necesitaría en el hombre para contemplar este amor inmenso de su Redentor hacia él y no pagárselo con todo su amor.

1657. Hay que orar reposadamente, hay que poner nuestras potencias interiores en pleno ejercicio espiritual sobrenatural. Es preciso que nuestra mente deje las cosas materiales, terrenas y temporales, y se eleve al campo sobrenatural y divino.

1658. *Consigna:* Llenarse de Dios: Dios, viviendo en el alma por la gracia; Dios, imitado por las virtudes; Dios, conocido y amado en íntimo abrazo por medio de la fe, la caridad, la oración y los sacramentos.

1659. Dios, que es amor, es propenso a la misericordia, la cual no hubiera sido tan conocida en el mundo a no haber en él miserias que remediar

1660. Buscad la paz, Dios es la paz. Buscad la unión, en Dios está la unión. Buscad la santidad, Dios es infinitamente santo. Buscad la felicidad, la felicidad es sólo Jesús.

3) Oración personal y vida de oración

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1661] Queridos amigos, el ejemplo de los santos nos invita, también, a considerar cuatro aspectos esenciales del tesoro de nuestra fe: oración personal y silencio, oración litúrgica, práctica de la caridad y vocaciones. (*Discurso a los jóvenes de EEUU en el Seminario St. Joseph de NY* Sábado 19 de abril de 2008)

[1662] Lo más importante es que ustedes desarrollen su relación personal con Dios. Esta relación se manifiesta en la plegaria. Dios, por virtud de su propia naturaleza, habla, escucha y responde. En efecto, San Pablo nos recuerda que podemos y debemos “ser constantes en orar” (cf. 1 Ts 5,17). (ibid.)

[1663] En vez de replegarnos sobre nosotros mismos o de alejarnos de los vaivenes de la vida, en la oración nos dirigimos hacia Dios y, por medio de Él, nos volvemos unos a otros, incluyendo a los marginados y a cuantos siguen vías distintas a las de Dios (cf. *Spe salvi*, 33). (ibid.)

[1664] Como admirablemente nos enseñan los santos, la oración se transforma en esperanza en acto. Cristo era su constante compañero, con quien conversaban en cualquier momento de su camino de servicio a los demás. (ibid.)

[1665] Hay otro aspecto de la oración que debemos recordar: la contemplación y el silencio. San Juan, por ejemplo, nos dice que para acoger la revelación de Dios es necesario escuchar y después responder anunciando lo que hemos oído y visto (cf. 1 Jn 1,2-3; *Dei Verbum*, 1). (ibid.)

[1666] ¿Hemos perdido quizás algo del arte de escuchar? ¿Dejan ustedes algún espacio para escuchar el susurro de Dios que les llama a caminar hacia la bondad? (ibid.)

[1667] Amigos, no tengan miedo del silencio y del sosiego, escuchen a Dios, adórenlo en la Eucaristía. Permitan que su palabra modele su camino como crecimiento de la santidad. (ibid.)

[1668] En la liturgia encontramos a toda la Iglesia en plegaria. La palabra “liturgia” significa la participación del pueblo de Dios en “la obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia” (*Sacrosanctum concilium*, 7). (ibid.)

[1669] ¿En qué consiste esta obra? Ante todo se refiere a la Pasión de Cristo, a su muerte y resurrección y a su ascensión, lo que denominamos “Misterio pascual”. Se refiere también a la celebración misma de la liturgia. (ibid.)

[1670] Los dos significados, de hecho, están vinculados inseparablemente, ya que esta “obra de Jesús” es el verdadero contenido de la liturgia. Mediante la liturgia, “la obra de Jesús” entra continuamente en contacto con la historia; con nuestra vida, para modelarla. Aquí percibimos otra idea de la grandeza de nuestra fe cristiana. (ibid.)

[1671] Cada vez que se reúnen para la Santa Misa, cuando van a confesarse, cada vez que celebran uno de los Sacramentos, Jesús está actuando. Por el Espíritu Santo los atrae hacia sí, dentro de su amor sacrificial por el Padre, que se transforma en amor hacia todos. (ibid.)

[1672] De este modo vemos que la liturgia de la Iglesia es un ministerio de esperanza para la humanidad. Vuestra participación colmada de fe es una esperanza activa que ayuda a que el mundo - tanto santos como pecadores- esté abierto a Dios; ésta es la verdadera esperanza humana que ofrecemos a cada uno (cf. *Spe salvi*, 34). (ibid.)

[1673] Su plegaria personal, sus tiempos de contemplación silenciosa y su participación en la liturgia de la Iglesia les acerca más a Dios y les prepara también para servir a los demás. Los santos que nos acompañan esta tarde nos muestran que la vida de fe y de esperanza es también una vida de caridad. (ibid.)

[1674] Contemplando a Jesús en la cruz, vemos el amor en su forma más radical. Comencemos a imaginar el camino del amor por el que debemos marchar (cf. *Deus caritas est*, 12). (ibid.)

[1675] Las ocasiones para recorrer este camino son muchas. Miren a su alrededor con los ojos de Cristo, escuchen con sus oídos, intuyan y piensen con su corazón y su espíritu. ¿Están ustedes dispuestos a dar todo por la verdad y la justicia, como hizo Él? (ibid.)

[1676] Muchos de los ejemplos de sufrimiento a los que nuestros santos respondieron con compasión, siguen produciéndose todavía en esta ciudad y en sus alrededores. Y han surgido nuevas injusticias: algunas son complejas y derivan de la explotación del corazón y de la manipulación del espíritu; también nuestro ambiente de la vida ordinaria, la tierra misma, gime bajo el peso de la avaricia consumista y de la explotación irresponsable. (ibid.)

[1677] Hemos de escuchar atentamente. Hemos de responder con una acción social renovada que nazca del amor universal que no conoce límites. De este modo estamos seguros de que nuestras obras de misericordia y justicia se transforman en esperanza viva para los demás. (ibid.)

1678. Dad orando y daos vosotros mismos en ferviente oración. Vuestra incesante entrega al Señor es oración que le agrada.

1679. Vuestra vida sin oración es como una bonita lámpara sin luz.

1680. Velad con las armas en las manos; la oración es el arma del cristiano.

1681. La oración es como el aire para los pulmones; sin el oxígeno de la oración, el corazón se asfixia y muere. Es del todo imposible vivir una vida pura, espiritual, en un mundo materialista, sin el ejercicio de la oración.

1682. De una u otra manera, el cristiano debe orar necesariamente, si quiere vivir en su totalidad el verdadero espíritu de Cristo.

1683. El alma, cuanto más alta, más ha de tratar con Dios.

1684. Las almas contemplativas apenas pueden vivir sin abismarse en el recogimiento de la oración, de la misma manera que el pez no puede vivir sin abismarse en las profundidades de las aguas.

1685. Sagrado llamaríamos el tiempo que se destina a la oración, por ser ésta una ocupación sagrada.

1686. En vuestras distribuciones, sacrificad cualquier otra ocupación o acto antes que la oración; sálvese la oración, aun a costa de otros sacrificios.

1687. El mayor mal y origen de todos los demás males que os pueden venir en la vida espiritual es el abandono de la oración; dejada ésta, todo se ha perdido.

1688. Si no velas y no oras, no serás ni siquiera buen cristiano.

1689. Orando, no estamos solos, sino que con nosotros lucha el Señor, a quien nos encomendamos.

1690. El que ora se esconde en Dios, y Dios le posee y le cuida. El que ora no presume, no se fía de sí, desconfía. Con la oración se temple el corazón y se fortalece. Con la oración se vence al enemigo.

1691. Sólo velando en oración os haréis invencibles y resistiréis hasta el fin.

1692. Arma en manos de todos es la oración. No hay quien no pueda y no sepa orar fervorosamente. Comencemos todos manejando esta arma poderosa.

1693. La oración nos ilumina y nos guía en las oscuras encrucijadas de un mundo confuso y complicado. Oremos, pues, y oremos sin interrupción.

1694. La oración es luz, fuerza, camino, aliento. La oración calma las pasiones, amansa los vientos, levanta el espíritu, vigoriza la voluntad, enciende el corazón, crea la paz y une a Dios.

1695. La oración bien hecha, la vida de oración es transformante. Los que no oran siguen siempre igual.

1696. El autor principal de nuestra santidad y perfección es Dios mismo, y la oración es cabalmente la que conserva el alma en frecuente contacto con Dios. La oración enciende y mantiene en el alma una como hoguera, en la cual el fuego del amor está, si no siempre en acción, al menos, siempre latente.

1697. Según las vías ordinarias, nuestro adelantamiento en el amor divino depende prácticamente de nuestra vida de oración.

1698. Orad, sed almas de oración y, por medio de ella, elevad vuestra mente, vuestra voluntad, vuestro corazón y hasta vuestra sensibilidad, a un orden sobrenatural, a los campos divinos, a la vida de Dios.

1699. Orad mucho y con recogimiento, orad con métodos o sin ellos, pero no os veáis nunca encerrados en jaulas de sistemas o de complicaciones que proponen ciertos libros.

1700. Orad ejercitando la mente, la inteligencia, la razón o moviendo preferentemente y con tranquilidad vuestra voluntad hacia el bien, hacia el Sumo Bien.

1701. Orad, si queréis, con sencillez de niños, con atención amorosa, con mirada afectuosa, con fe confiada en Jesús, en Dios.

1702. Orad en silencio, sin decir ni una palabra, sobre todo cuando no acertéis a hablar; callad entonces, guardad silencio, ved con luz sobrenatural de fe, y escuchad. Escuchad a Dios, que también a Dios le toca hablar, y sabe hablar a las almas.

1703. Aprende a orar con perseverancia, dando preferencia, no a lo que tú quieres conseguir, sino a lo que Dios quiere de ti.

1704. Oremos *para que no se apague en nosotros el espíritu de Dios*, el fuego de la caridad, el espíritu de piedad, el recogimiento interior, la vida sobrenatural.

1705. Si queremos orar bien, miremos primero arriba y consideremos bien la grandeza de Dios, miremos después abajo y veamos ahí nuestra enorme bajeza e indignidad; examinemos el abismo que nos separa de Dios, clamemos con humildad, y nos oirá Él.

1706. Estad con atención amorosa a Dios, y oráis. Estad mirando a Dios con fe y amor, y oráis. Estad hablando amigablemente con Dios, y oráis.

1707. Hay quienes creen que no hay más que dos clases de oración: la mental y la vocal. Y como según ellos la oración mental sería la que supone un ejercicio activo y predominante de la inteligencia, en viendo que no aciertan a discurrir y a razonar, sino que con más facilidad son llevados a los actos afectivos de la voluntad y del corazón, se ven atormentados cada vez que van a la oración, no pudiendo atinar con ella.

1708. Ni la oración mental excluye del todo la parte afectiva, siendo como es la parte principal de ella, ni la oración que llamamos afectiva excluye el ejercicio mental o del entendimiento. Es en parte potestativo del alma y en parte del Espíritu Santo el que uno vaya más a los actos de la inteligencia y otro, en cambio, sea llevado a los actos encendidos de la voluntad o del corazón. Oración es en ambos casos.

1709. San Juan de la Cruz recomienda a las personas que no puedan meditar «la atención general amorosa a Dios en la oración». Aunque esta recomendación va dirigida principalmente a las personas que están en el paso de la meditación a la contemplación, es también aplicable a aquellas personas que, por cualquier motivo involuntario, no pueden hacer meditación propiamente dicha.

1710. La oración es una íntima comunicación del alma, del corazón, muy afectuosa, muy confiada, muy filial, con Dios Padre, con Dios Hijo –Jesús–, con Dios Espíritu Santo.

1711. Con plena voluntad hacemos muchas cosas en el orden natural sin advertir en ello; con más razón sucede esto en el orden sobrenatural. Se ora sin pensar que se ora; está el corazón unido a Dios, sin advertir esta unión. Esta oración tiene la ventaja de ser más humilde.

1712. Alguna vez hay que romper el silencio y darse al habla interior o exterior con Dios. No es posible mantener siempre en la misma intensidad y fuerza de visión la mirada sencilla, la atención amorosa, ni es necesario mantenerla siempre constante y uniforme, sino que habrá oportunidad de alternar con actos distintos.

1713. Esa vista, esa «mirada sencilla de fe», afectuosa, amorosa, es el lenguaje elocuente de una persona que ora escondida y silenciosa, y Dios, *que ve lo más oculto y escondido*, la escuchará.

1714. Con «mirada sencilla de fe» puede el alma mirar y contemplar a su Dios, sin necesidad de discursos y esfuerzos violentos, en su omnipotencia, bondad, misericordia, en su amor, en su hermosura; como también puede mirarse en su humilde contraste a sí misma, en su propia pequeñez, miseria, impotencia, fragilidad...

1715. Una persona iluminada por la fe y deseosa de su santificación, cuando se pone en oración, lleva ya de modo implícito, aunque inconsciente, actos mentales, y muy bien podrá suceder que, sin necesidad de ningún otro esfuerzo mental, haya oración perfecta sólo con esa próxima disposición de la «atención amorosa a Dios» de que habla San Juan de la Cruz.

4) Dinamismo de gracias en la oración y el sacrificio

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1716] El Evangelio, nos ha recordado que en el amor se resume toda la ley divina. El doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo encierra los dos aspectos de un único dinamismo del corazón y de la vida. (*Homilía de S.S. Benedicto XVI al canonizar a cinco nuevos santos.*)

[1717] Jesús lleva así a cumplimiento la revelación antigua, no agregando un mandamiento inédito, sino cumpliendo en sí mismo y en su propia acción salvífica la síntesis viviente de las dos grandes palabras de la antigua Alianza: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...” y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (cf. *Dt* 6,5; *Lv* 19,18). (ibid.)

[1718] En la Eucaristía nosotros contemplamos el Sacramento de esta síntesis viviente de la ley: Cristo nos entrega en sí mismo la plena realización del amor por Dios y del amor por los hermanos. Y su amor Él nos lo comunica cuando nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre. (ibid.)

[1719] Entonces puede cumplirse en nosotros lo que San Pablo escribe a los Tesalonicenses en la segunda Lectura de hoy: “Os convertisteis a Dios, tras haber abandonado los ídolos, para servir a Dios vivo y verdadero” (1 Ts 1,9). (ibid.)

[1720] Esta conversión es el principio del camino de santidad que el cristiano está llamado a realizar en la propia existencia. El santo es aquel que está tan fascinado por la belleza de Dios y por su perfecta verdad que queda progresivamente transformado. (ibid.)

[1721] Por esta belleza y verdad está dispuesto a renunciar a todo, incluso a sí mismo. Le es suficiente el amor de Dios, que experimenta en el servicio humilde y desinteresado del prójimo, especialmente de aquellos que no tienen la capacidad de corresponder. (ibid.)

[1722] Desde esta perspectiva, ¡qué providencial es el hecho de que hoy la Iglesia dé a conocer a todos sus miembros cinco nuevos Santos que, nutridos por Cristo Pan vivo, se convirtieron al amor y en él han infundido toda su existencia! (ibid.)

[1723] En diferentes situaciones y con diversos carismas, amaron al Señor con todo el corazón y al prójimo como a sí mismos de forma que convirtieron “en modelo para todos los creyentes” (1 Ts 1,6-7). (ibid.)

[1724] La oración, de hecho, alcanza su culmen, y por ello se convierte en luz interior, cuando el espíritu del hombre adhiere al de Dios y sus voluntades se funden, como formando una sola cosa. (*Escrito por Benedicto XVI, Lunes 09 de marzo de 2009*)

[1725] Salvando las distancias, es algo así como lo que les sucedió a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, cuando Jesús los llevó a lo alto del monte, en un lugar separado, solos, y mientras rezaba se “transfiguró”: su rostro y su persona se volvieron luminosos, resplandecientes. La liturgia vuelve a proponer este famoso episodio precisamente hoy, en este segundo domingo de Cuaresma (Cf. Marcos 9,2-10) (ibid.)

[1726] Jesús quería que sus discípulos, en particular los que tendrían la responsabilidad de guiar a la Iglesia naciente, hicieran una experiencia directa de su gloria divina para afrontar el escándalo de la cruz. (ibid.)

[1727] De hecho, cuando llegue la hora de la traición y Jesús se retire a rezar en Getsemaní, tendrá a su lado a los mismos Pedro, Santiago y Juan, pidiéndoles que velen y recen por Él (Cf. Mateo 26,38). Ellos no lo lograrán, pero la gracia de Cristo les apoyará y les ayudará a creer en la Resurrección. (ibid.)

[1728] Quisiera subrayar que la Transfiguración de Jesús fue esencialmente una experiencia de oración (Cf. Lucas 9,28-29). La oración, de hecho, alcanza su culmen, y por ello se convierte en luz interior, cuando el espíritu del hombre adhiere al de Dios y sus voluntades se funden, como formando una sola cosa. (ibid.)

[1729] Cuando Jesús subió al monte, se sumergió en la contemplación del designio de amor del Padre, que le había mandado al **mundo** para salvar a la humanidad. Junto a Jesús aparecieron Elías y Moisés, para mostrar que las Sagradas Escrituras concordaban en anunciar el misterio de su Pascua, es decir, que Cristo debía sufrir y morir para entrar en su gloria (Cf. Lucas 24,26.46). (ibid.)

[1730] En aquel momento, Jesús vio cómo ante sí se presentaba la Cruz, el extremo sacrificio necesario para liberarnos del dominio del pecado y de la muerte. Y, en su corazón, una vez más repitió su "amén". Dijo "sí", "heme aquí", "que se cumpla, Padre, tu voluntad de amor". Y, como había sucedido tras el Bautismo en el Jordán, llegaron del Cielo los signos de la complacencia de Dios Padre: la luz, que transfiguró a Cristo, y la voz, que proclamó al "Hijo querido" (Marcos 9, 7). (ibid.)

[1731] Junto con el ayuno y las obras de misericordia, la oración conforma la estructura que rige nuestra vida espiritual. Queridos hermanos y hermanas, os exhorto a encontrar en este tiempo de Cuaresma momentos prolongados de silencio, si es posible de retiro, para revisar la propia vida a la luz del designio de amor del Padre celestial. (ibid.)

[1732] Dejaos guiar en esta escucha más intensa de Dios por la Virgen María, maestra y modelo de oración. También ella, en la profunda oscuridad de la pasión de Cristo, no perdió sino que custodió en su espíritu la luz del Hijo divino. ¡Por este motivo, la invoquemos como Madre de la confianza y de la esperanza! (ibid.)

1733. Cuando se llega a conocer íntimamente a Jesús, es casi incontenible el ansia de darlo a conocer a otros.

1734. El amor es movimiento, es acción, es donación y entrega generosa por el amado. El verdadero amante nunca está ocioso.

1735. Si quieres conquistar almas para Dios, conquista primero a Dios para las almas.

1736. Si quieres ser árbol frondoso y lleno de frutos, sea primero tu corazón la raíz escondida y enterrada en *tierra divina*, cuya savia dará vigor al árbol y sabor al fruto.

1737. La savia oculta, el alma que da movimiento, la vida sobrenatural y divina que fecundiza todo apostolado, sin la cual todo es paja, está en la oración, en el amor, en el sacrificio de las personas santas.

1738. No sabemos ni nos hemos parado a considerar la fuerza y el poder de una plegaria ferviente de personas puras, amantes, sacrificadas y muy unidas a Dios.

1739. Un apostolado sin la tregua de un recogido descanso en la soledad de la oración tiene dos grandes peligros: el desgaste prematuro de las fuerzas y de la salud, porque el cuerpo no es una máquina, y la probable esterilidad de la labor material de un apostolado que carece del indispensable elemento *vital* de recurso a Dios y de unión con Él por la oración.

1740. Esa costosa imposibilidad que a veces se siente, ofrecida generosamente a Dios, es cabalmente entonces la acción más poderosa y eficaz del apostolado. Dios, que para conseguir el fruto tiene necesariamente que unirse con su gracia al operario que trabaja en su viña, lo mismo se une a la obra que verifica el apóstol, que a la simple buena voluntad o al deseo vehemente del que se ve imposibilitado de obrar.

1741. La oración y el sacrificio jamás han sido estériles en un alma que va unida a Dios; el espíritu de Dios se derrama en ella y éste siempre es fecundo, pues es la misma fecundidad de Dios.

1742. Para las grandes empresas de apostolado es preciso que las personas celosas, llamadas por Dios, pasen primero por la fragua de la oración y de la penitencia

1743. Una persona consumida en sacrificio y amor es suficientísima para hacer santa toda una feligresía. Pedid a Jesús personas de ese temple, y pedid ese temple para vuestras almas.

1744. *Consigna: La voluntad del Señor*, aun cuando nada se haya conseguido, es magnífica obra, magnífico fruto.

1745. Más haremos por las personas con nuestro diario y continuo sacrificio, unido en la santa misa al de nuestro Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, que con nuestra palabra y acción.

1746. La Iglesia trabaja hoy como nunca, y esa labor gigante necesita calor, abono, vida, fecundidad, amor, que sólo atraen del seno de Dios las personas interiores.

1747. El Señor necesita de tus sacrificios para realizar su obra en ti mismo y en los tuyos.

1748. Peticiones fervorosas, confiadas, perseverantes, insistentes... Y aun cuando inmediatamente no veamos con claridad el despacho favorable de lo que se ha pedido, salgamos de la presencia de Jesús creyendo y esperando que somos escuchados y atendidos con ventaja.

1749. Es seguro el despacho del beneficio que se pide a Jesús con confianza y humildad, si primero se ha ganado su corazón con un amor probado en el sacrificio y con buenas obras.

1750. El amor no es legítimo si no brota de un corazón *puro*, purificado en la sangre del *sacrificio*.

1751. Siempre que en los libros del Antiguo Testamento se recuerdan las iniquidades y los pecados de aquellos pueblos, se hace también memoria de la humilde plegaria y oración de los justos allí donde los hubo.

1752. Es muy eficaz la oración por el prójimo cuando a la oración acompaña una obra de caridad.

1753. El poder de la oración unida a la penitencia, en favor de los pecadores y por la remisión de sus pecados, se ha hecho patente de un modo especial en la historia del pueblo escogido por Dios y de su caudillo Moisés.

1754. La oración es la que ha de salvar al mundo.

1755. Contra el pecado, la oración; para destruir el pecado, la oración; para mover la conciencia de los pecadores al arrepentimiento, la oración; para que todos se conviertan, la oración.

1756. Orad por los pecadores para que la pasión de Cristo llegue hasta ellos.

1757. Orad por las personas inocentes que aún no conocen el mal para que el Señor las guarde en su angelical candor y su divino Corazón se recree en ellas.

1758. Orad por los sacerdotes, para que su sacerdocio sea santificador para sí mismo y para los demás.

1759. Cuántos santos habría en la Iglesia si hubiera un poco más de fervor y un querer más eficaz y positivo.

1760. Orad por las personas fervorosas y santas, a fin de que perseveren, edifiquen a otros y glorifiquen a Dios.

1761. Ora al Padre. Ora para que sea Él glorificado en todo el mundo. Ora porque reine Jesucristo, rey de amor. Ora por la Iglesia, por el Papa, por la Jerarquía; ora por los que no oran y necesitan de las oraciones de sus hermanos.

1762. La santidad es luz que debe iluminar al mundo. Esta luz no debe estar bajo el celemín. Que tu recta y pura intención guarde en secreto tu santidad. Que tu celo y amor a las personas ponga a la vista tus obras para que el mundo las vea, se edifique y glorifique a Dios.

1763. Rezad el rosario bien, porque hay mucho que pedir, porque hay en el mundo muchas necesidades, porque hay muchas miserias temporales y espirituales.

1764. Rezad el rosario, porque es la oración más eficaz para conseguir cuanto queremos de los tesoros de la misericordiosa Madre. El rosario ha santificado a muchas personas, el rosario ha convertido innumerables pecadores, la cadena del rosario ha roto en todos los tiempos muchas cadenas; el rosario ha conseguido la perseverancia a muchas personas, el rosario ha consolado a muchos moribundos.

1765. Grande es el poder de la oración de una persona escogida y amiga de Dios.

5) La caridad en acción

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1766] La "buena nueva" que Jesús proclama se resume en estas palabras: "El reino de Dios —o reino de los cielos— está cerca" (Mt 4, 17; Mc 1, 15). ¿Qué significa esta expresión? Ciertamente, no indica un reino terreno, delimitado en el espacio y en el tiempo; anuncia que Dios es quien reina, que Dios es el Señor, y que su señorío está presente, es actual, se está realizando. (Benedicto XVI, *Ángelus*, 27 de enero de 2008)

[1767] Por tanto, la novedad del mensaje de Cristo es que en él Dios se ha hecho cercano, que ya reina en medio de nosotros, como lo demuestran los milagros y las curaciones que realiza. Dios reina en el mundo mediante su Hijo hecho hombre y con la fuerza del Espíritu Santo, al que se le llama "dedo de Dios" (cf. *Lc* 11, 20). (ibid.)

[1768] El Espíritu creador infunde vida donde llega Jesús, y los hombres quedan curados de las enfermedades del cuerpo y del espíritu. El señorío de Dios se manifiesta entonces en la curación integral del hombre. De este modo Jesús quiere revelar el rostro del verdadero Dios, el Dios cercano, lleno de misericordia hacia todo ser humano; el Dios que nos da la vida en abundancia, su misma vida. (ibid.)

[1769] En consecuencia, el reino de Dios es la vida que triunfa sobre la muerte, la luz de la verdad que disipa las tinieblas de la ignorancia y de la mentira. (ibid.)

[1770] Pidamos a María santísima que obtenga siempre para la Iglesia la misma pasión por el reino de Dios que animó la misión de Jesucristo: pasión por Dios, por su señorío de amor y de vida; pasión por el hombre, encontrándolo de verdad con el deseo de darle el tesoro más valioso: el amor de Dios, su Creador y Padre. (ibid.)

[1771] Nosotros sabemos que la autenticidad de nuestra fidelidad al Evangelio se verifica también en base a la atención y a la solicitud concreta que nos esforzamos en manifestar hacia el prójimo, especialmente hacia los más débiles y marginados. (CIUDAD DEL VATICANO, viernes 3 de abril de 2009 ZENIT.org).-

[1772] Así, el servicio caritativo, que puede desarrollarse en una multiplicidad de formas, se convierte en una forma privilegiada de evangelización, a la luz de la enseñanza de Jesús, que considerará como hecho a sí mismo cuando hayamos hecho a nuestros hermanos, especialmente al más “pequeño” y desatendido (cf. Mateo 25,40). (Benedicto XVI: *“la autenticidad del Evangelio se ve en la caridad”*)

[1773] Para que nuestro servicio no sea sólo acción filantrópica, aunque útil y con mérito, es necesario alimentarlo con la oración constante y la confianza en Dios. Es necesario armonizar nuestra mirada con la mirada de Cristo, nuestro corazón con su corazón. (ibid.)

[1774] De esta manera, el apoyo amoroso, ofrecido a los demás se traduce en participación y en un compartir consciente de sus esperanzas y sus sufrimientos, haciendo visible, y diría que casi tangible, por una parte la misericordia infinita de Dios hacia cada ser humano, y por otra, nuestra fe en Él. (ibid.)

[1775] Jesús, su Hijo Unigénito, muriendo en la cruz, nos ha revelado el amor misericordioso del Padre que es fuente de la verdadera fraternidad entre todos los hombres, y nos ha indicado el único camino posible para llegar a ser testigos creíbles de este Amor.(ibid.)

[1776] Que el Triduo Pascual sea para cada uno de vosotros, queridos hermanos, ocasión propicia para reafirmar y purificar vuestra fe; para abriros a la contemplación de la Cruz que es misterio de amor infinito del que sacar fuerza para hacer de vuestra existencia un don a los hermanos. La Cruz de Cristo -escribe el papa san León Magno- es “fuente de todas las bendiciones, causa de todas las gracias” (cfr. Disc. 8 sobre la pasión del Señor, 6 – 8). (ibid.)

[1777] Desde la Cruz brota también la alegría y la paz del corazón, que nos hace testigos de esa esperanza de la que se advierte una gran necesidad en este tiempo de crisis económica difundida y generalizada. Y de esta esperanza serán signos elocuentes las diversas iniciativas de caridad de vuestro benemérito Círculo de san Pedro, como también y sobre todo vuestras propias existencias, si os dejáis guiar por el Espíritu de Cristo. (ibid.)

1778. El celo y el amor van juntos, porque aquél es fruto de éste. El celo es desbordamiento del amor; un corazón desbordante de amor convertido en celo.

1779. Fomentar el amor, mantenerlo vivo, ardiente y abrasador... Logrado esto, tendremos torrentes de amor y un amor a torrentes, ése es el apostolado que se convierte en prodigios de conquistas para Dios, para la Iglesia.

1780. Tu vida de acción ha de tener, como soberano regulador, la luz y la virtud del Espíritu Santo. Muévete siempre guiado por Él.

1781. Si quieres buscar almas, busca primero a Dios.

1782. Emplead el tiempo necesario, sin prisas, con holgura, para conquistar a Dios, y dedicad el resto con el mismo afán a la conquista de las almas.

1783. Si trabajáis solos, vuestra obra tendrá vuestra medida; si trabajáis con Dios, unidos a Dios y vivificados por su espíritu sobrenatural, entonces vuestra obra tendrá la medida de Dios.

1784. Si son muchas vuestras *obras* de apostolado, sea la primera, de la que jamás os debéis dispensar, la que es principio de todo y la que da eficacia a ellas, *el vivir de Dios y para Dios*.

1785. Dios cambia cuando le place los obreros de su viña, sustituyéndolos por otros nuevos en la misma tarea. Dios manda sembrar a unos y hace que otros entren en lo que aquéllos sembraron; que unos siembren y otros sieguen lo que aquéllos trabajaron. El que siembra no verá la cosecha de lo que sembró, y el que siega la mies dorada no podrá gloriarse vanamente de la mies que otro sembró, y todo es a fin de que ni el que siembra ni el que siega mire tanto el fruto de sus trabajos, cuanto el haber cumplido perfectamente la voluntad del amo que mandó sembrar y segar.

1786. Sembremos con la esperanza de recoger el fruto. Nadie siembra en el desierto, porque no se promete buena siega. La esperanza del fruto nos alienta a trabajar; aunque no siempre sean los mismos los que siembren y los que sieguen.

1787. Comencemos nosotros sembrando. Dios coronará de igual modo al que siembra que al que siega. El esfuerzo de la siembra sin ver el fruto inmediato es más costoso, y esto en algunos produce desaliento. Estos no se dan cuenta de que es necesario que en nuestras faenas entren otros que las prosigan y lleven el trabajo hasta el fin.

1788. En las cosas de Dios, el éxito no está ni en pocos ni en muchos, sino que viene del cielo. Trabajemos sin preocuparnos demasiado del fruto y de la mies.

1789. Nuestro apostolado no ha de aflojar porque no tenga el éxito apetecido. Débese echar la red por segunda vez y por centésima vez, como si fuese la primera; es deber de todo gran apóstol. El éxito es cosa de Dios, a Él le toca.

1790. Aunque tú no los busques, hay grandes satisfacciones y consuelos, aun en este **mundo**, para los que se esfuerzan por la conquista de las almas.

1791. Ni María, ni Marta; Jesús es el perfecto modelo de un santo y de un apóstol.

1792. La entrega es el camino seguro de tu santidad, como nos lo ha trazado con su ejemplo Cristo, cuya vida no fue más que una incesante entrega a la voluntad de su Padre.

1793. La santidad depende de la entrega. Quien no se entrega vive para sí, queda en sí, no se transforma en Dios. Quien a medias se entrega y se da con reservas no será más que un santo a medias, y tales santos no existen. Quien de veras y totalmente se entrega hará que su vida se deslice en el seno de Dios presente en todas partes, en cuyos brazos se ve llevado, en cuyo regazo vive, con cuya acción divina obra, cuya providencia le guía, cuyo amor le transforma, cuya vida le deifica.

1794. Amar es buscar el bien y sentirse y dolerse del mal del amado, tratando, si está en su mano, de remediarlo con todas sus fuerzas y por todos los medios que su amor le sugiere.

1795. Amar a Jesús y verle ofendido, ultrajado, blasfemado y arrinconado por los hombres y, a su vista, quedarse insensible, sin una lágrima, sin una protesta del corazón, no es posible. Eso no sería amar.

1796. El Amor llama al amor; al amor de los hombres que quieren amar en medio del **mundo** que *no ama*.

1797. La devoción al Sagrado Corazón se especifica por el amor, porque el amor es el objeto de esta devoción; el Amor llamando al amor, y este amor correspondiendo al Amor.

1798. Vivimos en un orden divino, en la esfera de Dios, y hay que divinizarlo todo. Los actos tienen que estar en proporción con el sujeto que los ejecuta; los efectos deben estar a la altura de la causa que los produce; los frutos corresponden al árbol de donde brotan.

1799. Cuando el hombre llega a posesionarse plenamente de una profunda vida interior y de la intimidad con Dios, de tal modo se simplifica su vida que sobra todo lo que no sea amar.

1800. Pongamos con preferencia especial nuestros afanes y todo el caudal de nuestros talentos en despertar y promover en los hombres que, por la misericordia de Dios, viven en su gracia y amistad, más hambre de vida espiritual, de perfección, de amor y de santidad.

1801. La santidad o perfección sobrenatural consiste esencialmente en la perfección de la caridad, porque la caridad es la unión del alma con su Dios, que es su fin.

1802. En la humana apreciación, lo grande nos parece más heroico y meritorio, y fácil lo pequeño; pero, de hecho, no es menester menos capacidad para la perfección ejercitando las cosas pequeñas que para el ejercicio de las grandes.

1803. La santidad es fruto de muchos años de cultivo.

6) Ser, dar, quehacer en el apostolado

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1804] Cada año, la Cuaresma nos ofrece una ocasión providencial para profundizar en el sentido y el valor de ser cristianos, y nos estimula a descubrir de nuevo la misericordia de Dios para que también nosotros lleguemos a ser más misericordiosos con nuestros hermanos. (Benedicto XVI. *Mensaje para la cuaresma de 2008 "Nuestro Señor Jesucristo, siendo rico, por vosotros se hizo pobre" (2 Cor 8,9)* lunes 28 de enero de 2008)

[1805] En el tiempo cuaresmal la Iglesia se preocupa de proponer algunos compromisos específicos que acompañen concretamente a los fieles en este proceso de renovación interior: son la oración, el ayuno y la limosna. (ibid.)

[1806] La limosna nos ayuda a vencer esta constante tentación, educándonos a socorrer al prójimo en sus necesidades y a compartir con los demás lo que poseemos por bondad divina. (ibid.)

[1807] Las colectas especiales en favor de los pobres, que en Cuaresma se realizan en muchas partes del mundo, tienen esta finalidad. De este modo, a la purificación interior se añade un gesto de comunión eclesial, al igual que sucedía en la Iglesia primitiva. San Pablo habla de ello en sus cartas acerca de la colecta en favor de la comunidad de Jerusalén (cf. 2 *Cor* 8,9; *Rm* 15,25-27). (ibid.)

[1808] Según las enseñanzas evangélicas, no somos propietarios de los bienes que poseemos, sino administradores: por tanto, no debemos considerarlos una propiedad exclusiva, sino medios a través de los cuales el Señor nos llama, a cada uno de nosotros, a ser un medio de providencia hacia el prójimo. (ibid.)

[1809] Como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, los bienes materiales tienen un valor social, según el principio de su destino universal (cf. n° 2404). (ibid.)

[1810] En el Evangelio es clara la amonestación de Jesús hacia los que poseen riquezas terrenas y las utilizan solo para sí mismos. Frente a la muchedumbre que, carente de todo, sufre el hambre, adquieren el tono de un fuerte reproche las palabras de San Juan: "Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?" (1 *Jn* 3,17). (ibid.)

[1811] La llamada a compartir los bienes resuena con mayor elocuencia en los países en los que la mayoría de la población es cristiana, puesto que su responsabilidad frente a la multitud que sufre en la indigencia y en el abandono es aún más grave. Socorrer a los necesitados es un deber de justicia aun antes que un acto de caridad. (ibid.)

[1812] El Evangelio indica una característica típica de la limosna cristiana: tiene que ser en secreto. "Que no vea tu mano izquierda lo que hace la derecha", dice Jesús, "así tu limosna quedará en secreto" (*Mt* 6,3-4). Y poco antes había afirmado que no hay que alardear de las propias buenas acciones, para no correr el riesgo de quedarse sin la recompensa de los cielos (cf. *Mt* 6,1-2). (ibid.)

[1813] La preocupación del discípulo es que todo vaya a mayor gloria de Dios. Jesús nos enseña: "Brille así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo" (*Mt* 5,16). Por tanto, hay que hacerlo todo para la gloria de Dios y no para la nuestra. (ibid.)

[1814] Queridos hermanos y hermanas, que esta conciencia acompañe cada gesto de ayuda al prójimo, evitando que se transforme en una manera de llamar la atención. (ibid.)

[1815] Si al cumplir una buena acción no tenemos como finalidad la gloria de Dios y el verdadero bien de nuestros hermanos, sino que más bien aspiramos a satisfacer un interés personal o simplemente a obtener la aprobación de los demás, nos situamos fuera de la óptica evangélica. (ibid.)

[1816] En la sociedad moderna de la imagen hay que estar muy atentos, ya que esta tentación se plantea continuamente. La limosna evangélica no es filantropía: es más bien una expresión concreta de la caridad, la virtud teologal que exige la conversión interior al amor de Dios y de los hermanos, a imitación de Jesucristo, que muriendo en la cruz se entregó a sí mismo por nosotros. (ibid.)

[1817] ¿Cómo no dar gracias a Dios por tantas personas que en el silencio, lejos de los reflectores de la sociedad mediática, llevan a cabo con este espíritu acciones generosas de sostén al prójimo necesitado? (ibid.)

[1818] Sirve bien poco dar los propios bienes a los demás si el corazón se hincha de vanagloria por ello. Por este motivo, quien sabe que "Dios ve en lo secreto" y en el secreto recompensará, no busca un reconocimiento humano por las obras de misericordia que realiza. (ibid.)

[1819] Invitándoos a considerar la limosna con una mirada más profunda, que trascienda la dimensión puramente material, la Escritura nos enseña que hay mayor felicidad en dar que en recibir (*Hch 20,35*). (ibid.)

[1820] Cuando actuamos con amor expresamos la verdad de nuestro ser: en efecto, no hemos sido creados para nosotros mismos, sino para Dios y para los hermanos (cf. *2 Cor 5,15*). (ibid.)

[1821] Cada vez que por amor de Dios compartimos nuestros bienes con el prójimo necesitamos experimentar que la plenitud de vida viene del amor y lo recuperamos todo como bendición en forma de paz, de satisfacción interior y de alegría. (ibid.)

[1822] El Padre celestial recompensa nuestras limosnas con su alegría. Y hay más: San Pedro cita entre los frutos espirituales de la limosna el perdón de los pecados. "La caridad -escribe- cubre multitud de pecados" (*1 Pe 4,8*). (ibid.)

[1823] Como a menudo, repite la liturgia cuaresmal, Dios nos ofrece, a los pecadores, la posibilidad de ser perdonados. El hecho de compartir con los pobres lo que poseemos nos dispone a recibir este don. (ibid.)

[1824] En este momento pienso en los que sienten el peso del mal que han hecho y, precisamente por eso, se sienten lejos de Dios, temerosos y casi incapaces de recurrir a Él. La limosna, acercándonos a los demás, nos acerca a Dios y puede convertirse en un instrumento de auténtica conversión y reconciliación con él y con los hermanos. (ibid.)

[1825] La limosna educa a la generosidad del amor. San José Benito Cottolengo solía recomendar: "Nunca contéis las monedas que dais, porque yo digo siempre: si cuando damos limosna la mano izquierda no tiene que saber lo que hace la derecha, tampoco la derecha tiene que saberlo" (*Detti e pensieri, Edilibri, n° 201*). (ibid.)

[1826] Al respecto es significativo el episodio evangélico de la viuda que, en su miseria, echa en el tesoro del templo "todo lo que tenía para vivir" (*Mc 12,44*). Su pequeña e insignificante moneda se convierte en un símbolo elocuente: esta viuda no da a Dios lo que le sobra, no da la que posee sino lo que es. Toda su persona. (ibid.)

[1827] Este episodio conmovedor se encuentra dentro de la descripción de los días inmediatamente precedentes a la pasión y muerte de Jesús, el cual, como señala san Pablo, se ha hecho pobre a fin de enriquecernos con su pobreza (cf. *2 Cor 8,9*); se ha entregado a sí mismo por nosotros. (ibid.)

[1828] La Cuaresma nos empuja a seguir su ejemplo, también a través de la práctica de la limosna. Siguiendo sus enseñanzas podemos aprender a hacer de nuestra vida un don total; imitándole conseguimos estar dispuestos a dar, no tanto algo de lo que poseemos, sino a darnos a nosotros mismos. (ibid.)

[1829] ¿Acaso no se resume todo el Evangelio en el único mandamiento de la caridad? Por tanto, la práctica cuaresmal de la limosna se convierte en un medio para profundizar nuestra vocación cristiana. (ibid.)

[1830] El cristiano, cuando gratuitamente se ofrece a sí mismo, da testimonio de que no es la riqueza material la que dicta las leyes de la existencia, sino el amor. Por tanto, lo que da valor a la limosna es el amor, que inspira formas distintas de don, según las posibilidades y las condiciones de cada uno. (ibid.)

[1831] Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma nos invita a "entrenarnos" espiritualmente, también mediante la práctica de la limosna, para crecer en caridad y reconocer en los pobres a Cristo mismo. (ibid.)

[1832] Los Hechos de los Apóstoles cuentan que el Apóstol San Pedro dijo al hombre tullido que le pidió una limosna en la entrada del templo: "No tengo plata ni oro: pero lo que tengo, te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar" (*Hch 3,6*). (ibid.)

[1833] Con la limosna regalamos algo material, signo del don más grande que podemos ofrecer a los demás con el anuncio y el testimonio de Cristo, en cuyo nombre está la vida verdadera. (ibid.)

1834. Entendemos que el verdadero apostolado es un desbordamiento y expansión del verdadero amor. No hallamos mejor definición que ésta.

1835. La caridad, lo sufre todo, resiste todo. El verdadero celo no mira las dificultades, no ve los obstáculos, supera toda resistencia. El verdadero apóstol agota todos los medios imaginables antes de darse por vencido.

1836. Qué bien se gasta uno cuando se gasta por Jesús y por las almas.

1837. Sobre todos los demás métodos, buscamos un apostolado convertido en amor, hecho vida, apostolado vivido y viviente.

1838. El primer paso de nuestro apostolado es nuestra propia conquista para Dios y por Dios para el mundo.

1839. Que el celo y el afán de conquistar a otros no aminore, no perjudique el celo y el afán de ganar y conquistar a Dios para nuestros corazones. Esto es lo primero, esto es el todo, porque sin esto *nada* es todo lo demás.

1840. La labor apostólica es el cuerpo, la oración piadosa y recogida en la soledad es el alma. El cuerpo sin alma es un cadáver, y el apostolado sin vida interior es otro cadáver.

1841. El primer fruto de nuestro celo apostólico debe ser nuestra propia santidad.

1842. Obra en silencio, ama el apostolado humilde, oculta tus obras, piensa que eres siervo inútil. Enfoca tus obras hacia Dios; obra sólo por *Jesús*.

1843. El apóstol que no convierte en *vida propia* aquello que predica, a lo más *dice y enseña*; mas el que lo vive, lo asimila y hace sustancia propia, ése *da* doctrina, se *da* a sí y *da* a Dios en la doctrina y en sí.

1844. ¡Si cada apóstol fuera una muestra viviente de aquello que pregona o predica!...

1845. ¿Sabes que el secreto para hacer el bien no está en hablar mucho y bien, hacer cosas de mucho brillo y llamar la atención? ¿Qué hizo María en casa de Isabel? Llevar y dar a Jesús.

1846. Somos apóstoles para otros..., instruidos y formados en la escuela de Cristo Jesús.

1847. ¡Si yo fuera otro Cristo: la voz de Cristo a través de esta torpe lengua, la luz y el reflejo de Cristo a través de estos ojos, las gracias y los tesoros de Cristo a través de estas manos... Cristo, Jesús, Dios, Amigo, Hermano... disfrazado de mí!

1848. Los apóstoles, tanto de la palabra como de la pluma, deben ser formados y cimentados en la doctrina de Cristo, en las enseñanzas de la Iglesia y en el Evangelio.

1849. Primero hay que ganar a Dios misericordioso, a fin de que mire benigno la obra que para su gloria se emprende. Después hay que inflamar el corazón del apóstol en vida sobrenatural, en amor puro, desinteresado y divino, sin mezcla de egoísmos, y, por fin, hay que templar las armas del combate en la austeridad, mortificación, interior vencimiento y penitencia.

1850. Sufrir por las almas, vencerse, callar, humillarse, privarse, abnegarse, mortificarse por ellas. Ser pan de Cristo y hostia por las almas, ¡qué divina misión!

1851. Si el ideal de las almas se grabase en nuestros corazones, se nos haría fácil y dulce todo sacrificio, por duro y fuerte que fuese.

1852. Ser primerísimamente para Jesús y en segundo lugar para las obras de Jesús; jamás para las obras que no lleguen hasta Jesús.

1853. *Consigna:* Cabalmente la absoluta entrega de ti mismo a Jesús hará muy fecundo tu apostolado.

1854. El Evangelio es cosa santa, y su predicación debe hacerse mediante el sacrificio, con corazón puro y puras manos.

1855. *Consigna:* Plan de celo comenzando por nosotros mismos: Hacer, poner por obra aquello que decimos y predicamos.

II. LA EUCARISTÍA

1) La presencia real de Cristo, pan de vida

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1856] Sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. (*Misterio eucarístico SCa 1 Introducción*)

[1857] En este admirable Sacramento se manifiesta el amor «más grande», aquel que impulsa a «dar la vida por los propios amigos» (cf. *Jn 15,13*). En efecto, Jesús «los amó hasta el extremo» (*Jn 13,1*). (ibid.)

[1858] Con esta expresión, el evangelista presenta el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos. Del mismo modo, en el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos «hasta el extremo», hasta el don de su cuerpo y de su sangre. (ibid.)

[1859] ¡Qué emoción debió embargar el corazón de los Apóstoles ante los gestos y palabras del Señor durante aquella Cena! ¡Qué admiración ha de suscitar también en nuestro corazón el Misterio eucarístico! (ibid.)

[1860] En el Sacramento del altar, el Señor viene al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1,27), acompañándole en su camino. En efecto, en este Sacramento el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. (SCa 2a *Alimento de la verdad*)

[1861] Puesto que sólo la verdad nos hace auténticamente libres (cf. *Jn* 8,36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la Verdad. San Agustín, con un penetrante conocimiento de la realidad humana, puso de relieve cómo el hombre se mueve espontáneamente, y no por coacción, cuando se encuentra ante algo que lo atrae y le despierta el deseo. Así pues, al preguntarse sobre lo que puede mover al hombre por encima de todo y en lo más íntimo, el santo obispo exclama: «¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?» (ibid.)

[1862] Todo hombre lleva en sí mismo el deseo indeleble de la verdad última y definitiva. Por eso, el Señor Jesús, « el camino, la verdad y la vida » (*Jn* 14,6), se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad. (ibid.)

[1863] En efecto, Jesucristo es la Verdad en Persona, que atrae el mundo hacia sí. «Jesús es la estrella polar de la libertad humana: sin él pierde su orientación, puesto que sin el conocimiento de la verdad, la libertad se desnaturaliza, se aísla y se reduce a arbitrio estéril. Con él, la libertad se reencuentra». (SCa 2b)

[1864] Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la verdad del amor, que es la esencia misma de Dios. Ésta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre. (SCa 2c)

[1865] Por eso la Iglesia, cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a anunciar a todos, «a tiempo y a destiempo» (2 *Tm* 4,2) que Dios es amor. Precisamente porque Cristo se ha hecho por nosotros alimento de la Verdad, la Iglesia se dirige al hombre, invitándolo a acoger libremente el don de Dios. (ibid.)

[1866] La primera realidad de la fe eucarística es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario. En el diálogo de Jesús con Nicodemo encontramos una expresión iluminadora a este respecto: « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él » (*Jn* 3,16-17). (SCa 7a *Santísima Trinidad y Eucaristía El pan que baja del cielo*)

[1867] Estas palabras muestran la raíz última del don de Dios. En la Eucaristía, Jesús no da « algo », sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino. Él es el Hijo eterno que el Padre ha entregado por nosotros. (SCa 7b)

[1868] En el Evangelio escuchamos también a Jesús que, después de haber dado de comer a la multitud con la multiplicación de los panes y los peces, dice a sus interlocutores que lo habían seguido hasta la sinagoga de Cafarnaúm: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (*Jn* 6,32-33); y llega a identificarse él mismo, la propia carne y la propia sangre, con ese pan: « Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo» (*Jn* 6,51). (SCa 7c).

[1869] Jesús se manifiesta así como el Pan de vida, que el Padre eterno da a los hombres. «El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (*Jn* 6,51). Con estas palabras el Señor revela el verdadero sentido del don de su propia vida por todos los hombres y nos muestran también la íntima compasión que Él tiene por cada persona. (ibid.)

[1870] En efecto, los Evangelios nos narran muchas veces los sentimientos de Jesús por los hombres, de modo especial por los que sufren y los pecadores (cf. *Mt* 20,34; *Mc* 6,54; *Lc* 9,41). Mediante un sentimiento profundamente humano, Él expresa la intención salvadora de Dios para todos los hombres, a fin de que lleguen a la vida verdadera. (ibid.)

[1871] Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de su propia vida que Jesús hizo en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. (*SCa* 88a *Eucaristía, misterio que se ha de ofrecer al mundo. Eucaristía: pan partido para la vida del mundo*)

[1872] Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que « consiste precisamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. (ibid.)

[1873] Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo». De ese modo, en las personas que encuentro reconozco a hermanos y hermanas por los que el Señor ha dado su vida amándolos «hasta el extremo» (*Jn* 13,1). (*SCa* 88b)

[1874] Por consiguiente, nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse « pan partido » para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. (ibid.)

[1875] Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: « dadles vosotros de comer » (*Mt* 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo. (*SCa* 88c)

[1876] La unión con Cristo que se realiza en el Sacramento nos capacita también para nuevos tipos de relaciones sociales: «la "mística" del Sacramento tiene un carácter social». En efecto, «la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán» (*SCa* 89a *Implicaciones sociales del Misterio eucarístico*)

[1877] A este respecto, hay que explicitar la relación entre Misterio eucarístico y compromiso social. La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. *Ef* 2,14). (ibid.)

[1878] Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. *Mt* 5,23- 24). Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. (ibid.)

[1879] No cabe duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. (*SCa* 89b)

[1880] La Eucaristía, a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración. Como he afirmado, la Iglesia no tiene como tarea propia emprender una batalla política para realizar la sociedad más justa posible; sin embargo, tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. (ibid.)

[1881] La Iglesia «debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar». (SCa 89c)

1882. *Fuego he venido a meter en la tierra, y quiero que abrasa todo.* Y es como si Jesús hubiese aclarado: todo mi testamento se reduce a una sola cláusula, y esa cláusula sólo tiene una palabra, y esa palabra no la quiero dejar escrita en papel muerto, por fino y elegante que sea; el blanco pergamino donde yo he querido escribir mi última palabra de amor, soy Yo mismo; es en la blanca e inmaculada Hostia, es en mi amante Corazón donde con sangre divina quedará escrito para siempre este testamento de mi *amor*.

1883. Hostia y Víctima seréis, Jesús, desde el seno de vuestra purísima Madre hasta el fondo solitario de los sagrarios, pasando por los desbordamientos del cenáculo, por las agonías y traiciones del huerto y por las torturas humillantes del Gólgota, sacrificado en un perpetuo «fiat» para cumplir en todo la voluntad de vuestro Padre y salvar y rescatar al género humano.

1884. A su inmolación cruenta en la cruz Jesús anticipó su inmolación incruenta, al instituir el gran sacramento. Lo hizo para darnos la tremenda lección de entrega y donación, donación que nos santifica y nos eleva, adentrándonos misteriosamente en Él y en sus divinos secretos.

1885. El «fiat» de Getsemaní se prolonga en todas direcciones y su eco conmovedor resuena en torno de nuestros altares. Atiende con fe y recogimiento, y oirás la voz humilde y resignada del divino Nazareno: Padre mío, si este cáliz de mi perpetua inmolación eucarística no puede cesar hasta el fin de los tiempos por el hombre, hágase tu voluntad.

1886. La Eucaristía, multiplicada y distribuida hoy por todo el mundo, es la copia auténtica donde leerán hasta el fin de los siglos todas las generaciones la conmovedora palabra del *amor* que Jesús, en la última noche de su vida, dejó escrita y rubricada en tan maravillosa forma.

1887. Jesús vivió ansiando el momento de dar al hombre la prueba más estupenda de su amor. Este momento fue el de la institución de la Eucaristía. Esta es la obra maestra del poder de Dios.

1888. La prueba de amor más grande, más sublime, la prueba única y exclusiva de Jesús es la institución de la Eucaristía.

1889. Jesús preparará una gran cena y convidará a todo el mundo, incluso a los cojos, ciegos y marginados. Y aún más: Él se convertirá en manjar delicioso y se dará generosamente, y mandará que le coman, y todo el que quiera salvarse deberá asistir a este convite, donde Él es el manjar.

1890. *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros.* ¿Quién es capaz de dar exactamente y a la medida con el misterioso e infinitamente amoroso plan que en su divino Corazón fraguaba Jesús cuando esto decía?

1891. Jesús se nos hizo accesible: de niño, en Belén; de obrero, en Nazaret; de amigo, en Betania; de víctima, en la cruz; bajo las especies sacramentales es accesible hasta la *manducación*.

1892. Cristo es sacerdote y hostia por y para los hombres, para que la justicia del Padre quede satisfecha y bien cumplida gracias a este sacrificio del Hijo, y lo que, en expresión de San Pablo, le falta a este sacrificio de la cruz, lo completa el cristiano con su sacrificio en favor de los mismos hombres.

1893. En la Hostia está vivísimo, indivisible, el Corazón de Jesús; ahí está todo su amor, no le falta ni un latido, ni una fibra, ni una chispa de su inmenso volcán. Todo es mío; mío su amor sensible con todas sus ternuras; mío su amor espiritual con todas sus finezas; mío su amor divino con toda su inmensidad y eternidad. Ahí Jesús, con todos sus amores, me ama.

1894. Jesús está oculto, pero Jesús está *vivo*, real y verdaderamente *vivo*. Las especies sagradas velan su sustancia, y la sustancia vela y encubre su persona divina; pero está, vive allí, vive infinitamente bienaventurado y glorioso como lo está a la diestra del Padre.

1895. Jesús es nuestro gran prisionero. En el Sagrario tenemos al Dios de la vida y de la propiciación; allí están sus méritos infinitos, su cuerpo y su sangre, precio de nuestra redención, vida de nuestra vida, prenda de nuestra resurrección y de nuestra vida eterna.

1896. Que los hombres sepan que, tras los accidentes de esa blanca hostia, no se oculta simplemente *una cosa*, sino *un ser viviente*, pletórico de vida divina y humana, *Alguien* que vive y cuya vida es actividad continua e incesante.

1897. En línea recta, sin desvío ni alteración alguna, llega a nosotros desde las inaccesibles alturas de la Santísima Trinidad, por medio de Jesús, Verbo encarnado presente en la Comunión, la vida de la gracia.

1898. Jesús *vive* en la Eucaristía y es Él allí nuestra vida real, sobrenatural, divina, y de Él vivimos y viviremos eternamente. Allí vive también su Corazón y su Corazón es nuestra vida; y allí vive su amor, porque su amor es su vida y su ser; y nosotros, al vivir en Él, vivimos de su amor, de su amor real, como es real su Corazón y lo es su Eucaristía.

1899. En esa Hostia divina que todos los días recibimos está en primer término el corazón físico de Jesús, su corazón de carne, cuyos latidos sintió María cuando le llevaba en su seno y en sus brazos. Ahí está ese delicado órgano, el más vital de su sacratísimo cuerpo, por donde circuló su divina sangre.

1900. La sangre de Cristo obra maravillas en nuestra alma. Es vino que endulza, vino que conforta, vino que deleita y recrea, vino que engendra vida. Es sangre que rescata, que redime, que perdona, que purifica, que santifica. Es sangre que clama al cielo con fuerza más irresistible, más poderosa que la de Abel y la de los mártires; es mi tesoro, mi don, mi satisfacción.

1901. La realidad más estupenda de la vida cristiana es el mismo Jesús realmente presente y vivo en la Eucaristía, para que nosotros vivamos, no sólo pensando y meditando y amando los recuerdos de un Dios ya accesible, sino comiendo y saboreando la realidad viva, dulcísima, cuya vida divina directamente vivifica, sustenta, sobrenaturaliza y diviniza la vida de nuestro espíritu, santificando al mismo tiempo con él hasta nuestra carne, que por su virtud un día ha de convertirse de corruptible en incorrupta.

1902. Todo un Dios, con todo su poder, su grandeza, su sabiduría, su misericordia, su amor, sus sacrificios, sus méritos y santas obras está como reconcentrado en una pequeña hostia, que yo como para mi bien.

1903. Jesús no sólo se hace presente en el altar para que le adoremos y le ofrezcamos al Padre eterno como Hostia y Víctima por nuestros pecados; ni siquiera para que estemos con Él en íntima visita y dulce compañía de mutuas comunicaciones, sino principalmente para ser nuestra comida, nuestro alimento, alimento vital del alma, a fin de que comiéndole, sea mantenimiento de nuestro espíritu y tengamos vida, vida de gracia aquí en la tierra y vida de gloria allí en el cielo.

1904. La pasión del cuerpo de Jesús la vio toda Jerusalén; la del alma, nadie, fuera de su Madre, la comprendió, De la misma manera la soledad de un sagrario todo el mundo la ve; la soledad y el abandono de Jesús dentro de él nadie o pocos la ven.

1905. Jesús es el Dios escondido. El encubrimiento de Cristo en la Eucaristía es en supremo grado misterioso y divino. Allí se oculta a nuestras miradas bajo pobres signos infinitamente distantes de su infinita grandeza, restringiendo en los accidentes de pan y de vino hasta su propia personalidad, bajo las formas de *mera sustancia*, para ser sustento de las almas.

1906. En la encarnación el Verbo se escondió en la naturaleza humana; en la Eucaristía la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesús es la que, por sí y en virtud del sacramento, se hace presente, y aun esto lo encubren los velos misteriosos de la hostia y el vino. Ahí todo se esconde, lo divino y lo humano, el ser y la vida; y ante el gran misterio, si la luz divina no nos ilumina, pasaremos sin aperebirlo ni sentirlo.

2) Sacrificio único y sacramento de comunión

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1907] En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf. *Ef* 1,10; 3,8-11). En ella, el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor (cf. 1 *Jn* 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cf. *Lc* 22,14-20; 1 *Co* 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. (SCa 8a *Don gratuito de la Santísima Trinidad*.)

[1908] Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios (cf. *Gn* 2,7). Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf. *Jn* 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina. (ibid.)

[1909] Jesucristo, pues, «que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha» (*Hb* 9,14), nos comunica la misma vida divina en el don eucarístico. Se trata de un don absolutamente gratuito, que se debe sólo a las promesas de Dios, cumplidas por encima de toda medida. (ibid.)

[1910] La Iglesia, con obediencia fiel, acoge, celebra y adora este don. El «misterio de la fe» es misterio del amor trinitario, en el cual, por gracia, estamos llamados a participar. Por tanto, también nosotros hemos de exclamar con san Agustín: «Ves la Trinidad si ves el amor». (SCa 8b.)

[1911] La misión para la que Jesús vino a nosotros llega a su cumplimiento en el Misterio pascual. Desde lo alto de la cruz, donde atrae todo hacia sí (cf. *Jn* 12,32), antes de «entregar el espíritu» dice: «Todo está cumplido» (*Jn* 19,30). En el misterio de su obediencia hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. *Flp* 2,8), se ha cumplido la nueva y eterna alianza. (SCa 9a *Eucaristía: Jesús, el verdadero Cordero inmolado. La nueva y eterna alianza en la sangre del Cordero.*)

[1912] La libertad de Dios y la libertad del hombre se han encontrado definitivamente en su carne crucificada, en un pacto indisoluble y válido para siempre. También el pecado del hombre ha sido expiado una vez por todas por el Hijo de Dios (cf. *Hb* 7,27; 1 *Jn* 2,2; 4,10). (ibid.)

[1913] Como he tenido ya oportunidad de decir: «En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es el amor en su forma más radical» (ibid.)

[1914] En el Misterio pascual se ha realizado verdaderamente nuestra liberación del mal y de la muerte. En la institución de la Eucaristía, Jesús mismo habló de la « nueva y eterna alianza », estipulada en su sangre derramada (cf. *Mt* 26,28; *Mc* 14,24; *Lc* 22,20). (ibid.)

[1915] Esta meta última de su misión era ya bastante evidente al comienzo de su vida pública. En efecto, cuando a orillas del Jordán Juan Bautista ve venir a Jesús, exclama: « Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1,19). Es significativo que la misma expresión se repita cada vez que celebramos la santa Misa, con la invitación del sacerdote para acercarse a comulgar: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor». (ibid.)

[1916] Jesús es el verdadero cordero pascual que se ha ofrecido espontáneamente a sí mismo en sacrificio por nosotros, realizando así la nueva y eterna alianza. La Eucaristía contiene en sí esta novedad radical, que se nos propone de nuevo en cada celebración. (SCa 9b)

[1917] De este modo llegamos a reflexionar sobre la institución de la Eucaristía en la última Cena. Sucedió en el contexto de una cena ritual con la que se conmemoraba el acontecimiento fundamental del pueblo de Israel: la liberación de la esclavitud de Egipto. Esta cena ritual, relacionada con la inmolación de los corderos (*Ex* 12,1- 28.43-51), era conmemoración del pasado, pero, al mismo tiempo, también memoria profética, es decir, anuncio de una liberación futura. (SCa 10. *Institución de la Eucaristía*)

[1918] En efecto, el pueblo había experimentado que aquella liberación no había sido definitiva, puesto que su historia estaba todavía demasiado marcada por la esclavitud y el pecado. El memorial de la antigua liberación se abrió así a la súplica y a la esperanza de una salvación más profunda, radical, universal y definitiva. (ibid.)

1919. Jesucristo víctima se nos presenta, en el sacrificio de la Misa, aceptando para sí la muerte que nosotros merecíamos y ofreciéndonos la vida que nosotros habíamos perdido en el primer Adán.

1920. Jesús en el gran sacramento, en virtud de las palabras consecratorias, redúcese como a un estado de muerte y de anonadamiento, siendo derramada su preciosa sangre para la remisión de los pecados.

1921. Sabemos que si el mundo está en pie es porque hay en medio de él una víctima infinitamente santa que honra, glorifica y adora, con adoración y alabanza divinas, a la Majestad de Dios, que justamente reclama la adoración de toda la creación. Hay un Corazón inmolado para rendir incesante tributo de alabanza y acción de gracias, cumpliendo el deber de gratitud que hacia Dios tiene el hombre. Aunque son innumerables e inmensos los pecados

del mundo, hay una propiciación infinita, una reparación y satisfacción inagotables. Esta hostia pacífica y pacificadora está continuamente implorando en nuestro favor la misericordia de Dios, que se abre con todos los tesoros de gracias, en la medida que el mundo la necesita para su actual redención.

1922. Hay todavía una inmolación, un sacrificio por el pecado, que, reproduciendo el sacrificio de la cruz, hace fluir la sangre de la víctima, y por ella y con ella el torrente de gracia y de perdón. Sobre la cruz acumuló Jesús los infinitos tesoros de nuestro rescate y sobre el altar nos son distribuidos y aplicados; en el altar, como en la cruz, la misma sangre es derramada para la remisión de los pecados.

1923. Cristo nuestro Señor desde la cuna hasta el Calvario y hasta el fin de los tiempos es hostia por los pecados del mundo.

1924. El cuerpo y la sangre de Jesucristo son inmolados por nosotros para ser nuestro alimento. He ahí el *don* que el mundo desconoce y también muchas personas buenas que lo frecuentan sin saberlo.

1925. Que el Espíritu Santo que mora en nosotros nos guíe siempre al templo; que el don de su luz nos ilumine para que tengamos la dicha de ver, de reconocer y de penetrar el gran misterio del altar; que su plena posesión nos extasíe; que el exceso de su gozo haga estallar de amor nuestro corazón.

1926. Gran misterio, gran secreto es la santa Misa, donde están encerrados los tesoros infinitos de la divinidad.

1927. No hemos de encontrar mejor punto de partida para nuestra vida interior, de intimidad, de amor y de unión con nuestro Dios que la santa Misa, devota, pausada, atenta y amorosamente *vivida*.

1928. La Misa es el gran sacrificio que recuerda, reproduce y representa de modo esencial el sacrificio cruento de la cruz. Jesús es aquí inmolado como sobre la cruz; su cuerpo es ofrecido por nosotros, es nuestra oblación, nuestra víctima; por nosotros fluye su sangre de la cruz y del cáliz, para que la bebamos y por ella seamos purificados.

1929. El sacerdote, hoy, en la santa Misa, hace lo que hizo Jesús en la última Cena: le obedece y dice la Misa con Jesús, como Jesús y por virtud de Jesús. Bendice y consagra repitiendo las mismas palabras proferidas por Jesús, y esas palabras omnipotentes hacen que la sustancia del pan y del vino desaparezca y a ella suceda la sustancia del cuerpo y de la sangre del Señor, uno y otra inmolados, sacrificados, ofrecidos a Dios; sacrificio de propiciación y de paz para remisión de los pecados y sustento de las almas.

1930. No tenemos en nuestras manos fuerza, resorte, acción y elemento vital más poderosos y eficaz para la propia santificación y el bien de los hombres que la santa Misa. Ahí Jesucristo prolonga toda la virtud y acción redentora de su vida y de su muerte.

1931. El don de Dios es Jesús mismo, que se ofrece al Padre eterno, y el Padre nos lo ofrece para nuestra redención y santificación en el incruento sacrificio de la Misa, para que sea nuestro alimento bajo las especies de pan y vino.

1932. La obra magna a favor de los hombres es la ofrenda de este sacrificio en la Misa por ellos. Y esta ofrenda no es obra exclusiva del sacerdote; también los fieles ayudan, cooperan, participan y son verdaderos oferentes de este sacrificio.

1933. La actitud más edificante de un cristiano es ofrecer al Padre eterno a Cristo y ofrecerse con Él.

1934. Cristo se ofreció una vez en la cruz y se ofrece perpetuamente en el sacrificio del altar. Cristo se ofrece a sí mismo y es ofrecido en la Misa por el sacerdote y por los fieles. Mas en este ofrecimiento es parte de la ofrenda el cristiano que está unido a Cristo, como miembro suyo, de suerte que al hacerse la ofrenda de la Cabeza se debe hacer también juntamente la de los miembros. De otro modo sería mutilar a Cristo, según la enérgica expresión de Bossuet.

1935. La ofrenda completa, digna del Padre, es Cristo, a quien como miembro y complemento va unido el cristiano. Luego el cristiano debe unirse con Cristo, hasta formarse entre ambos un solo Cristo completo. Eso es vivir plenamente la conocida frase de San Pablo: *Vivo yo, no yo, sino Cristo en mí*. La vocación de cristiano es inseparable de la condición de entregamiento y víctima.

1936. Oíd la santa Misa ofreciendo vosotros con el sacerdote vuestra misa. En ella ofreceos vosotros mismos; poned en el cáliz del Señor, convertido todo en sangre redentora, vuestra carne, sangre, alma, obras, oraciones, vuestras enfermedades, penas íntimas, todos vuestros sacrificios.

1937. En la santa Misa renovaréis vuestra ofrenda completa a Jesús, y por Jesús y en unión con Jesús, víctima divina, al eterno Padre, una vez que os hayáis purificado y santificado por el Espíritu Santo.

1938. Al levantar en la consagración la Hostia divina, con ella hemos de levantar nuestra propia hostia, nuestra alma y nuestro cuerpo, y esta nuestra consagración supone una como preparación de la hostia que es la vida de inmólación continua, de mortificación, de abnegación y de sacrificio en que es menester vivir de continuo. El cristiano se amasa, se tuesta y se hace hostia de pan para consagrarse e inmólarse en su vida.

1939. Ofreced vuestra misa, ofreced el gran sacrificio por manos del ministro por la redención del **mundo**, por la conversión de los pecadores, por la santificación de los justos y por la glorificación de las almas, que esperan su rescate en el purgatorio. Explotad este tesoro infinito; sacad de esta mina que no se agota; bebed y dad de beber de esta divina fuente que no se seca. Que la sangre redentora de Cristo se aproveche bien.

1940. ¡Las almas comen a Jesús! Si las almas se dejaran *comer* de Jesús... Dejarse comer, quiero decir dejarse recibir de Jesús. Dejar que Él se apodere de las almas, de su inteligencia, de su libertad, de su voluntad, de su corazón, de su amor, de todo su ser.

1941. Las almas reciben a Jesús entero, a todo Jesús; pero Jesús no recibe a las almas, porque las almas no se dejan recibir de Jesús, no se dan a Jesús, no se entregan.

1942. Seamos eucaristía, pan de Cristo, haciendo *vida* y pan de nuestra vida la amorosa voluntad de Jesús.

1943. Como Él, hemos de hacer de nuestro vivir, al servicio de su querer y de su amor, una inmolación constante, un dejar que el Amor, Cristo, Eucaristía, muele todos los granos de trigo que forman nuestra existencia, separando la corteza, la cáscara, la paja y lo que no sea harina blanca y pura -labor constante de nuestra vida- y dejándonos triturar silenciosa y dócilmente, para convertirnos en hostia amasada en sangre de sacrificio y cocida en fuego de amores puros y santos, *eucaristía* para Jesús, para las almas, para la Iglesia, para el cielo.

1944. *Consigna:* Cristo en nosotros eucaristía santísima; nosotros en Cristo consagración, haciendo realidad sus más pequeños deseos, siendo trasunto de su vida, haciéndonos pequeña eucaristía para Él.

1945. El mismo que desde la cruz pidió perdón para mí, es el que en el banquete eucarístico me regala con amor infinito.

1946. En el fondo del sagrario vive aquel Verbo encarnado, queriendo encarnarse de nuevo para dar nueva vida divina al hombre.

1947. Jesús es fuente de nuestra vida en el sacramento de la Eucaristía. La comunión es la vida de Jesús en nosotros.

1948. La Encarnación y la Eucaristía: he aquí el abrazo de Dios al hombre, y a la vez la fuente de la caridad y de la gracia. Desde el seno de su Madre, Jesús no tiene más aspiración que darse y unirse al hombre, convertido en fuente de gracia y de amor.

1949. La comunión es el *sacramento de vida*, de la propia vida de Dios misteriosamente comunicada al alma humana mediante la gracia.

1950. La invención suprema de la caridad de Jesús es la comunión. Su amor infinito no pudo ir más allá. Su poder y su sabiduría no pudieron inventar medio más eficaz y fecundo para llevar a las almas a la vida divina. Comulgad con agradecimiento.

1951. Jesucristo quiere que moralmente seamos una cosa con Él, que nos transformemos en Él, a la manera que el amor transforma al amante en la cosa amada. Quiere la compenetración de nuestros pensamientos y de nuestros amores, llevada a cabo por el amor de la más fina amistad. A este fin va enderezado el aumento de la caridad que el sacramento de la Eucaristía produce *ex opere operato*.

1952. La comunión nos une, nos hace uno; uno con Jesucristo, y por Él, uno con su Padre, uno con el Espíritu Santo, uno con los demás fieles, con los del cielo, con los del purgatorio y con los de la tierra. Es el sacramento de la unión. Su efecto propio es unirnos, incorporarnos a Jesucristo.

1953. En la comunión, donde Jesús se adelanta a entregarse totalmente, el alma se entregará también a Jesús sin reserva alguna e incondicionalmente, estrechándose maravillosamente la perfecta unión de ambos en un solo *Corazón* y en un solo *Amor*.

1954. En esta presencia y unión íntima, todos los elementos trabajan incesantemente en favor de la conquista y santificación del hombre. El cuerpo de Cristo en la Eucaristía, en su estado sacramental sobre todos los demás fines, tiene el de la asimilación divina por medio del amor y de la manducación. El amor lleva a comer al amado. Se hace realidad la manducación del

uno por el otro: como dicen los santos; al comer nosotros a Cristo, Él nos come a nosotros; que éste, y no otro, es el sentido de aquellas palabras del Señor: *El que me come, en Mí mora y yo en él.*

1955. Comed de este pan divino para sustentar y aumentar en vosotros la vida divina. Comed para vivir. Comed la carne de Jesús y bebed su sangre para llenaros de su espíritu. Comed a Jesús para vivir de Jesús. Id al comulgatorio como el que va a la mesa, a comer, alimentarse, a nutrir la vida.

1956. Una comunión bien hecha nos puede hacer santos; pero para hacerla bien y con provecho debemos disponernos convenientemente a ella. La disposición necesaria y esencial es el estado de gracia y una recta intención, la cual excluye toda rutina o costumbre y exige el deseo de cumplir la voluntad de Dios, para más unirnos con Él por la caridad. A esta disposición esencial debemos añadir una preparación digna, de la cual depende una mayor o menor ganancia y fruto de nuestras comuniones.

1957. Llevad al altar la inocencia, llevad un corazón puro. Entrad vosotros *adentro* antes de que Jesús entre dentro de vosotros.

1958. Comulgad con amor. No comulgéis tanto para *pedir*; comulgad para *amar*.

1959. Comed a Jesús en la Eucaristía, no sólo sacramentalmente en las especies, sino también con el entendimiento; comed a Dios, a Jesús; con el alma, con la inteligencia, para convertirlo en nuestra propia sustancia y vida.

3) Vida eucarística en la Iglesia y junto al sagrario

Enseñanzas de Benedicto XVI

[1960] Con el mandato «Haced esto en conmemoración mía» (cf. *Lc* 22,19; *1 Co* 11,25), nos pide corresponder a su don y representarlo sacramentalmente. Por tanto, el Señor expresa con estas palabras, por decirlo así, la esperanza de que su Iglesia, nacida de su sacrificio, acoja este don, desarrollando bajo la guía del Espíritu Santo la forma litúrgica del Sacramento. (*SCa* 11b)

[1961] En efecto, el memorial de su total entrega no consiste en la simple repetición de la última Cena, sino propiamente en la Eucaristía, es decir, en la novedad radical del culto cristiano. Jesús nos ha encomendado así la tarea de participar en su « hora ». «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega». (ibid.)

[1962] Él «nos atrae hacia sí». La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, como una forma de «fisión nuclear», por usar una imagen bien conocida hoy por nosotros, que se produce en lo más íntimo del ser; un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos (cf. *1 Co* 15,28). (*SCa* 11c)

[1963] Por el Sacramento eucarístico Jesús incorpora a los fieles a su propia «hora»; de este modo nos muestra la unión que ha querido establecer entre Él y nosotros, entre su persona y la Iglesia. En efecto, Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo. (*SCa* 14a. *Eucaristía e Iglesia Eucaristía, principio causal de la Iglesia*)

[1964] Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre la relación entre el origen de Eva del costado de Adán mientras dormía (cf. Gn 2,21-23) y de la nueva Eva, la Iglesia, del costado abierto de Cristo, sumido en el sueño de la muerte: del costado traspasado, dice Juan, salió sangre y agua (cf. *Jn* 19,34), símbolo de los sacramentos. (ibid.)

[1965] Contemplar «al que atravesaron» (*Jn* 19,37) nos lleva a considerar la unión causal entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia. En efecto, la Iglesia «vive de la Eucaristía. Ya que en ella se hace presente el sacrificio redentor de Cristo, se tiene que reconocer ante todo que «hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia». (*SCa* 14b)

[1966] La Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo. Por tanto, en la sugestiva correlación entre la Eucaristía que edifica la Iglesia y la Iglesia que hace a su vez la Eucaristía. (ibid.)

[1967] La primera afirmación expresa la causa primaria: la Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía precisamente porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz. La posibilidad que tiene la Iglesia de «hacer» la Eucaristía tiene su raíz en la donación que Cristo le ha hecho de sí mismo. (ibid.)

[1968] Descubrimos también aquí un aspecto elocuente de la fórmula de san Juan: «Él nos ha amado primero» (1Jn 4,19). Así, también nosotros confesamos en cada celebración la primacía del don de Cristo. En definitiva, el influjo causal de la Eucaristía en el origen de la Iglesia revela la precedencia no sólo cronológica sino también ontológica del habernos «amado primero». Él es quien eternamente nos ama primero. (*SCa* 14c)

[1969] La Eucaristía es, pues, constitutiva del ser y del actuar de la Iglesia. Por eso la antigüedad cristiana designó con las mismas palabras *Corpus Christi* el Cuerpo nacido de la Virgen María, el Cuerpo eucarístico y el Cuerpo eclesial de Cristo (*SCa* 15 *Eucaristía y comunión eclesial*)

[1970] Este dato, muy presente en la tradición, ayuda a aumentar en nosotros la conciencia de que no se puede separar a Cristo de la Iglesia. El Señor Jesús, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio por nosotros, anunció eficazmente en su donación el misterio de la Iglesia. (ibid.)

[1971] Es significativo que en la segunda plegaria eucarística, al invocar al Paráclito, se formule de este modo la oración por la unidad de la Iglesia: «que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo». (ibid.)

[1972] Este pasaje permite comprender bien que la res del Sacramento eucarístico incluye la unidad de los fieles en la comunión eclesial. La Eucaristía se muestra así en las raíces de la Iglesia como misterio de comunión. (ibid.)

1973. Jesús en el sagrario, renovando la misma oblación y sacrificio, despojado de todo, hasta de su propia vida aparentemente, hace la entrega de todo lo que es en manos de cualquiera, sea justo, o pecador. A todos se entrega sin queja. Como las suyas deben ser mi abnegación y mi entrega, lo mismo para lo fácil que para lo difícil.

1974. Jesús en el sagrario continúa la obra de la salvación. Desde ese rincón obra portentos en las almas. ¿Y quién se acuerda de Él?

1975. Los fuertes o los castillos defienden las ciudades. Los fuertes de la Iglesia y de los cristianos son los sagrarios. Mientras Jesús viva entre nosotros y nosotros estemos con Él, no seremos vencidos.

1976. *El sagrario ocupado* es el mayor y el más grandioso y admirable misterio de Dios en la tierra. Es la escondida morada del anonadado Verbo de Dios hecho hombre, el Redentor del mundo, el Mediador entre el hombre y Dios. Es la vivienda donde vive el Jesús de la cuna, del cenáculo, de la cruz; el Jesús de los abandonos, de los desprecios, de las humillaciones; donde vive más anonadado que en la gruta, más humilde que en el taller, más ultrajado que en la cruz, más abandonado que en el sepulcro. El sagrario es para Él sepulcro, cruz, cenáculo, taller y cuna.

1977. El sagrario es *cátedra* donde, en el silencio de las voces, Jesús habla a la inteligencia y al corazón de los que no se dejan distraer por lo exterior.

1978. El sagrario es *taller* donde Jesús opera con actividad incesante, las más sorprendentes transformaciones en las almas que allí se le acercan dispuestas.

1979. El sagrario es *cenáculo*, en cuya mesa se regalan con manjar divino los que han hambre y sed de justicia, de santidad y de amor.

1980. El sagrario es *cruz* incruenta, en cuyos brazos Jesús extiende los suyos y en torrentes de la sangre que derrama es Mediador entre el hombre y su Padre y ora por los justos y por los pecadores.

1981. El sagrario es *sepulcro*, donde yace muerto místicamente y sacrificado, inmolado, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

1982. El sagrario no es un sepulcro en el que no aparecen señales de vida, Jesús está allí vivo; no ocioso, sino en actividad asombrosa. El es el centro de la vida y de la actividad más perfecta; obra siempre lo mismo que su Padre, y su acción principal consiste en infundir y mantener la vida en las almas.

1983. El Verbo eterno, con todo su ser, alaba del modo más digno a su Padre y narra sus grandezas. Él, la Palabra única, la única concepción, de la inteligencia, este Verbo, esta Palabra, calla en el fondo del tabernáculo. Calla y callará siempre. Es el silencio elocuente de un Dios que enseña escondiéndose y anonadándose.

1984. Jesús tiene aún mucho que decir. En el perfecto silencio del sagrario cabe la comunicación de hablas interiores. No se oyen las voces, no se escuchan las palabras, pero se entienden en el secreto más íntimo del alma; se sienten murmullos de sus confidencias, cuando se cierran los sentidos al ruido exterior que nos turba y nos distrae.

1985. Sabemos que aquí, en el Sagrario, Jesús busca a las almas; aquí nos busca a nosotros, aquí nos aguarda día y noche en esperas interminables. Él nunca se cansa de buscar y de esperar.

1986. Si la cruz del Gólgota revela la misericordia de un Dios por el pecador, el misterio del sagrario revela el amor hacia aquel a quien la misericordia de la cruz ha otorgado el perdón.

1987. Jesús en el sagrario está solo. Su amor le ha encerrado entre duras rejas y no puede salir. El amor le ha robado la libertad.

1988. Nadie ni nada es tan accesible a nosotros como Jesús en la Eucaristía. Ahí ha establecido, entre nuestros corazones y el suyo, el comercio más regalado de amor y de amistad divina y santamente humana.

1989. La vida cristiana tiene una realidad portentosa en el sagrario. Jesús vino a vivir, triunfando de la muerte con su muerte, y, viviendo vida inmortal, a comunicar a los regenerados por su Espíritu su vida divina y eterna por medio del real y viviente manjar de su Eucaristía.

1990. He ahí el principio de nuestra vida eucarística. Comencemos por creer firmemente con fe viva en el gran misterio del altar. Vivamos de una fe intensa. Avivémosla al mirar la puerta del sagrario; hagamos vivir a la fe en nuestro corazón y en nuestra inteligencia.

1991. A través de la santa Hostia vemos toda la carrera de humillaciones y de sacrificios, de triunfos y de glorias de Jesús. Y visto así Jesús, en la Hostia, ¡qué suma de maravillas y portentos es!

1992. Los únicos capaces de penetrar y descubrir, a través de la puerta del sagrario, el mismo cielo bajando a la tierra para consuelo y alivio de los desterrados hijos de Adán, son aquellos a quienes no la carne y sangre, sino el Padre eterno, les da la luz de la revelación.

1993. Probad a Jesús vuestro amor constante. Permaneced a su lado, quedaos junto a su sagrario, perseverad en su amor.

1994. Habla, di si no es para ti gozo, aliento, paz y consuelo ese Dios escondido y tan cercano a ti, de quien es propio compadecerse, perdonar y consolar.

1995. La visita al sagrario es un señalado bien para mí, un bien para la parroquia y un bien consolador para el mismo Jesús, que está allí por amor mío y de todos.

1996. No es igual entrar en una iglesia solitaria, donde nadie da señales de vida, donde todo suena a vacío, causa tristeza, recuerda a un solitario Getsemaní, que entrar en otra en la que, desde el mismo pórtico hasta las gradas del altar, se siente y se ve un ir y venir de personas fervorosas, como las abejas en torno a su colmena en las horas de pleno sol.

1997. Es urgente el calor del sagrario. Al calor del sagrario se templan los corazones y se forman los héroes y se agigantan las almas. Al calor del sagrario se purifican los afectos, se conciben magnánimas resoluciones y se acometen grandes empresas. Al calor del sagrario se enardecen los espíritus y se fortifica el celo. Al calor del sagrario, bajo la influencia de sus reflejos divinos, sólo se vive y se obra.

1998. Desde las más pequeñas insinuaciones de la obediencia hasta los mayores sacrificios y cruces, el justo, caldeado en la fragua de la oración junto al sagrario, lo toma todo con serenidad, tranquilo, valeroso y alegre.

1999. Si la luz de mi fe fuese más clara y viva, yo percibiría en la divina Hostia el eco de la oración de Cristo prolongándose a través de los siglos.

2000. No hay necesidad de subir al cielo, ni siquiera de ir a postrarnos a los pies de un sagrario. Un sagrario viviente somos nosotros, y allí donde estamos está Dios, vive Él. Pues si Él vive en nosotros, ¿por qué nosotros no hemos de vivir en Él?

2001. El que vive de Dios vive en Dios; Dios es su huésped dulcísimo; Dios, viviendo en el corazón, infunde allí su vida. *En Él vivimos, nos movemos y somos.*

2002. Indudablemente, la flor de la virginidad en la Iglesia de Cristo es siempre fruto de la Eucaristía.

2003. ¿Dónde hallaremos el gran secreto de la virginidad en medio del siglo si no es en la santa Eucaristía y en su frecuente recepción?

2004. La virginidad tiene como especial manjar para su crecimiento y perfección la sagrada Comunión; ella es, según expresión de los Santos Padres, la que engendra vírgenes, la que santifica no sólo las almas, sino también los cuerpos, y la que apaga el fuego de la concupiscencia y enciende la llama del divino amor.

2005. El triunfo de la virginidad en los primeros tiempos del cristianismo fue fruto de la comunión diaria, de cuya fracción participaban todos, aun a costa de sacrificios

III. MARÍA, LA ACABADA A GUSTO DE DIOS

1) Predestinada e inmaculada pensando en Jesús

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2006] El misterio de la Inmaculada Concepción de María, (...)nos recuerda dos verdades fundamentales de nuestra fe: ante todo el pecado original y, después, la victoria de la gracia de Cristo sobre él, victoria que resplandece de modo sublime en María santísima. (BENEDICTO XVI *ÁNGELUS* Plaza de San Pedro. Lunes 8 de diciembre de 2008)

[2007] La existencia de lo que la Iglesia llama "pecado original" es de una evidencia aplastante: basta mirar nuestro entorno y sobre todo dentro de nosotros mismos. (ibid.)

[2008] En efecto, la experiencia del mal es tan consistente, que se impone por sí misma y suscita en nosotros la pregunta: ¿de dónde procede? Especialmente para un creyente, el interrogante es aún más profundo: si Dios, que es Bondad absoluta, lo ha creado todo, ¿de dónde viene el mal? (ibid.)

[2009] Las primeras páginas de la Biblia (*Gn* 1-3) responden precisamente a esta pregunta fundamental, que interpela a cada generación humana, con el relato de la creación y de la caída de nuestros primeros padres: Dios creó todo para que exista; en particular, creó al hombre a su propia imagen; no creó la muerte, sino que esta entró en el mundo por envidia del diablo (cf. *Sb* 1, 13-14; 2, 23-24), el cual, rebelándose contra Dios, engañó también a los hombres, induciéndolos a la rebelión. (ibid.)

[2010] Es el drama de la libertad, que Dios acepta hasta el fondo por amor, pero prometiendo que habrá un hijo de mujer que aplastará la cabeza de la antigua serpiente (*Gn* 3, 15). (ibid.)

[2011] Desde el principio, el "eterno consejo" —como diría Dante— tiene un "término fijo" (Paraíso, XXXIII, 3): la Mujer predestinada a ser madre del Redentor, madre de Aquel que se humilló hasta el extremo para devolvernos a nuestra dignidad original. (ibid.)

[2012] Esta Mujer, a los ojos de Dios, tiene desde siempre un rostro y un nombre: "Llena de gracia" (Lc 1, 28), como la llamó el ángel al visitarla en Nazaret. Es la nueva Eva, esposa del nuevo Adán, destinada a ser madre de todos los redimidos. (ibid.)

[2013] San Andrés de Creta escribió: "La Theotókos María, el refugio común de todos los cristianos, fue la primera en ser liberada de la primitiva caída de nuestros primeros padres" (Homilía IV sobre la Navidad, PG 97, 880 A). Y la liturgia de hoy afirma que Dios "preparó una digna morada para su Hijo y, en previsión de su muerte, la preservó de toda mancha de pecado" (Oración Colecta). (ibid.)

[2014] Queridos hermanos, en María Inmaculada contemplamos el reflejo de la Belleza que salva al mundo: la belleza de Dios que resplandece en el rostro de Cristo. En María esta belleza es totalmente pura, humilde, sin soberbia ni presunción. (ibid.)

[2015] Así se mostró la Virgen a santa Bernardita, hace 150 años, en Lourdes, y así se la venera en numerosos santuarios. Hoy, por la tarde, siguiendo la tradición, también yo le rendiré homenaje ante el monumento dedicado a ella en la plaza de España. Invoquemos ahora con confianza a la Virgen Inmaculada, repitiendo con el Ángelus las palabras del Evangelio, que la liturgia de hoy propone para nuestra meditación (ibid.)

2016. María vino al mundo a preparar una morada digna del Hijo de Dios.

2017. Vocación única y maravillosa fue la de María. El Hijo de Dios había de nacer en los desiertos arenales del mundo, y era menester que el Creador preparara un pequeño oasis de tierra fecunda; eso fue María. Bien pudo saludarla el ángel en el instante de fecundar el divino Espíritu aquella tierra virginal: *Ave, gratia plena*. Salve, la llena de gracia.

2018. El Sol divino que procede de su maternidad fulgura y resplandece en la virginidad de su Madre, y la virginidad se agiganta, se dignifica y diviniza, al recibir los resplandores de aquel Sol por la maternidad.

2019. María lleva en su corola escondido el fruto más sabroso y exquisito que vieron jamás los siglos. Es y será flor encantadora, cuyas divinas fragancias darán vida al fruto que sustenta.

2020. ¡Qué pocos abarcan a María en toda su extensión, en todo lo que Ella es! María es Reina y Señora de los cielos y de la tierra, Madre de Dios Hijo, Hija de Dios Padre, Esposa de Dios Espíritu Santo. Y, como tal, merece (y la Iglesia se lo tributa) un culto especial, distinto del que se da a Dios y del que se da a los demás santos.

2021. La beatísima Trinidad distingue y honra a María desde que, preservándola de la mancha de Adán, la ha enriquecido con la plenitud de la gracia y de los dones divinos, haciéndola participante y cooperadora en el gran misterio de la Encarnación y Redención del mundo, y haciéndola, además, Madre del género humano hasta encumbrarla en el cielo sobre todos los coros angélicos, próxima al trono de Dios, donde la aclaman por su Reina y por su Madre todos los bienaventurados.

2022. El hombre pecador empañó afeó y oscureció en gran parte la obra de la creación, aun materialmente considerada, y mucho más espiritual y sobrenaturalmente. La restauración de

esta obra es como una nueva creación, más grande y más costosa a Dios que la primera. Pues bien, esta restauración (esta redención) está cimentada sobre esa prodigiosa y predestinada criatura, la Virgen Inmaculada.

2023. Es María el primer destello de la aurora que nos trae en pos el venturoso día de la redención. Ella es la nube blanca que aparece en el horizonte e inundará la tierra de un diluvio de gracias; Ella, la vara de Jesé que producirá la divina flor, Jesús, sobre quien descenderá el Espíritu Santo y santificará y salvará al mundo; Ella, zarza que arde en llamas divinas, desde donde Dios escondido hablará y libertará a su pueblo del cautiverio. Ella, María, la inmaculada, la Virgen pura, la primera obra de la Omnipotencia divina, la primera en su mente en la creación, la primera en sus manos en la redención.

2024. María Virgen ha cautivado a Dios. El la tenía presente cuando preparaba los cielos y creaba los abismos. Por una Virgen ha comenzado la creación y la redención; por Ella nos han venido todas las gracias, por Ella ha venido Jesús, y por Ella se va a Jesús. Su belleza extasía a los ángeles, adorna los cielos y glorifica a la Iglesia.

2025. La Virgen Inmaculada es el triunfo de Dios sobre el infierno.

2026. Junto a la humanidad del Hijo, la primera criatura en la mente divina es la Virgen Inmaculada. En los siglos eternos Dios venía recreándose en las bellezas de su sublime concepción.

2027. María es la Inmaculada, la preservada de toda mancha desde su concepción. Dios creó una maravilla y tenía que ser sin mancilla. Vocación de esta criatura era ser madre de Jesús; su corazón sería un oasis virginal en los arenales del mundo.

2028. Creó el Señor un huerto misterioso y lo cercó para que nunca jamás el enemigo pudiese sembrar cizaña en él. Huerto cerrado es María y su tierra fertilísima es limpia e inmaculada desde el principio de su ser.

2029. Excelso y único privilegio de María, sólo de María y de ningún otro ser, es el de su concepción en gracia, sin mancha de pecado original. Este templo de Dios, fabricado por la mano del Omnipotente, no podía ser de ninguna manera profanado por el demonio antes de que fuera habitado por su legítimo dueño.

2030. Debemos meditar, para imitarla, en la santidad *negativa* de María, evitando no sólo la culpa; sino toda imperfección voluntaria. Eso es ser miniaturas de la Inmaculada.

2031. El privilegio especial de la Virgen es su santidad *positiva*: el haber sido concebida, por una especial predestinación de Dios, en la plenitud de la gracia; de suerte que el alma de María, en el mismo instante de tiempo en que es creada e infundida en el cuerpo, es también santificada en gracia, con la consiguiente prioridad de naturaleza, ya que primero es existir y luego ser adornada de gracia. En un mismo instante ha sido creada María a la vida natural y a la vida sobrenatural para el mundo y para Dios.

2032. A la gloria de la Inmaculada sigue siempre (porque la motiva) la gloria de Jesús. El triunfo de la Inmaculada es la aurora y el anuncio del triunfo de Jesús.

2033. La virginidad de María parece más bella y más sublime desde que Ella es Madre de Dios. La maternidad da el ser; la virginidad, la belleza.

2034. En la persona de María Santísima está la primera revelación de la virginidad hecha por el mismo Espíritu Santo al mundo. Ella es la primera virgen y la primera maestra de la virginidad, formada y enseñada no en las sinagogas de Galilea, ni siquiera en el templo de Jerusalén, sino en la escuela del mismo Espíritu Santo.

2035. Dios ha rodeado y como vestido a María con el gran portento de la virginidad. Este es el mayor milagro que ha hecho Dios en María; éste es el don peculiar, el distintivo único con que su omnipotencia ha querido distinguir a su Madre de entre todas las demás madres.

2036. Nadie como María ha podido conocer las maravillosas bellezas de la virginidad.

2037. La creación entera estaba en María. Dios tomó de Ella un destello de sus perfecciones, y como gotas de rocío las derramó en los espacios. De Ella son los rayos del Sol, el manto estrellado del firmamento; de Ella la inmensa alfombra de los fragantes jardines y el elevado pedestal de los montes más altos. Ella en el templo de Jerusalén es el pajarillo que canta alegre, y Ella en el Calvario es... La creación es un destello de María.

2038. Si aun en cuanto a su cuerpo virginal, según dice San Dionisio, era María la criatura más perfecta y bella que ha salido de las manos de Dios, ¿qué se dirá de su alma, tanto en su ser natural como en el sobrenatural? Admiremos la perfección, el equilibrio, la proporción acabada de sus potencias, su inteligencia preclara y luminosa, su voluntad noble, firme, invencible; el orden en sus pasiones, en sus emociones, en sus afectos.

2039. En María no falta ninguna cosa que pueda ser añadidura de hermosura o de riqueza, porque todas las hermosuras se encierran en Ella. Ella sola es más rica, hermosa y virtuosa que todos los santos juntos. Todo lo que nosotros podemos concebir en las almas, todo eso recogido y mucho más es la Santísima Virgen. La inteligencia humana no puede penetrar nunca en sus secretos, en sus hermosuras.

2040. No hay ninguna criatura que se parezca tanto a Dios como María, y por eso es tanta su hermosura.

2041. Esta tierra, María, ha sido abonada sin tasa ni medida por la divina y santificante gracia. Tierra santa, llena de gracia, en la cual trabaja, como divino y celestial hortelano, el mismo Espíritu Santo.

2) Madre de Dios y nuestra. Grandeza y lección de su «fiat»

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2042] Cómo no recordar, a la más acabada criatura salida del poder redentor de Cristo cuyo sí a la libertad encumbrada resuena con fuerza en nuestros corazones e interpela a la imitación. A ella Dios le expresó su voluntad y ella la quiso: «Hágase en mí según tu palabra» o, lo que es lo mismo, «Hágase tu voluntad»: hágase porque yo libremente la abrazo, la amo; hágase porque sé quién soy, porque me reconozco criatura, porque me sé dependiente. (*Homilía de Benedicto XVI en la Casa de María en Éfeso 2007*)

[2043] «A dónde tu vayas iré yo, y donde mores yo moraré; tu gente será mi gente, y tu Dios será mi Dios. La tierra que, muerta, te reciba en su seno, será la tierra donde yo muera y donde se abrirá mi sepultura? Que sólo la muerte me separe de Ti» (Ruth 1, 16-17). Ahí la actitud, ahí el ejemplo a seguir, la postura a adoptar. (ibid.)

[2044] Hemos escuchado el pasaje del Evangelio de Juan que invita a contemplar el momento de la Redención, cuando María, unida al Hijo en el ofrecimiento del Sacrificio, extendió su maternidad a todos los hombres, en particular, a los discípulos de Jesús.(ibid.)

[2045] Es ella misma, María, quien toma hoy de nuevo la iniciativa y nos dice con ternura materna que invita a la confianza, «Haced lo que Él os manda», dejad que se haga su voluntad, Él no puede buscar su mal u oprimirles y sí elevarles hacia Él. (ibid.)

[2046] Testigo privilegiado de ese acontecimiento fue el mismo autor del cuarto Evangelio, Juan, el único de los apóstoles que permaneció en el Gólgota, junto a la Madre de Jesús y a otras mujeres. (ibid.)

[2047] La maternidad de María, comenzada con el “fiat” de Nazaret, culmina bajo la Cruz. Si es verdad, como observa san Anselmo, que “desde el momento del “fiat” María comenzó a llevarnos a todos en su seno”, la vocación y misión materna de la Virgen con respecto a los creyentes en Cristo comenzó efectivamente cuando Cristo le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Juan 19, 26) (ibid.).

[2048] Viendo desde lo alto de la cruz a la Madre y a su lado al discípulo amado, Cristo al morir reconoció la primicia de la nueva Familia que vino a formar en el mundo, el germen de la Iglesia y de la nueva humanidad. Por este motivo, se dirigió a María llamándola “mujer” y no “madre”; término que sin embargo utilizó al confiarla al discípulo: “Ahí tienes a tu madre” (Juan 19, 27). (ibid.)

[2049] El Hijo de Dios cumplió de este modo con su misión: nacido de la Virgen para compartir en todo, salvo en el pecado, nuestra condición humana, en el momento del regreso al Padre dejó en el mundo el sacramento de la unidad del género humano (Cf. constitución “Lumen gentium”, 1): la Familia “congregada por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (San Cipriano, “De Orat. Dom”. 23: PL 4, 536), cuyo núcleo primordial es precisamente este vínculo nuevo entre la Madre y el discípulo. De este modo, quedan unidas de manera indisoluble la maternidad divina y la maternidad eclesial (ibid.)

[2050] María nos enseña que Cristo es la única fuente de nuestra alegría y nuestro único apoyo firme, y nos repite las palabras: “No tengáis miedo” (Marcos 6, 50), “Yo estoy con vosotros” (Mateo 28, 20). Y tú, Madre de la Iglesia, ¡acompaña siempre nuestro camino! ¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros. (ibid.)

[2051] El Evangelio de este cuarto domingo de Adviento nos vuelve a proponer el relato de la Anunciación (Lc 1,26-38), el misterio al que volvemos cada día al recitar el Ángelus. Esta oración nos hace revivir el momento decisivo en el que Dios llamó al corazón de María y, al recibir su “sí”, comenzó a tomar carne en ella. (*Ciudad del Vaticano 21-12-2008*)

[2052] La oración “Colecta” de la misa de hoy es la misma que se recita al final del Ángelus y, en italiano, dice así: “Derrama, Señor, tu gracia en nuestras almas, para que los que por el anuncio del ángel hemos conocido la encarnación de tu Hijo Jesucristo, por su pasión y su cruz seamos llevados a la gloria de su resurrección”. (ibid.)

[2053] A pocos días ya de la fiesta de Navidad, se nos invita a dirigir la mirada al misterio inefable que María ha custodiado durante nueve meses en su seno virginal: el misterio de Dios que se hace hombre. Y esta es la primera clave de la redención. La segunda es la muerte y resurrección de Jesús, y

estas dos claves inseparables manifiestan un único diseño divino: salvar a la humanidad y a su historia asumiéndolas hasta el final haciéndose cargo enteramente de todo el mal que nos oprime. (ibid.)

2054. María es Madre de Jesús, y esta dignidad la coloca tan cerca de Dios que la constituye en un rango especial, infinitamente superior, hasta cierto punto, a todo rango de la creación.

2055. María no vino al mundo a *predicar* la venida del Mesías, sino a *darle* al mundo. Toda la misión de María, en su máximo fundamento, estuvo en el misterio de la Encarnación. Formada Ella en la escuela del Espíritu Santo, por su virtud y operación completamente sobrenatural, concibió al Verbo en su mente y en sus entrañas y le dio al mundo.

2056. Ella [María] encerrará en su santísimo seno y dará al mundo al Dios de la justicia y de la verdad, al Dios de la paz y del bien, al Dios de la caridad y del amor.

2057. María merece ser alabada, honrada y venerada, como Reina y Madre de Dios, por todas las criaturas.

2058. María es Madre de Jesús y nuestra madre; en Ella, en su corazón, en su virginidad, Jesús y nosotros somos hermanos.

2059. María unió dos naturalezas en la persona divina. Allí se abrazaron lo más alto y lo más bajo.

2060. María quiere ayudarnos, es cierto; puede ayudarnos, también es certísimo, porque es *nuestra* Madre, muy *nuestra*, especialmente *nuestra*, y es Madre de Dios, y Dios, para honrarla, ha querido dárnoslo todo por sus manos maternas.

2061. María fue para nosotros causa y fuente de todos los bienes, como Eva lo había sido de todos los males; pues a Ella debemos la persona del Redentor y, por consiguiente, los méritos y gracias que de Jesucristo nos vienen.

2062. La Virgen supo por el ángel que el Hijo que había de concebir era Unigénito de Dios y que venía a redimir al mundo.

2063. María fue la segunda Eva, que para la divina maternidad tomó el Espíritu Santo y, cual fruto de sus entrañas, cuajó en ella un cuerpo purísimo formado de su carne y de su sangre, revistió de él al Verbo, y así, unida esa humanidad a su persona divina, el Hijo de Dios y de María redimió al hombre caído.

2064. María es el simbólico arco iris y la escala de Jacob, que toca el cielo y la tierra; la tierra con su ser natural, y el cielo con su santidad y virginidad de Madre de Dios. Por María bajó Jesús a la tierra, y por Ella deben los hombres subir al cielo.

2065. El mismo Hijo de Dios ha venido al mundo por María. En María se ha abrazado Dios con el hombre. Jesús es nuestro por María. De la misma manera, por María vamos todos a Jesús. Ella dio al Verbo de Dios nuestra naturaleza, nuestra carne, nuestra sangre. Por Ella el hombre se acerca a Dios; por Ella el pecador llega a la fuente de la misericordia; por Ella y en Ella el justo estrecha el lazo de sus francas y dulces intimidades con Jesús.

2066. Ciertamente es que en Nuestra Señora la más excelsa prerrogativa de todas las que adornan su preciosísima alma es la de su maternidad divina. Dios obró en María los más estupendos prodigios de gracia, en atención a su dignidad de Madre de Dios; mirando a esa dignidad llegó a trastornar las leyes inmovibles de la naturaleza. Pero también es cierto que no hay en María gracia, ni don, ni carisma que tanto la ensalce, hermosee, abrillante y hechice en su dignidad de Madre como su encantadora y limpiísima virginidad.

2067. Todas las flores, al cuajar el fruto, dejan caer sus hojas para presentar, en el cáliz desnudo que la flor creara, aquel fruto que salió de sus entrañas. Solamente una flor conservó intactas las blancas hojas que rodeaban el cáliz, quedando intacta la flor cuando se presentó el divino fruto que encerraban sus purísimas entrañas. Esta fue la santísima Virgen, azucena purísima, bella flor que, sin dejar caer las blancas hojas de su virginidad, presentó el fruto bendito, Jesucristo, Dios y hombre.

2068. María se ha entregado a Jesús, María todo lo espera y todo lo recibe de su Hijo. Él la cuida, Él la defiende, Él la consuela, la asiste y la sustenta. ¡Qué bien está María a la sombra de Jesús! ¡Qué feliz se siente en la intimidad de su Hijo Dios!

2069. Dios se ofrece a Dios desde los purísimos brazos de su Madre, La Madre, como madre y como sacerdote ofrece al Hijo y se ofrece Ella juntamente con el Hijo al Padre Eterno por nosotros, indignos pecadores, al mismo tiempo que los sacerdotes del templo con los ritos y ceremonias sagradas ofrecen los sacrificios diarios, mandados por la ley de Moisés.

2070. La gloria de ser Madre de Dios es muy grande; pero la precede una difícil entrega, como esclava, a la voluntad de Dios. Ese «fiat» envuelve una serie de sacrificios que se irán ofreciendo en el altar de su purísimo corazón, desde aquel instante hasta la mañana de la gloriosa resurrección que trocará en gloriosa y excelsa su divina maternidad.

2071. Si María aceptó las proposiciones del divino legado, lo hizo con miras a nuestra redención y deseosa de ella. Obró, pues, libre y conscientemente.

2072. María, primera redimida, aurora de la redención y, a la vez, cooperadora en la misma, es también la primera que se nos descubre y aparece en esa divina obra y la primera que pronuncia esta palabra: «fiat».

2073. En María, sus admirables títulos de Virgen y de Madre descansan en el ejercicio y práctica del continuo sacrificio. En el templo es consagrada su virginidad, en la anunciación es consagrada su maternidad, y en ambos momentos debía repetir Ella la misma fórmula: «Ecce ancilla Domini», «fiat». Es el «fiat» del sacrificio, del entregamiento, de la inmolación.

2074. Cuando bajaron al Hijo de la cruz, en ella quedó crucificada su Madre.

2075. María es angélica flor en su cuna, y es flor cuando en otra cuna mece al hijo de sus entrañas. Ella es azucena del paraíso entre las vírgenes del Templo. Flor, siempre inmaculada desde las entrañas de su madre Ana.

2076. La primavera es un cuadro vivo de la virginidad de María. Como en ella, en María todo es flor, todo limpieza, todo blancura, todo fragancia, todo luz, todo gracia.

2077. Si María es *rica* por lo que ha recibido de Dios, se hizo Ella riquísima por lo que luego ganó. Sus fundamentos fueron sobre la cumbre de las montañas; pero sus ascensiones son inconmensurables e inaccesibles para el hombre.

2078. Ninguna criatura como María ha respondido con tanta generosidad y fidelidad a los prodigiosos talentos recibidos en su alma de la mano del Soberano. No los enterró infructuosos, como el perezoso del Evangelio, sino que con actividad prodigiosa los dobló, como el que recibió los cinco o los dos.

2079. Desde que se ofreció incondicionalmente *ancilla Domini*, verdadera esclava del Señor, María le acompañará con asombrosa sumisión y fidelidad en toda la carrera de su vida mortal.

2080. María habló muy poco. Su cántico *Magnificat* dice muy bien lo que hubiera podido decir aquella sapientísima Virgen.

2081. En María el «fiat» de esclava, con sus costosos renunciamentos y entregas generosas a la acción divina, será el cotidiano ejercicio de su corazón..

2082. Su alma al cielo, el cielo a su alma; he ahí la vida completa de la Purísima.

2083. Rezad el santo rosario; rezadlo, porque es la oración y obsequio más agradable a nuestra Madre purísima. Cincuenta veces repetimos las celestiales palabras que el mismo Dios puso en boca del ángel, para saludarla en su nombre; es la dulce melodía que aquel ángel pone hoy en nuestra boca para perpetuar a través de los siglos el himno que él entonó en el retiro de Nazaret.

3) Acostumbrándose al Dios –Hombre y colaboradora suya

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2084] En la primera lectura, en el salmo responsorial y en el pasaje evangélico de hoy, se nos presenta tres veces y en forma siempre diferente a María, la Madre del Señor, como una mujer que ora. En el libro de los Hechos de los Apóstoles la encontramos en medio de la comunidad de los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, invocando al Señor, que ascendió al Padre, para que cumpla su promesa: "Seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días" (*Hch* 1, 5). (*HOMILÍA DEL SANTO PADRE* Plaza del santuario mariano de Altötting Lunes 11 de septiembre de 2006)

[2085] María guía a la Iglesia naciente en la oración; es casi la Iglesia orante en persona. Y así, juntamente con la gran comunidad de los santos y como su centro, está también hoy ante Dios intercediendo por nosotros, pidiendo a su Hijo que envíe su Espíritu una vez más a la Iglesia y al mundo, y que renueve la faz de la tierra. (*ibid.*)

[2086] Hemos respondido a esta lectura cantando con María el gran himno de alabanza que ella entonó cuando Isabel la llamó bienaventurada a causa de su fe. Es una oración de acción de gracias, de alegría en Dios, de bendición por sus grandes hazañas. El tenor de este himno es claro desde sus primeras palabras: "Proclama mi alma la grandeza del Señor". (*ibid.*)

[2087] Proclamar la grandeza del Señor significa darle espacio en el mundo, en nuestra vida, permitirle entrar en nuestro tiempo y en nuestro obrar: esta es la esencia más profunda de la verdadera oración. Donde se proclama la grandeza de Dios, el hombre no queda empequeñecido: allí también el hombre queda engrandecido y el mundo resulta luminoso. (*ibid.*)

[2088] Por último, en el pasaje evangélico, María pide a su Hijo un favor para unos amigos que pasan dificultades. A primera vista, esto puede parecer una conversación enteramente humana entre la Madre y su Hijo; y, en efecto, también es un diálogo lleno de profunda humanidad. (ibid.)

[2089] Pero María no se dirige a Jesús simplemente como a un hombre, contando con su habilidad y disponibilidad a ayudar. Ella confía una necesidad humana a su poder, a un poder que supera la habilidad y la capacidad humanas. (ibid.)

[2090] En este diálogo con Jesús la vemos realmente como Madre que pide, que intercede. Conviene profundizar un poco en este pasaje del evangelio, para entender mejor a Jesús y a María, y también para aprender de María el modo correcto de orar. María propiamente no hace una petición a Jesús; simplemente le dice: "No tienen vino" (*Jn 2, 3*). (ibid.)

[2091] Las bodas en Tierra Santa se celebraban durante una semana entera; todo el pueblo participaba y, por consiguiente, se consumía mucho vino. Los esposos se encuentran en dificultades y María simplemente se lo dice a Jesús. No le pide nada en particular, y mucho menos, que Jesús utilice su poder, que realice un milagro produciendo vino. Simplemente informa a Jesús y le deja decidir lo que conviene hacer. (ibid.)

[2092] Así pues, en las sencillas palabras de la Madre de Jesús podemos apreciar dos cosas: por una parte, su afectuosa solicitud por los hombres, la atención maternal que la lleva a percibir los problemas de los demás. Vemos su cordial bondad y su disponibilidad a ayudar. (ibid.)

[2093] Esta es la Madre a la que tantas personas, desde hace muchas generaciones, han venido aquí a Altötting en peregrinación. A ella confiamos nuestras preocupaciones, nuestras necesidades y nuestras dificultades. (ibid.)

[2094] Aquí aparece, por primera vez en la sagrada Escritura, la bondad y disponibilidad a ayudar de la Madre, en la que confiamos. Pero además de este primer aspecto, que a todos nos resulta muy familiar, hay otro, que podría pasarnos fácilmente desapercibido: María lo deja todo al juicio de Dios. (ibid.)

[2095] En Nazaret, entregó su voluntad, sumergiéndola en la de Dios: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (*Lc 1, 38*). Esta sigue siendo su actitud fundamental. (ibid.)

[2096] Así nos enseña a rezar: no querer afirmar ante Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, por muy importantes o razonables que nos parezcan, sino presentárselos a él y dejar que él decida lo que quiera hacer. (ibid.)

[2097] De María aprendemos la bondad y la disposición a ayudar, pero también la humildad y la generosidad para aceptar la voluntad de Dios, confiando en él, convencidos de que su respuesta, sea cual sea, será lo mejor para nosotros. (ibid.)

2098. Jesús en todo necesita de María; en sus manos está, en su regazo purísimo, en su virginal pecho vive. Escondido está Jesús, María trabaja, lava, cose, guisa; ella da calor y sosiego. María hará con Jesús los oficios de madre, de esclava y de esposa; Jesús niño, en su humillante impotencia, nada hace, en todo deja hacer a María.

2099. Flor del campo y lirio de los valles podemos, como a Jesús, llamar también a María. Virgen del pueblo, del hogar, del taller, es María.

2100. Si rica en gracia y dones sobrenaturales, pobre y sencilla en bienes de fortuna es la doncella que va a ser Madre de Jesús.

2101. María era santísima, y con todo, la mayor parte de su vida consistió en los quehaceres domésticos, junto a su fiel esposo San José; vida puramente seglar, ocupada en las cosas materiales propias de su hogar.

2102. Vida sin complicaciones y sistemas excesivamente estudiados. Nada de violencias, todo en ella es sencillo, natural, corriente, propio del rango humilde de unos trabajadores que ganan su pan con el sudor de su frente.

2103. *María conservaba todas las cosas en su corazón.* Es decir, que María vivió una vida interior intensa; vivió dentro de sí, en su corazón, a una profundidad imposible de ser descubierta. En Nazaret todo pasaba desapercibido. El velo de una encantadora sencillez ocultaba los más sublimes misterios. Una vida vulgar que estaba a la vista de todos, guardaba y escondía la otra vida, la verdadera vida, escondida en el interior.

2104. María no tiene más que un foco de vida; este foco la rodea, la envuelve, la viste. Su alma y su cuerpo viven en Dios; Dios es la luz de sus ojos y de su entendimiento, Dios es la armonía de sus oídos, la voz de su lengua y la atmósfera que respira. Sobre la cumbre más alta descansa su planta virginal. Su alma vive engrandeciendo al Señor y su corazón en ascensiones sublimes.

2105. María, la Madre de Dios, la Inmaculada, la llena de gracia, la santísima, la que no tuvo ni tendrá otra igual ni semejante entre las mujeres, pasa por una de tantas mujeres de Nazaret. Sus vecinos en nada la han distinguido de las demás. «Toda la gloria de la Hija del Rey estuvo dentro».

2106. María, de cara a Dios, poseída de Dios y poseyendo a Dios, germinando, criando, amamantando a Dios, cuidando, defendiendo, velando a Dios, dando vida a Dios y sólo viviendo de Dios, de su gracia, de su vida, de su amor, y muriendo endiosada en su alma y en su cuerpo purísimo e incorrupto, para vivir sin interrupción alguna en el cielo de cara a Dios.

2107. La Inmaculada: he ahí la criatura que toda y siempre ha vivido de cara a Dios, en Dios, para Dios.

2108. Nada hay en María que sea terreno. La tierra no la manchará, porque la virginidad le servirá de coraza. Dios la posee, la adorna, la enriquece, la sublima, la diviniza y la hace vivir de Dios, y Ella es tierra inmaculada, fecunda con la fecundidad de Dios, tierra que germinará y dará una vida nueva a Dios.

2109. La Purísima, que huella la tierra y mira al cielo, bebe en las alturas la vida divina y se repliega dentro de sí misma para sentirla y vivirla intensa y fecunda. Su corazón virginal es el santuario de esa vida.

2110. La Purísima vive siempre pisando la tierra y mirando al cielo.

2111. María, en medio de sus tareas diarias, nunca perdía de vista a Jesús, y de Aquel a quien ella dio el ser recibía continuamente celestiales raudales de vida divina y sobrenatural.

2112. Toda la gloria que se encierra en la Madre de Dios y que hace que todas las generaciones la proclamen bienaventurada viene de su humildad.

2113. La Virgen confía y cree en el poder de su Hijo y en el amor y compasión de su bondadoso corazón.

2114. María parece habría de preferir, durante aquellos primeros días en que sintió en sí la presencia de Dios hecho hijo suyo, las dulzuras de la soledad y unión íntima en su casita de Nazaret; pero era esclava del Señor, y estaba obediente a las más pequeñas inspiraciones de la gracia. Salió de aquella soledad luego que conoció que aquella salida era la voluntad de Dios.

2115. Hasta el amor de María tiene mucho de imitable. El amor de María es un océano de inmensidad; los santos son ríos nada más, nosotros somos como gotas de rocío a su lado. Pero en nuestra pequeñez podemos y debemos amar como María; amar sin mezcla de otro amor, con amor puro, sin egoísmos, amor generoso, sincero, amor probado en el crisol del sacrificio y de la inmolación, amor ardiente, celoso. Así fue el amor de María.

2116. En María todo es imitable, porque todo es sencillez y pequeñez. Por fuera, una joven sencillísima, modelo perfecto y acabado de su sexo: humilde, cariñosa, recogida, pura, fervorosa, trabajadora, cumplidora de su deber.

2117. María ofrece al Hijo de sus entrañas en el altar de sus brazos virginales, en el primer templo, en la primera iglesia del **mundo**. El primer altar de Jesús, el primer sagrario, el primer copón son los brazos de una Virgen.

2118. Jesús es la primera y la inmediata descendencia de María, que venció a la serpiente en el árbol de la cruz.

2119. Su Madre, a la vista de la conducta de su Hijo, se hace *refugio de los pecadores*. De Madre de Dios se ha convertido en Madre de los pecadores.

2120. María fue la que proveyó al mundo de Redentor, dándole el fruto de sus entrañas; por eso, María es cooperadora con su Hijo en la redención del género humano.

2121. Como Eva nos brindó el fruto de la muerte junto al árbol del paraíso, María junto al árbol de la cruz en la cumbre del Calvario, juntamente con su gran sacrificio personal, ofrecerá al mundo el fruto de su vientre, precio de la redención.

2122. Firme, como las rocas del mar, junto a la cruz, atravesada de dolor y de frío, la Madre más *Madre* de todas las madres llora las agonías del Hijo más *Hijo* de todos los hijos de los hombres.

2123. María mereció con sus obras perfectísimas, con sus virtudes heroicas y con sus omnipotentes plegarias, los grandes misterios de la divina Maternidad, de la Encarnación, de la venida de un Salvador; y cooperó luego con Él en su vida oculta, pública y dolorosa, en la obra de la Redención.

2124. El cielo y la tierra se tocan en María; en Ella se han unido los extremos más distantes. Allí se ha abrazado Dio con el hombre, y allí Dios espera el retorno, si éste se ausenta.

2125. María nunca está sin Jesús; por eso, ir a María es ir a Jesús.

2126. María, la encarnación de la virginidad, prodigio de pureza virginal en su maternidad, árbol cargado de fruto divino sin marchitarse su flor, sus fragancias, sus bellezas y sus glorias. María modelo, María maestra, María protectora y abogada de la pureza y de todas las demás virtudes, en el hogar de Nazaret, en el templo, en el matrimonio, en la sociedad, en la familia...

4) Asunta al cielo y Madre de la Iglesia

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2127] En el corazón del verano, como cada año, vuelve la solemnidad de la Asunción de la bienaventurada Virgen María, la fiesta mariana más antigua. Es una ocasión para ascender con María a las alturas del espíritu, donde se respira el aire puro de la vida sobrenatural y se contempla la belleza más auténtica, la de la santidad. (*HOMILÍA DEL PAPA BENEDICTO XVI* Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castel Gandolfo Viernes, 15 de Agosto de 2008)

[2128] El clima de la celebración de hoy está todo él penetrado de alegría pascual. "Hoy -canta la antifona del Magnificat- la Virgen María sube a los cielos; porque reina con Cristo para siempre. Aleluya". Este anuncio nos habla de un acontecimiento totalmente único y extraordinario, pero destinado a colmar de esperanza y felicidad el corazón de todo ser humano. (ibid.)

[2129] María es, en efecto, la primicia de la humanidad nueva, la criatura en la cual el misterio de Cristo -encarnación, muerte, resurrección y ascensión al cielo- ha tenido ya pleno efecto, rescatándola de la muerte y trasladándola en alma y cuerpo al reino de la vida inmortal. Por eso la Virgen María, como recuerda el concilio Vaticano II, constituye para nosotros un signo de segura esperanza y de consolación (cf. *Lumen gentium*, 68). (ibid.)

[2130] La fiesta de hoy nos impulsa a elevar la mirada hacia el cielo. No un cielo hecho de ideas abstractas, ni tampoco un cielo imaginario creado por el arte, sino el cielo de la verdadera realidad, que es Dios mismo: Dios es el cielo. Y él es nuestra meta, la meta y la morada eterna, de la que provenimos y a la que tendemos. (ibid.)

[2131] San Germán, Obispo de Constantinopla en el siglo VIII, en un discurso pronunciado en la fiesta de la Asunción, dirigiéndose a la celestial Madre de Dios, se expresaba así: "Tú eres la que, por medio de tu carne inmaculada, uniste a Cristo al pueblo cristiano... Como todo sediento corre a la fuente, así toda alma corre a ti, fuente de amor; y como cada hombre aspira a vivir, a ver la luz que no tramonta, así cada cristiano suspira por entrar en la luz de la Santísima Trinidad, donde tú ya has entrado". (ibid.)

[2132] Estos mismos sentimientos nos animan hoy mientras contemplamos a María en la gloria de Dios. Cuando ella se durmió en este mundo para despertarse en el cielo, siguió simplemente por última vez al Hijo Jesús en su viaje más largo y decisivo, en su paso "de este mundo al Padre" (cf. *Jn* 13, 1). (ibid.)

[2133] Como él, junto con él, partió de este mundo para volver "a la casa del Padre" (cf. *Jn* 14, 2). Y todo esto no está lejos de nosotros, como quizá podría parecer en un primer momento, porque todos somos hijos del Padre, de Dios, todos somos hermanos de Jesús y todos somos también hijos de María, nuestra Madre. Todos tendemos a la felicidad. Y la felicidad a la que todos tendemos es Dios, así todos estamos en camino hacia esa felicidad que llamamos cielo, que en realidad es Dios. (ibid.)

[2134] Que María nos ayude, nos anime, a hacer que todo momento de nuestra existencia sea un paso en este éxodo, en este camino hacia Dios. Que nos ayude a hacer así presente también la realidad del cielo, la grandeza de Dios en la vida de nuestro mundo. En el fondo, ¿no es éste el dinamismo pascual

del hombre, de todo hombre, que quiere llegar a ser celestial, totalmente feliz, en virtud de la resurrección de Cristo? (ibid.)

[2135] ¿Y no es tal vez este el comienzo y anticipación de un movimiento que se refiere a todo ser humano y al cosmos entero? Aquella de la que Dios había tomado su carne y cuya alma había sido traspasada por una espada en el Calvario fue la primera en ser asociada, y de modo singular, al misterio de esta transformación, a la que todos tendemos, traspasados a menudo también nosotros por la espada del sufrimiento en este mundo.(ibid.)

[2136] La nueva Eva siguió al nuevo Adán en el sufrimiento, en la pasión, así como en el gozo definitivo. Cristo es la primicia, pero su carne resucitada es inseparable de la de su Madre terrena, María, y en ella toda la humanidad está implicada en la Asunción hacia Dios, y con ella toda la creación, cuyos gemidos, cuyos sufrimientos, son -como dice san Pablo- los dolores de parto de la humanidad nueva. Nacen así los nuevos cielos y la nueva tierra, en la que ya no habrá ni llanto ni lamento, porque ya no existirá la muerte (cf. Ap 21, 1-4). (ibid.)

[2137] ¡Qué gran misterio de amor se nos propone hoy a nuestra contemplación! Cristo venció la muerte con la omnipotencia de su amor. Sólo el amor es omnipotente. Ese amor impulsó a Cristo a morir por nosotros y así a vencer la muerte. Sí, ¡sólo el amor hace entrar en el reino de la vida! Y María entró detrás de su Hijo, asociada a su gloria, después de haber sido asociada a su pasión. Entró allí con ímpetu incontenible, manteniendo abierto detrás de sí el camino a todos nosotros. (ibid.)

[2138] Por eso hoy la invocamos: "Puerta del cielo", "Reina de los ángeles" y "Refugio de los pecadores". Ciertamente, no son los razonamientos los que nos hacen comprender estas realidades tan sublimes, sino la fe sencilla, pura, y el silencio de la oración los que nos ponen en contacto con el misterio que nos supera infinitamente. La oración nos ayuda a hablar con Dios y a escuchar cómo el Señor habla a nuestro corazón. (ibid.).

[2139] Pidamos a María que nos haga hoy el don de su fe, la fe que nos hace vivir ya en esta dimensión entre finito e infinito, la fe que transforma incluso el sentimiento del tiempo y del paso de nuestra existencia, la fe en la que sentimos íntimamente que nuestra vida no está encerrada en el pasado, sino atraída hacia el futuro, hacia Dios, allí donde Cristo nos ha precedido y detrás de él, María. (ibid.)

[2140] Mirando a la Virgen elevada al cielo comprendemos mejor que nuestra vida de cada día, aunque marcada por pruebas y dificultades, corre como un río hacia el océano divino, hacia la plenitud de la alegría y de la paz. Comprendemos que nuestro morir no es el final, sino el ingreso en la vida que no conoce la muerte. Nuestro ocaso en el horizonte de este mundo es un resurgir a la aurora del mundo nuevo, del día eterno. (ibid.)

[2141] "María, mientras nos acompañas en la fatiga de nuestro vivir y morir diario, manténnos constantemente orientados hacia la verdadera patria de las bienaventuranzas. Ayúdanos a hacer como tú has hecho". (ibid.)

[2142] Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos que esta mañana participáis en esta celebración, hagamos juntos esta plegaria a María. Ante el triste espectáculo de tanta falsa alegría y, a la vez, de tanta angustia y dolor que se difunde en el mundo, debemos aprender de ella a ser signos de esperanza y de consolación, debemos anunciar con nuestra vida la resurrección de Cristo.(ibid.)

[2143] "Ayúdanos tú, oh Madre, fúlgida Puerta del cielo, Madre de la Misericordia, fuente a través de la cual ha brotado nuestra vida y nuestra alegría, Jesucristo. Amén". (ibid.)

[2144] María está hoy en el gozo y la gloria de la Resurrección. Las lágrimas que derramó al pie de la Cruz se han transformado en una sonrisa que ya nada podrá extinguir, permaneciendo intacta, sin embargo, su compasión maternal por nosotros. (*HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI,*

Explanada delante de la Basílica de Notre-Dame du Rosaire, Lourdes Lunes 15 de septiembre de 2008)

[2145] Lo atestigua la intervención benéfica de la Virgen María en el curso de la historia y no cesa de suscitar una inquebrantable confianza en Ella; la oración Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María! expresa bien este sentimiento. María ama a cada uno de sus hijos, prestando una atención particular a quienes, como su Hijo en la hora de su Pasión, están sumidos en el dolor; los ama simplemente porque son sus hijos, según la voluntad de Cristo en la Cruz. (ibid.)

2146. María ha venido, no a *enseñar*, sino a *dar* a Jesús al mundo.

2147. María vino como aurora de la redención. Vino anunciando la Buena Nueva. Vino trayéndonos el don soberano de la fe, del Evangelio, de la gracia, del renacimiento, de la vida, del amor, el don soberano y personal de Jesús Redentor.

2148. El remedio está en María. Sólo en su corazón maternal está nuestro refugio. A Ella recurre el santo Padre y a recurrir a Ella nos invita a todos.

2149. Si el amor humano de criatura cautiva y hace esclavos, ¿cómo no ha de hacerlos el amor de María?

2150. Es imposible amar al Padre y a Jesucristo sin haber amado a la Madre, y es verdadero el cariño a Jesús si comienza por amar a la Madre. Para amar a Jesucristo hay que amar a María.

2151. *Ella quebrantará tu cabeza.* Esta palabra sonó solemne en el génesis de la creación. Allí la serpiente sedujo a la primera mujer y la mujer sedujo al primer hombre. La debilidad de una pobre mujer trajo la ruina a la humanidad. Mas el Señor no consintió que la humanidad se rindiera al imperio de Satán, sino que creó inmediatamente enemistades entre él y la mujer; y en esta guerra, que no tiene ni tendrá tregua desde el paraíso hasta el fin de los siglos, la Mujer por excelencia quebrantará siempre la cabeza de la serpiente.

2152. El concurso de María a nuestra redención es paralelo al que prestó la primera mujer al pecado del primer hombre. Este concurso no fue necesario... *Tampoco era necesario* el concurso de María a la gran obra de la redención, Si el Verbo no se hubiese encarnado y ofrecido al Padre en sacrificio por la salvación del género humano, todo cuanto hubiese hecho la Santísima Virgen no hubiera servido de nada.

2153. De la cooperación de María nacen en Ella incomparables prerrogativas y privilegios y plenos derechos sobre los bienes y frutos procedentes directamente de la redención, cuya distribución entre los hijos es obra y función magnífica de su corazón de Madre de los hombres.

2154. ¿Quieres saborear el fruto sazonado de tu redención, santificación, inmortalidad; el fruto que te hace puro, que te eleva, que te deifica? Ese fruto es Jesús; pero te lo ha preparado, te lo ha traído y te lo ofrece tu Madre.

2155. Todo lo hemos recibido de manos de María, desde la gracia más desapercibida hasta la misma persona del Redentor. María es la puerta del cielo; nada sale del cielo que no pase por María, ni nada entra si por ella no entra.

2156. La Virgen está colocada en un estado medio entre Jesucristo y nosotros, a manera de puente y paso elevado por donde llegar al supremo Mediador e interceder por nosotros los pobres pecadores.

2157. En María encontraremos a Jesús. En Ella se renuevan las amistades perdidas de Dios y del hombre; en Ella se estrecha más y más el lazo de amorosas amistades entre Jesús y los hombres.

2158. No basta que María esté cerca de Dios; es preciso que también esté cerca de nosotros. Así es verdadera *mediadora*. Para eso quiso Dios que María tuviese entrañas de amor y título y oficio de verdadera Madre, con obligación de mirar por los hombres y de trabajar en socorrer sus necesidades.

2159. María está entre Jesús y los hombres y Ella es el lazo estrecho de unión entre Él y nosotros. Jesús viene a nosotros por María y nosotros vamos a Jesús por Ella.

2160. Lo que pasa por María honra más Jesús, gusta más a Jesús, mueve más a Jesús. Jesús concede cuanto por Ella le pedimos; por Ella nos da todo, por Ella se nos da Él mismo.

2161. ¿Dónde está tu esperanza? ¿Dónde tu ayuda? ¿Dónde tu apoyo, tu fuerza, tu seguridad? En María. En el poder, en la intercesión de María. En tu Madre.

2162. Sí, murió la Virgen; pero la muerte no pudo destruir su belleza angélica; al contrario la esmaltó de nuevos encantos que cautivaron y tuvieron extasiados a los mismos ángeles del cielo, los cuales, cogiéndola del jardín de la Iglesia naciente la trasplantaron al jardín de la celestial Jerusalén.

2163. Del amor a la Virgen nace un amor que se transfigura en el rostro doloroso de la Virgen; es el amor a la delicadeza, al pudor, al recato y a todo lo honesto. Quien ama a esta Virgen de ojos entornados hacia el suelo o abiertos hacia el cielo, doloridos y bañados en llanto, no puede dejar de amar y de poseer el más exquisito pudor, modestia y pureza de sentidos y de corazón, como los que se dejan traslucir en aquel purísimo rostro.

2164. La pureza de un alma es el lirio y blanco lienzo para enjugar el llanto de la que es Virgen por excelencia.

2165. María: ni la Iglesia encuentra palabras suficientes para ensalzarte, porque has cautivado entre tus suavísimas fragancias a Aquel para quien los cielos son demasiado pequeños.

2166. María es agradable y poderosa delante de su Hijo Jesús, en primer lugar, por su santidad, su virtud, la perfección de su gracia y méritos imponderables.

2167. María es el símbolo y la realidad más sublime de nuestros triunfos y de nuestras glorias.

2168. María es camino para ir a Jesús, no sólo seguro, sino único; no porque Dios no pueda prescindir de María, sino porque no quiere prescindir de Ella. Y por lo tanto, cuanto más perfectamente esté una persona consagrada a María, tanto más lo estará a Jesús.

2169. El reino de María es el principio del reino de Cristo Rey. En el corazón de María está el primer trono del Corazón de Jesús.

2170. María debe ser alabada, honrada, amada; María debe ser servida, obsequiada, obedecida, imitada, copiada, vivida; María es bandeja de oro donde van nuestros corazones, imán que nos atrae a Jesús.

2171. María es modelo perfecto y acabado. No hay en Ella imperfección alguna, no hay mancha, ni impureza, ni incorrección; todo es terso, perfecto y acabado. Es Ella, al mismo tiempo, la criatura más rica en gracia y en todo género de virtudes.

2172. Hay que imitar a la Madre; hay que parecerse a la Madre; hay que copiar a la Madre. Esta Madre se acerca a nosotros de manera muy imitable.

2173. Si en la imitación nos acercamos a María, nos acercamos también a Dios; se acortan las distancias.

2174. María, es muy imitable y por eso se presenta como modelo de nuestra vida. Cuanto más el hijo sigue los pasos de su madre, más amado es de ella. Volquemos nuestra vida entera en María; vivamos la suya en nosotros, y que el mundo, al vernos, crea que somos Ella misma.

2175. No la olvidéis un instante; no quitéis la vista de María. Llevadla en la mente, en el corazón, en la lengua; rezad, cantad, obrad por Ella y para Ella, mirad su belleza, respirad su pureza, gustad su amor, vivid su vida.

2176. *Consigna:* Que vivas *en* María. Que vivas *como* María. Que imites *a* María. Que *por* María vayas a Jesús.

IV. AL AMOR POR LA PUREZA

1) «Por el triunfo de la pureza en el mundo»

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2177] El amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros. A este respecto, nos encontramos de entrada ante un problema de lenguaje. El término «amor» se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes. (DCE.2a)

[2178] Aunque el tema de esta Encíclica se concentra en la cuestión de la comprensión y la praxis del amor en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, no podemos hacer caso omiso del significado que tiene este vocablo en las diversas culturas y en el lenguaje actual. (ibid.)

[2179] En primer lugar, recordemos el vasto campo semántico de la palabra «amor»: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. (ibid.)

[2180] Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. (DCE.2b)

[2181] Se plantea, entonces, la pregunta: todas estas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes? (ibid.)

Eros » y « agapé », diferencia y unidad

[2182] Los antiguos griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. (DCE.3a)

[2183] Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra eros, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —eros, philia (amor de amistad) y agapé—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. (ibid.)

[2184] El amor de amistad (philia), a su vez, es aceptado y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra eros, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra agapé, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor. (ibid.)

[2185] En la crítica al cristianismo que se ha desarrollado con creciente radicalismo a partir de la Ilustración, esta novedad ha sido valorada de modo absolutamente negativo. El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al eros un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio. (DCE.3b)

[2186] El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregustar algo de lo divino? (ibid.)

[2187] Pero, ¿es realmente así? El cristianismo, ¿ha destruido verdaderamente el eros? Recordemos el mundo precristiano. Los griegos —sin duda análogamente a otras culturas— consideraban el eros ante todo como un arrebató, una « locura divina » que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta. (DCE. 4a)

[2188] De este modo, todas las demás potencias entre cielo y tierra parecen de segunda importancia: « Omnia vincit amor », dice Virgilio en las Bucólicas —el amor todo lo vence—, y añade: « et nos cedamus amori », rindámonos también nosotros al amor. (ibid.)

[2189] En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre los que se encuentra la prostitución « sagrada » que se daba en muchos templos. El eros se celebraba, pues, como fuerza divina, como comunión con la divinidad. (ibid.)

[2190] A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad. No obstante, en modo alguno rechazó con ello el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza. (ibid.)

[2191] En efecto, las prostitutas que en el templo debían proporcionar el arrobamiento de lo divino, no son tratadas como seres humanos y personas, sino que sirven sólo como instrumentos para suscitar la « locura divina »: en realidad, no son diosas, sino personas humanas de las que se abusa. Por eso, el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, « éxtasis » hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. (ibid.)

[2192] Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser. (DCE.4b)

2193. Mientras nuestro pulso pueda sostener la pluma y nuestra lengua pueda pronunciar una palabra, esta palabra dicha o escrita será siempre: *vivir vida de pureza* para poder *vivir vida de Dios*.

2194. Amor como nunca a esta virtud –pureza-, porque es la más bella. Amor, porque es virtud de cielo, de Dios, de la Virgen, de la Iglesia, y la más encantadora presea de las personas santas.

2195. *Consigna:* Que por *el triunfo de la pureza* venga al mundo el Reino de Cristo Jesús.

2196. El reinado del amor, que es el reinado del Corazón de Jesús, reinado de Cristo, no puede venir al mundo si no es por la castidad y pureza, y el triunfo del espíritu por el amor.

2197. Para que triunfe en el mundo el amor santo y divino a Cristo Jesús y para que triunfe Cristo Jesús por amor, queremos formar una multitud de corazones puros en la escuela de la virtud.

2198. Pidamos por el triunfo de la pureza, porque poco nos aprovecharán las estatuas del Corazón de Jesús en lo alto de las torres y de las montañas si a lo profundo de los corazones no llega el reinado de Jesús, para lo cual es menester que primero reine la pureza en ellos.

2199. En el hogar, en la escuela, en el taller, en la fábrica, en la calle y en el campo, queremos y buscamos el Reino de Cristo -que es reino espiritual y de amor- por el triunfo de la pureza, que nos eleva y dignifica.

2200. Sólo los limpios de corazón son capaces de ver a Dios, porque sólo ellos poseen el don que ilustra, acerca y une.

2201. *Consigna:* Vida y apostolado de la pureza en todos los grados y matices, desde la continencia conyugal hasta la virginidad consagrada.

2202. Jesús anda por el camino de la pureza y, al comenzar a recorrerlo, le encontramos a Él. Quien anda por este camino, anda con Jesús.

2203. Señor, tu eterna pureza se trasluce con resplandores celestiales en tu encarnación, en la noche de tu nacimiento, en la soledad de Nazaret, en las riberas del Jordán, en las escenas del Cenáculo y en las rocas de tu sepulcro.

2204. *La pureza:* tierra misteriosa de Jesé, de cuya raíz brotó su vara; primer trono del divino Rey, que, al pisar al inmundo estiércol de aquella cuadra de animales, la convirtió en palacio de Dios.

2205. *La pureza:* cuya hermosura embelleció las ruinas de aquel portal de Belén, cuyas fragancias perfumaron el hedor de la inmundicia que lo cubría, cuya blancura purificó y decoró todo el recinto interior.

2206. *La pureza:* la hermosura de Dios, que bastó ella sola para convertir en paraíso, en cielo, una cuadra de animales. ¿Qué falta donde está ella?

2207. El triunfo que prepara María y que nosotros debemos preparar para gloria y honor de María es el triunfo de la pureza en los corazones.

2208. *El triunfo de la pureza.* Ninguno de los que hoy viven consagrados a Dios ha podido prescindir de este gran pensamiento. Tal vez, al resolverse a tomar la ruta de su vocación y decidirse a ser de Dios y para sólo Dios, el primer pensamiento fue el de la pureza, y el primer ensayo, acaso ensayo costoso, fue la guarda, el cultivo, el triunfo de la virtud de la castidad, la cual les ha puesto en condiciones y en plena capacidad para darse totalmente a Dios.

2209. Nada mejor ni más agradable a María Inmaculada que consagrar todo nuestro celo, nuestros amores y nuestras actividades a sembrar la inocencia en las almas.

2210. Si queremos hacer una obra grata a Dios y a la Virgen, tenemos que trabajar y gastarnos para que se consiga el triunfo de la pureza.

2211. Cruzada de oraciones, de sacrificios, de penitencias, de entrega, de apostolado, por medio de la acción, de la palabra y del ejemplo, «por el triunfo de la pureza».

2212. La descendencia bella y gloriosa, después de Jesús, la descendencia inmediata de la Inmaculada, como la rama del tronco, la flor de la planta, el fruto de la flor, la descendencia que triunfa de la serpiente y aplasta con valor su cabeza, es aquella de la cual ha dicho el Espíritu Santo: *¡Oh qué bella y hermosa es la casta generación con claridad!*

2213. Mucho se puede escribir sobre esta excelsa virtud, la virginidad, virtud tan poco amada y tan fácilmente perdida, por ser tan poco conocida.

2214. El apostolado por el triunfo de la pureza se considera hoy como uno de los más interesantes y urgentes en la Iglesia de Dios.

2) Pureza

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2215] Me conmuevo meditando esta verdad: desde la eternidad estamos ante los ojos de Dios y Él ha decidido salvarnos. Esta llamada tiene como contenido nuestra «santidad», una gran palabra. Santidad es participación en la pureza del Ser divino. Y sabemos que Dios es caridad. (Benedicto XVI durante la *audiencia general* dedicada a comentar el cántico que aparece en el primer capítulo de la carta de san Pablo a los Efesios (1, 3-10), «*El Dios salvador*». 6 julio 2005.)

[2216] Por tanto, participar en la pureza divina quiere decir participar en la «caridad» de Dios, confórmarnos con Dios que es «caridad». «Dios es amor» (1 Juan 4, 8.16), esta es la verdad consolante que nos permite también comprender que «santidad» no es una realidad alejada de nuestra vida, sino que, en la medida en que podemos convertirnos en personas que aman con Dios, entramos en el misterio de la «santidad». (ibid.)

[2217] El «ágape» se convierte de este modo en nuestra realidad cotidiana. Somos llevados por tanto al horizonte sacro y vital del mismo Dios. «Desde la eternidad estamos ante los ojos de Dios» (ibid.)

[2218] San Gregorio utiliza, a este respecto, una imagen eficaz, que ya se encontraba presente en la carta de san Pablo a los Filipenses: *épekteinómenos* (Flp 3, 13), es decir, "tendiendo" hacia lo que es más grande, hacia la verdad y el amor. (BENEDICTO XVI *AUDIENCIA GENERAL* Miércoles 5 de septiembre de 2007)

[2219] Esta expresión icástica indica una realidad profunda: la perfección que queremos alcanzar no es algo que se conquista para siempre; la perfección es estar en camino, es una continua disponibilidad para seguir adelante, pues nunca se alcanza la plena semejanza con Dios; siempre estamos en camino (cf. *Homilia in Canticum* 12: PG 44, 1025 d). (ibid.)

[2220] La historia de cada alma es un amor colmado sin cesar y, al mismo tiempo, abierto a nuevos horizontes, pues Dios dilata continuamente las posibilidades del alma para hacerla capaz de bienes siempre mayores. (ibid.)

[2221] Dios mismo, que ha sembrado en nosotros semillas de bien y del que brota toda iniciativa de santidad, "modela el bloque. (...) Limando y puliendo nuestro espíritu forma en nosotros a Cristo" (In *Psalmos* 2, 11: PG 44, 544 b). [1729] (ibid.)

[2222] San Gregorio aclara: "El llegar a ser semejantes a Dios no es obra nuestra, ni resultado de una potencia humana, es obra de la generosidad de Dios, que desde su origen ofreció a nuestra naturaleza la gracia de la semejanza con él" (*De virginitate* 12, 2: SC 119, 408-410). (ibid.)

[2223] Por tanto, para el alma "no se trata de conocer algo de Dios, sino de tener a Dios en sí misma" (*De beatitudinibus* 6: PG 44, 1269 c). De hecho, san Gregorio observa agudamente: "La divinidad es pureza, es liberación de las pasiones y remoción de todo mal: si todo esto está en ti, Dios está realmente en ti" (ib.: PG 44, 1272 c). (ibid.)

[2224] Cuando tenemos a Dios en nosotros, cuando el hombre ama a Dios, por la reciprocidad propia de la ley del amor, quiere lo que Dios mismo quiere (cf. *Homilia in Canticum* 9: PG 44, 956 ac), y, por tanto, coopera con Dios para modelar en sí mismo la imagen divina, de manera que "nuestro nacimiento espiritual es el resultado de una opción libre, y en cierto sentido nosotros somos los padres de nosotros mismos, creándonos como nosotros mismos queremos ser y formándonos por nuestra voluntad según el modelo que escogemos" (*Vita Moysis* 2, 3: SC 1 bis, 108). (ibid.)

[2225] Para ascender hacia Dios el hombre debe purificarse: "El camino que lleva la naturaleza humana al cielo no es sino el alejamiento de los males de este mundo. (...) Hacerse semejante a Dios significa llegar a ser justo, santo y bueno. (...) Por tanto, si, según el *Eclesiastés* (*Qo* 5, 1), "Dios está en el cielo" y si, según el profeta (*Sal* 72, 28), vosotros "estáis con Dios", se sigue necesariamente que debéis estar donde se encuentra Dios, pues estáis unidos a él. (ibid.)

[2226] Dado que él os ha ordenado que, cuando oréis, llaméis a Dios Padre, os dice que os asemejéis a vuestro Padre celestial, con una vida digna de Dios, como el Señor nos ordena con más claridad en otra ocasión, cuando dice: "Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial" (*Mt* 5, 48)" (*De oratione dominica* 2: PG 44, 1145 ac). (ibid.)

[2227] En este camino de ascenso espiritual, Cristo es el modelo y el maestro, que nos permite ver la bella imagen de Dios (cf. *De perfectione christiana*: PG 46, 272 a). Cada uno de nosotros, contemplándolo a él, se convierte en "el pintor de su propia vida"; su voluntad es la que realiza el trabajo, y las virtudes son como las pinturas de las que se sirve (ib.: PG 46, 272 b). (ibid.)

[2228] Por tanto, si el hombre es considerado digno del nombre de Cristo, ¿cómo debe comportarse? San Gregorio responde así: "(debe) examinar siempre interiormente sus pensamientos, sus palabras y sus acciones, para ver si están dirigidos a Cristo o si se alejan de él" (ib.: PG 46, 284 c). Y este punto es importante por el valor que da a la palabra cristiano. El cristiano lleva el nombre de Cristo y, por eso, debe asemejarse a él también en la vida. (ibid.)

[2229] Los cristianos, por el bautismo, asumimos una gran responsabilidad. Ahora bien, Cristo, recuerda san Gregorio, está presente también en los pobres; por consiguiente, nunca se les debe despreciar: "No desprecies a quienes están postrados, como si por eso no valieran nada. Considera quiénes son y descubrirás cuál es su dignidad: representan a la persona del Salvador. (ibid.)

[2230] Y así es, pues el Señor, en su bondad, les prestó su misma persona para que, a través de ella, tengan compasión los que son duros de corazón y enemigos de los pobres" (*De pauperibus amandis*: PG 46, 460 bc). (ibid.)

[2231] San Gregorio, como decíamos, habla de una ascensión: ascensión a Dios en la oración a través de la pureza de corazón; pero esa ascensión a Dios se realiza también mediante el amor al prójimo. El amor es la escalera que lleva a Dios. Por eso el santo obispo exhorta vivamente a sus oyentes: "Sé generoso con estos hermanos, víctimas de la desventura. Da al hambriento lo que le quitas a tu estómago" (ib.: PG 46, 457 c). (ibid.)

[2232] Con mucha claridad san Gregorio recuerda que todos dependemos de Dios, y por ello exclama: "No penséis que todo es vuestro. Debe haber también una parte para los pobres, los amigos de Dios. De hecho, todo procede de Dios, Padre universal, y nosotros somos hermanos, pertenecemos a un mismo linaje" (ib.: PG 46, 465 b). (ibid.)

[2233] Así pues, insiste san Gregorio, el cristiano debe examinarse: "¿De qué te sirve el ayuno y la abstinencia si después con tu maldad haces daño a tu hermano? ¿Qué ganas, ante Dios, por el hecho de no comer de lo tuyo, si después, actuando injustamente, arrancas de las manos del pobre lo que es suyo?" (ib.: PG 46, 456 a). (ibid.)

[2234] Concluamos estas catequesis sobre los tres grandes Padres de Capadocia recordando una vez más el aspecto importante de la doctrina espiritual de san Gregorio de Nisa: la oración. Para avanzar por el camino hacia la perfección y acoger en sí a Dios, llevando en sí al Espíritu de Dios, el amor de Dios, el hombre debe dirigirse con confianza a él en la oración: "A través de la oración logramos estar con Dios. Pero, quien está con Dios está lejos del enemigo. La oración es apoyo y defensa de la castidad, freno de la ira, represión y dominio de la soberbia. (ibid.)

[2235] La oración es custodia de la virginidad, protección de la fidelidad en el matrimonio, esperanza para quienes velan, abundancia de frutos para los agricultores, seguridad para los navegantes" (*De oratione dominica* 1: PG 44, 1124 a-b). (ibid.)

[2236] ...El cristiano reza inspirándose siempre en la oración del Señor: "Por tanto, si queremos pedir que descienda sobre nosotros el reino de Dios, se lo pedimos con la potencia de la Palabra: que yo sea alejado de la corrupción, que sea liberado de la muerte y de las cadenas del error; que la muerte nunca reine sobre mí, que no tenga nunca poder sobre nosotros la tiranía del mal, que no me domine el adversario ni me haga su prisionero por el pecado, sino que venga a mí tu reino para que se alejen de mí, o mejor todavía, se anulen las pasiones que ahora me dominan y subyugan" (ib. 3: PG 44, 1156 d-1157 a). (ibid.)

[2237] Terminada su vida terrena, el cristiano podrá dirigirse así con serenidad a Dios. Al hablar de esto, san Gregorio piensa en la muerte de su hermana santa Macrina y escribe que ella, en el momento de la muerte, rezaba a Dios con estas palabras: "Tú, que tienes en la tierra el poder de perdonar los pecados, perdóname para que pueda tener descanso (cf. *Sal* 38, 14), y para que llegue a tu presencia sin mancha, en el momento en el que sea despojada de mi cuerpo (cf. *Col* 2, 11), de manera que mi espíritu, santo e inmaculado (cf. *Ef* 5, 27) sea acogido en tus manos, "como incienso ante ti" (*Sal* 140, 2)" (*Vita Macrinae* 24: SC 178, 224). (ibid.)

[2238] Esta enseñanza de san Gregorio es válida siempre: no sólo debemos hablar de Dios, sino también llevar a Dios en nosotros mismos. Lo hacemos con el compromiso de la oración y amando a todos nuestros hermanos. (ibid.)

[2239] Creo que esta civilización, con todos sus peligros y sus esperanzas, pueda ser dominada y conducida a su grandeza sólo si aprende a reconocer las fuentes de su fuerza; si de nuevo logramos ver esta grandeza, de manera que restituya la orientación y la importancia a la posibilidad de ser hombre, tan amenazada; si lográramos de nuevo gozar del hecho de vivir en este continente que ha determinado la suerte del mundo --en el bien y en el mal--... (ibid.)

[2240] Precisamente por esto tenemos el deber constante de redescubrir la verdad, la pureza, la grandeza y de construir el futuro, para colocarnos por tanto de una manera nueva y mejor al servicio de toda la humanidad.(ibid.)

[2241] María os confía su sonrisa para que os convirtáis vosotros mismos, fieles a su Hijo, en fuente de agua viva. Lo que hacéis, lo hacéis en nombre de la Iglesia, de la que María es la imagen más pura. ¡Que llevéis a todos su sonrisa! (*HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI* Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Lourdes Lunes 15 de septiembre de 2008)

2242. Así como en el orden corpóreo se exige un aire sano para conservar la salud, es preciso que formemos un ambiente, una atmósfera sana, limpia, pura, y en esa atmósfera hagamos vivir a las personas.

2243. Pureza entre los miembros de un hogar cristiano. Padres e hijos puros son el más alto honor de una familia, y a todos debe llegar nuestro amor y nuestro apostolado de pureza.

2244. El corazón limpio verá a Dios. Esta visión tiene su participación aun en esta vida mortal. Así como el cielo sin nubes deja ver el sol, así también la persona de corazón puro y limpio como el azul del cielo verá a Dios

2245. Fruto y recompensa de esta virtud de la pureza es la visión de Dios, en la cual está esencialmente toda la bienaventuranza del hombre.

2246. Esta visión oscura por fe (como dice San Pablo) es preludio de la visión clara, cara a cara, de la bienaventuranza. En compañía de las jerarquías angélicas, las almas limpias, siguiendo al Cordero, andarán en la luz, y en su luz verán la luz eterna y penetrarán los secretos de la Divinidad, siendo espejos sin mancha, en los cuales se dejará ver en su infinita belleza la hermosura de Dios.

2247. Para ti es esta gloria de la visión de Jesús, la visión de la belleza increada y eterna, con claridad en el cielo y bajo sombras en la tierra; tanto más clara cuanto más limpia, clara y pura sea tu alma.

2248. Es sumamente importante y trascendental la influencia de esta virtud de la castidad dentro de la vida de matrimonio.

2249. El más rico tesoro que dos jóvenes pueden ofrecerse mutuamente, al unirse en el santo matrimonio, es un corazón inmaculado y fresco, en un cuerpo casto y limpio.

2250. Pío XII, cuando tuvo que dirigirse especialmente a las juventudes, la nota clara, rotundamente clara y extremadamente destacada en que ponía su énfasis fue siempre la invitación a una vida espiritual alta y delicadamente *pura y virginal*. Parece que en su mente

y en su corazón no vio ni sintió virtud más extraordinariamente propia y necesaria que la *pureza* en la juventud, como particular remedio para los males presentes.

2251. En tierras aradas con la reja de la mortificación crece y triunfa la flor de la castidad perfecta

2252. La pureza del corazón depende de la huída, pronto y lejos, de las ocasiones que el mundo nos ofrece.

2253. Para ser continente por toda la vida es menester pelear, vigilar y orar.

2254. Por lo mismo que la virtud de la pureza dispone a la santidad, el camino de esta virtud exige de las personas que la quieran practicar y cultivar un fervor espiritual

2255. En materia de castidad, nuestro valor no está precisamente en acometer valerosamente, sino en huir como un cobarde. Es que no podemos fiarnos de nosotros mismos. No hay cosa tan interesada y tan nuestra como nuestro propio corazón; y es nuestro corazón el que la mayoría de las veces nos traiciona.

2256. Si la virginidad, nos acerca a la divina hermosura y nos hace semejantes a Él, y por tanto más amables, más agradables, más gratos a su Corazón, de la misma manera el pecado de lujuria, borra en nuestras almas la semejanza divina y nos separa de su infinita hermosura.

2257. Los corazones puros y castos gozan de la plenitud del divino Espíritu y de sus dones soberanos, y, en la medida de esta posesión, se llega a conocer a Jesús.

2258. El camino para amar a Jesús es la derrota de la carne por *el triunfo de la pureza virginal*.

3) Belleza, nobleza y testimonio de la pureza

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2259]...En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. (*DCE. 5a*)

[2260]...Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni «envenenarlo», sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza. (*ibid.*)

[2261] Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. (*DCE.5b*)

[2262] Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente

su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: «¡Oh Alma!». Y Descartes replicó: «¡Oh Carne!». (ibid.)

[2263] Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el eros— puede madurar hasta su verdadera grandeza. (ibid.)

[2264] La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetran recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos « en éxtasis » hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación. (DCE.5c)

[2265] ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el Cantar de los Cantares. (ibid.)

[2266] Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor, escritos quizás para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal. (ibid.)

[2267] En este contexto, es muy instructivo que a lo largo del libro se encuentren dos términos diferentes para indicar el « amor ». Primero, la palabra «dodim», un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término «ahabá», que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina, con un vocablo de fonética similar, «agapé», el cual, como hemos visto, se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor. (DCE.6a)

[2268] En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca. (DCE. 6a)

[2269] El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del «para siempre». (DCE.6b)

[2270] El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. (ibid.)

[2271] Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebato momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). (ibid.)

[2272] Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante.

Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general. (DCE.6b)

[2273] Nuestras reflexiones sobre la esencia del amor, inicialmente bastante filosóficas, nos han llevado por su propio dinamismo hasta la fe bíblica. Al comienzo se ha planteado la cuestión de si, bajo los significados de la palabra amor, diferentes e incluso opuestos, subyace alguna unidad profunda o, por el contrario, han de permanecer separados, uno paralelo al otro. (DCE.7)

[2274] Pero, sobre todo, ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: eros como término para el amor «mundano» y agapé como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor «ascendente», y como amor «descendente» la otra. (ibid.)

[2275] Hay otras clasificaciones afines, como por ejemplo, la distinción entre amor posesivo y amor oblativo (amor concupiscentiae – amor benevolentiae), al que a veces se añade también el amor que tiende al propio provecho. (ibid.)

2276. Ciertamente que no es la pureza la más noble de las virtudes. Lo son sobre ella las virtudes teologales, cuyo objeto inmediato es Dios, y aun la superan algunas virtudes morales. Pero no es menos cierto que merece ser celebrada y alabada por su diafanidad, por su esplendor, por su hermosura, por su belleza soberana, porque dispone y da prontitud y voluntad para practicar más eficazmente las demás virtudes, en las cuales interviene tan poderosamente que a ésta especialmente se atribuye la belleza moral del hombre y aun es ella la belleza de las demás virtudes.

2277. El corazón puro no siente tanto el peso de la carne; se levanta sin dificultad, se eleva y se acerca a Dios; su oración es más espiritual, más sutil, más íntima; su amor más ardiente, más puro. Todo esto arrastra a la unión, y la unión trae la comunicación, la efusión de corazones, de carismas y de dones, mediante los cuales el alma penetra los secretos sobrenaturales y en cierto sentido ve a Dios.

2278. Siendo distintos los estados en que el hombre puede vivir en la tierra, distintos son también los grados de la virtud de la castidad en cada uno de ellos.

2279. En los *Hechos de los Apóstoles* se narra cómo entendieron ellos esta doctrina desde los primeros momentos de su misión evangélica, imponiendo a los neoconvertidos del judaísmo la casi única obligación de que se abstuvieran de la fornicación, pues, como dice un expositor, comprendieron muy bien que este pecado era el paso seguro e inevitable hacia la apostasía y la idolatría.

2280. San Pablo recuerda que la vocación a la fe no es a la impureza y sensualidad, sino a la santidad mediante el divino Espíritu, que es espíritu de santidad y pureza en oposición con la carne.

2281. La historia de los corazones puros arranca de la modesta y silenciosa casa de Nazaret. Fértil la Iglesia, regada y abonada por la sangre y el sacrificio de sus héroes, sin interrupción y hasta nuestros tiempos ha venido engendrando y madurando numerosas personas de corazón limpio, en quienes tantos se ha recreado el corazón de Dios.

2282. Una persona que nunca ha profanado la gracia del bautismo es la más parecida al alma de la Inmaculada, Su candor es la más bella imagen de la celestial blancura de María. Su pureza es un destello de la gloria virginal de Ella, y no hay joya tan vistosa como esta que merezca engarzarse en la corona imperial de nuestra Madre.

2283. *Bienaventurados los limpios de corazón.* Corazón limpio equivale, en primer lugar, a pureza y limpieza completas, esto es, a inteligencia limpia y clara, conciencia recta, conducta intachable, pensamientos y corazón puros, afectos sinceros, amor casto.

2284. *Consigna:* Vida y apostolado de pureza. Pureza en la mente y en el corazón, pureza en la carne mortificada y en el espíritu elevado, pureza en las obras y en las costumbres.

2285. La belleza interior de esta virtud de la pureza se transparenta en el exterior por medio de la modestia cristiana.

2286. Quien no siente preferencias por la pureza difícilmente será apóstol celoso y entusiasta de la misma.

2287. Pureza de corazón. Alma sin mancha. Vida de espíritu, desasimiento de lo material y terreno, elevación santa, muerte a la sensualidad, freno a la carne, pensamientos puros, luz, blancura, transparencia, caridad, gracia, belleza, Dios; todo eso dice: *Bienaventurados los limpios de corazón.*

2288. De dos fuentes cristalinas de virginal pureza brotó el Mediador y Salvador divino, Jesús, para enseñar no sólo con su palabra de Maestro celestial, sino con su ejemplo y hasta con su origen, la excelsitud y grandeza de esta virtud y la estima en que Él la tiene.

2289. Nunca en la tierra hubiera florecido entre los hombres esta virtud celestial si el Hijo de Dios, Jesús, no la hubiera trasplantado de los jardines del cielo a los áridos matorrales de este destierro infecundo, frío y seco.

2290. La primera flor de la celestial virtud de la virginidad fue plantada en el mundo por el Espíritu Santo en el corazón de María. El mundo era un erial y no había tierra ni clima para tan delicada flor hasta que Dios trajo al mundo a la Inmaculada, preparando en Ella un huerto cerrado, en el cual el divino Hortelano plantara la fragante azucena de la virginidad.

2291. Cuando aún se mecía en su cuna la naciente Iglesia, la virginidad fue reconocida como el primero y más glorioso triunfo de esta divina institución, y la misma sociedad cristiana supo distinguir, sin reparo alguno, a los fervientes seguidores de este *casto consejo* con los especiales nombres de *continentes* y *vírgenes*.

2292. La virginidad fue y ha de ser la gloria más excelsa de la Iglesia, el fruto más exquisito de la redención, el camino escogido más rápido por donde el Corazón sacratísimo de Jesús reine plenamente y en trono más vistoso.

2293. *Bienaventurados los limpios de corazón,* es decir: bienaventuradas las mentes limpias y los corazones virginales en cuerpos castos.

4) **Virginidad es plenitud de amor en sacrificio**

Enseñanzas de Benedicto XVI

[2294] Los que son elegidos por Dios para la vida consagrada hacen suyo de modo definitivo este anhelo espiritual. En efecto, lo único que anhelan es el reino de Dios: que Dios reine en nuestras voluntades, en nuestros corazones, en el mundo. Tienen una sed ardiente de amor, que sólo el Eterno puede saciar. Con su ejemplo proclaman a un mundo a menudo desorientado, pero que en realidad busca cada vez más un sentido, que Dios es el Señor de la existencia, que su "gracia vale más que la vida" (Sal 62, 4). (*Discurso de Benedicto XVI en la fiesta de la Presentación del Señor, XI Jornada de la Vida Consagrada, al final de la celebración eucarística, Basílica Vaticana, viernes, 2 de febrero de 2007.*)

[2295] Al elegir la obediencia, la pobreza y la castidad por el reino de los cielos, muestran que todo apego y amor a las cosas y a las personas es incapaz de saciar definitivamente el corazón; que la existencia terrena es una espera más o menos larga del encuentro "cara a cara" con el Esposo divino, una espera que se ha de vivir con corazón siempre vigilante a fin de estar preparados para reconocerlo y acogerlo cuando venga. (ibid.)

[2296] Así pues, por su naturaleza, la vida consagrada constituye una respuesta a Dios total y definitiva, incondicional y apasionada (cf. *Vita consecrata*, 17). (ibid.)

[2297] Y cuando se renuncia a todo por seguir a Cristo, cuando se le entrega lo más querido que se tiene, afrontando todo sacrificio, entonces, como aconteció con el divino Maestro, también la persona consagrada que sigue sus huellas se convierte necesariamente en "signo de contradicción", porque su modo de pensar y de vivir con frecuencia está en contraste con la lógica del mundo, como se presenta casi siempre en los medios de comunicación social. (ibid.)

[2298] Elegimos a Cristo, más aún, nos dejamos "conquistar" por él sin reservas. Ante esta valentía, cuánta gente sedienta de verdad queda impresionada y se siente atraída por quien no duda en dar la vida, su propia vida, por lo que cree. ¿No es esta la fidelidad evangélica radical a la que está llamada, también en nuestro tiempo, toda persona consagrada? (ibid.)

[2299] Demos gracias al Señor porque tantos religiosos y religiosas, tantas personas consagradas, en todos los rincones de la tierra, siguen dando un testimonio supremo y fiel de amor a Dios y a los hermanos, testimonio que con frecuencia se tiñe con la sangre del martirio. Demos gracias a Dios también porque estos ejemplos continúan suscitando en el corazón de numerosos jóvenes el deseo de seguir a Cristo para siempre, de modo íntimo y total. (ibid.)

[2300] Queridos hermanos y hermanas, no olvidéis nunca que la vida consagrada es don divino y que es en primer lugar el Señor quien la lleva a buen fin según sus proyectos. Esta certeza de que el Señor nos lleva a buen fin, a pesar de nuestras debilidades, debe servirnos de consuelo, preservándonos de la tentación del desaliento frente a las inevitables dificultades de la vida y a los múltiples desafíos de la época moderna. (ibid.)

[2301] En efecto, en los tiempos difíciles que estamos viviendo no pocos institutos pueden sentir una sensación de desconcierto por las debilidades que perciben en su interior y por los muchos obstáculos que encuentran para llevar a cabo su misión. El Niño Jesús, que hoy es presentado en el templo, está vivo entre nosotros y de modo invisible nos sostiene, para que cooperemos fielmente con él en la obra de la salvación, y no nos abandona. (ibid.)

[2302] La liturgia de hoy es particularmente sugestiva, porque se caracteriza por el símbolo de la luz. La solemne procesión de los cirios, que habéis realizado al inicio de la celebración, indica a Cristo, verdadera luz del mundo, que resplandece en la noche de la historia e ilumina a toda persona que busca la verdad. (ibid.)

[2303] Queridos consagrados y consagradas, haced que esta llama arda en vosotros, que resplandezca en vuestra vida, para que por doquier brille un rayo del fulgor irradiado por Jesús, esplendor de verdad. Dedicándoos exclusivamente a él (cf. *Vita consecrata*, 15), testimoniáis la fascinación de la verdad de Cristo y la alegría que brota del amor a él. (ibid.)

[2304] En la contemplación y en la actividad, en la soledad y en la fraternidad, en el servicio a los pobres y a los últimos, en el acompañamiento personal y en los areópagos modernos, estad dispuestos a proclamar y testimoniar que Dios es Amor, que es dulce amarlo. (ibid.)

[2305] ¡Que María, la Tota pulchra, os enseñe a transmitir a los hombres y a las mujeres de hoy esta fascinación divina, que debe traslucirse en vuestras palabras y en vuestras acciones. A la vez que os manifiesto mi aprecio y mi gratitud por el servicio que prestáis a la Iglesia, os aseguro mi constante recuerdo en la oración, y de corazón os bendigo a todos". (ibid.)

2306. Jesús pone su dulce morada en todo corazón sellado por la pureza y que amorosamente le abre sus puertas.

2307. El Calvario, bajo la sombra de la Cruz y del Crucificado, es el nuevo paraíso, regado por la sangre divina, donde el nuevo Adán ha hecho germinar las castas generaciones; éstas viven crecen, prosperan y perfuman hoy, como ayer participando del mismo sacrificio y del mismo cáliz en el altar.

2308. La Madre espera una ofrenda, una ofrenda digna de la Virgen María, la ofrenda de un corazón *puro*, un corazón casto, un alma virginal, un amor delicado.

2309. La virginidad se consagró y tuvo su fecundidad al pie de la cruz de Cristo. Las últimas gotas de sangre que salieron de su corazón no debieron tener otro fin; las debió recoger su Madre virgen.

2310. ¿No es la virginidad el primer trono de Jesús en el mundo? ¿No es en ella en donde el amor se entrega sin reservas ni divisiones al Amor?

2311. Predestinada María para ser Madre, Dios ama su virginidad, el Espíritu Santo le revela sus divinos encantos, y Ella, contemplando esa celestial visión, su incomparable belleza, confirma el propósito de conservarla inviolada. Esta es la primera revelación de la virginidad hecha por el mismo. Espíritu Santo al mundo en la persona de María Santísima.

2312. Jesús vino al mundo por el camino de la virginidad. María es el camino misterioso por donde Dios bajó a la tierra, y por María, por la virginidad, va el mundo a Dios.

2313. Él, que tan radicalmente ha sabido desasir su corazón de todo lo terreno, ha querido poner en juego todo su poder y sabiduría para hacer que su Madre sea *Virgen*, trastornando para ello las leyes más inmutables de la naturaleza.

2314. La Virgen es, qué duda cabe, el primero y único molde de la virginidad, pues Ella es la virginidad personificada.

2315. Nazaret, preferentemente, es la mansión de la pureza virginal, y si todos los estados hayan allí su más perfecto y acabado modelo, brilla con esplendores, que casi eclipsan a las demás la virtud maravillosa de la virginidad. Sobre un prodigio de Dios descansa allí esta

virtud celestial. Si la maternidad divina es la sublime gloria de aquel hogar, ella ha respetado y dejado intacta y más resplandeciente que antes la gloria y la hermosura de la virginidad.

2316. Después de María, nadie ha podido amar tanto la virtud angélica como San José, porque nadie fuera de él ha sido esposo de una virgen tan excelsa.

2317. José virgen es el único que conoce el secreto de la virginidad de su amada esposa. José, en sí mismo y en su esposa, sabe bien lo que es ser virgen y lo que es su belleza, su riqueza, su valor, su mérito, su excelencia, sus encantos y las preferencias que Dios tiene para esta virtud.

2318. La virginidad ha sido siempre y lo es hoy la más bella floración en la Iglesia militante, como lo será luego en la vida eterna de la Iglesia triunfante; es ella el fruto más sazonado y exquisito que ha producido el árbol santo de la cruz.

2319. Los Santos Padres y los Doctores de los primeros siglos han sido los grandes panegiristas de la virginidad, señalándola como el más necesario y seguro camino para la santidad.

2320. El precio de la virginidad no tiene cotización entre los valores humanos.

2321. La virginidad y el amor virginal atraen de un modo especial las miradas, las ternuras, las misericordias, los amores de Dios.

2322. Que todos sepan que la castidad virginal es tan bella, tan encantadora, tan fragante, tan limpia y tan encumbrada entre todas las virtudes que ni el entendimiento humano puede descubrir sus perfecciones, ni lenguaje que no sea de los ángeles ensalzar sus prerrogativas.

2323. Virginidad: Ornamento de la vida, hermosura del cuerpo, rico tesoro del alma, gratísimo sacrificio a los ojos divinos, sagrario de hermosos pensamientos, manantial de purísimos afectos, crisol de ferventísimos amores, oficina de heroicas resoluciones, fiel custodia de la gracia y prenda segura de la gloria.

2324. La virginidad, aunque en sí no sea la mayor, la más subida y perfecta de las virtudes, es, sin embargo, la más bella, la más encantadora, la que cautiva y roba el corazón de Dios, con la que viste a su Madre y con la que Él se desposa.

2325. La virginidad no admite divisiones; es Dios sólo el objeto de su corazón y de todo su amor.

2326. Vengan personas vírgenes, derrámense por pueblos y villas, por calles, plazas y montes, por talleres, escuelas, fábricas y oficinas, y por ellas vendrá a reinar el que por una Virgen quiso venir a morir.

5.) **Virginidad y fecundidad espiritual**

Enseñanzas de Benedicto XVI

Eucaristía y vida consagrada

[2327] En el contexto de la relación entre la Eucaristía y las diversas vocaciones eclesiales resplandece de modo particular «el testimonio profético de las consagradas y de los consagrados, que encuentran en la Celebración eucarística y en la adoración la fuerza para el seguimiento radical de Cristo obediente, pobre y casto». (SCa 81a *Eucaristía y vida consagrada*).

[2328] Los consagrados y las consagradas, incluso desempeñando muchos servicios en el campo de la formación humana y en la atención a los pobres, en la enseñanza o en la asistencia a los enfermos, saben que el objetivo principal de su vida es «la contemplación de las cosas divinas y la unión asidua con Dios». (ibid.)

[2329] La contribución esencial que la Iglesia espera de la vida consagrada es más en el orden del ser que en el del hacer. En este contexto, quisiera subrayar la importancia del testimonio virginal precisamente en relación con el misterio de la Eucaristía. (ibid.)

[2330] En efecto, además de la relación con el celibato sacerdotal, el Misterio eucarístico manifiesta una relación intrínseca con la virginidad consagrada, ya que es expresión de la consagración exclusiva de la Iglesia a Cristo, que ella con fidelidad radical y fecunda acoge como a su Esposo. (SCa 81b)

[2331] La virginidad consagrada encuentra en la Eucaristía inspiración y alimento para su entrega total a Cristo. Además, en la Eucaristía obtiene consuelo e impulso para ser, también en nuestro tiempo, signo del amor gratuito y fecundo de Dios a la humanidad. (ibid.)

[2332] A través de su testimonio específico, la vida consagrada se convierte objetivamente en referencia y anticipación de las «bodas del Cordero» (*Ap 19,7-9*), meta de toda la historia de la salvación. En este sentido, es una llamada eficaz al horizonte escatológico que todo hombre necesita para poder orientar sus propias opciones y decisiones de vida. (SCa.81c)

[2333] Vuestro carisma debe reflejar la intensidad, pero también la lozanía de los orígenes. Se funda en la sencilla invitación evangélica de que "quien pueda entender, que entienda" (Mt 19, 12) y en el consejo paulino sobre la virginidad por el Reino (cf. 1 Co 7, 25-35). Y, sin embargo, en él se encierra todo el misterio cristiano. (DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI A UN GRUPO DE VÍRGENES CONSAGRADAS CON OCASIÓN DEL SEGUNDO CONGRESO DEL "ORDO VIRGINUM" Jueves 15 de mayo de 2008.)

[2334] Sus raíces son antiguas: se remontan a los inicios de la vida evangélica, cuando, como novedad inaudita, el corazón de algunas mujeres comenzó a abrirse al deseo de la virginidad consagrada, es decir, al deseo de entregar a Dios todo su ser, que había tenido en la Virgen de Nazaret y en su "sí" su primera realización extraordinaria. (ibid.)

[2335] El pensamiento de los Padres ve en María el prototipo de las vírgenes cristianas y muestra la novedad del nuevo estado de vida al que se accede mediante una libre elección de amor. (ibid.)

[2336] Vuestro "yo" orante se dilatará progresivamente hasta que en la oración sólo haya un gran "nosotros". Esta es la oración eclesial y la verdadera liturgia. En el diálogo con Dios, abrid al diálogo con todas las criaturas, para las cuales seréis como madres, madres de los hijos de Dios (cf. Ritual de consagración de vírgenes, 29). (ibid.)

[2337] Vuestro ideal, en sí mismo verdaderamente elevado, no exige ningún cambio exterior particular. Normalmente, cada una de las consagradas permanece en su propio ambiente de vida. (ibid.)

[2338] Que vuestra vida sea un testimonio particular de caridad y signo visible del Reino futuro" (Ritual de consagración de vírgenes, 30). Haced que vuestra vida personal irradie siempre la dignidad de ser esposa de Cristo, que exprese la novedad de la existencia cristiana y la espera serena de la vida futura. Así, con vuestra vida recta, podréis ser estrellas que orientan el camino del mundo. (ibid.)

[2339] En efecto, la elección de la vida virginal recuerda a las personas la transitoriedad de las realidades terrenas y la anticipación de los bienes futuros. Sed testigos de la espera vigilante y operante, de la alegría, de la paz, que es propia de quien se abandona al amor de Dios. (ibid.)

[2340] Estad presentes en el mundo y, sin embargo, sed peregrinas hacia el Reino, pues la virgen consagrada se identifica con la esposa que, juntamente con el Espíritu, invoca la venida del Señor: "El Espíritu y la esposa dicen: "¡Ven!" (Ap 22, 17). (ibid.)

[2341]...Al concluir, os encomiendo a María. Y hago mías las palabras de san Ambrosio, el cantor de la virginidad cristiana, dirigiéndolas a vosotras: "Que en cada una de vosotras esté el alma de María para proclamar la grandeza del Señor; que en cada una de vosotras esté el espíritu de María para que os alegréis en Dios. Aunque hay una sola madre de Cristo según la carne, en cambio, según la fe, Cristo es el fruto de todos, puesto que cada alma recibe al Verbo de Dios, con tal que, inmaculada y sin vicios, conserve la castidad con pudor virginal" (Comentario a san Lucas 2, 26: PL 15, 1642) (ibid.)

[2342] «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo» (*Redemptoris custos*, 20). (VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A CAMERÚN Y ANGOLA (17-23 DE MARZO DE 2009) HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI Estadio Amadou Ahidjo de Yaundé Jueves 19 de Marzo de 2009.)

[2343] Finalmente, a todos los jóvenes que estáis aquí, os dirijo palabras de amistad y de ánimo: ante las dificultades de la vida, sed valientes. Vuestra vida tiene un valor infinito a los ojos de Dios. Dejaos cautivar por Cristo, entregadle gustosamente vuestro amor y, ¿por qué no?, ofrecedle vuestra propia vida en el sacerdocio o la vida consagrada. Es el servicio más grande. (ibid.)

2344. Dios es virgen, infinitamente puro. La virginidad más pura unida con la fecundidad más prodigiosa nos da su razón de ser en el gran misterio de Dios uno y trino. He aquí el principio y origen de la excelsa virtud de la virginidad.

2345. Entre todas las obras de la redención, la primera que Dios hizo fue sembrar en la tierra la hermosa flor de la virginidad, dentro de cuyo dorado cáliz bajó al **mundo** el Hijo de Dios.

2346. El mismo Jesús, ¿qué es sino una maravilla de la virginidad? Jesús, en cuanto Dios, viene de una fuente virginal, de un Padre infinitamente virgen, y en cuanto hombre, de otra fuente virginal, de una Madre-Virgen.

2347. Contemplando a Jesús, veo un doble fruto de la virginidad, fruto de la virginal fecundidad del Padre Virgen en cuanto Dios, fruto de la virginal fecundidad de María Virgen en cuanto hombre. Jesucristo Dios-Hombre es fruto de la virginidad fecunda. Si, pues, tal es el fruto, ¿cuál será el árbol?

2348. Jesús virgen, Hijo de Padre y de Madre Virgen, escogiendo luego a un custodio virgen, al discípulo amado virgen, mortaja y sepulcro vírgenes, sacerdotes vírgenes o castos, predicadores vírgenes o continentales y a una multitud de personas vírgenes que sean su coto regalado. ¡He ahí la virginidad mirando a Jesús!

2349. ¡La virginidad! He ahí el secreto de María; he ahí el imán misterioso que ha hecho descender al Verbo a la tierra.

2350. La virginidad es obra especialísima del Espíritu Santo; su obra maestra fue la primera virgen del mundo, la Santísima Virgen, esposa de este divino Espíritu, por Él enseñada, formada y conservada desde que fue niña y hecha más tarde Madre de Dios, sin dejar de ser virgen.

2351. El Hijo de Dios no hallaría lugar limpio en el mundo, y por eso creó una virgen. Santa e inmaculada virginidad, que a quien no cabía en los cielos le encerraste en tu purísimo cáliz.

2352. Queriendo el Verbo hacerse hombre, tuvo que tomar carne de las entrañas de una mujer y a esta mujer elegida la santificó de antemano, en ella preparó digna morada, enriqueciéndola en especial con la joya preciosísima de la virginidad, traída de los tesoros del cielo.

2353. La obra maestra del poder de Dios es el misterio de la Encarnación, y ahí brilla con claridades insuperables el amor que Dios tiene a la pureza virginal. En aquella creación (la Inmaculada) su pureza virginal es un verdadero prodigio, ya que, por un portento de su diestra, conserva Dios intangible la belleza y el esplendor de la Virginidad unida a la Maternidad.

2354. Si Dios se propuso hacer para sí una Madre, es evidente que la virginidad había de ser la gloria incomparable de su maternidad, puesto que es una gloria que a ninguna otra madre se ha concedido.

2355. Flor y fruto de María Inmaculada es la virtud de la virginidad, descendencia bella y rica que comienza con Ella y desde Ella.

2356. Si la maternidad divina es la sublime gloria de María y de aquel hogar de Nazaret, ella ha respetado y ha dejado intacta y más resplandeciente que antes la gloria y hermosura de la virginidad.

2357. La virginidad ha puesto su firme fundamento y sólido pedestal en el puro amor de Jesucristo, cuyo santísimo Corazón, como roca altísima, incommovible e inaccesible, es la mansión regalada de los vírgenes del siglo.

2358. Si todas las personas consagradas, ya fuera, ya dentro de los claustros, en una colosal cruzada de oración y de acción, de inmolación y de penitencia, se unieran en Jesús por María, para que en la Iglesia de Dios volviese a florecer (como en los tiempos de San Ambrosio) la virginidad, ¡cuánta gloria para Dios, para la Iglesia, para las mismas personas!

2359. Señor, después de que vuestra sangre divina ha regado la tierra, ésta se ha vuelto fértil y ha producido la flor de la pureza virginal.

2360. *La Pureza* por antonomasia se llama María. Obra celestial cuyo artífice es el Espíritu Santo. No tiene ningún parecido en la tierra y entre las obras terrenas, porque ella es una obra hecha con materiales del cielo, moldes del cielo y manos del cielo, que atesora riquezas divinas y hermosuras angélicas.

2361. Si Eva, con su caída, fue la causa de la del género humano, la segunda Eva, Virgen Purísima, trajo la misión de restaurarlo, preparando el camino al triunfo de Jesús. De la misma manera, imitando a María, toda mujer pura y virginal será restauradora del mundo y ella habrá de preparar el camino para el triunfo de Jesús.

2362. Nuestra santidad supone nuestro propio esfuerzo; pero este esfuerzo nuestro supone de antemano la ayuda poderosa de Jesús; y esta ayuda divina es fruto de nuestra continua oración.

2363. Para todo progreso en la vida de nuestra santidad, se precisa una gran paz interior, con una ilimitada confianza en el amor de Dios..., al que nosotros hemos de corresponder con la máxima fidelidad, pureza de intención, gran generosidad y completa entrega a su divino querer.

2364. «Ven, Señor, ven, y no temas. Cuando en la Encarnación te uniste con el barro, el barro no te manchó, sino que Tú lo santificaste y lo divinizaste; ven Señor, y que mi barro no te manche, sino que Tú lo santifiques y lo espiritualices».